

Elle Razzamaglia

*Mi
Regalo*



Matthew y Giulia



Amor Infinito

ELLE RAZZAMAGLIA

Mi regalo

De la misma autora de:

Mi Regalo

Y de la serie:

El Matrimonio Apariencia y realidad (I)

El Matrimonio Sospecho y deseo (II)

El Matrimonio Orgullo y humildad (III)

El Matrimonio Fuerza y fragilidad (IV)

El Matrimonio Celos y lealtad (V)

El Matrimonio Amor y devoción (VI)

Y de la dilogía:

Zwillinge Simbiosis (I)

Zwillinge Cómplices (II)

Todos los derechos literarios y artísticos , los derechos de traducción, de memorización electrónica, de reproducción y de adaptación total o parcial, con cualquier medio (Incluyendo microfilmes y fotocopias) son reservados en todos los países a la autora Elle Razzamaglia.

Por la Cover Designed by Pressfoto - Freepik.com

Capítulo 1

Estoy caminando por el pasillo de mi colegio y, como he llegado tarde, no veo ni una alma alrededor. Pero en cada curso siento el profesor del momento dar clase y sonrío, cuando los gritos de mi profesora sobrepasan las otras voces, pensando que ahora gritará aun más viéndome entrar. No amo la escuela y si puedo engañar a mis padres, prefiero no venir. Esta mañana me había olvidado que mi madre tenía una cita con el doctor y me quedé en la cafetería donde trabaja mi amiga, situada exactamente al frente del estudio médico. ¡Tuvo suerte de verme antes que yo la viera, si no me habría desaparecido en un segundo! Cuando la escuché llamarme, mi corazón dejó de latir y me volteé tan rápido, que sentí mi cuello hacer un esfuerzo absurdo. Su cara lo decía todo y la mía pronto también. Me levanté de golpe y corriendo hacia fuera, le dije que estaba yendo al colegio. —¡Solo me faltaba un regaño en frente de todos! —Pensé preocupada. Escogí contabilidad solo porque las matemáticas siempre fueron mi punto fuerte y porque deseaba estudiar menos el resto de las materias. Cuando descubrí que así no era, ya era demasiado tarde... Llegué al tercer año y no veo la hora de terminar. No se por cual razón la personas se esperan que las niñas sean estudiosas y si una no lo es, se vuelve un drama. En cambio con los hombres es el contrario: si no estudian es normal y si les gusta, se vuelven la oveja negra. Ser hija única de una ávida lectora y de un hombre que, por no haber podido estudiar, es un obrero desde toda la vida, no es una posición cómoda. Ella quisiera que me casara con un príncipe azul, venido de quien sabe dónde y a él le gustaría que fuera un gerente de alguna compañía. Por lo menos Hay una cosa en la que están de acuerdo, en caso de que sus deseos no se vuelvan realidad: sería bueno para mí encontrar un buen trabajo y ser autónoma. Han tratado de hacerme amar el estudio de todas las maneras posibles y todavía esperan en un milagro. Mientras estoy absorta en mis pensamientos, oigo una puerta abrirse y temerosa que sea la de mi curso, levanto la mirada buscando una excusa

rápidamente. Pero ante mí veo un chico que me mira mal, mientras cierra la puerta a sus espaldas. ¡Se quien es! ¿Quién no lo conoce? Es el hijo del señor Mitchell, dueño de muchas fábricas entre las cuales la que está en la ciudad, donde trabaja mi padre. Él se aleja y yo me volteo a observarlo asombrada porque no sabía que frecuentara esta misma escuela. Lo veo de nuevo observarme en malo modo y, avergonzada, entro al salón pero antes de cerrar la puerta vislumbro la profesora de inglés salir de esa misma pieza y la observo por unos segundos. Es la mujer más cortejada de la escuela porque no tiene ni siquiera treinta años y tiene un cuerpo perfecto, que no le consta esconder. Es más, viste siempre con vestidos ajustados y bastante cortos, ideales para resaltar sus piernas y su pecho.

—¡Señorita, nosotros tenemos que continuar la lección! —grita mi profesora y rápidamente cierro la puerta pidiéndole disculpas. Bajo la cabeza avergonzada y me dirijo hacia mi asiento. —. ¡No veo la hora de hablar con los tuyos al próximo encuentro con los padres! —afirma ella nerviosamente. No tengo ni siquiera la valentía de mirarla y asiento, resignada a tener otra pelea bien animada en casa. Ahora el único argumento que anima los días de mis padres es mi actitud en la escuela.

Obviamente al encuentro con los profesores mando mi padre y no me atrevo a ir con él. No porque tema su ira, sino porque me duele ver su cara decepcionada, mientras le dicen mis malas notas. Luego se transforma en resignación cuando le dicen que podría esforzarme mas. Mi madre, al contrario, sería capaz de regañarme frente a los profesores, como si no fuera suficiente la burla que se hacen mis compañeros de mi cuando no sé contestar a las preguntas durante los exámenes. La única solución sería estudiar por lo menos un par de horas al día y cada vez me prometo hacerlo. Lo que sucede es que apenas abro un libro y comienzo a leer, tratando de concentrarme, la cabeza se va por otra parte y los bostezos se subsiguen sin parar.

Luego de las vacaciones navideñas, el traslado inmediato y repentino de la profesora de inglés está en la boca de todos en la escuela y cada uno tiene su versión. Algunos están convencidos que se escapó con un profesor, casado y padre de familia. Otros dicen que el novio que vive en otra ciudad, descubrió su traición. Unos se dicen seguros de que tuviera una relación con tres profesores diferentes, que descubrieron el uno del otro. Para mi son todas suposiciones creadas por gente loca y menos me interesa saber la verdad, ya que ni es mi profesora ni la conozco personalmente. Desafortunadamente no sólo no amo el chisme ni el estudio, sino que tampoco la moda ni el

maquillaje. Todas cosas muy interesantes para mis compañeras y que me alejan de ellas. No tengo ropa de marca porque vivir con el sueldo de un obrero no es fácil y esos pocos que mi mamá quisiera comprarme, para esta o aquella festividad, no son de mi gusto. Yo visto solo jeans o sudadera, camiseta y suéter. En realidad mi madre quisiera verme con faltas y vestidos que resalten mi feminidad. Parece raro pero hacerla enfadar por la ropa se ha vuelto como un juego muy divertido, aunque cuando son mis compañeras a criticarme, eso me molesta. En enero la burla se expande y no entiendo porque todos estén en mi contra. Al enésimo chico molestándome, le pregunto que le importa de mi vestuario. Él se acerca como para amenazarme y dice:

—¡Porque tienes la boca muy grande y alguien debería cerrártela!

Lo miro sorprendida y él se va riéndose con sus compañeros. Antes de salir, se voltea y mirándome, añade:

—¡Y te aseguro que haré lo que sea para que te vuelvas muda!

Lo miro asustada y cuando me recapacito de haber quedado sola por completo, decido de descubrir porque todos me odian tanto. Al siguiente día, me doy cuenta de que no es solo ese chico sino toda la escuela. Vengo perseguida y marginada, como si fuera una apestada. Nadie quiere hablarme o acercarse a mi. Cada vez que voy al baño, alguien golpea mi puerta insistiendo con fuerza, sin decir nada. Se crean grupos de niñas que se burlan de mi forma de vestir y con tono lo suficiente alto, para que yo las escuche. Durante los exámenes orales, apenas no se contestar a esta u otra pregunta, los veo reír y mirarme divertidos. Tengo que estar en mi clase con la mochila sobre mis piernas porque encuentro siempre algo adentro. A parte el susto y el asco cuando encontré adentro un sapo o un ratoncito blanco, la vez que me echaron una gaseosa adentro, sabia de no poder pedir a mis papás de comprarme nuevamente los libros, ya que estaban todos arruinados. Cada noche me duermo llorando y ni salgo de mi casa. Mis papás creen que senté cabeza y yo les dejo creer que haya sucedido un milagro. No quiero y no puedo decirles la verdad, porque estoy segura que empeoraría la situación. A veces digo que estoy enferma para no ir al colegio y muy a menudo salgo de la casa por la mañana y me la paso caminando por la ciudad. ¡Nunca hubiese imaginado que un día habría extrañado la escuela! En cambio ahora no veo la hora que termine esta pesadilla y de poder regresar sin problemas. Obviamente, a fin de año, descubro que no he pasado el curso sobretodo por el absentismo. A mi madre casi le da un infarto cuando le conté que había sucedido y después de haber sabido el número de mis ausencias, me pegó tanto que temí que quisiera

matarme. Quería saber donde había estado en todos esos días y con quien había pasado mis mañanas. Cuando entendí que temía que frecuentara un chico mayor que yo y que quién sabe que hiciéramos juntos, traté de mil modos de explicarle que yo nunca he tenido novio. Ya que tenía la cabeza tan ofuscada de miles de miedos, no escuchó ni una sola de mis palabras. Si mi padre no hubiese regresado del trabajo justo a tiempo, habría seguramente pasado el verano enyesada u hospitalizada. Cuando mi madre le contó todo, a él fue suficiente mirarme decepcionado y resentido, para herirme y hacerme daño. Al salir de mi cuarto, comencé a llorar y no por el dolor físico, sino por la mirada de mi padre, que me partió el corazón. Mientras mis padres renuncian a los quince días de playa y pagan una chica del quinto año para darme repeticiones, yo me impongo de no salir por todo el verano y de estudiar como nunca antes.

Cuando llega, la miro perpleja, por no haberla vista nunca y, mientras nos acercamos hacia mi cuarto, le pregunto si sabe porque todos me odian. Ella dice un simple sí y, después de haber entrado, cierra la puerta, diciendo:

—Giulia, se lo que estas pasando en el colegio y, para mi, deberías hablar con tus padres.

Bajo la mirada reflexionando y ella afirma:

—No se porque ese chico se la lleva tan mal contigo y si no quieres contarles a los tuyos, la única forma para resolver esta situación, es afrontarlo directamente. Ahora está en Estados Unidos a visitar a su familia, pero pronto volverá. Si quieres, vengo contigo y así evitamos que se puedan difundir más mentiras sobre tu cuenta.

Le pregunto de quien está hablando y ella me nombra a Matthew. Hago un largo respiro sentándome en la cama y le explico:

—¡Samantha, yo no lo conozco y nunca he tenido nada que ver con el! No se porque me odia y, hablándole, no quisiera empeorar la situación.

Ella asienta y me pregunta:

—¿Estás segura de no haber hecho nada que hubiese podido enfadarlo? Quizás un chisme entre amigas o lo juzgaste apresuradamente, y a lo mejor se lo reportaron?

Le pregunto de qué está hablando y ella dice:

—¿Como así, no sabes entonces? Se dice que la profesora de inglés tuvo un amorío justo con él y el profesor de matemáticas, que se había enamorado de ella, los descubrió. Habló con los padres del chico y fue un desastre. Fueron ellos a hacerla trasladar, antes de que se revelara el escándalo y hicieron una

conspicua donación, para hacer desistir el rector de denunciar a la profesora.

La miro consternada y de inmediato mi mente va a cuando los vi salir de la misma pieza. Aún así sigo sin entender porqué Matthew me odia, considerando la implicación del profesor de matemáticas y trato de recordar si he dicho o hecho algo que puede haberle hecho daño.

—Giulia, si no sabías de todo esto, la causa de su odio en tu contra debe ser debida a otra cosa. ¿Haz tenido problemas con su familia? Porque los Mitchell son muy unidos y si molestas a uno de ellos, los tendrás todos contra de ti.

Niego y le explico:

—Yo no conozco ninguno de ellos, pero mi papá trabaja en sus fábricas y...
—Me detengo preguntándome si no haya pasado algo allá mismo.

—Entonces no puedes hacer nada y tal vez te conviene cambiar instituto — afirma pensativa.

—¡No puedo hacerlo! No puedo decepcionar otra vez a mis padres y además dos años pasan rápido —exclamo esperanzada.

Ella asienta y exclama con tono de broma:

—Está bien, manos a la obra y tratemos por lo menos de resolver tu problema con las calificaciones.

Le sonrío y saco los libros.

Si durante nuestros primeros encuentros nos concentrábamos en el estudio sin distraernos de los libros y de la repeticiones, con el pasar de los días, la nuestra se transformó en una verdadera amistad. Samantha entiende que necesito salir un poquito más y cada vez, antes de dedicarnos al estudio, me cuenta algo de su vida o algún rumor. Cuando entiende que puede confiar en mí, porque no amo los chismes, comienza a contarme todos los detalles de cosas muy personales. Comienza a hablarme de sus salidas y sus compras, hasta describirme sus encuentros casuales y no.

—Anoche vi en la disco a un chico que me gusta y como el seguía ignorándome, me le presenté yo misma —dice un día, Sonriendo.

Le pregunto que mas pasó y ella contesta:

—No es el tipo de hombre que quiero a mi lado por toda la vida, así que me conformé con media hora.

La miro intrigada y ella sigue:

—¡Me llevó en su coche y me folló bien duro!

La miro asombrada y ella comienza a reír. Creo que esté convencida que yo haya ya tenido experiencias en ese sentido y se lo dejo creer, porque tengo una

cierta curiosidad morbosa por ese tema y porque no quiero confesarle que aún soy virgen. Ella se calma y comienza a hablar abiertamente de lo que pasó en el auto.

—No tenía buen olor, ya que olía a sudor y alcohol. Aunque cuando levantó mi falda y se tiró entre mis piernas, me olvidé de todo el resto y me concentré en lo que su lengua me estaba haciendo sentir.

La miro un poco avergonzada y me imagino la escena, asqueada.

—Él estaba tan caliente que no hubo necesidad de recambiar el favor y eso me alegró bastante —afirma riéndose.

Se a que se refiere o al menos creo... pero ella no me da el tiempo de reflexionar mucho y, sonriendo, maliciosa, exclama:

—No era superdotado, y yo tenía tantas ganas, que fue suficiente lo que me ofreció.

Bajo la mirada y la primera cosa que pienso es un hombre con el pene minúsculo.

Sonrío por la escena que tengo en mis ojos y oigo Samantha decir:

—Las que estuvieron con Matthew no se ha quejado de sus dotes, es más...

La miro alterada y ella sigue:

—Es uno que se divierte bastante y no solo con las niñas, por lo que dicen.

Recuerdo la profesora y me pregunto si haya tenido sentido arriesgar su carrera y su trabajo por un chico, con el que sabes desde un principio que no será una relación seria y duradera.

—¿En que piensas? —Pregunta Samantha con una sonrisa.

—La profesora perdió todo por follar con un muchachito.

Ella se pone seria y aclara:

—¡Matthew no es un muchachito! Es mayor de edad y, al parecer, ¡sabe coger bien! Esa es la razón por la que nunca se ha dejado engañar por ninguna jovencita, que lo rodeara. ¡Él busca mujeres maduras que saben bien que hacer y como hacerlo!

Me doy cuenta que se ha puesto nerviosa y le pregunto porque se está poniendo así.

—¡Porque ese cabrón me dijo que no a mi también! —admite con una tímida sonrisa.

La observo incrédula, porque es muy bella y pienso que sea ese tipo de mujer que todos quisieran tener, por su inteligencia y la experiencia que tiene en otros sectores... Luego me mira rápidamente y cambia discurso:

—Ayer compré el último modelo de esa marca de zapatos de la que todos hablan. ¡Trescientos euros arrojados al viento! Me los puse ayer mismo y después de una sola hora tuve que regresar a mi casa para quitármelos. Lo peor es que no solo son tan incómodos que me hicieron sufrir un dolor atroz, sino que en la casa me di cuenta que hasta me salió una ampolla. ¿Como carajos hacen las otras para caminar con ellos?

Sonrío y afirmo que no lo sé. Ella me pregunta mi número de zapatos y cuando yo le digo que llevo el treinta y nueve, me dice que si quiero, Me los regala.

La observo sorprendida, porque quisiera muchísimo tener un par de zapatos como esos y me pregunto si sería oportuno aceptar. Su padre es médico en un hospital y claramente no tienen problemas económicos, así que un par de zapatos más o uno menos, para ella es la misma cosa.

—¿Porque aceptaste ayudarme con las tareas? —pregunto curiosa, sabiendo que no lo hace cierto por el dinero. Ella se levanta y riéndose toma un libro, contestando:

—¡Porque el desgraciado de mi papá quería mandarme a trabajar en el restaurante de mi tío y tú no tienes idea de cuantas horas habría debido pasar en ese lugar! La propuesta de tu mamá llegó justo a tiempo y no lo pensé dos veces antes de aceptar. ¡Le expliqué a mi papá que necesitabas ayuda y que no quería que perdieras el año otra vez!

—¡Pero Si ni siquiera me conocías! —le replico divertida.

—No personalmente, pero créeme, en la escuela todos te conocían y cada uno tenía su suposición sobre la razón del odio de Mitchell —responde pensativa.

Asiento y me pide de acercarme con el libro abierto en la mano. Lo hago y ella comienza a leer un paso, y inmediatamente me lo explica.

Paso un verano maravilloso, contrariamente a lo que me esperaba y conocer a Samantha fue un regalo del cielo. Nunca había tenido una amiga como ella, en la que veo una hermana mayor.

Cuando faltan solo pocos días al comienzo del colegio, le pido a mi madre el permiso para salir, deseando que mi dedicación al estudio pueda persuadirla. Ella me contesta con un frío no y cuando le pregunto la razón, me informa que podré salir solo cuando al final del primer semestre, le traeré una libreta de calificaciones excelente, como demostración concreta de mis esfuerzos. Se que es imposible hacerle cambiar idea y corro enfada a mi habitación. Por la rabia no puedo ni siquiera llorar y camino arriba y abajo

murmurando sobre lo ocurrido. Cuando oigo tocar a la puerta, deseo que sea mi madre y que haya cambiando idea. Pero cuando veo entrar a Samantha, por la decepción, exploto y le cuento:

—¡No quieren dejarme salir y no podré hacerlo hasta que termine el primer semestre! ¿Te das cuenta en que familia me topé?

Ella cierra la puerta y se sienta en la silla del escritorio, sin comentar.

—¡Las demás hacen cosas *peores* y *nadie* dice nada! —grito furiosa.

—¿Y tú piensas que sería mejor así? —pregunta Samantha con calma.

La miro perpleja por su pregunta y le contesto:

—¡Hay mucha diferencia entre cuidar al propio hijo y tenerlo segregado en casa! —Dándome razón me invita a sentarme. Pero yo estoy furiosa y sin escucharla, grito:

—¡Una hija no se posee! ¡Es una persona que tiene que vivir! Sigán así... ¡sigan! ¡No falta sino un año para ser mayor de edad y veremos quien podrá hacer que! —Mirando la puerta cerrada, como si tuviera mis padres al frente.

Hasta que no la veo abrirse y de inmediato mi nerviosismo se transforma en terror, en un instante. Mi mamá me mira y replica:

—¡Si quieres hacer lo que quieres, tienes que esforzarte y estudiar! Porque nadie te dará un trabajo que te permita ser independiente, si sigues así.

No se si son los miles, sino millones de libros que lee, pero mi madre tuvo siempre la capacidad de callar cualquier persona con una sola frase, diciéndola con calma y con elegancia, y esta vez tampoco falló. Ella sonrío victoriosamente y sale, deseándonos buen trabajo. Me siento en la cama, desconcertada de tanta sangre fría y me pregunto si un día me transformaré en ella.

—Tu mamá tiene razón, Giulia. En Italia estamos llenos de gente sin trabajo y son destinados a emigrar al exterior. Tienes que alcanzar el diploma y, si es posible, con una calificación decente, ya que no creo que tengas intención de ir a la universidad —dice Samantha.

La miro desesperada y ella sigue:

—Un día tendrás tu venganza, pero aún tienes que aplicarte. Tus padres te quieren mucho y es por eso que me pidieron de ayudarte cada día, aunque no tuvieran el dinero necesario. Tal vez no te hayan contado, me pagan veinte euros la hora y no son pocos.

La miro atónita y me regresan a la mente toda las veces que hemos charlado por un buen tiempo, antes de comenzar. Ella sonrío y precisa:

—Tranquila, me pagan solo una hora al día, aunque yo me quede contigo

desde las dos hasta las tres horas.

Le agradezco y ella sigue pensativa:

—Tienes que admitir que, para tus padres, es mucho dinero y están seguramente renunciando a otras cosas para pagarme o están usando los ahorros que tienen guardados.

Le digo que entendí y esta vez soy yo a tomar el libro, pidiéndole de acercarse.

El último día, Samantha me regala sus zapatos y un par de camisetas nuevas, compradas para mi. Yo no tengo nada para recambiar y me miro alrededor, deseando de encontrar algo que le gustaría recibir. No tengo cosas caras y por cierto no le faltan objetos inútiles.

—Giulia, estoy muy feliz de haber encontrado una amiga como tu y espero que seguiremos viéndonos o hablándonos —le oigo decir con calma.

La miro y la abrazo, agradeciéndola por todo. Ella me aprieta y me dice:

—Tengo que ir a hacer la prueba de admisión para la universidad, pero nos veremos cuando regresaré.

La esquivo y le digo que todo estará bien. Ella me mira y sale de la alcoba, exclamando que me informará sobre sus exámenes.

De regreso al colegio, todos saben lo que pasó entre un alumno y la profesora de inglés, pero nadie dice abiertamente el nombre de Matthew. Todos piensan en aquella actitud o en aquella circunstancia y sugieren varios nombres de estudiantes. Todos analizan lo que ella dijo en esta o aquella ocasión y, ahora sus palabras asumen un significado diferente según quien las examina. La profesora más envidiada y cortejada de la escuela, tanto por los profesores como por los alumnos, se transformó en un solo verano y se volvió la mujer más criticada y mal juzgada de toda la ciudad.

No se si en verdad no estén al corriente de la situación o si temen una represalia por parte de Matthew o de su familia, pero su nombre nunca sale a la luz, ni siquiera por error. Todo lo que me hizo pasar durante el año pasado, ha puesto todos a pensar y ahora temen de ser ellos la válvula de desahogo del hijo del señor Mitchell. A mi, sinceramente, no me interesa ni del uno ni de la otra y con tal de que sigan dejándome en paz, pueden investigar sobre eso todo el tiempo que quieren. Finalmente tengo mis primeras calificaciones suficientes y me sorprende de mi misma cuando, después del examen de derecho, la profesora me felicita y me pone siete. Samantha me ha ayudado mucho y el hecho que haya nacido una amistad, me ha dado mayor fuerza, porque no quería decepcionarla. Desafortunadamente ahora ella se mudó al

exterior, ya que tenía familiares allá que le encontraron trabajo, decidió de tratar de ser independiente a la universidad y apenas terminó el verano, se fue. Nos hablamos por teléfono, pero por poco tiempo, a causa de sus ritmos, entre el trabajo y el estudio. Extraño sus modos dulces de explicarme las cosas y mientras estudio sola, me esfuerzo mucho para entender las materias. No teniendo otras amigas con las cuales salir, tengo mucho tiempo para leer aquel párrafo que no me cabe en la cabeza. Hasta he tratado de seguir el método de muchos, aprendiendo al dedillo las partes más importantes, pero cuando estaba convencida de que había podido lograrlo con las fórmulas de matemáticas, el día después, me fue mal el examen. A La Réunion de padres y profesores, por primera vez, voy con mi madre, esperando que mi aumento de calificaciones, la convenzan a concederme un par de horas de aire al día. Ninguno de ellos se arriesga y repiten todas las mismas cosas:

—Merecía más que Seis pero tememos que su interés en el estudio sea solo pasajero así que decidimos limitarnos a darle lo suficiente, con el deseo de poderle dar siete u ocho más adelante.

Mi madre cada vez les agradece y cuando salimos, dice:

—Samantha te ha ayudado y ahora que ella no está, papá y yo decidimos buscar otra chica que te siga una hora en la tarde.

Sacudo la cabeza decepcionada, porque deseaba que los míos dijeran algo diferente y ella sigue:

—Giulia, perdiste un año y estás solo en la mitad del camino. ¡Nosotros estamos felices de ayudarte con todos nuestros recursos, pero tú también tienes que ayudarte o nuestros sacrificios no servirán a nada!

Asiento resignada y no comento.

Cuando llegan las vacaciones de navidad, confío en que mi madre baje la guardia y, habiendo conocido dos chicas nuevas en mi curso, me deje salir. El primer día, me despierto antes de mis padres y preparo el desayuno para todos, con el intento de endulzar los ánimos especialmente el de mi mamá. No tengo bien entendido que la atormenta, ya que mis resultados en la escuela han mejorado mucho y hasta voy todos los días. De Matthew ningún rastro Y como por magia, con él desaparecieron todas las ovejas que me odiaban solo por complacerlo. Incluso me pareció oír criticar a una “famosa familia”, obviamente la suya, aunque no viniera mencionada y lo que decían era absurdo. Viviendo en una grande ciudad, nunca entendí lo que quería decir mi prima cuando hablaba del hecho que en los pueblos pequeños todos saben todo de todos, y si no lo saben se lo inventan. Pero ahora, la escuela parece

haberse convertido en uno de esos lugares, donde quien no sabe, se inventa las cosas más dramáticas para impresionar a los demás, con tal de decir algo. Entre más grande es la mentira, más es llamativa para las mentes enfermas que escuchan esas estupideces. Ahora parece que la familia de Matthew hace parte de una secta que prohíbe usar jeans, solo porque él nunca se los ha puesto y que el señor Mitchell tenga alguna rara enfermedad, porque sale solo de noche y en coche. Los que tienen la madre que trabaja en el hospital cuentan que las nueras han parido si emitir ni un grito de dolor, porque a ellos está prohibido gritar o quejarse. Además, el hecho de que no inviten a nadie en su casa, parece que sea debido a la presencia de varios altares, frente a los cuales tienen que efectuar varios ritos que los ayuden para volverse más ricos, y que tengan miedo que alguien pueda descubrir sus secretos. Nunca había escuchado tantas pendejadas en toda mi vida y estoy feliz de poderme desconectar y dejar descansar mis pobres oídos, pasando un par de semanas en la casa. Nadie sabe mucho sobre el señor Mitchell, aparte que llegó aquí hace cuarenta años y después de haberse casado con la señora Mitchell, abrió una fábrica tras otra. No tiene amigos y sale raramente de su casa. Dedicó su tiempo al trabajo y cuando sus hijos han comenzado a trabajar con él, disminuyó sus salidas hasta reducirlos a una inspección de rutina en tarde noche. Mi padre me contó varias veces que de vez en cuando lo ve entrar a la fábrica, mientras ellos están saliendo. Me estoy distraendo, pienso volteando las páginas del libro de recetas de mi madre y observo las fotos de las galletas para decidir cuál hacer. El problema es que más son apetitosas y más son difíciles de preparar. No amo cocinar o limpiar la casa, así que elijo la receta con menos ingredientes y la sigo a la letra, tratando de no ensuciar mucho. Nunca me impusieron hacer algo en la casa y yo nunca traté de aprender. Tal vez soy una de esas niñas definidas consentidas, aunque para mis padres la cosa importante es que estudie y no me han pedido nada más. Cuando entendieron que no tenían como hija un ratón de biblioteca, pensaron que, no distrayéndome con otras cosas, habría podido obtener calificaciones decentes y, para facilitarme la cosa, muchas veces mi madre me ayudaba con los deberes. Cuando comencé contabilidad, me di cuenta que ya no podía ayudarme, porque no tenía ninguna preparación sobre las asignaturas que debía estudiar y, para no avergonzarse, dijo que ya yo era grande lo suficiente y que tenía que aprender a hacer sola mis deberes. Así que siempre hice las cosas sin cabeza, ya que nadie me vigilaba y después del primer año, durante el cual no hice prácticamente nada, fue difícil seguir los cursos y me perdí.

Ahora, creo de haber comenzado bien y me gustaría que la tensión se aliviara entre mi madre y yo. Cuando las galletas están en el horno, lavo las cosas que utilicé y limpio la cocina. Cuando veo llegar mi madre con la cara asombrada, le muestro mis dulces todavía calientes y le pido que lo pruebe, muy satisfecha. Ella se acerca todavía incrédula y toma uno, preguntándome si estoy bien. Le sonrío y la veo dar un mordisco a mi galleta. Mientras lo mastica, le noto una cara rara y le pregunto si le gustan.

—Un poco salados, pero no son nada mal —dice después de haber terminado de masticar.

Me apresuro a probarlos y, apenas siento el sabor, corro al lavamanos para escupir todo. Mi madre arroja todos los dulces y exclama:

—Será mejor prepararlos juntas.

Tomo un sorbo de agua y le digo que es una buena idea. La miro sacar todos los ingredientes, mientras dice:

—Se que no te gusta leer, pero en cada frasco está escrito que hay adentro.

Y me muestra uno, indicando con el índice la escrita ‘sal’. La sigo sin contestar y me doy cuenta que puedo olvidarme de salir, al menos por una semana. Terminada la receta y horneadas las galletas, le digo que me ocuparé yo de la cocina. Ella me agradece y oigo mi papá preguntar que se celebra.

—¡El acercamiento de tu hija a la cocina! El próximo año será mayor de edad y todavía no sabe leer ‘sal’ y ‘azúcar’ —dice mi madre divertida pero siempre con ternura.

Mi padre no dice nada y se sienta, pidiéndole un café. Lo observo y veo la exasperación en sus ojos. Mis padres no son malos, pero siendo hija única se esperan mucho de mi y han repuesto todos sus objetivos y sus sueños en mi. He rogado por años que tuvieran otro hijo en que reponer sus atenciones y que pudiera darles muchas satisfacciones, como yo no lo hice. Después de muchos años, se resignaron y, a lo mejor, sus expectativas se multiplicaron. Hubo inclusive un tiempo en el que me hablaban de universidad y se confrontaban sobre cual debía ser la mía. Ahora dejaron de tocar ese tema, pero estoy segura que todavía nutren esperanzas y desean que suceda el milagro. Veo mi madre sacar las galletas y la observo, preguntándome si no serían más felices sin mi. La miro mientras los pone en un plato y lo lleva a la mesa, preguntándole a mi padre si quiere uno. Él lo muerde y dice que son deliciosos. Mi madre se sienta frente a él y se come uno también. Estoy por ponerme a llorar y me alejo. En mi habitación, salto bocabajo sobre la cama y comienzo a llorar. Oigo mi madre preguntarme que pasa y no le contesto. La

siento sentarse sobre la cama a mi lado y dice:

—No haberte transmitido la pasión por la lectura y aceptar el hecho que nunca te veré graduada, no fue fácil. Ser consciente de que no he podido ni siquiera hacerte apreciar ciertos valores, no puedo perdonármelo y no estoy enojada contigo, sino con mi misma.

Pienso en sus palabras y sentándome, le pido de ser más clara. Ella me mira y dice:

—No tengo la valentía de preguntarte donde estuviste y con quien, durante todo el año pasado que no fuiste al colegio.

—¡Yo no hice nada con nadie! —contesto fastidiada.

—¿Giulia, donde estuviste todos esos días? ¿Que hiciste? ¿Por qué no fuiste a la escuela?

—¿Como puedo confiar en ti y en lo que me dices? ¿Como hago para creerte después de todo lo que hiciste por *un año* entero? —pregunta nerviosa levantándose.

—Mamá, estuve mirando negocios y de vez en cuando en la cafetería de Margherita —explico con calma.

—Igual me decías que estabas yendo a estudiar —añade—. ¡Si te hubiese pasado algo, no habría sabido dónde buscarte! Estaba convencida que estuvieras en la escuela... Con todo lo que se escucha por ahí... Podía suceder de todo y yo hubiera estado tranquila en la casa, pensando que estabas a salvo en el colegio.

Bajo la cabeza derrotada, como no había pensado en todo esto y le oigo decir que me esperan para desayunar. Estaba convencida que no pudiera pasarme nada malo, pero me duele saber que los estoy preocupando y no solo por el estudio. En la cocina, me siento a la derecha de mi padre, sentado a la cabecera y mi mamá me pasa la mermelada. La cojo y comienzo a untar las tostadas.

—Parece que Samantha regresará para pasar la Navidad con su familia —murmura mi madre.

Le digo que ya sabía y mi padre afirma:

—Samantha es una buena persona y como ya preguntó por ti, si te tuviera que invitar a salir, puedes ir.

Lo miro incrédula y luego observo mi mamá para ver su reacción.

—Te has dedicado muy bien al estudio y mereces de pasar estas vacaciones más tranquila —sigue mi papá convencido.

—Este será nuestro regalo de navidad —explica mi madre fastidiada.

Les doy las gracias muy feliz y doy un mordisco a mi tostada. Terminado el desayuno, me ofrezco de lavar los platos y mi madre me lo deja hacer. Cuando termino, los informo que voy a estudiar y me alejo. No tengo ninguna intención de hacerlo, pero habérmelo escuchado decir, les quitará todas las dudas que tenían, ya que estarán pensando que tomaron una mala decisión, permitiéndome de salir. Tomo un libro y lo dejo abierto sobre mi escritorio. Le pongo al lado un cuaderno con un par de bolígrafos y me acerco a la puerta para escuchar si viene alguien a vigilarme. No oigo nada y voy a elegir en el armario, como vestirme esta noche. Nunca tuve la pasión por el vestuario o los zapatos, pero Samantha y su perfección me hicieron apasionar y busco desesperadamente algo que sea inesperado. Con todo que tengo un armario lleno de ropa, nada se acerca o puede parecer a lo que viste Samantha y me regresa a la mente el hecho que, desde hace dos años, es mi madre a elegir mi vestuario. Compra sin mostrarme nada, sabiendo ya que me enojaré, lava todo y lo pone en mi armario, tratando de confundirlo con el resto. La diferencia de gustos es evidente, porque de vez en cuando aparece de la nada una camisa elegante rosadita o blanca, o una falda o un vestido. Todo es o muy deportivo para una chica o muy elegante para mi edad. Me acuesto en la cama boca arriba y mirando el techo, me pregunto si no sería mejor quedarme en la casa. Para ir al colegio, me visto tranquilamente con jeans y suéter, pero para salir con Samantha necesito absolutamente otra cosa. Durante el almuerzo, trato de preguntar a mi madre si puedo comprar algún vestido nuevo y ella afirma que ya tengo demasiados. Decepcionada no le pido mas nada. Mientras mi padre mira la televisión, mi madre y yo arreglamos la cocina y cuando terminamos, escucho mi padre decir:

—Giulia, en la billetera hay cincuenta euros. Cógelos y cómprate lo que quieras.

Le agradezco y me apresuro a cogerlos, antes de que mi madre pueda decir la suya. Samantha no se hace viva por días y cuando pierdo la esperanza, mi mamá entra en mi habitación para avisarme que está llegando. Me ducho y me pongo un jeans y un suéter que encontré un par de días antes. Cuando la oigo tocar mi puerta preguntando si puede entrar, corro a abrir. Ella me abraza y me pregunta como estoy. Le digo que estoy bien y le pregunto cuando llegó. Se aleja y se sienta en mi cama. La miro intrigada y ella me cuenta:

—Quería pasar antes, pero el otro día Matthew me invitó a salir y obviamente acepté.

Me siento en el escritorio y espero que siga con su historia. Ella sonríe y

afirma:

—Creía que, finalmente, me había notado y no me esperaba cierto que me hablara de ti por toda la noche.

—¿Como? —pregunto asombrada.

Ella se levanta y, caminando hacia la puerta, exclama:

—Pronto sabrás que es lo que quiere.

—Creo que será mejor que me quede en la casa —le digo temerosa.

Finalmente me dejan todos en paz y nunca había apreciado como ahora, el hecho de pasar desapercibida. No tengo ni siquiera problemas con los profesores, que parecen todos muy satisfechos de mi cambio y no quiero que nada cambie. Si lo ignoro, no hay ninguna posibilidad de meterme en algún lío y es mejor que todo se quede así como es. Ella se sienta nuevamente en la cama y dice:

—Creía que fuera tu culpa si todos sabían lo que pasó y por eso te odiaba. Cuando descubrió que no tenías nada que ver con eso, ya era demasiado tarde, porque habías perdido el año y no sabía que hacer o decir para disculparse. Me agradeció por la ayuda que te di y me preguntó si ahora hay alguien que te está ayudando. Yo le expliqué que tus padres me habían llamado nuevamente y que no podía aceptar.

Agacho la cabeza pensando que ahora Matthew tiene otra razón para burlarse de mi frente a los demás y la escucho proseguir:

—No me lo dijo explícitamente, pero creo que quiere ofrecerte su ayuda.

Me niego a esa idea bastante molesta y le explico:

—Como no había estudiado el primer año, en el segundo fue muy difícil recuperar y en el tercer año me perdí. De alguna manera perder este año, fue útil, porque gracias a ti pude recuperar y ahora puedo seguir sola. No aprobaré con excelentes calificaciones, pero tampoco perderé otro año. ¡No necesito su ayuda y no la quiero!

Ella se levanta y, agarrando mi mano, exclama:

—¡Bien! ¡Antes se lo dirás y antes se pondrá el alma en paz!

Asiento y la sigo. Mientras nos acercamos hacia la vía peatonal, ella me explica que nos está esperando al murito y yo le pido que no me deje sola con él. Ella me asegura que no lo hará y yo espero que no esté nadie más, aparte nosotros. El murito es siempre muy frecuentado, porque queda cerca de una pizzería siempre llena de jóvenes. Pero antes de llegar, Samantha entra en un callejón pidiéndome de seguirla y yo le pregunto hacia donde vamos. No tiene el tiempo de responderme, que ya veo a Matthew con la espalda contra la

pared de una casa, con los brazos cruzados, mirarse los pies, que siguen jugando con una piedrita. Ella lo llama y él se voltea, alejándose de la pared. Lo veo acercarse y luego parar apenas frente a nosotras.

—Gracias, Samantha. ¿Puedes dejarnos solos? —pregunta amablemente.

—¡Sabes muy bien que no lo haré! No quiero que mañana la estén molestando por algo que no existe —contesta ella furiosa.

Él entiende y, mirándome, dice:

—¡No soy uno que ama los sentimentalismos, así que escucha lo que tengo que proponerte y antes de contestar piénsalo muy bien!

Lo miro con recelo, porque es obvio que piensa que no tengo un cerebro que uso regularmente y sigue:

—¡Quiero ayudarte a recuperar el año perdido! No es que me sienta culpable por lo que te pasó, ya que tus calificaciones no te ayudaban, aunque las cosas hubieran sido diferentes. Pero sé que también fue mi culpa y quiero solucionarlo de alguna manera.

—¡Yo tengo un cerebro y lo uso! —contesto amargada.

—No para estudiar por lo visto —responde petulante.

Lo miro furiosa y grito:

—¡No necesito ni de tu ayuda ni de tu arrogancia! Si no fueras Matthew Mitchell, no creo que las personas te dignarían de atenciones así que baja la cresta!

Me mira fastidiado y puntualiza:

—Créeme, no es una gran ventaja ser hijo del ‘señor Mitchell’ y estoy seguro que estaría más feliz, si fuera hijo del ‘señor Manara’.

Me pongo a reír y exclamo:

—¡Quisiera verte en esas!

—Y yo quisiera verte *a ti* en mi lugar —contesta pavoneándose.

Me pongo seria y lo observo perpleja, porque parece muy convencido de lo que dice. Hace un paso hacia mí y dice:

—Escúchame Giulia, sé que tus padres están Buscando alguien que te ayude y yo me propondré para eso. A Samantha le pagaban veinte euros al día y es lo que pediré también. Cuando estaremos a solas, te regresaré ese mismo dinero y podrás hacer con él lo que quieras.

—¿Porque deberías dármelos? —pregunto sospechosa.

Comienza a reír y me explica:

—Porque, por lo que tengo entendido, te pueden servir y yo no necesito dinero, como tú sabes.

Bajo la mirada pensativa y digo:

—No se porque quieres hacer todo esto, pero no había pensado que podría recuperar el año perdido y se que si lo hiciera, finalmente mis padres me dejarían respirar.

—¡Entonces acepta! —afirma serio.

No se que hacer y miro Samantha buscando ayuda. Ella me mira y dice:

—Estoy segura que tus padres no aceptarán y es inútil que te hagas mil pajas mentales.

Sonrío, porque se que tienes razón y Matthew dice:

—Si tu aceptas, me ocuparé yo del resto.

Lo miro intrigada y Samantha sigue:

—¡No hagas nada de imprudente Matthew, porque luego tu regresarás a tu casa dorada y será ella la que pagará las consecuencias!

Lo veo observarme pensativo y le explico:

—Yo no te odio así que no tengo nada que perdonarte. Perder el año me ayudó solo a cambiar y fue necesario. No tengo falsas ilusiones y se que nunca podré recuperar el año sola. Pero Samantha tiene razón: mis padres no te permitirán de entrar en nuestra casa. Y no es porque saben lo que pasó, yo no dije nada al respecto, sino porque simplemente eres un chico y mayor que yo.

Agacha la cabeza pensando y lo saludo. Me volteo y comienzo a alejarme.

—Adiós, Giulia —Le escucho decir con poca voz. Samantha se acerca y mientras alcanzamos sus amigas, dice:

—Yo creo que esta enamorado de ti.

—Quería solo remediar a un error. No soy la persona adapta para él —la corrijo convencida.

—Veremos... —responde pensativa.

En la plaza, me presenta sus amigas y luego vamos de compras. Son todas chicas ricas y verlas gastar su dinero sin problemas, pagando con la tarjeta de crédito que cada uno de sus padres les puso a disposición, me avergüenza. Yo también quisiera comprar algo, pero no lo hago, porque me daría pena pagar en efectivo y además, con cincuenta euros, no podría comprar mucho en esos negocios. Me limito a mirarlas entrar y salir de sus probadores y a seguir las a las cajas. Noto que otra chica no ha comprado nada y pienso que no le habrá gustado nada de lo que había en el negocio. Mientras estamos regresando, las otras están observando otra vitrina, ella se me acerca y me susurra:

—Si quieres, mañana podemos salir y ir de comprar en negocios menos caros.

La miro sonriendo y le digo que me gustaría mucho. Las otras chicas nos alcanzan y ella me toma del brazo, diciendo:

—Mañana no estaré y en el fin de semana tendré que ir a visitar mis abuelos.

Mientras todas comentan su afirmación, ella se voltea hacia mi y me susurra:

—Tu también deberías encontrar una excusa.

La miro divertida y oigo Samantha exclamar:

—¡Sabía que les iba a caer bien!

La miro divertida y ella se acerca diciéndome que ya es tarde. Después mira hacia su amiga, todavía pegada a mi brazo y exclama:

—Claudia. Es mejor que tú sepas que Giulia es *mi* amiga.

La miro perpleja, porque parece un ataque de celos y luego Claudia contesta:

—Tranquila, la tendré alejada de los locales que me gustan.

Samantha asienta y mirándome, dice:

—Vamos, Giulia. Le prometí a tus padres que habrías regresado pronto.

Saludo las otras chicas y la sigo. Mientras vamos llegando a mi hogar, le digo que puedo ir sola y ella me explica:

—Si, lo se, pero tengo que decirte un par de cosas. Claudia es una buena persona y puedes confiar en ella. Lo único es que no salgas con ella por la noche tarde y que estés lejos de los locales. Desafortunadamente exagera siempre con el alcohol y las estupideces sin darse cuenta. Giulia, que sea de día o de noche, cuando ella comienza a tomar, para ti es hora de volver a tu casa.

Pienso en sus palabras y ella continúa:

—Después de las vacaciones, regresaré a la universidad y no podré vigilar. ¡Entro de pocos meses serás mayor de edad y podrás tomar alcohol, pero no lo hagas! ¡Aléjate de todo lo que sea alcohol, cigarrillos o cualquier Droga!

Le digo que lo haré y ella se pone en frente mio. Agarra mis brazos y dice:

—Eres una buena persona, Giulia y los tuyos se equivocan en darte tantos castigos. ¡No entienden que así podrían despistarte, apenas tendrás un poco más de libertad y no te olvides de esta cosa! Ellos, tarde o temprano, te dejaran salir y tu *debes* aprender a seleccionar tus amistades. No tienes amigas y podrías seguir las que encontrarás, solo por el miedo de perderlas. Pero recuerda... ¡Es mejor perder una amiga que te lleva por el malo camino!

Asiento y le digo que entendí. Ella sigue caminando y cuando estamos cerca

de mi casa, dice:

—No quiero asustarte. Es solo que me pareces demasiado ingenua para este mundo.

—No soy tan ingenua —le comunico sonriendo.

La veo observarme nerviosa y le pregunto que sucede, ella mira hacia mi casa y luego hacia mi diciendo:

—¡Otra persona con la que tienes que prestar mucha atención, es Matthew! Giulia, todas nos hemos enamorado de él y muchas han caído en su trampa. Para arrepentirse al día siguiente. Tú le gustas y esto es evidente. Pero...

Ella deja de hablar y yo aprovecho para decir:

—Samantha. A mi no me gusta y no creo que lo volveré a ver.

Ella no me permite de decir nada más y exclama:

—Está ya en tu sala.

Camino hacia la ventana de mi casa y noto que está sentado en el sofá con mi madre. Lo miro desconcertada y oigo Samantha decir:

—¡Ve y recuerda todo lo que te dije!

Le respondo que lo haré y me apresuro a entrar. Abro el portón y corro hacia la sala.

—¡Llegaste! —Oigo decir a mi padre.

Su tono parece molesto por algo y lo miro tratando de entender si es cierto.

—¡Siéntate, Giulia! —dice mi madre sonriendo.

La miro rápidamente y alcanzo mi padre, sentado en el sofá frontal al que están ocupando Matthew y mi madre. Me siento y la miro asombrada.

—Matthew quiere ayudarte con el estudio y dice que está seguro de poderte ayudar a recuperar el año perdido —anuncia complacida.

Miro mal a Matthew y lo veo sonreír victorioso. Mi padre me pregunta que opino y antes de que tenga el tiempo de responder, lo oigo hablar:

—Señor Manara, como le dije, su hija y yo ya hablamos de esto y ella aceptó, porque sabe que estaréis orgullosos de ella.

Lo miro sorprendida y mi padre puntualiza:

—¡Señor Mitchell, nosotros estamos ya *muy* orgullosos de nuestra hija y no podríamos serlo más, en ningún caso!

Miro incrédula mi papá y Matthew responde:

—Os pido disculpas, hablé sin pensar. Es solo que Giulia quisiera tanto recuperar el año perdido y se que no se ha expresado, solo por el miedo de no ser capaz de hacerlo.

Lo miro desconcertada por las absurdidades que está diciendo y lo veo

observar mi papá pensativo.

—¿Giulia, que opinas? —me pregunta nuevamente mi padre.

Lo miro y cuando estoy por abrir la boca, mi madre afirma:

—¡Si pudieras recuperar el año perdido, me harías un regalo enorme!

La miro curiosamente y mi padre se levanta. Me volteo y lo veo de pie, mirando mi mamá y Matthew, mientras dice nervioso:

—¿Queréis dejarla contestar o tenemos que mudarnos en otra habitación para poder hablar sin que la interrumpáis?

Los observo y los veo mirarme esperando que diga la cosa apropiada. Mi padre se interpone entre Ellos y yo y, mirándome, me pregunta por la tercera vez:

—¿Giulia, tu que piensas?

Lo miro y veo que está furioso. Bajo la mirada y digo:

—No pensé que fuera posible recuperar un año, por lo menos no para mí. ¡Lo intentaré! —Y mirándolo, sigo:

—No creo que podré hacerlo sola, pero podría pedirle ayuda a una de las amigas de Samantha.

Mi papá se Tranquiliza y se sienta al lado mío, diciendo:

—Ya hablamos con ella y contactamos las dos chicas que nos había aconsejado. Una nos pidió demasiado y la otra está a punto de viajar.

—Matthew está dispuesto a ayudarte y a aceptar el mismo compenso de Samantha. Giulia, inténtalo y si no te gusta, buscaremos otra persona —dice mi mamá con un tono de voz que no me da ninguna oportunidad de rechazar.

Bajo la mirada nerviosa por la situación y Matthew dice:

—Os dejo solos para que podáis hablar y decidir. Señor Manara, le dejé mi número a su esposa y os pido el favor de llamarme apenas habéis tomado una decisión, aunque sea una rechaza A mi propuesta.

Levanto la mirada y lo veo salir de la sala con mi madre. Mi padre me llama y me volteo. Lo veo observarme y le pregunto en que está pensando. No tiene el tiempo de decir nada, que escucho mi madre pedirme de dejarlos solos y me levanto para ir hacia mi alcoba. Cuando estoy todavía en el pasillo, oigo mi madre preguntarle a mi padre si se da cuenta de la suerte que tenemos y me esfuerzo para oír a que se refiere. Inmediatamente, la escucho preguntarme que estoy haciendo y me asusto. Camino rápidamente hacia mi habitación y me encierro adentro, dando un portazo, aún asustada. Prendo el radio para dar a entender a mi madre que no escucharé su conversación y me acuesto en la cama boca arriba. Miro el techo y me pregunto porque Matthew

está haciendo todo esto.

Capítulo 2

¡Las vacaciones de navidad pasaron muy rápido! Mis padres buscaron desesperadamente alguna chica dispuesta a ayudarme y salí un par de veces con Claudia. Mis padres no encontraron a nadie y al final decidieron de aceptar la propuesta de Matthew, sobretodo porque saben que pronto cambiará ciudad para la universidad. Obviamente mi madre se preocupa de explicarnos que debemos estudiar en la sala y que ella se quedará en la cocina todo el tiempo. No lo volví a ver, ya que mis padres aceptaron solo cuando ya había comenzado el semestre el siete de enero y hoy tendré que estudiar por primera vez con él. Por lo que tiene que ver con Claudia, salí un par de veces con ella y seguí siempre los consejos de Samantha. Apenas ella me proponía de ir en este o ese bar, con una excusa, regresaba a mi casa. Solo una vez, en una pizzería, estando cerca de mi hogar y curiosa por saber que hacia exactamente Claudia cuando exageraba con el alcohol, me quedé con ella mientras se tomaba una cerveza. No me moví hasta la tercera, a pesar de que siguiera coqueteando con algunos hombres. Cuando uno comenzó a hacerlo conmigo y ella se alejó con su amigo, entendí que no habría sabido manejar la situación. Necesité de media hora para convencerlo que tenía que regresar a mi casa y me prometí a mi misma que no volvería a esperar que Claudia perdiera el control. Ella me pidió disculpas el día después y yo le expliqué que no regresaré nunca más en un local. Me sorprendió, cuando me preguntó si le habría contado algo a Samantha y le juré que no tenía intenciones de hacerlo. Efectivamente no tuve ni siquiera la ocasión de hacerlo, como Samantha y sus amigas, después de poco días, decidieron ir a esquiar y la vi solo el día antes de su regreso a la universidad.

Regresar al colegio, después de dos semanas pasadas a divertirme y a llenarme de dulces, no es muy agradable. Cuando veo a Matthew esperando a alguien cerca de la entrada, segura de que no quiera hablar conmigo, lo observo mientras me acerco y noto que su presencia me tranquiliza. Si todos me molestaban cuando me odiaba, ahora seguramente me miraran de otra

manera, porque saben que ahora somos amigos, pienso complacida; y para no darle satisfacción, le paso al lado fingiendo de no haberlo visto.

Me decepciona, cuando él me deja pasar sin decir o hacer nada y regreso a la realidad, cuando lo oigo coquetear con una chica. Corro hacia mi salón y me siento resignada. Matthew ostentará seguramente que está ayudando a una pobre muchachita, inepta y poco inteligente, a recuperar el año perdido. Terminadas las lecciones, salgo y me dirijo hacia mi casa, sin mirar a nadie, con el miedo de ver sonrisitas insolentes sobre la boca de todos. Durante el almuerzo, mi madre me recuerda que tendré que quedarme en la sala y que ella estará en la cocina. Asiento sin comentar. Pienso solo que seguramente desde mañana volverá a ser un infierno para mi y que todos se burlarán nuevamente de mi. Cuando Matthew llega, después de haberme saludado, se sienta sobre el sofá y me pasa una hoja, diciendo:

—Estas son todas las asignaturas que debes estudiar y presentar al examen, para poder hacer el salto. Mañana te traeré todos los libros y...

Mi madre no lo deja terminar y puntualiza:

—Es suficiente que nos des la lista de los libros que necesita y nosotros se los compraremos.

El se voltea y mirándola, dice:

—Señora, yo no los compré. Son libros que utilicé un par de veces y que no me sirven.

Pero ella no se rinde y afirma:

—Bien, siendo libros de segunda mano, te pagaremos la mitad del precio de venta.

Él la observa pensativo y luego asienta diciendo que harán como ella quiere. Se voltea hacia mi y añade:

—Giulia, trae tus libros de ingles y de administración de empresas. Vamos a ver en que punto estás con estas materias y en que podemos mejorar.

Me levanto y voy a cogerlos. Pasamos dos horas a repetir cosas que ya sabía y que ya había entendido. Cuando me pide de abrir el libro de inglés, mi madre llega con una vajilla de galletas y dos tazas de chocolate caliente. Constató que las galletas debe haberlas preparado esta mañana y esta cosa me molesta. No se porqué mi humor cambia de repente, pero la idea que con Samantha fuera suficiente usar las del supermercado y que para él las haya preparado con sus manos, me irrita. Como si quisiera lucir bien ante el hijo del señor Mitchell y el hecho de que lo haga de manera tan evidente, me incomoda y me crea dificultades. Prueba una galleta y después se felicita con

mi madre.

—Tu mamá seguramente estará tan ocupada que no tendrá tiempo de hacer galletas y lo entiendo. Ser ama de casa tiene sus virtudes y sus defectos —dice ella con una media sonrisa.

Asienta sin comentarios bebiendo su chocolate. Se lame el labio superior, para limpiarlo del chocolate que le había quedado encima y dice:

—¡Era justo lo que necesitaba! Hoy hace un frío...

Mi madre corre de inmediato a chequear el funcionamiento de los radiadores y yo me toco la frente con la Palma de la mano derecha, rogando que se vaya para la cocina lo más pronto posible. Ella sube la temperatura y le explica que pasarán algunos minutos, antes que el ambiente se caliente. No me atrevo a mirar a nadie y espero con la cabeza baja que este pésimo espectáculo termine pronto. Oigo Matthew agradecerla y ella decir que vuelve a la cocina. Hago un largo suspiro de alivio y oigo Matthew reír. Lo miro intrigada y lo veo mirarme divertido.

—¿De que te ríes? —pregunto molesta.

Se come otra galleta y exclama:

—La felicito nuevamente, señora Manara.

Me volteo preocupada hacia la cocina y veo mi madre sonreír feliz. Cuando regresa a la cocina, me invade una tristeza infinita y siento mis ojos llenarse de lagrimas. Me levanto diciendo que estoy agotada y me alejo. Matthew me agarra el brazo y me pregunta que pasa, perplejo. Lo miro, ya en lágrimas y digo decepcionada:

—Ahora entiendo porque quisiste hacer esta cosa...

Me observa curioso y me pide de seguir hablando.

—Quiero solo decirte que no puedo cambiar instituto y que si me harás la vida imposible, tendré que renunciar a graduarme —le explico llorando.

—¿Por qué debería hacerte la vida imposible? —pregunta resentido.

Me seco los ojos y la nariz con la manga de mi suéter, y puntualizo:

—¡Tranquilo, no le diré nada a mis padres ni siquiera esta vez! No les daré otra decepción y continuaré a fingir que esté todo bien.

Me escapo de su presa y voy hacia mi alcoba. Oigo mi madre preguntar dónde estamos y los pasos de Matthew hacia la sala. Entro en mi habitación y mientras cierro la puerta, lo escucho decir:

—Perdóneme, del afán se me había olvidado saludarla. Me acaba de llamar mi madre y estaba justo por irme.

Me acuesto en la cama bocabajo y pongo la almohada sobre mi cabeza.

Lloro cansada y desesperada, porque sé que desde mañana comenzará otra vez mi infierno y no sé cómo resolver esta cosa. Me imagino todos a esperarme para burlarse de mí porque mi madre le preparó las galletas a Matthew, para lucir bien y porque se derritió frente a sus elogios.

Cuando oigo tocar a la puerta y mi madre preguntar si puede entrar, me apresuro a secarme los ojos, sentándome en la cama.

—¿Por qué estás llorando? —me pregunta preocupada.

—Porque tengo miedo que os decepcionaré nuevamente —respondo mintiendo.

Ella se sienta a mi lado y me pregunta porque. La miro y le explico:

—Mamá, no creo de tener las capacidades para hacer este salto y no quiero que gastéis dinero inútilmente.

Ella baja la mirada y dice:

—Giulia, es una oportunidad que tenemos que aprovechar y es la única que tenemos. Llamé un montón de chicas y entre los que estaban disponibles, todos me pidieron veinticinco euros por hora. Había encontrado un par de chicas que me pedían sólo quince euros, pero haciendo dos cuentas, me hubieran salido más caras de lo que me pide Matthew.

—¿Y si lo intentara sola? —propongo esperanzada.

Ella me mira y contesta:

—Giulia, necesitaste ayuda para estudiar las materias de este año y ambas sabemos que no tienes los recursos para hacer este salto sola.

Agacho la cabeza herida por sus palabras, aunque sé que son verdaderas y ella se para diciendo:

—Seguirás estudiando con Matthew y aplicándote.

No tengo otra opción y acepto mi destino resignada.

Cuando me despierto, el día después, finjo de estar enferma para no ir al colegio y como no lo hacía desde hace mucho, mi madre me cree. Me da un susto cuando, durante la tarde, escucho mi madre gritar que Matthew ha llegado y irritada, los alcanzo en la sala.

Mi madre dice que nos deja estudiar y entra en la cocina.

—Trae los libros —me ordena nervioso.

Asiento y lo hago. De regreso a la sala, él abre un libro y comienza a hacerme preguntas para decidir por dónde comenzar. Si no contesto o me equivoco, me pasa el libro y me pide que lea. Lo hago y apenas termino, me explica lo que acabo de leer. Luego coge nuevamente el libro y me pide que repita lo que me explicó. No sé si es por el nerviosismo, pero las cosas se me

imprimen en la mente con más facilidad de lo normal y cuando mi madre trae la misma vajilla con galletas y chocolate caliente, él agradece sin quitar los ojos de los míos, que lo observan en cada movimiento. Apenas mi madre se aleja, le da un rápido vistazo y luego pregunta:

—¿Por qué no fuiste al colegio hoy?

—Porque estaba enferma —respondo arisca.

No solo mis padres me vigilan, ahora este tipo también, pienso nerviosa.

—¿Mañana piensas que estarás bien? —pregunta enojado.

Lo miro mal y oigo los pasos de mi madre acercarse. Matthew toma rápidamente la taza y toma un sorbo de chocolate. Veo mi madre aparecer de la cocina y observarlo complacida. Bajo la mirada irritada y oigo sus pasos alejarse.

—Más te vale que vayas al colegio mañana —puntualiza Matthew con tono intimidatorio.

Lo miro mal y cuando estoy por decirle que no es problema suyo lo que hago o no, él comienza a hacerme una serie de preguntas en inglés. Contesto a las que entiendo y hago de cuenta que no me hizo las demás. No se me hace raro que hable perfectamente inglés, pero cada vez me hace un raro efecto escucharlo y lo observo impresionada. Él sigue haciéndome preguntas y espera triunfante mis respuestas. Sigo contestando como puedo y él me pasa el libro pidiéndome de leer. Me salva mi madre, que después de no sé cuantas horas, sale de la cocina y dice:

—Matthew, ya es tarde. Es mejor que regreses a tu hogar.

La mira y asienta parándose. Mi madre lo acompaña a la puerta para después regresar a la sala afirmando:

—Creo que al fin encontraste alguien mas terco de ti.

Su sonrisita satisfecha, me da una rabia absurda y recojo nerviosa mis libros, para irme a encerrar en mi cuarto. Durante la cena, mi madre elogia Matthew y sus modales, y mi padre escucha observándome pensativo. Ninguno de los dos se atreve a comentar todas sus afirmaciones y la dejamos hablar sin ni siquiera escucharla. Cuando terminamos, la ayudo a arreglar la mesa y luego de haber dado la buena noche, voy hacia mi habitación.

El día después, sigo fingiendo que estoy enferma y esta vez mi madre asienta convencida que recuperaré con la ayuda de Matthew, en la tarde. Asiento con la cabeza nerviosamente y ella sale de mi cuarto, satisfecha. Para avalorar mi tesis, me quedo acostada en la cama hasta la hora del almuerzo y mi madre me trae algo de comer a mi habitación. Se dio cuenta que estoy

mintiendo y, aunque tenga hambre, no como nada con la esperanza que se convenza. Cuando llega Matthew, ella entra en mi cuarto y recogiendo la vajilla intacta, dice:

—Si no te sientes bien, puedo hacerlo venir aquí y yo me sentaré sobre la cama contigo.

La miro impresionada y para no rendirme, acepto su propuesta. Ella me observa un momento y sale diciendo que va a llamarlo. Me siento en la cama y miro la puerta preocupada, deseando que no lo deje entrar seriamente. Cuando la veo caminar por el pasillo con Matthew detrás, me preocupo demasiado y la observo sin entender, mientras ella se sienta a mi lado, diciendo:

—Sigue, por favor. Siéntate —Levantando la mano para indicar la silla del escritorio.

Lo hace y coge un libro que estaba cerca de él. Lo abre y comienza a hacerme preguntas.

Los miro perpleja y mi madre me ordena de contestar. Puedo soportar uno de ellos a la vez, juntos es demasiado, y me levanto diciendo:

—Esperad en la sala. ¡Me visto y os alcanzo!

Los veo alejarse sonriendo y me apresuro a vestirme, antes de que tengan el tiempo de fraternizar demasiado. En la sala, encuentro Matthew esperándome y oigo mi madre, desde la cocina, decir:

—Te los dejo en una bolsita y espero que también le gusten a tu mamá.

—Le gustarán seguramente y querrá la receta —contesta juguetón.

Me siento y lo miro furiosa. Él asienta y me pasa el libro, ordenándome de leer. Esta vez también, es mi madre a señalarnos el horario, cuando sale de la cocina con una bolsita en la mano y nos observa sin decir nada. Matthew la mira y luego se para diciendo:

—Por fin estás bien, Giulia. Mañana podrás regresar al colegio sin problemas y te aconsejo que hagas tu examen oral de inglés, porque estoy seguro que sacarás una buena calificación.

Bajo la mirada preguntándome como diablos hace para saber que mañana tengo inglés y oigo mi madre saludarlo amigablemente. Recojo mis libros y me voy a mi habitación. No digo una palabra durante toda la cena y cuando mi padre afirma que no quiere volver a escuchar nada sobre Matthew, mi madre lo observa preocupada. No se enoja fácilmente, pero cuando lo hace, el que esté frente a él tiene que temer lo peor y, en esta ocasión, es evidente que mi madre es la persona que se encuentra en el lugar equivocado y más incómodo. Me paro y me alejo.

—Deja así los platos y vete a descansar —le escucho decir a mi padre nervioso.

Les deseo que tenga una buena noche y me voy hacia mi cuarto. Quisiera escuchar la discusión entre los míos, pero no me arriesgo a quedarme en el pasillo, porque se que mi madre lo revisa siempre antes de hablar con mi padre y me apresuro a prender el radio, para tranquilizarla.

Me levanto determinada a no ir al colegio, pero se que mi madre seguramente no creería otra vez a la mentira que estoy enferma y decido de pasar el día en la ciudad. Preparo la mochila y, antes de salir, la saludo. Estoy segura que me está vigilando desde la ventana, así que me encamino hacia el colegio y, apenas estoy fuera de su visual, entro por una callecita para dirigirme hacia la ciudad.

—¿Adonde coño vas? ¡La escuela es hacia el otro lado! —Le oigo afirmar a Matthew rabioso.

Me volteo incrédula y le pregunto:

—¿Que es lo que quieres de mi?

Se acerca y, agarrándome el brazo, exclama:

—¡Es la primera vez que una mujer va en la dirección contraria a la mia y esto me está molestando bastante!

Trato de liberarme de su presa y él, apretando sus dedos sobre mi piel, me pregunta:

—¿Por qué te portas así? No entiendo que te hizo enfadar esa noche.

Lo miro nerviosa y le grito que me está lastimando. Me suelta y me alejo de inmediato. Cuando creo que logré liberarme de él, me siento agarrar por la cintura y jalar hacia atrás. Veo mi mochila arrastrar por el pavimento, mis pies levantarse del suelo y mis piernas colgar. No entiendo que diablo está pasando y, apenas mis pies tocan nuevamente el piso, me levanto mirándome confundida a mi alrededor. Me empuja con fuerza contra la pared y veo Matthew mirarme furioso, diciendo:

—¡Dime que te hizo llorar esa noche y lo resolvemos!

Lo miro enfurecida y le grito:

—¡Te burlaste de mi mamá todo el tiempo! ¡No veías la hora de avergonzarme y lo hiciste! ¡Apuesto que el día después debes haber reído de mí y de mi madre! ¡Estoy segura que le habrás contado a todos de cómo ‘la señora Manara’ haya intentado conquistarte con esas putas galletas! ¡Mi mamá *no* es la profesora de inglés y aunque no tengamos una casa de *mil metros* cuadrados, no necesitamos lamerle el culo a un niño consentido como tú!

Me suelta y retrocede de un paso, mirándome confundido. Siento mis ojos llenarse de lagrimas y me alejo antes de comenzar a llorar. Él me empuja contra la pared teniéndome por los hombros y dice:

—¡Ahora escúchame! ¡Yo no le dije nada a nadie, porque no hay nada que decir! ¡Nunca me burlé de tu mamá, pero me divertían las caras que hacías tú y por la casa de mi padre... no todo lo que es oro brilla!

Lo miro llorando y él sigue:

—¿Quieres llorar por algo? ¡Ok! ¡Te diré una cosa, *de mi maravillosa vida*, que nadie sabe y si se la cuentas a alguien no tendré problemas solo en el colegio!

Lo miro curiosa y cuando me suelta, saco un pañuelo de mi mochila para limpiarme ojos y nariz.

—Tengo un hermano menor —Le oigo decir mientras estoy todavía agachada.

Lo miro perpleja y le pregunto:

—¿Que estás diciendo? Tú tienes dos hermanos mayores, casados y con hijos. No tienes ningún hermano menor.

Baja la mirada y explica:

—Cuando nació, pesaba solo setecientos gramos. Aunque todos lo dieran por vencido, luchó con todas sus fuerzas y lo logró. Pero le causó daños permanentes tanto cerebrales cuanto físicos.

Lo interrumpo y le digo que es solo una tontería. Me empuja nuevamente contra la pared rabioso y puntualiza:

—¡Ahora está en una clínica en Suiza y yo puedo verlo solo una vez al año, y sin que mis padres se enteren!

Me doy cuenta que dice la verdad y le pregunto:

—¿Por qué en Suiza?

Me suelta y recoge mi mochila, contestando:

—¡Porque los Mitchell tienen que ser perfectos!

Cuando me pasa la mochila, la cojo y le pido que sea más claro.

—¡Giulia, ahora tú sabes algo que podría arruinarme la vida! Y no te la dije para darte lastima o para responder a las mil preguntas que quisieras hacerme. Lo hice solo para que entendieras que a veces, detrás de una bellísima apariencia, se esconde una triste realidad.

Le digo que entendí y él me pregunta si estoy lista para ir al colegio. Le hago notar que ya es demasiado tarde y él, después de haber mirado su reloj, afirma que puedo entrar para la segunda hora. Acepto y nos marchamos hacia

la escuela. Pienso en lo que me contó, en la historia de su hermano y son miles las preguntas que quisiera hacerle. Lo observo y lo veo mirar hacia adelante. Que raro, aunque sea solo un joven, parece tener sobre la espalda los problemas de un adulto y, no se porque, en ese momento busco su mano y se la aprieto. Se voltea y me mira sorprendido, alejando su mano y yo bajo la mira avergonzada.

—¡No estoy buscando novia, Giulia! —Le oigo afirmar orgullosamente.

Me pongo a reír y me alejo puntualizando:

—¡Era solo un gesto bonito, no una propuesta de matrimonio!

Me alcanza después de poco y lo veo sonreír.

—¡Y solo a título informativo, no me gustan los hombres con el cabello castaño! —añado divertida.

Se ríe y dice que fingirá creer que sea cierto. Me pongo seria y le grito que es verdad. Se sigue riendo, coge mi mano y con pasos más largos, dice que ya está tarde. Lo sigo sin tener otra opción y cuando llegamos, me apresuro a alejarme de su presa. Lo saludo y me dirijo por el pasillo hacia mi salón. Entro en clase vendiéndole una excusa a la profesora y corro a sentarme.

—Señorita Manara, ¿caemos en los viejos hábitos? —pregunta ella molesta.

—¡No! Es que... cuando me di cuenta que estaba mejor, decidí venir al colegio para evitar de perder otro día —explico convencida.

Ella asienta mirándome sospechosa y me pregunta si aproveché para estudiar en estos días. Le digo que si y ella afirma:

—Entonces venga, señorita Manara y sorpréndanos.

La miro perturbada y me paro resignada. Una vez frente al tablero, ella comienza a hacerme preguntas y yo a responder. Me sorprendo de mi misma cuando me veo capaz de seguir el ritmo de esa evaluación y a pronunciar palabras, que una vez ni siquiera habría intentado decir. Inglés nunca ha sido mi asignatura preferida y Samantha tampoco había podido hacer milagros. La profesora, amargada, abre el libro y comienza a hacerme preguntas sobre temas que todavía no hemos estudiado. Trato de decírselo y me manda a sentar diciendo:

—¡En vez de ser polémica, aplíquese más en llegar temprano al colegio y estudiar!

Me siento y la oigo añadir:

—Le doy siete y ojalá que siga estudiando así.

Sonríó feliz y ella llama otra chica al tablero. Terminadas las clases, me

dirijo hacia la salida buscando Matthew con la mirada para contarle de mi buena calificación y me miro alrededor, buscando su abrigo azul, que no pasa inobservado entre miles de chaquetas deportivas. Cuando lo veo, lo observo decepcionada y me encamino hacia mi casa. Estaba jugando con un mechón de pelo de una rubia y ella tenía una mano sobre su pecho. No estoy celosa porque él no me gusta y pienso que podré contarle de mi evaluación esta tarde.

Cuando entro en casa, se lo cuento a mi madre y ella comienza:

—¡Matthew está haciendo un trabajo maravilloso!

A veces parece que me odia y me pregunto si tal vez sea culpa de todas las decepciones que le he dado, que la han transformado en una persona tan dura. Almorzamos en silencio y luego me encierro en mi habitación para hacer un par de deberes. Después de un rato mi madre me llama, diciendo que Claudia me está esperando y voy a ver que está pasando. La veo esperarme en el portón y le pregunto a Claudia porque está aquí.

—¡Giulia, necesito un favor! Ya hablé con tu mamá y ella dijo que puedes venir —afirma rápidamente.

La miro curiosa y la veo coger mi chaqueta, ella ríe y me susurra:

—Tu madre se lo creyó.

—¿De que estas hablando? —pregunto sin entender.

—Pensé que estabas cansada de estudiar y vine a salvarte —contesta complacida.

Me gusta salir con ella y le explico que tengo solo una hora. Me pregunta la razón y le explico que tengo que preparar mi examen de derecho de empresas.

—Tranquila, vamos a caminar un rato y luego regresamos a tu casa.

Acepto y vamos al centro comercial, donde hay varios negocios que venden vestuario y a buen precio. Y como ambas tenemos el carnet, decidimos tomar el bus. No tengo dinero conmigo y no puedo comprar nada. Pero me divierto probándome vestidos de todo tipo y, cuando me gusta algo, me prometo regresar a comprarlo. Cuando se acercan dos mujeres y tres hombres, sus amigos, me presento y todos juntos, seguimos viendo las vitrinas. Después de diez minutos, me siento incómoda y le digo a Claudia que tengo que regresar a mi casa. Ella me pide que me quede media hora más y acepto de esperarla. No me gusta la actitud de estos chicos, por las groserías y por los comentarios desagradables sobre todas las mujeres que ven pasar. Pasada media hora, le recuerdo a Claudia que tengo que regresar a mi hogar y uno de ellos, tomándome del brazo, dice:

—Vamos Giulia, no seas aguafiestas.

Lo esquivo y le repito a Claudia que me tengo que ir. La veo ocupada con otro de sus amigos y me alejo. No es la primera vez que Claudia me deja sola en situaciones que no me gustan y decido que no volveré a salir con ella. Ella me alcanza y agarrando mi mano, me pregunta:

—¿A donde vas?

La miro y le digo que estoy cansada. Cuando veo llegar los demás, deseo que Claudia entienda y me deje ir. Ella me pide otra media hora y yo le explico que no puedo seguirla esperando. El chico de antes, pone una mano en mi cintura y me jala hacia su cuerpo. Estoy harta y después de haberlo empujado, me alejo. Voy a la parada del bus y espero el próximo. Claudia me alcanza y me pide disculpas. Asiento y una vez que estamos en el bus, me pregunta si le contaré a Samantha lo sucedido. Le digo que no lo haré y ella, más tranquila, me cuenta:

—Para darle gusto a mis padres, salgo con ellas también, pero a veces me siento observada y juzgada, y para relajarme, salgo con otros amigos, que se parecen más a mi. No quiero que pruebes mi misma vergüenza con Samantha y te juro que de ahora en adelante saldremos solo tú y yo.

—¿Porque te sientes incómoda con Samantha? —pregunto sorprendida.

Ella comienza a reír y me explica:

—Somos amigas desde hace diez años, porque vivíamos en la misma zona y frecuentábamos el mismo colegio. Ella se hace la que no sabe y tiene la boca cerrada con las otras chicas...

—¿De que estás hablando? —pregunto curiosa.

—Hace un par de años, nos hemos visto obligados a vender nuestra casa para pagar las deudas de mi padre y nos mudamos en un apartamento en arriendo. Ya no somos tan ricos como antes y mis padres ya no son invitados a las ceremonias exclusivas, organizadas por los padres de las otras chicas. A mi madre le han dicho que lo hacen para no hacerla sentir incómoda, ¡pero nadie les cree!

Ya tenia entendido que Claudia no tenía la misma disponibilidad económica de las otras chicas y le hago notar:

—Mi madre es ama de casa y mi padre es un obrero. Te aseguro que nosotros tampoco navegamos en el oro.

—Por eso no entiendo porque te tiene bajo su ala protectora —explica pensativa.

Reflexiono sobre esa afirmación y le explico que nos conocimos porque venía a ayudarme con algunas asignaturas. Ella niega con la cabeza y dice que

no puede ser por eso. Le pregunto porque lo piensa y ella me explica:

—Samantha está acostumbrada a obtener todo lo que quiere y por lo visto tú tienes o puedes darle algo que no puede conseguir sola.

—No tengo nada ni siquiera las amistades para darle cualquier cosa necesite —puntualizo divertida.

Ella asienta y dice que hemos llegado. Me levanto y la sigo afuera. Se voltea y dice:

—No se si tenga algo que ver, pero ella siempre estuvo enamorada de ese chico.

Le pregunto de quien está hablando y ella responde:

—¡Matthew Mitchell no es estúpido!

Le pido que sea más clara y ella dice que ya habló demasiado. Asiento resignada y ella me pregunta si quiero que me acompañe hasta la casa. Le digo que no y nos saludamos. Mientras me dirijo hacia mi casa, pienso al hecho que Samantha nunca me escondió de tener un débil por Matthew y decido que es mejor alejarme de Claudia, para evitar que me ponga en la boca palabra que no he dicho. Mientras me acerco a mi casa, desde la ventana del salón, veo Matthew y mi madre hablar como si fueran amigos desde hace mucho. Los observo molesta y, si no la conociera, juraría que mi madre está coqueteando con él. No teniendo ni siquiera cuarenta años no podría ser su madre...a menos que no hubiese quedado embarazada a dieciséis años... ¿en que voy pensando? Me pregunto alejando esos pensamientos con un gesto de la cabeza y supero la cerca de nuestro jardín, para acercarme al alféizar de la sala. Solo porque los demás tienen un jardín perfecto, mi madre decidió llenar el suyo de rosas. Pensaba que fueran flores que no necesitaban muchas atenciones y, por eso mismo, creo que nunca las pudo. No me había dado cuenta que entrar en nuestro jardín podía ser más peligroso que atravesar una selva y trato de abrirme camino entre tallos más altos que yo, ya secos y cubiertos solo de espinas. Cuando me quedo atrapada a mitad del camino y siento la chaqueta jalarme hacia atrás, realizo que debe haber quedado enganchada en algo. Trato de voltearme para ver a que y oigo Matthew decir:

—¡Buenas noches, señora Manara y gracias!

Sin pensarlo, me agacho para esconderme y el dolor que me invade se vuelve más agudo ya que no puedo gritar para liberarlo. Me muerdo el labio y trato de resistir sin moverme de un milímetro.

—¡Si, lo haré, señora! —Oigo decir a Matthew.

Finalmente escucho el portón cerrarse y espero para darle tiempo a

Matthew de alejarse. Trato de liberarme de las espinas que están cerca a mi cara y termino por picarme los dedos. Aprieto los dientes por el dolor y, cuando creo que Matthew esté lo suficientemente lejos, jalo las mangas de mi chaqueta para cubrirme las manos. Me levanto con calma alejando los tallos llenos de espinas y cuando finalmente estoy libre, hago un suspiro de alivio. Me encamino adolorida hacia la cerca y me chupo el índice que pierde sangre. Cuando me volteo para ir hacia el portón, veo Matthew observarme con los brazos cruzados, sonriendo divertido y me da un susto. Camino rápidamente hacia el portón. Lo oigo reír rumorosamente y decir:

—¡Claro que te las inventan todas para no estudiar!

Lo miro mal y respondo:

—¡Y tú te las inventas todas, para seducir a las mujeres casadas!

Abro el portón y cuando veo mi madre observarme furiosa, deseo que no haya oído lo que acabo de decir.

—¡Cierra el portón! —me ordena furiosa.

Lo hago y intento explicarle:

—Claudia me pidió que la esperara y se hizo tarde.

—¡Vete a tu habitación y espérame allá! —me ordena alejándose.

Agacho la cabeza y hago lo que me pide. Sé que está por darme una paliza y decido quedarme con la chaqueta puesta, con la esperanza que su ira se concentre sobre mis brazos. Cuando la veo entrar con una cuchara de palo, comienzo a llorar y le repito:

—Te juro que fue culpa de Claudia.

Ella comienza a golpearme sobre los brazos y yo de impulso me cubro la cara. Ella sigue siempre más fuerte y yo, consiguientemente, me tiro sobre la cama, pidiéndole disculpas. Cuando me golpea las piernas, siento un dolor terrible y sigo pidiendo perdón, esperando que se calme. Ella es una furia y golpea a la ciega, cuidadosa solo de no golpear la cabeza. No sé por cuánto tiempo sigo tratando de evitar en vano sus golpes y cuando por fin para, las lágrimas han dejado de salir. Estoy enfadada y la observo desorientada, mientras me siento sobre la cama. Ella respira muy fuerte y mirándome de mala manera, afirma:

—Quisiera ver la reacción de tu padre, si descubriera que opinas de mi.

Escucho perpleja y ella sale, dando un portazo. Realizo que escuchó lo que le dije a Matthew y por el miedo que se lo cuente a mi padre, corro a disculparme. No está ni en la sala ni en la cocina. Me acerco a su alcoba y cuando estoy cerca a la puerta, la oigo llorar. Toco la puerta y pregunto si

puedo entrar.

—Giulia, ve a ducharte y a cambiarte, que esta llegando tu padre —le oigo decir sollozando.

Abro la puerta y la veo sentada en la cama con un pañuelo en la mano. La habitación es iluminada solo por La Luz que entra desde la ventana, debida a los faroles que acaban de encender en la calle. Me acerco y digo:

—A veces me pregunto si seríais más felices sin mi. —Llorando.

Ella me observa y resopla:

—Y yo me pregunto si hubieras sido más feliz en otra familia, con padres más permisivos y menos exigentes.

Su respuesta me desplaza y no sabiendo como contestar, le pido perdón. Ella se seca los ojos y dice:

—Giulia, yo crecí en una familia donde las reglas tenían que ser respetadas y no nos permitían decir no. Me había prometido que si algún día hubiera tenido un hijo, no me hubiese comportando de esa misma manera y hoy, Matthew me hizo entender que estoy cometiendo los mismos errores que cometió mi madre conmigo.

La miro consternada y le pregunto de que hablaron. Ella se para y empujándome hacia el pasillo, dice:

—¡No tiene ninguna importancia! Ve a cambiarte, que tu padre está llegando.

Me alejo decepcionada y cuando me llama, me volteo hacia ella.

—El único hombre que tuve hasta ahora es tu padre y no lo cambiaria con nadie —afirma con convicción mirándome.

Le pido perdón y ella también por la paliza que me dio. Asiento y alejándome, le digo que me la merecí. Recojo lo necesario para ducharme y luego voy al baño. Mientras me desvisto, noto que mis piernas están llenas de líneas rojas, bastante hinchadas y cuando estoy desnuda, me miro al espejo. Tengo el cuerpo de una mujer pero las contusiones que lo desfiguran lo hacen parecer al de una niña y me pregunto si soy yo que no quiero aceptar que ya soy una mujer o si es mi madre que todavía se obstina a verme como una niña. Cuando oigo la voz de mi padre, me ducho rápidamente y me pongo la ropa interior y la pijama. Mientras me lavo los dientes, noto algunos moretones en la cara y los observo acercándome al espejo. Tal vez me moví mientras mi madre me golpeaba y un par de golpes me rozaron el rostro. Son pequeñas rayas rojas y para esconderlas, uso el rubor de mi madre. Cuando termino, hago un respiro profundo y salgo. Mientras me acerco a la sala, pienso que con

esa frase hubiera querido afectar a Matthew y al fin terminé hiriendo mi madre, haciéndole creer quien sabe que cosa sobre ella. En la sala, veo mi padre observarme sonriendo y entiendo que mi madre no le ha contado nada. La alcanzo en la cocina y le agradezco. Ella asienta y me pide que ponga la mesa. Mientras cenamos, mi padre me pregunta como va el estudio con Matthew y yo agacho la cabeza sin responder.

—¿Que está sucediendo? ¿Por qué no contestas? —pregunta sospechoso.

Miro mi madre trastornada y ella habla:

—Hoy sacó una excelente calificación en inglés. Siete. Le dije que saliera un poco. Cuando llegó Matthew, le conté de la calificación y le dije que hoy merecía de divertirse un rato. Él dijo que deberíamos dejarla más libre y que podemos estar tranquilos, ya que es una buena persona.

Mi padre me pregunta impresionado si es cierto y yo le digo que sí sonriendo, entendiendo que habla de mi calificación. Él sonríe feliz y yo miro mi madre para agradecerla. Mientras charlamos, comienzo a bostezar y mi madre me aconseja de ir a descansar. Le pregunto si necesita ayuda con los platos y cuando dice no, me dirijo hacia mi alcoba. Cuando me acuesto en la cama, siento arder mis piernas y cada parte de mi cuerpo. Doy vueltas en la cama con la esperanza de dormirme, pero a medianoche cansada y adolorida, me levanto a buscar una crema refrescante para aliviar el ardor. Luego de haberla esparcida en todo el cuerpo, me acuesto en la cama sin ponerme la pijama, buscando una posición cómoda y por fin me duermo.

Me despierto y miro el reloj. Me asusto cuando veo que son las 10.30 y corro a vestirme. Apenas me siento, despierto un dolor atroz en las piernas y me acuesto nuevamente en la cama. Las observo y las que ayer eran solo rayas rojas, ahora son hematomas. Veo la puerta abrirse y me cubro inmediatamente. Mi madre entra con una vajilla y dice:

—Lo siento, Giulia. Exageré.

—Yo también —digo con poca voz.

Ella pone la vajilla sobre la mesa de noche y dice:

—Quédate acostada y cómete algo.

Le agradezco y ella alejándose, sigue:

—Esta tarde, estudiaréis aquí. No quiero que Matthew piense mucho en las palabras que dijiste ayer y es justo que trabajéis en paz.

Bajo la mirada reflexionando y le oigo decir:

—Estoy confiando en ti, Giulia, no me hagas arrepentir.

La miro curiosa y veo la puerta cerrarse. En la vajilla hay un sándwich y

zumos de fruta, y decido vestirme, antes de comer. Me levanto con calma y me pongo nuevamente la crema en todo el cuerpo. Luego cojo una sudadera y me la pongo. Tiendo la cama y cojo la vajilla. La pongo sobre mi escritorio y me siento. Cuando estoy por morder mi sándwich, pienso que mi madre también está comiendo sola así que me voy hacia la cocina, con la vajilla en la mano. La veo pensativa tomando café y para hacerla reír, digo:

—¿No crees que es hora de podar esas rosas?

Ella me mira perpleja y yo me siento, siguiendo:

—Ayer, traté de esconderme cuando vi a Matthew salir.

—¿Por qué te escondiste? —pregunta curiosa.

—¡Porque sabía que me habría regañado! —digo mintiendo.

Ella comienza a reír y afirma:

—Y pensar que me pregunto porque te había dejado salir.

—¡Él habla siempre demasiado! —exclamo amargada.

Ella se sigue riendo y yo le pregunto porque aceptó su propuesta de ayudarme. Se pone seria y después de haber tomado un sorbo de café, me cuenta:

—Matthew es un buen partido y, al principio, deseé que no lo hiciera solo para ayudarte. Pero ayer entendí que te ve como una hermana menor y nada más.

—Pareces decepcionada —digo sonriendo.

Ella me mira y afirma:

—Creo que sea el sueño de cada madre y de cada hija.

Asiento poco convencida y ella añade que tengo que comer algo. Cojo un sándwich, se lo paso y luego cojo otro para mí. Por la primera vez charlamos de mujer a mujer y cuando me pregunta si hay algún chico que me gusta, me paro afirmando que no tengo tiempo para esas cosas. Mientras pongo la vajilla en su lugar, la siento levantarme la camiseta y le pregunto que está haciendo.

—Acuéstate bocabajo, que voy a ponerte una pomada —Le oigo decir a voz baja.

Cuando me volteo, la veo salir de la cocina y me voy a mi habitación. Me quito la camiseta, me acuesto y cuando siento su mano pasar delicadamente la pomada sobre mi piel, le digo que no pasó nada, para tranquilizarla. Ella sigue sin comentar y yo me relajo tanto que me duermo. La oigo llamarme y me volteo para mirarla.

—Llegó Matthew. Ponte la camiseta y espéralo aquí —dice con calma.

Tomo mi camiseta bostezando y me la pongo, mirándome alrededor

somnolienta.

Cuando veo Matthew entrar solo, lo observo atontada y lo veo sentarse en el escritorio, dejando la puerta abierta. Lo veo observarme y le pregunto porque lo hace.

—Tu madre dice que no te sientes bien y estoy tratando de ver si es cierto o si es otra excusa —afirma malhumorado.

Le pido un minuto y salgo para ir al baño a lavarme la cara, así que el agua fría pueda despertarme del torpor en el que estaba. Me seco y vuelvo rápidamente a mi cuarto. Me siento en la cama y lo veo observarme preocupado.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —pregunto nerviosa.

Él se para y se acerca. Agarra mi cara y la voltea de lado. Le pregunto que está haciendo y él, sin responder, se sienta a mi lado y trata de levantarme la camiseta. Me paro de golpe bajándola y le pregunto:

—¿Que te pasa?

—Déjame ver, Giulia —me ordena parándose.

Me alejo, retrocediendo y lo miro trastornada. Él se acerca y trata nuevamente de levantarme la camiseta.

—¡Matthew, ya no más o te juro que comienzo a gritar! —digo nerviosa.

Mi habitación queda lejos de la cocina y mi madre podría escucharme solo si comenzara a gritar. Él me empuja contra la pared, me pone una mano en la boca y con la otra mano trata de levantarme la camiseta. Trato de liberarme de su mano y después de haber logrado levantarme un poco la remera, se aleja mirándome nervioso.

—¿Fue tu madre? —pregunta fastidiado.

—¡No te metas en asuntos que no te pertenecen! —afirmo molesta.

—¡Giulia, dime si fue ella o te juro que voy a preguntárselo directamente! —amenaza furioso.

Lo miro preocupada y le digo:

—Te suplico, no lo hagas o pensará que te conté todo.

Él asienta y me pregunta porque lo hizo. Me siento sobre la cama y le cuento:

—Escuchó lo que te dije ayer y obviamente me castigó.

Se sienta en la silla cerca al escritorio y dice:

—Giulia, no se que te contaron. ¡Pero yo nunca estuve con una mujer casada! No quiero novias y todos los problemas que significaría tener una. Me divierto solo con mujeres adultas, porque saben que no habrá nada más que

sexo y al día después vuelven a sus vidas.

—¿Sucedió lo mismo con la profesora de inglés? —pregunto molesta.

Niega con la cabeza y contesta:

—Con ella me equivoqué, cuando acepté verla más veces, dejándole creer cosas que no existían. Cuando fui claro, ella se enfadó y pensó que, si hubiera revelado algo, yo habría cambia idea. Fue a mi casa y le contó todo a mi mamá. Pero yo lo supe solo después de mucho tiempo...

Lo miro perpleja, porque sabía que había sido un profesor a contarle todo y le pregunto en que piensa. Toma un libro y dice que tenemos que estudiar. Me doy cuenta que no dirá nada más y respondo a sus preguntas. Seguimos repitiendo las cosas hasta que no me caben en la cabeza y, cuando llega mi madre con una torta y el chocolate caliente, paramos. Ella nos pide disculpas y deja la vajilla sobre la mesa de noche. Cuando está por salir, Matthew la mira y ella se voltea.

—Noté algunos hematomas en el cuerpo de su hija y como ella no me quiere decir como se los hizo, quería preguntarle si usted sabía algo —dice Matthew sin quitarle los ojos de encima.

Lo miro furiosa y luego observo mi madre, que por primera vez no sabe que decir.

—Entiendo que usted no sepa nada al respecto. De todos modos, puede estar tranquila, si tuviera que volver a suceder, me encargaré yo personalmente —sigue Matthew serio.

Mi madre lo mira asentando y sale sin decir una palabra. Yo miro Matthew furiosa y digo:

—¡Eres un niño y crees de saber todo de todos! ¡No te permitas nunca más de hablarle así a mi madre!

Me observa un momento y luego sigue leyendo.

—¿Escuchaste lo que te dije? —pregunto irritada.

Cierra el libro y va a la puerta. Mira hacia el pasillo que no esté mi madre y luego, mirándome, responde:

—¡Eres tu la que cree de saber todo! —Mientras levanta una manga de su suéter.

Cuando le veo un moretón enorme en su brazo, me paro para observarlo mejor y acariciándolo, le pregunto si fue su padre. Se arregla el suéter y dice:

—Ya te había dicho que un Mitchell tiene que ser perfecto.

Lo observo y en sus ojos leo toda su angustia. Lo abrazo y le susurro que lo siento, conmovida. Me aprieta y dice:

—Giulia, tu podrás ir donde quieras y crearte la vida que mas deseas. Tienes solo que aplicarte para recuperar el año perdido y con un diploma podrás alejarte de todo esto.

—Tu también puedes —le hago notar mirándolo.

Sonríe y dice:

—Vuelve a estudiar, Giulia y demuéstrole al mundo lo que vales.

Asiento y me siento en la cama. Él se sienta en la silla y comienza a leer. Mientras lo observo, me arrepiento de todas las maldades que le dije y le pido:

—Háblame de ti.

Levanta la cabeza y me observa sorprendido.

—Háblame de ti, Matthew. Debe haber algo que tienes adentro y quisieras gritarle al mundo. Esas cosas que no le puedes contar a nadie y que se acumulan, hasta ahogarte por dentro —pregunto con calma.

Miro la puerta, entiendo y sigo:

—Vamos a caminar un rato —Mientras me paro para ponerme un par de zapatos cómodos.

Cuando me volteo, lo veo aún sentado con el libro en las manos y me arrodillo frente a él, diciendo:

—Si no confías en mí, no voy a obligarte y esperaré que seas tú a querer contarme todo.

Él asienta y dice:

—No puedo, Giulia. Quisiera, pero no puedo.

Le digo que está bien y regresando hacia la cama, veo la vajilla con la torta. Corto dos pedazos y le paso uno a Matthew. Él lo coge divertido y yo me siento en la cama, diciendo:

—Mis padres hubieran querido tener otro hijo, pero no pudieron y concentraron todo su amor en mí.

Sè que mi madre podría escucharme, pero, de todas maneras, estaría feliz si lo hiciera y sigo, añadiendo:

—Demasiado amor es dañino para quien lo recibe y para quien lo da.

Lo veo mirarme perplejo y explico:

—Creo que habría vivido mejor, si hubiese tenido la posibilidad de compartir todo este amor con un hermano o una hermana.

—Te equivocas —dice pensativo y sigue:

—Precisamente porque no tienes hermanos, nunca te comparan a nadie y no estas obligada a demostrarle nada a nadie.

Reflexiono sobre sus palabras y me doy cuenta que tiene razón. Lo veo comer un mordisco de torta y le paso el chocolate caliente. Se lo doy y le susurro:

—No quiero hablar de tus cosas en mi casa. No quiero que de pronto...

Él asienta y me agradece. Me siento en el piso, con la espalda contra la cama y le doy un mordisco a mi pedazo de torta.

—¡Tu madre hace unos postres espectaculares! —Le oigo decir sonriendo.

Me pongo a reír y puntualizo:

—En esto tampoco nos parecemos.

Lo veo reír y lo miro divertida.

—Debe haber algo que te gusta hacer... —exclama sonriendo,

—¡Si, comer postres! —contesto riendo.

Él se ríe y yo me como otro pedazo. Pasamos el resto del tiempo comiendo torta y bromeando sobre el hecho que no tengo una pasión real por nada. No sigo la moda, no amo tomar en los locales y no me gusta ni estudiar ni cocinar. Cuando me dice la lista de la cantidad de cosas que hace, quedo boquiabierta y lo escucho encantada. Estudia piano, tiene un caballo y hace equitación una vez a la semana, en invierno de vez en cuando va a esquiar y el verano lo pasa entre piscinas y lagos en Suiza. No quiero arruinar este momento y aunque, cuando habla de Suiza, hubiera querido preguntarle de su hermano, prefiero escucharlo sin interrumpirlo. Me cuenta de los sitios que visitó y de los varios platos típicos que comió. Cuando mi madre entra diciendo que ya es tarde, Matthew parece lamentado y se para diciendo:

—Tiene razón, señora Manara.

Me paro y lo acompaño hasta el portón. Cuando lo saludo, él me observa pensativo y dice:

—Giulia, no soy el chico adapto a ti y tienes que estar concentrada en tus estudios. Me equivoqué y no volverá a pasar.

Lo miro perpleja y lo veo alejarse. Lo alcanzo y le digo:

—¿Por qué estas tan convencido que yo quiera algo contigo?

Él para y sin mirarme, dice:

—Porque el nombre Mitchell es embriagador para todas y tú no eres una excepción.

Pienso en sus palabra y puntualizo:

—Nunca te vi bajo esa luz.

—¡Y no lo hagas nunca, Giulia! —me aconseja nervioso.

—No hay peligro, no eres mi tipo —digo sonriendo para calmar los

ánimos.

Comienza a reír y después de haberme saludada, se va. Regreso en casa y mi madre dice que tiene que hablarme. Ya entiendo de que se trata y la sigo resignada. Pero raramente ella no me pregunta nada sobre el hecho que Matthew vio mis moretones y al contrario me dice:

—Ese chico siente algo por ti y quería saber si ya había pasado algo entre ustedes.

Me observa como si estuviera esperando quien sabe que revelación y le digo que no hay nada entre nosotros.

—¿Estas diciendo la verdad, Giulia? —pregunta malhumorada.

—Si, te juro que *nunca* pasó nada con él —contesto preocupada.

—¡Así que con otros si! —resopla nerviosa.

—¡Mamá, no más! ¡Yo *nunca* hice nada con nadie! —respondo temblando, con la esperanza que este no sea otro motivo más para otra paliza.

—¡Vete a tu habitación! —me ordena nerviosa.

Lo hago, esperando que la cosa haya terminado aquí y me encierro hasta que no llega mi padre.

Capítulo 3

Nunca conocí mi abuelo paterno, porque murió antes que yo naciera y de mi abuela, tengo solo pocos recuerdos, ya que tenía trece años cuando falleció. Todavía recuerdo las recomendaciones que le hacía a mi madre, porque yo las entendía y las compartía aunque fuera pequeña, y todas eran sobre su actitud, muy dura y autoritaria. Al contrario mis abuelos maternos, los conocí y los viví, hasta que mi padre decidió fingir que ellos también habían muerto. Nunca se la llevaron bien y cada vez que se encontraban, a mi padre le tocaba aguantar porque mi madre se lo imponía. Entre los dos, mi madre siempre tuvo el carácter más fuerte y mi padre, tal vez porque la ama o porque había perdido sus padres y en ella veía su única familia, le dio gusto en todo. Antes de cada cena o almuerzo en casa de sus suegros, mi padre le hacía sus recomendación:

—¡No les sigas el juego y recuerda que soy tu marido!

—¡No abuses de tu suerte!

—¡Ya no estas obligada a someterte y aceptar todo, ahora puedes rebelarte y no entiendo porque no lo haces!

Cada vez parecía que mi madre había entendido y, en el coche, escuchaba mi padre repetirle estas cosas hasta cuando no llegábamos a la casa de mis abuelos. Pero, apenas cruzaba el umbral de su casa, mi madre olvidaba todo por completo y dejaba que la influenciaran. Al principio no entendía porque y solo desde hace un par de años, luego de haber escuchado la enésima discusión, terminada con la decisión de no volver a ver a mis abuelos, me di cuenta del poder que mi abuela tenía sobre ella. De hecho, mi abuelo era una persona muy buena y tenía un corazón exagerado. Recuerdo todas las veces que después de haberlo saludado, terminaba con un billete de veinte euros en la mano y lo agradecía sin decir nada, como si fuera mejor no añadir nada al respecto. Pero mi abuela siempre fue una mujer fuerte casi glacial y nunca le demostró cariño a nadie, si acaso lo sentía, ni con una caricia ni con un elogio. Para ella existía sólo el trabajo en los campos y el ganar más dinero posible.

Lo que nunca le perdonó a mi padre fue la decisión de mudarse a la ciudad y de no haber aceptado trabajar con y para ella. Mi madre lo siguió de buena gana y vio esta lejanía como una liberación. Nunca lo dijo abiertamente o al menos, nunca en mi presencia y me lo contó mi padre. El hecho de tener cuatro hermanos también fue un motivo para crecer más rápido, porque cada vez que no iba a trabajar en los campos con sus padres, tenía que quedarse en la casa y ocuparse de la ropa sucia, limpiar y cocinar para todos. Sus hermanos siempre la han estimado y la respetan, y todavía la siguen llamando cada semana para saber como está. Pero solo con dos de ellos se alcanza a ver y de vez en cuando veo alguno de ellos. Los otros dos están en el exterior y no regresan nunca en Italia, sino para el matrimonio de este o aquel sobrino.

—Tu madre hizo solo la escuela primaria y luego tuvo que trabajar en los campos, como o hasta mejor que un hombre. Se levantaba a las 4.00 de la mañana y regresaba solo cuando ya había oscurecido. Se ocupaba de los animales y después iba a ayudarle a sus padres en los campos. Cuando le dije que iba a llevármela después del matrimonio, ella al principio estaba asustada y cuando nos mudamos aquí, necesitó de años para adaptarse a este tipo de vida. Imagínate que por meses siguió despertándose a las 4.00 y a las 8.00 ya había terminado de limpiar toda la casa. Cuando le pregunté si quería trabajar, porque la veía exasperada sin tener nada que hacer todo el día, ella dijo que sí y después de una semana le encontré un empleo a tiempo parcial como cajera en el supermercado. No estando acostumbrada a estar en medio de la gente o a tener que soportarla por horas, cuando descubrió de estar embarazada quizo renunciar. Cuando naciste, se perdió nuevamente y pasaba horas al teléfono con su madre para preguntarle que tenía que hacer cada vez que llorabas.

Cada vez que mi padre me cuenta esta historia, lo hace con los ojos llenos de tristeza por no haber estado presente lo suficiente para darse cuenta de todo lo que estaba sucediendo. A veces hasta me pareció verlo feliz por no haber podido tener otro hijo y solo ahora entiendo porque. Mi madre no es mala y creo que se haya dejado manipular mucho por mi abuela, que no solo pertenece a otra generación, sino que también vive en un ambiente muy diferente al nuestro. Cuando mi padre decidió que ya era ora de cortar el cordón umbilical, que unía mi madre y mi abuela, yo ya era una jovencita y mi educación ya había tomado un rumbo bien definido. No puedo decir que mi madre no me quiera, pero puedo afirmar que no lo demuestra fácilmente. No recuerdo ningún ‘te quiero mucho’ y mucho menos una caricia. Pero noté un leve cambio desde que no frecuentamos la casa de los abuelos. Antes me daba

palizas por todos, ahora sólo si está furiosa. Antes no podía salir, ahora me conceden un par de horas. Para mi madre una chica tenía que vestirse de una cierta manera, ahora puedo ponerme jeans y suéteres. ¡Pero sobre muchas otras cosas, no hubo forma de cambiarla! No tengo un móvil ni un ordenador. No puedo salir por la noche y no puedo subirme al coche con ningún chico. Creo que haya sido todo esto a llevarme a ser como soy y a rebelarme como puedo. Hasta el hecho de no querer estudiar era una rebeldía que quise hacer contra mi madre y ella, sintiéndose en defecto, comenzó a leer libros y no paró. Nunca me permitieron de ir a la casa de mis amigas y siempre pensé que todas recibieran una educación como la mía, hasta que no comencé a escuchar lo que decían sobre lo que habían hecho la noche anterior en uno u otro local. En ese momento entendí que a las otras chicas les permitían muchas más cosas que a mi y traté de pedir de ser tratada como ellas. Pero mi madre nunca se rindió y cuando lo intenté con mi padre, mis deseos se habían vuelto causa de discusiones y peleas por muchos días. Hasta que nadie decía nada y el problema se dejaba de lado. Ya me resigné y por eso mismo no volví a pedir más nada. Espero solo de cumplir mis dieciocho años y graduarme. No se si mi vida un día cambiará, pero me gusta creer que sucederá y deseo no tener que casarme con alguien para poder realizar mi sueño.

Cuando Matthew llega en la tarde, después de un frío hola, me pasa una docena de libros y dice:

—Son los que usé yo y nos concentraremos sobre estos mismos. Tu tendrás que ocuparte sola de los de este año y tienes que decirme si hay algo que no entiendes.

Le digo que lo haré y él asienta. Cuando me dirijo hacia mi habitación, me detiene y dice:

—Será mejor estudiar en la sala.

Asiento y lo sigo. Nos sentamos en el mismo sofá y él, sin perder tiempo, abre uno de sus libros y comienza a leer. Entiendo que ahora comienza lo más difícil, porque afrontamos temas que nunca había estudiado y trato de concentrarme lo más posible. Cuando se ve obligado a repartirme la misma cosa por la quinta vez, me doy cuenta que estoy al límite y le digo que estoy agotada.

—¡Giulia, todavía tenemos media hora más! ¡Concéntrate y sigue! —ordena nervioso.

No entiendo porque está tan distante y lo observo preguntándome que le habrá sucedido. Me llama nervioso y me pide que le repita lo que acaba de

leer. Lo miro mal y le grito que está exagerando. Cierra el libro furioso y, parándose, resopla:

—Si no quieres estudiar, mi presencia aquí es inútil.

No tengo ni siquiera el tiempo de reaccionar, que él ya está saludando a mi madre y lo miro confundida. Los veo ir hacia el portón y recojo todos mis libros para llevarlos a mi alcoba. Estoy furiosa y decido seguir estudiando sola.

Por meses, él sigue viniendo todas las tardes a mi casa y únicamente para ayudarme a estudiar. Nunca un ‘¿cómo estás?’ O un ‘¿Qué has hecho hoy?’ Y yo devuelvo el favor. Cuando lo encuentro, él, obviamente, está siempre rodeado de chicas bonitas y yo estoy constantemente sola. Ya falta poco para que termine el año y para los exámenes y con tal de lograrlo, estudio toda la noche. Últimamente llego siempre agotada al colegio y medio atontada por el sueño. Pero ya falta poco y no me rindo. El día antes del examen, cuando terminamos de estudiar, Matthew se para y dándome un sobre, dice:

—Aquí está todo el dinero que me dieron tus padres y es tuyo. No se lo devuelvas y úsalo bien.

Lo miro asombrada sin cogerlo y él lo deja sobre el escritorio, añadiendo:

—Fue un placer conocerte, Giulia y te deseo toda la felicidad que te mereces.

—Parece una despedida —puntualizo perpleja.

—No lo es, pero me quedé aquí en la ciudad solo para ayudarte a recuperar el año perdido y fui a la universidad solo para sostener mis exámenes. No puedo seguir así y en septiembre me mudaré allá —dice sonriendo.

Asiento y le agradezco por todo. Me saluda y se aleja. Nunca había pensado que, tarde o temprano, habría llegado el día en el que nos habríamos despedido y ahora me sorprende que esta situación me duela tanto. Ya se había convertido en mi cita fija de todas las tardes y aunque hablamos muy poco de nosotros mismos, ahora me siento como si el mundo se me viniera encima. Veo mi madre observarme y le pregunto en que está pensando.

—Deseaba que naciera algo —reconoce y alejándose, sigue:

—Pero no creo que su familia lo habría permitido.

¿Y que importa? Quisiera responderle, pero me quedo callada y regreso a estudiar.

Los exámenes van estupendamente y finalmente puedo relajarme. Mi madre súper feliz está tan emocionada que invita unos amigos. Una es una pareja de ancianos que no tiene hijos y que son los únicos amigos de mi madre. No se

ven muy seguido, pero cada vez que lo hacen es como si no se vieran desde solo un par de horas y siguen conversaciones dejadas así desde quien sabe hace cuanto. La otra en cambio la conocimos hace un par de años, porque su hija tenía la misma edad mía y frecuentamos la primaria juntas, para luego dividirnos cuando en la secundaria ella decidió estudiar humanidades y yo contabilidad.

Esa mañana, me siento llamar suavemente por mi madre y abro los ojos incrédula. Mi sorpresa aumenta cuando la veo con un regalo en sus manos y me siento en la cama preguntándole que está sucediendo, preocupada.

—Este año me diste muchas satisfacciones y tú también te mereces una — dice complacida, dándome el paquete.

Lo cojo y mientras lo estoy descartando, oigo mi padre decir burlándose:

—Menos mal que estás sentada.

Le sonrío y cuando bajo la mirada sobre el regalo ya abierto, veo un paquete con un ordenador. Lo miro asombrada, porque sé que mi madre desaprueba la tecnología y lo toco, para asegurarme que sea real. Muchas veces intenté convencerla a comprarme uno, explicándole que es la vida frenética de la ciudad que hace que las personas se vean más frías y que aquí no se despiertan tan temprano para ir a trabajar en los campos, pero que cada uno de ellos también tiene un trabajo. Veo mi padre sentarse en la cama y lo miro conmovida. Me abraza preguntándome si me gusta y yo me aferro a él agradeciéndole.

—Los espero en la cocina para desayunar —dice mi madre.

Me alejo de mi padre y le digo:

—Papá, ahora que soy mayor de edad quisiera salir un poco más. Pero no quiero pelear con mi mamá...

Me acaricia y dice:

—Tranquila, ya le expliqué que no te mereces solo el ordenador sino también un poco más de libertad y que es mejor que te la concedamos nosotros, antes de que te la tomes sola.

Le agradezco y él sigue:

—Giulia, tu madre no es mala y si no hubiese crecido en ese ambiente, sería la persona más dulce del mundo.

Le digo que lo sé y él se para diciendo que nos está esperando. Me levanto, pongo el ordenador sobre mi escritorio y lo sigo hasta la cocina. Veo mi madre preparando café y aunque quisiera abrazarla para agradecerla, me siento atrapada como por una fuerza misteriosa. Siento los músculos de mis brazos

ponerse tensos y el hormigueo poseer mis manos. Cuando se voltea, me siento rápidamente y cojo una tostada. Ella se sienta y, pasándome una taza, dice:

—Hoy les tocará ayudarme.

Cojo la taza sonriendo y tomo un sorbo de chocolate. No está acostumbrada a preparar cenas para amigos y se que estas cosas la asustan. No es muy buena cocinera y prepara siempre las mismas cosas. Pero hoy seguramente querrá cambiar y esto la pondrá más nerviosa, porque no está segura que el resultado le gustará. Las pocas veces que organizamos una cena con amigos y familiares, temía siempre de no haber preparado suficiente comida para todos o que la receta de esta o esa cosa, no habiéndola preparada nunca antes, se revelara un fracaso total. En ese caso no solo sería incomible, sino que no le habría dado más tiempo para preparar otra cosa. El problema es que cualquier cosa prepare, es siempre un riesgo y la única forma de estar tranquilos es cuando prepara su pasta a la boloñesa o su lasaña, que para ella parecen ser platos obvios. Tenemos justo el tiempo de comer algo rápidamente antes que, mientras tomo mi chocolate, comience a dar órdenes a mi padre sobre cuál mantel usar para poner la mesa. Miro mi padre divertida y lo veo seguirla resignado. Ella saca los platos buenos y los cubiertos que le dejó su abuela. Mi padre abre el mantel y comienza a poner la mesa. Sobrevino el desastre cuando mi madre se dio cuenta que no tenía servilletas decentes y mi padre la tranquiliza, diciéndole que irá a comprarlos.

—Tienes que comprar los más resistentes con el borde rojo. Recuerda, tienen *solo* el borde rojo y ningún otro dibujo encima —se recomienda mi madre.

Me paro sonriendo, porque estoy segura que mi padre se equivocará y comienzo a arreglar la isla de la cocina. Mientras estoy lavando los platos, mi padre se acerca y me susurra:

—¿Porque no vienes conmigo?

Comienzo a reír y siento mi madre gritar:

—¡Luigi, mira! Encontré uno detrás de los otros.

Veo mi padre correr hacia ella y observar muy cuidadosamente esa servilleta toda rota, mientras mi madre le explica:

—Este es un poquito diferente y es azul... Pero es parecido a los que quiero.

Noto que mi padre está en problemas y le digo que corro a vestirme. Apenas estoy en el pasillo, oigo mi madre gritar que tengo que ayudarla y regreso a la cocina. Mi padre me pasa al lado y susurra:

—Apenas oyes el coche llegar, sal con una excusa.

Lo miro sin entender y lo veo salir.

—Giulia, tienes que ayudarme con las lasañas —le oigo decir a mi madre.

Finalmente decidió preparar un plato que sabe cocinar y le digo que lo haré. Hoy tendrá su revancha sobre los padres de Enrica y creo que quiera tenerla en todos los sentidos. La oigo decir que hay que preparar las verduras, servir las entradas y hornear el pollo. La miro preocupada y le recuerdo:

—Mamá, solo somos siete personas.

—Apúrate Giulia, que tenemos poco tiempo y un montón de cosas que hacer —dice sacando las verduras de la nevera.

Asiento y la ayudo a limpiarlas y cortarlas. Ella va a la cocina y saca la parrilla. Mientras las estoy poniendo en un colador con un poco de sal, oigo el coche de mi padre y le digo que voy a ponerme una sudadera. Salgo y veo mi padre esperarme con una bolsa abierta entre las manos. Me acerco curiosa y él dice:

—Espero de haber comprado por lo menos un paquete de los que quería tu madre.

Comienzo a reír y veo en la bolsa servilletas de todo tipo. Saco los que quería mi madre y le digo que son esos. Se apresura a arrojar el resto dentro al coche y a coger los que tengo en la mano. Cierra el coche y dice:

—No le digas nada o hablaremos de esto por todo el día.

Le digo que puede estar tranquilo y regresamos en casa. Mientras voy hacia mi alcoba, le escucho decir que acaba de llegar y sonrío. Cuando regreso a la cocina, veo mi padre poner la mesa y mi madre preparar la salsa para la lasaña. Mientras saco los huevos para prepararlos, alguien toca a la puerta y me pregunto quien puede ser, tan temprano. Mi padre va a ver quien es y después de un rato veo entrar Sílvia con su esposo, Paolo. Mi padre los acompaña hasta la cocina y anuncia:

—¡Ha llegado la caballería! ¡Paolo me ayudará con la mesa y Sílvia os ayudará con la cocina!

Mi madre corre a agradecerla y Sílvia la abraza, tranquilizándola que todo saldrá bien. La observo y me pregunto como es posible que para mi madre sea más fácil abrazar o ser dulce con un desconocido, mucho más que conmigo. Después de los varios saludos, comenzamos a trabajar juntas, aunque, hasta con la ayuda, cuando llegan los otros invitados todavía no hemos terminado. No sabía que hubieran invitado también a mi prima y a su familia, pero no me atrevo a decir nada, porque estoy segura que mi madre me avisó y yo no la

escuché. ¡Mejor evitar peleas inútiles! Los hombres se acomodan en la sala y las mujeres vienen a ayudarnos.

Mi madre se acerca y me susurra:

—No pensé en el postre.

—Tu no pero la mamá de Enrica sí —puntualizo sarcástica.

Quiero solo que entienda que nadie es perfecto y que a ella también se le puede olvidar algo de vez en cuando. La veo asentar como si hubiese entendido mi indirecta y escucho Sílvia decir que ya está todo listo. Mi madre le pide un segundo, jalándome hacia el pasillo y me susurra:

—Ponte un vestido bonito y no te presente en jeans.

Asiento resignada y entro en mi habitación. Me ducho rápidamente y me pongo el vestido que siempre le ha gustado a mi madre. Nunca me lo he puesto y le había aconsejado que lo devolviera. Pero ella tiene ese vició de quitarle la etiqueta a la ropa nueva, lavarla y ponerla en el armario, como si se pudiera confundir con el resto de prendas que están adentro. Me miro al espejo y me veo diferente, como si yo no fuera yo. Pero no me queda mal, es más... Como es un vestido simple, subraya mis curvas y mi seno, que escondo siempre bajo suéteres y jeans largos. Busco entre los zapatos, siempre comprados por ella, si hay algo adapto y me doy cuenta que hay solo zapatillas. Cojo un par y me las pongo. No tengo maquillaje, porque mi madre siempre me ha dicho que no lo necesito y aunque lo tuviera, no sabría como usarlo.

Arreglo mi cabello y alcanzo los demás en la sala. Apenas entro, los veo observarme sorprendidos y sonrío, diciendo:

—Buen provecho.

Me siento al lado de mi padre y lo veo mirarme encantado. Comienzo a reír y le susurro:

—No te acostumbres, porque no me verás así nunca más.

Me acaricia y me dice:

—Eres mi única razón de vida y para mi puedes vestirme como más te guste.

Le doy un beso en la mejilla y le agradezco. Veo mi madre observarme perdida y me doy cuenta que ella también quisiera ser amable. Pero es más fuerte que ella y no le sale bien. Le sonrío y comienzo a comer. Durante el almuerzo, noto con placer que tanto mi madre como mi padre están relajados y felices, y pienso que deberíamos organizar este tipo de cosas más seguido. Tal vez no lo han hecho antes, porque nunca les di razones para celebrar y mi padre, con su trabajo, casi nunca está en la casa. Entre todas esas horas extra y el cambio de turnos tan seguido, lo veo solo pocas horas al día y está siempre

cansado. Me he siempre preguntado si lo hace para no quedarse solo en casa con mi madre, ya que no creo que sea necesario trabajar tanto: somos sólo tres en familia y, hace un par de años, termino de pagar la casa en que vivimos. Tal vez en estos años tuvo que hacerlo para pagar la gente que me ayudaba y me duele haberle dado esta decepción. Siempre creí que cuando uno tiene un hijo que no está diseñado para el estudio, un padre se resigna y acepta la cosa. Pero ahora, me doy cuenta que hicieron la mejor cosa insistiéndome. Seguramente no iré a la universidad, pero por lo menos me graduaré con una calificación decente y no con el mínimo indispensable. Cuando llega la hora del postre, la madre de Enrica se apresura a sacar su torta y yo voy a sacar el panettone, con la crema. La cara satisfecha de mi madre, cuando todos los invitados, hasta el padre de Enrica, piden un pedazo de panettone, no tiene precio y la miro divertida. Las charlas se prolongan y parece que nadie quisiera regresar a su propio hogar. Escucho a todos y sonrío a los cuentos de Paolo, porque la esposa trata de callarlo de todas las maneras. Pero él, acalorado y confundido por el alcohol bebido, no parece tener ninguna intención de callarse y al último, después de varias indirectas de la esposa, decide de sentarse lejos de ella. Nos ponemos a reír todos y ella, tratando de quitar la atención de su esposo y hablar de otra cosa, dice:

—¿Giulia, que harás el próximo año?

La miro sorprendida y me pregunto porque a mi.

—¡Vistos los últimos resultados, no excluyo la posibilidad que vaya a la universidad! —afirma mi madre.

La miro preocupada y deseo que lo haya dicho solo para tener su propia revancha con la madre de Enrica.

—¡Enrica quiere estudiar medicina! —afirma su madre y luego me pregunta:

—¿Que te gustaría estudiar?

Bajo la mirada atontada por la dirección que está tomando la conversación hasta que escucho mi padre puntualizar:

—Giulia no irá a la universidad, porque no tenemos dinero suficiente.

Lo miro perpleja y lo veo mirar mal a mi madre. La veo asentar, bajando la mirada decepcionada y Sílvia dice:

—¡No pienses que las personas graduadas tienen más oportunidades de encontrar trabajo! Estudian por años y luego los obligan a aceptar trabajos que hubieran podido obtener sin ningún diploma.

Cuando tocan a la puerta, corro a ver quien es y cuando veo a Samantha, la

abrazo feliz.

—¿Cuando llegaste? —le pregunto soltándola.

—Estoy aquí desde hace una semana, pero solo hoy supe que superaste el examen —responde sonriendo.

La dejo entrar y después de las varias presentaciones, ella mira mi madre y le pregunta:

—¿Giulia puede salir?

Me volteo hacia mi padre y antes que se crucen nuestras miradas, él dice:

—¡Claro que puede! Pero regresen pronto.

Le agradezco y empujo Samantha hacia el portón, antes que mi madre tenga el tiempo necesario para cambiar idea. Mientras vamos caminando, nos alcanzan tres amigas suyas y dos chicos. Ella me los presenta y me doy cuenta que entre ellos hay dos parejas. Menos mal que está Samantha o me sentiría incómoda, ya que no conozco a nadie y la cojo por el brazo. Son todos mayores que yo y hablan de universidad, exámenes y tasas escolares. Yo escucho sin decir nada. Cuando llegamos a una heladería, Samantha propone de comer algo y nos sentamos. Cuando se acerca el mesero, todos piden algo y yo me doy cuenta que salí sin dinero. El mesero me pregunta que quiero y yo le contesto:

—Nada gracias, acabo de comer.

Samantha insiste que yo coma algo y le recuerdo que en mi casa todavía estábamos terminando de almorzar. Finalmente se resigna y le dice al mesero que está bien así. Le suena el teléfono a Samantha y ella, luego de haber visto quien es, dice:

—¿Giulia te puedo hablar un momento? —Parándose.

La sigo diciéndole que sí y cuando estamos lejos de los demás, ella me explica:

—Matthew y yo, nos estamos conociendo y él está por llegar.

La miro perpleja y le pregunto cuál es el problema.

—No se porque, pero pensé que fuera oportuno avisarte —admite ella sonriendo

Me volteo hacia la mesa donde están sus amigos y me doy cuenta que, apenas llegará Matthew, seré la intrusa en un grupo de parejas. Miro Samantha y le digo:

—Será mejor que me vaya.

—Ya sabía que te gustaba Matthew —resopla pensativa.

—¡No entendiste! A mi no me gusta él, pero me sentiría incómoda entre

ustedes —le explico seria.

Ella asienta y volteándose, dice:

—Está Claudia con sus amigos, si quieres...

La observo sospechosa, preguntándome que sentido tenía invitarme a salir, si sabía que mi presencia era de más y le repito que prefiero regresar a mi casa. Pero ella se voltea y dice:

—Claudia, podrías acompañar Giulia a su casa?

Nunca me he avergonzado tanto y me alejo saludándola. Después de poco Cláudia me alcanza y me pide que me quede. Le digo que no y ella afirma:

—¡Quédate, porque el show va estar bueno!

La miro curiosa y ella sigue:

—¡Ven, Giulia, esta noche vas a aprender muchas cosas y sin abrir ni un libro!

La sigo y me siento en la misma mesa de sus amigos. Reconozco uno de los que estaban ese día en el centro comercial y lo saludo con un leve movimiento de cabeza. Él me corresponde y me presenta los demás. Claudia pide un helado para mi y yo me apresuro a decirle que no lo quiero. Pero ella no le da ningún peso a mis palabras y le pregunta a su amigo:

—¿Simone, como te fue en el concierto?

Él le cuenta del viaje que hicieron para llegar al local y del hecho que tenían los últimos asientos. Lo escucho divertida y más allá veo Matthew sentarse al lado de Samantha. Ella le coge la mano y pone el brazo de Matthew sobre sus hombros.

—¡Por fin llegó la gran estrella! —exclama Claudia.

La miro intrigada y oigo Simone seguir:

—Hay que ser *una grande estrella* para tener una novia como esa!

No entiendo de que estén hablando y como para mi Samantha es una amiga, los escucho sin comentar. El mesero me pone en frente un helado y yo le agradezco.

—¿Cuanto te valió? —pregunta Claudia riéndose.

—¡Todo lo que tenía! —resopla Simone.

—Pues no tenías mucho, si te dejó plantado después de una semana —contesta ella sarcásticamente.

—¡Fui yo el que la dejó plantada, cuando me di cuenta de todo lo que me habría costado! —puntualiza él pavoneándose.

Claudia se echa a reír y replica:

—¡Yo también lo hice!

—¿Por fin te diste cuenta que no es gente con la que deberías salir? —le pregunta Patrizia.

—Más vale tarde que nunca —resopla ella seria, luego se voltea hacia mi y añade:

—¡Tus padres le salvaron la vida! Sus padres querían mandarla a trabajar para que entendiera el valor del dinero, pero la propuesta de tu madre llegó justo a tiempo.

Sigo sin entender y por eso no comento.

—Ya déjala en paz, tiene que entender sola... —dice Simone nervioso.

—¡Podrías contarle todo, igualmente no te creería! Te había avisado a ti también y *tu* pensaste que lo decía solo por celos —puntualiza ella malhumorada.

Asienta y me pregunta porque mis padres llamaron justo a ella.

—No pidió mucho y aunque estudiáramos por muchas horas, solo se hacía pagar por una —explico tratando de reducir los tonos.

—No confíes en Samantha, ¡jamás! Samantha no es una que hace favores —me aconseja Simone.

Me volteo a mirarla y noto que el brazo de Matthew ya no está sobre su espalda.

—Si quieres otro consejo... no pierdas la cabeza por ese tipo, ¡él está más jodido que ella! —dice Simone mirándome .

—¡Son tal para cual! —exclama Claudia.

Los miro y puntualizo:

—No se porque los odiáis tanto, pero a mi nunca me hicieron nada malo y de todas formas, ellos tienen su vida y yo tengo la mía.

Me paro y digo que tengo que regresar a mi casa. Simone se para y dice que me acompaña. Le digo que no es necesario y el agarra mi brazo, diciendo:

—Yo también tengo que regresar a mi hogar.

Me empuja entre las mesas y yo me alejo para pedirle que se detenga, molesta. Sonríe y dice que entendió. Sigo caminando y le oigo decir:

—Tengo que pasar a la casa de mi abuela, ¿quieres acompañarme? Tengo solo que asegurarme que haya tomado sus medicamentos y luego nos vamos.

Me parece raro imaginarlo hacer esta cosa y divertida, acepto. Me indica la ruta levantando un brazo hacia la dirección que tenemos que tomar y me encamino.

—Claudia odia a Samantha solo porque ahora ya no puede tener la misma calidad de vida que tenía antes —admite con poca voz.

—Ahora entiendo —digo pensativa.

—Es más fácil caer de la cima del mundo al fondo del pozo, que lo contrario —afirma convencido.

—Yo no conozco las estrellas —confieso riendo.

Me pregunta de mis padres y le cuento que mi madre es ama de casa y mi padre es un obrero. Me explica que su padre es odontólogo y que su madre trabaja con él. Le pregunto si tiene hermanos y me dice que su hermano se casó el año pasado.

—¿Él también trabaja con tu papá? —pregunto con calma.

—¡Si y no! Trabaja en uno de los consultorios de mi papá y lo administra por sí mismo —contesta serio.

—¿Ya eres tío? —pregunto eufórica.

—No pero me gustaría tener pronto un sobrino para consentirlo —contesta riendo.

Sonrío y él me pregunta si tengo hermanos.

—No, desafortunadamente soy hija única —contesto pensativa.

Asienta y dice que hemos llegado. Me miro alrededor y lo veo abrir un portón, después de haber llamado alguien al timbre. Abre el portón y se voltea a mirarme.

—Puedo esperarte aquí si quieres —digo avergonzada.

—Vamos a ver la cara que hará mi abuela cuando te verá —responde juguetón.

—¿Estas seguro que no le va a dar un infarto? —pregunto preocupada.

—¡Esa, nos entierra a todos! —afirma riéndose.

Me río y lo alcanzo. Subimos las escaleras hasta llegar al segundo piso y él, luego de haber abierto otro portón, llama a su abuela. Me deja pasar y sigue:

—Te presento a mi novia.

Lo miro sorprendida y él me empuja por el pasillo riéndose. Entramos en un salón y veo una pareja de ancianos sentados sobre un sofá, mirando televisión. Simone se aleja para coger los medicamentos y la señora me pide que me siente. Lo hago en el sofá frontal al suyo y su marido afirma:

—No puede ser su novia, ¡es demasiado bella!

Me río y oigo Simone decir:

—Si me deja plantado, es por tu culpa.

Lo miro divertida y él alcanza su abuela con un vaso de agua en una mano y dos cajas de pastillas en la otra. Pone todo sobre la mesita y luego se las hace

tomar una a la vez a su abuela. Echo un vistazo a la sala y noto que esta casa tiene muchos años. Los muebles y los cuadros son antiguos, en algunos puntos están rayadas y en otros están magullados. Noto algunos estantes llenos de libros y sonrío pensando que un día, mi casa también será así. Simone se sienta al lado mío y le pregunta a su abuelo:

—¿Emanuela os dejó algo listo para comer para esta noche o queréis que prepare algo?

—Acaba de irse, porque tenía que ir a la farmacia y no se si regresará más tarde —responde serio.

Simone se para diciendo que va a averiguar y su abuelo me pregunta:

—Es evidente que eres menor que él y que no eres su novia. ¿Donde lo conociste?

—En realidad nos presentó una amiga en común, hace menos de una hora —le explico sonriendo. Simone regresa diciendo que Emanuela regresará seguramente, ya que dejó el pescado fuera de la nevera y les pregunta si necesitan algo más. Él dice que no y Simone se sienta nuevamente a mi lado.

—¿Ella sabe? —le pregunta su abuelo, mirándolo.

—¡Abuelito, ya no más! Acabo de conocerla y no es una cosa que digo apenas me presento —resopla Simone molesto.

Su abuelo asienta y veo su abuela tratar de decir algo. El marido se acerca con el oído a su boca y luego, alejándose, dice sonriendo:

—Dice que puedes confiar en ella.

Miro Simone divertida y él se para diciendo que tenemos que irnos.

—Simone, tienes que hablar con alguien de esto, necesitas que algún amigo sepa —puntualiza su abuelo serio.

Me paro y veo la señora jalar hacia ella el marido. Se acerca nuevamente a su boca y luego se para diciendo que nos acompaña. Saludo la señora y sigo Simone. Antes de salir, cerca al portón, saludo su abuelo y él dice:

—Es un buen chico, pero sale con las personas equivocadas.

Pienso en sus palabras y oigo Simone decir que se ha hecho tarde. Me volteo y lo sigo por las escaleras. Cuando estamos afuera, me pregunta si quiero caminar un poco y acepto.

—¿Tu abuelo también... tienes algunas dudas sobre Claudia? —le hago notar pensativa.

—Claudia era una chica muy solar y la vida la trasformó en cínica. A veces se equivoca en los modales o en los momentos, pero lo que dice siempre corresponde a la verdad —puntualiza molesto y sigue:

—Giulia, yo nunca trabajé y mis padres no me hacen faltar nada. Mi hermano se casó y no tuvo ningún problema en encontrar un empleo. Yo mismo voy a la universidad consciente que, mi padre, me asignará uno de sus consultorios y se que, aunque no me graduaré con una calificación muy alta o no me graduaré a tiempo, esto no cambiará. Comencé a apreciar lo que me daban mis padre y a estudiar seriamente solo desde que Claudia me contó de los problemas que estaba teniendo su familia. Créeme, estoy seguro que yo sería peor que ella si de pronto me pasara algo así.

Lo escucho sin interrumpirlo y él explica:

—Volver a tu casa y ver a tu mamá, que hasta el día anterior vestía solo con ropa cara y iba a la peluquería todos los días, que va a limpiar las casas de los demás en sudadera, para ganar algo. Ver tu padre trabajar para los que un día fueron sus empleados, y no poder hacer nada para cambiar las cosas...

No lo dejo terminar y puntualizo:

—¡Sois solo un montón de niñitos consentidos! ¡Y es suficiente que no podáis comprar el último modelo de móvil para que os caiga el mundo encima!

Se detiene, se voltea y mirándome mal, contesta nervioso:

—¡No estamos hablando de *móviles*, sino del almuerzo o de la cena!

Me río y le explico:

—Si tienes de estos problemas, no te compras un helado de diez euros y dejas de tomar en cualquier local tu vayas. ¡Usas ese dinero para comprar la comida y la llevas a tu casa!

Me agarra los brazos y me pregunta:

—¿Crees que, sí Claudia se encerrará en la casa, sería mejor?

—No estoy diciendo eso. Pero tienes que admitir que los números no cuadran —puntualizo con poca voz.

Me deja y mientras seguimos caminando, dice:

—No puedes entender.

—¿Porque? ¿Porque soy hija de un obrero y de una ama de casa? —pregunto molesta.

Se voltea y me mira, contestando:

—Tal vez sea por eso también.

Asiento y le digo que tengo que regresar a mi casa, alejándome. Agarra mi mano y resopla:

—¡No seas antipática! Tienes que admitir que no sabes que significa gastar un montón de dinero el día anterior y no tener un centavo al día siguiente.

Me volteo furiosa y respondo:

—¡Y tú no sabes que significa renunciar a un helado para comprar una camiseta!

Asienta y me pide perdón.

—Simone, yo no tengo ningún problema contigo y sinceramente yo tampoco se como terminé entre ustedes. No tenemos nada en común y por eso ni siquiera de que hablar.

Alejo mi mano de la suya y le repito que tengo que regresar a mi casa, alejándome.

—¿Tu sabes cuantas expectativas tiene un padre como el nuestro? —le oigo preguntar.

Me detengo pensando en sus palabras y le siento añadir:

—Tienes que saber esquiar, tocar el instrumento que eligió para ti y tienes que aprender al menos otro idioma. Tienes que apoyar todas sus decisiones, ya que, no teniendo tiempo para ti, se preocupa de ocupar todo tu tiempo, con personas que no has visto nunca en tu vida. Compra tu cariño poniendo dinero en tu tarjeta de crédito que te pone a disposición y de vez en cuando te hace una caricia, como se hace con un perrito. Se pavonea de una educación que cree de haberte dado, haciendo todas estas cosas y se limita a mirarte desde lejos. Claudia se encontró sin dinero y con sus padres que para ella eran dos perfectos desconocidos. Y ellos terminaron con una hija de veinte años, que no vieron crecer.

Luego se me para en frente y sigue:

—Tu tienes una familia que siempre te ha seguido y que entienden, tan sólo con una mirada, si hay algún problema. Los padres de Claudia se dieron cuenta de su cambio y ¿adivina que hicieron para ayudarla?

Niego con la cabeza y digo:

—Sigo sin entender, lo siento —Y añado:

—Mis padres también hacen de todo para que no me falte nada. Pero soy *yo* que no pretendo más de lo posible. ¡Estoy segura que, si les pidiera doscientos euros para un par de zapatos, mis padre harían de todo para dármelos!

—¡Pero tú no lo haces, porque sabes que doscientos euros para tu familia, es mucho dinero! ¡Claudia estaba acostumbrada a comprar zapatos hasta de mil euros! —puntualiza serio.

—Discúlpame, pero seriamente no entiendo el punto —admito perpleja.

Se ríe y exclama:

—¡Nunca cambies, Giulia Manara!

Le pregunto si me está tomando el pelo y él contesta:

—¡Para nada! Se ve que creciste con sanos principios morales y que tienes muy claro el valor del dinero. Sabes que lo obtienes con sacrificios y no lo gastas para cosas fútiles.

Lo miro sospechosa y él me toma de un brazo, diciéndome que me ofrecerá un helado. Me río y le digo que no lo quiero. Me jala hacia la heladería riéndose y yo noto el grupo de Samantha. Busco Matthew con la mirada y lo veo observar a Simone. No entiendo porque y lo miro curiosa. Samantha trata de llevárselo hacia el centro y él se queda ahí parado. Simone me jala y me lleva a la heladería.

—Si no quieres un helado, te ofrezco un café, que vale menos —afirma burlándose.

Me río y le digo que no tomo café.

—¿Quieres un vaso de leche? —pregunta sarcástico.

Lo miro divertida y él le pide un vaso de leche al mesero. Me pongo seria y le susurro que deje así.

—Ok, le voy a pedir que te ponga un poco de miel también —afirma burlándose.

—¡Tu Estas loco! —digo riéndome.

Le explica al mesero que ya no lo quiero y le pide un café. Luego se voltea hacia mi y sigue:

—Vas a probar el café por primera vez y solo un sorbo, ¡te recomiendo!

—¿Crees enserio que nunca he tomado café? —pregunto asombrada.

Me observa y exclama:

—Giulia, tu tienes la inocencia y la pureza de la leche, y estas muy lejos del gusto fuerte e inconfundible del café.

Creo de haber entendido su juego de palabras y cuando estoy por contestar, oigo Matthew decir:

—¡Giulia, vete para la casa!

Me volteo y lo veo detrás de mi, mirando mal a Simone.

—Matthew, estamos sólo hablando —se apresura a puntualizar Simone.

Samantha nos alcanza y pregunta que está pasando.

—¡Giulia, vete para la casa! —me ordena Matthew nervioso.

Lo miro perpleja y le pregunto que está haciendo. Samantha dice a Simone de irse y él afirma que no me dejará sola. Ella se acerca y me aconseja de irme, agarrándome por un brazo. Matthew me agarra el otro y, jalándome hacia él, le gruñe:

—¡No la toques!

Ella lo mira como si le hubiera apenas escupido en la cara y él, luego de haber cogido mi mano, me saca de la heladería.

—¿Que estás haciendo? —le pregunto asombrada.

Él sigue caminando sin contestar y yo lo sigo sin tener otra opción. Noto que todos nos están mirando y le grito que me suelte. Parece no haber entendido y trato de liberarme de sus manos. Se detiene y mirándome, dice:

—¿Quieres un novio rico? ¡Escógeme a mi!

Me comienzo a reír y le recuerdo:

—Siempre me has dicho que no quieres tener novia.

Me observa pensativo y dice:

—No quería complicarte la vida y se que no soy el chico adapto para ti. Pero si estás tratando de cambiar tu vida, hazlo conmigo.

—Eres el novio de Samantha —afirmo sonriendo.

Asienta y me propone:

—Dame tiempo para solucionar esta situación sin hacer daños y júrame que esperarás sin hacer tonterías.

—¿Estas serio? —le pregunto confundida.

—¡Te puedo dar mejor vida, Giulia y te juro que tendrás todo lo que se pueda comprar! —afirma nervioso.

—Tú estas loco —digo alejándome.

Agarra mi brazo y me jala hacia él. Lo miro furiosa y puntualizo:

—¡Yo no siento nada por ti!

—Yo tampoco se que significa amar y aprenderemos juntos a hacerlo —murmura convencido.

—¿De que estás hablando? Tu eres el novio de Samantha y yo no tengo ninguna intención de aceptar algo basado en la nada! —respondo incrédula.

—¡El problema Samantha, lo resolveré! Tienes solo que darme el tiempo para hacerlo —afirma pavoneándose.

—¡Pero yo no te amo! —le recuerdo nerviosa.

—¡Aprenderás a amarme! —resopla furioso.

Lo miro incrédula y le pregunto si está borracho. El niega con la cabeza y dice:

—Giulia, tomate un par de días para pensarlo y no me digas que no sin haberlo pensado. Tu quieres una vida mejor y yo puedo dártela. Yo busco un poco de tranquilidad y tú fuiste la única capaz de dármele por meses. No se si es amor, pero yo siento algo por ti y es la primera vez que me afecciono a una

chica.

—Tu me ves como una hermana menor y dos personas no pueden estar juntas solo por eso. Matthew, ya no estamos en la época de los matrimonios concertados y cada uno está libre de elegir, con el corazón, a la persona que quiere tener a su lado para toda la vida. Mi corazón no te eligió y tienes que aceptarlo. Sobre todo, porque tu corazón tampoco me eligió —le explico con calma, esperando que recapacite.

Le veo pensar y le pregunto si entendió. Él dice que sí y yo lo saludo. Cuando estoy frente al portón de mi casa, me volteo para echar un vistazo y lo veo mirarme desde lejos, parado donde lo dejé. Niego molesta con la cabeza y entro a mi casa. Después de la cena, me acuesto sobre la cama y me pregunto porque Matthew se portó así. Nunca había pensado en él como un posible novio y sinceramente, tampoco pensé en Simone bajo esa luz. Son totalmente diferente físicamente: Matthew es alto, pelo y ojos castaños, tienes siempre un poco de barba y sus labios, muy carnosos, resaltan aún más, y hasta tiene un gran cuerpo; Simone es más bajito que él, rubio, ojos azules y cuerpo delgado. La personalidad también es una el contrario de la otra: Matthew es muy arrogante y no le gusta hablar de sí mismo, Simone es más amable y no tiene ningún problema en presentarme a sus abuelos o a hablarme de su familia. No hubo química con ninguno de los dos y para mi son solo amigos. Siempre he oído hablar del amor a primera vista y yo no tuve ningún flechazo viéndolos. Ya estoy cansada, me pongo la pijama y me enrosco en la cama.

Capítulo 4

Me la paso toda la mañana ayudando mi madre a limpiar la casa del desastre del día anterior y después de haber almorzado, vamos a visitar a Sílvia. Mientras regresamos a nuestra casa, veo dos chicas fuera de nuestro portón y mi madre me pregunta quiénes son. Espero de estar más cerca y sonrío, cuando reconozco las chicas de mi curso. Apenas las alcanzamos, las saludo y una me explica que habían pasado solo para preguntarme si quería salir un rato con ellas. Miro mi madre y ella me dice que puedo ir. Le agradezco y me alejo con ellas.

—Así que el próximo año ya no estaremos en el mismo curso —afirma una.

Le explico que recuperaré el año perdido y la otra me pregunta, juguetona, como hice. Sonrío y ella añade:

—Hoy, al cine, van a dar la película de la que todos hablan. ¿Quieres venir con nosotras?

Las pocas veces que he ido, ha sido siempre con mis padres y a ver películas para niños. Le digo que me gustaría y ella comienza a hablar del actor protagonista. Por lo visto es una historia de amor demasiado explícita y la escucho hablar de todas las películas en las que ha actuado. La otra también parece estar perdidamente enamorada de ese tipo y también lo elogia. Deciden ir a comprar las entradas y les explico que no tengo dinero conmigo.

—Yo te presto y mañana me los devuelves —propone una.

Acepto y nos encaminamos. Cuando descubro que la película comenzará por la noche, me preocupo y espero que mi madre me dará el permiso para venir a verlo. Mientras estamos caminando, alguien me llama y me voltea. Cuando veo Samantha me asusto, porque me doy cuenta, por la actitud con la que viene, que no tiene nada de bueno que decirme.

—¿Puedo hablar contigo? —pregunta orgullosa.

Le digo que sí y ella se limita a mirar mis amigas. Ellas me saludan rápidamente y se desaparecen. Le pregunto a Samantha de que tiene que hablarme y ella me pregunta:

—¿Que pasó ayer con Matthew?

—¡Nada! —respondo de impulso.

—¿Y por que, anoche, después de haber hablado contigo, vino a mi casa para decirme que no quiere ser mi novio? —resopla vengativa.

—No se. Habla con él —le propongo con calma.

—Giulia, estaba convencida que fuéramos amigas —puntualiza nerviosa.

—¡Samantha, a mi no me gusta Matthew y si tienes algún tipo de problema con él, no es conmigo que tienes que hablar! —afirmo cansada.

La saludo y trato de alejarme. Pero ella me sigue y, mirándome nerviosa, me cuenta:

—¡Mi padre es socio del señor Mitchell y conozco Matthew desde hace muchos años! Te he dicho siempre que él me gusta... ¿y tú cuando apareces? ¡Justo cuando somos novios! ¿Giulia, me explicas que coño está pasando?

Me detengo y la miro irritada, diciendo:

—¡Te repito que a mi *no* me gusta Matthew y que no pasó nada!

—¿Que te dijo ayer? —pregunta inquieta..

—No creo que sean problemas tuyos —respondo enfadada, agotada por su arrogancia.

—¡Giulia, no me provoques! —exclama amenazándome.

—Samantha, no tengo ninguna razón para provocarte y eres tú la que está tratando, de todas maneras, de discutir —le explico con calma.

Ella asienta y me pregunta:

—¡Júrame que no te gusta!

Me echo a reír y se lo juro. Ella se tranquiliza en un momento y me pregunta si quiero ir a tomar algo a la cafetería, para charlar un rato. Entiendo que es mejor evitar y le digo que mi madre me está esperando. Ella asienta y me pide que le jure nuevamente que no hay nada entre Matthew y yo.

—Matthew y yo somos solo amigos y no me gusta. Tranquila —contesto exhausta.

—¿Que quieres decir? Si te gustara, él... —pregunta sospechosa.

No la dejo terminar y le digo que estoy cansada de repetir la misma cosa. La saludo y me alejo. Cuando regreso finalmente a mi casa, comienzo a preocuparme por la situación en la que ese estúpido de Matthew me metió y si tuviera su número, se lo gritaría.

No tengo un móvil y seguramente mi madre escucharía todo, ya que el teléfono está en la sala, pero si pudiera... Durante la cena, le pido a mi madre si puedo ir al cine y ella me dice que no, sin darme el tiempo de decir nada

más.

—Déjala ir, de todos modos no estará sola —dice mi padre, mirándola nervioso.

Mi madre me pregunta a que hora comienza la película y se lo digo.

—No regresaría antes de las 23.00, ¿estas seguro que deberíamos dejarla ir? —le pregunta mi madre a mi padre molesta.

Me observa y me pregunta con quien iré. Se lo explico y él asienta repitiendo que puedo ir. Se que mis padres discutirán por esta cosa, apenas saldré de esta casa y se también que mi madre me esperará en la sala para ver a qué hora regreso. Pero estoy cansada de ser tratada como una niña y tiene que entender que no lo soy. Sobretudo ya que estoy por cumplir dieciocho años y ¡antes lo entiende, mejor será! Me visto y cuando llaman al timbre, corro a ver quien es. Veo mis amigas y le digo a mis padres que estoy saliendo. Mientras vamos llegando al cine, nadie dice nada y yo les pregunto si pasó algo.

—No, es solo que estamos cansadas —responde una poco convencida.

—Si queréis, podemos ir otro día, al cine —explico divertida y sigo:

—Se me olvidó pedirle el dinero a mis padres para la entrada y podemos regresar, así te lo daré inmediatamente.

—¡No, tranquila! No hay problema si no me los devuelves —afirma la que me los prestó.

Este cambio podría depender de ese dinero y decido resolver el problema de inmediato. Les pido que vengan conmigo y me encamino hacia mi casa. Una me repite que quiere ir al cine y la otra dice que así nos perderemos el principio de la película. Pero yo no me rindo y les propongo:

—Comenzad a entrar, mi casa no es muy lejos del cine.

Las veo mirarse en modo raro y comienzo a ponerme nerviosa.

—¡Yo voy y, para mi, podéis hacer lo que queráis! —afirmo molesta.

Me encamino con paso firme hacia mi hogar y entro. Voy hacia la sala y antes de tener el tiempo de decir algo, mi padre dice:

—Sabía que habrías regresado. Te fuiste sin darme el tiempo para dártelos —Sonriendo, pasándome veinte euros.

Los cojo agradecida y alcanzo mis amigas. Pago mi deuda y les digo que prefiero quedarme en mi casa. Hay algo raro y no quiero comenzar a investigar a esta hora. Ellas insisten, hasta que cambio idea y nos vamos hacia el cine. Se esfuerzan de hablar mientras caminamos, pero es evidente que algo ha cambiado desde esta mañana y les pregunto:

—¿Samantha os dijo algo, cierto?

Sus caras me decían que era la verdad, aunque siguieron negando cualquier cosa y cuando llegamos al cine, les explico:

—No quiero causar problemas y prefiero regresar a mi casa.

Por alguna razón, esta vez no tratan de detenerme y decido seguir mi instinto. Salgo del cine y me encamino. Después de un par de metros, Samantha me llama y yo me volteo preocupada. La veo con otras cinco chicas y me doy cuenta que me estaban esperando. Ella se acerca, y mientras las demás la siguen exclama:

—Te acompañamos a tu casa.

—Gracias, pero puedo ir sola —contesto con calma y trato de alejarme.

—¡Espera, Giulia, aún no hemos terminado! —dice amenazándome.

Siento que es el momento de huir y comienzo a correr.

—¡Atrápenla! —ordena Samantha.

Apenas termina de decirlo, me siento jalar el cabello hacia atrás y alguien me hace una zancadilla, dándome una patada en el tobillo, desde atrás. Me caigo mal y siento un dolor atroz al cóccix, mientras esa sigue jalándome el pelo, teniéndome la cabeza hacia arriba. Cuando Samantha está frente a mi, le pregunto aterrorizada porque me odia y ella me pregunta:

—¿Por qué te estabas escapando? ¿Tienes algo que esconder?

—¡Te repito, por la milésima vez, que no hay nada entra Matthew y yo! —le grito desesperada.

Ella me da una patada en la pierna y, como tiene sandalias, se lastima sola. La veo revisar su pie gritándome contra y una dice que tienen que levantarme. Otra agarra mi brazo y trata de levantarme, mientras esa me jala el cabello hacia arriba. Yo no me rindo y determinada a quedarme en el piso, alejo la mano de esa chica de mi brazo. Tres tratan de levantarme y cuando se dan cuenta que no lo van a lograr, se alejan. Pero la que me está jalando el cabello, sigue jalando y dice:

—¡Llenadla de puños y os recomiendo, no en la cara!

No tengo el tiempo de pensar que veo una sentarse encima de mi. Me cubro la cara con un gesto instintivo y siento la que está encima de mi, darme puños en el pecho. Otras me golpean las piernas y cuando me doy cuenta que tengo que encontrar una solución, me descubro la cara y comienzo a gritar pidiendo ayuda. Veo algunos chicos pasar, mirarme y alejarse. Sigo gritando a todo pulmón y una me pone una mano sobre la boca, ordenándome de callarme.

—¡Vámonos! —dice otra.

Finalmente me sueltan y Samantha dice:

—¡Aléjate de él o te juro que te mato!

Bajo la mirada y me pregunta furiosa si entendí. Una le repite que tienen que irse y una señora pregunta que está sucediendo. Ellas se alejan rápidamente y yo trato de levantarme. La señora me ayuda y me pregunta:

—¿Que está sucediendo? ¿Quiénes son ellas?

—No es nada, señora. Tranquila —digo con poca voz y siento que me arde la garganta. Me da tos y la señora me pregunta si quiero que llame una ambulancia. Me paro y le digo que no es necesario. La miro y le explico:

—Tengo que regresar a mi casa, mi madre se estará preocupando.

—¡Te acompaño! —responde convencida.

—Señora, no es nada y yo estoy bien. Valla a su casa y gracias —digo atontada.

Ella me revisa, tocándome todo el cuerpo y me pregunta si me duele algo. ¡Claro que siento dolor! ¡Y en *todo* el cuerpo! Pero le digo que no y me alejo. Ya estoy acostumbrada a este tipo de dolor y se que, después de una noche insomne, mañana me sentiré mejor. Trato de arreglarme, alisándome el cabello y mi ropa y cuando veo el portón de mi casa, me aclaro la voz. Antes de entrar, hago un respiro profundo y luego, una vez adentro, me limito a decir:

—¡Mamá, ya llegué! —Y corro a encerrarme en el baño.

—¡Giulia, ven aquí! —me dice.

Se que querrá hacerme mil preguntas y le pido solo el tiempo de ir al baño. Ella dice que me espera y yo abro la llave. Me lavo la cara para recuperarme y luego levanto la camiseta para ver los daños sobre mi cuerpo. Me duele mucho la cabeza, seguramente porque me jalieron tanto el pelo y noto unas manchas rojas sobre mi cuerpo. Estoy temblando y me siento en el inodoro cerrando los ojos, tratando de tranquilizarme.

—Giulia, abre —me pide mi padre.

Me levanto, me reviso al espejo y abro la puerta. Él, que estaba por decir algo, apenas me ve se detiene y me pregunta:

—¿Que te pasó?

—Me caí como una estúpida, mientras bajaba las escaleras del cine —contesto mintiendo.

Se ríe y me pregunta si estoy bien. Sonrío, le digo que sí y sigo:

—A parte la vergüenza...

Se sigue riendo y exclama que son cosas que suceden. Asiento y él, poniéndose serio, me cuenta:

—Giulia, no se que está pasando, pero Matthew y su madre están en la sala. Lo miro asombrada y le pregunto porqué.

—Hubieras podido contarme, que estaban saliendo juntos. ¡Tu madre está tan emocionada! —afirma complacido.

—Perdón, no entendí —digo desorientada.

Mi madre nos llama y mi padre dice que tenemos que ir. Solo por curiosidad, lo sigo hacia la sala y me da un susto cuando veo Matthew y una mujer nunca vista antes. Los reflejos blancos sobre su cabello negro, me hacen pensar que no puede ser realmente su madre, así que la observo con más atención cuando me siento en el sofá frente a ellos. Es muy bella y trae un vestido que seguramente será muy caro.

—Giulia, ella es mi madre —dice Matthew.

La miro confundida y él añade:

—La invité a venir, porque quería aclarar que no estoy jugando.

Lo sigo observando sin lograr decir nada y la señora dice:

—Giulia, yo soy Ginevra y estoy aquí solo porque mi hijo insistió tanto.

La observo intrigada y ella sigue:

—Parece que está enamorado de ti...

Comienzo a reír, antes que ella termine su frase y mi madre me da un codazo. Me pongo seria y oigo la señora Ginevra decir:

—Ojalá sea risa de felicidad...

—Señora, yo no se que... —Tengo solo el tiempo de decir esto, que Matthew se para y afirma:

—Bueno, señor Manara, como ya le había explicado... —Y se sienta al lado de él, diciendo:

—Me estoy yendo para la universidad y regresaré cada fin de semana.

Me paro incrédula y lo miro, preguntándole:

—¿Que estás haciendo?

—Giulia, quiero que te quede claro que estoy serio y que haré todo lo que yo pueda para que seas feliz —afirma convencido.

Lo miro mal y mi madre se para. Me coge el brazo y me hace sentar nuevamente y dice:

—Y nosotros queremos y pedimos sólo esto.

Me parece una pesadilla y me pregunto si mi cuerpo sigue en el piso, abandonado en la calle, mientras la cabeza me crea alucinaciones.

—Giulia, no pareces muy convencida. ¿Hay algún problema? —me pregunta mi padre.

Me volteo a mirarlo y cruzo la mirada de mi madre. Me observa como si pudiera darle otra decepción y espera resignada el momento en el que sucederá. Miro mi padre y veo que él también tiene miedo que diga la cosa equivocada. Luego observo Matthew y lo veo mirarme preocupado, como si para él fuera importante seguir con esta farsa. Bajo la mirada desplazada y la señora Ginevra dice:

—Giulia, Matthew tiene veintitrés años y esta situación me sorprende tanto como a ti. Pero es la primera vez que me habla de una chica y que la ve bajo esta luz. Conozco mi hijo y se que está tramando algo.

La miro esperanzada y ella sonrío, diciendo:

—Creo que está muy enamorado de ti y creo también que me pidió que viniera para demostrártelo. Creo que fuiste tú que lo llevaste a esto...

No la dejo terminar y puntualizo que yo nunca le pedí que hiciera una cosa así. Ella sonrío y afirma:

—No es lo que quería decir.

—Déjala que termine de hablar —me ordena mi madre nerviosa.

Sacudo la cabeza molesta y la señora Ginevra sigue:

—Lo se, pues no estaría aquí si no supiera que tú lo rechazaste.

La miro asombrada, porque es cierto y ella me explica:

—Giulia, se los chismes que se oyen sobre mi hijo y temo que te hayan condicionado. Pero él es un buen chico y creo que si le dieras al menos una oportunidad, no sería nada mal. No se si un día se casarán o no, pero intentarlo no cuesta nada. Él, desde que te conoció, cambio mucho y tus padres me contaron que a ti también te pasó lo mismo. Nadie te está obligando y tú estás libre de elegir si aceptar o no.

—Giulia, tienes que admitir que es gracias a él si recuperaste el año perdido —afirma mi madre nerviosa.

Sacudo la cabeza y oigo la señora Ginevra explicar:

—Creo que sea buena idea que habléis un poco a solas.

—¡Mamá! —la llama nervioso Matthew.

—Tranquilo, se lo que hago —dice ella mirándolo y luego se voltea hacia mis padres añadiendo:

—¿Señores Manara, porque no la acompañáis y habláis un rato con vuestra hija?

Mi padre se apresura a pararse, mientras mi madre afirma que no hay nada de que hablar, tal vez que porque teme que se vayan mientras nosotros estamos discutiendo en la otra habitación. Mi padre le ordena de levantarse y ella lo

hace. Los sigo por el pasillo hacia mi habitación. Mi padre cierra la puerta y me pregunta que hay entre Matthew y yo.

—Nunca hubo nada y no entiendo que está pasando —admito confundida.

—¿Pero te gusta? —sigue preguntando.

—Nunca lo imaginé bajo esa luz y para mí es solo un amigo —contesto agotada.

—Pues imagínalo ahora —me ordena.

—¡Y recuerda que no tendrás *nunca más* una oportunidad como esta! —puntualiza mi madre enojada.

La observo asombrada y mi padre me explica:

—Giulia, nosotros queremos solo verte feliz y es cierto que lo que te puede dar esa familia, pocos pueden tenerlo.

Me cojo la cabeza entre las manos y mientras la agacho, siento una punzada en el cuello. Me quejo y mi padre afirma que será mejor visitar un doctor. Le digo que no es necesario y mi madre pregunta que me pasó.

—Se cayó de las escaleras —responde mi padre preocupado.

Mi madre niega con la cabeza y dice:

—¡Giulia, *todas* las chicas y sus padres desearían tener una ocasión como esta! ¡No se porque Matthew te eligió, pero deberías aceptar!

—Pero yo no siento nada por él —puntualizo con poca voz.

—¡Aprenderás a amarlo, como yo aprendí a amar a tu padre! —responde pavoneándose.

La miro impresionada y veo mi padre bajar la mirada derrotado. Siento que el nerviosismo se está apoderando rápidamente de mi cuerpo y es difícil controlarlo. Pienso que un día, si esta relación funcionará, podría darle a mi padre todo lo que la vida le negó y decido aceptar la propuesta de Matthew. La cara satisfecha de mi madre me hace enfurecer y disfruto pensando que un día la bajaré de su pedestal. Ella regresa corriendo a la sala y yo le susurro a mi padre:

—Te quiero mucho, papá.

Asienta conmovido y dice que él también me quiere. Nos sentamos en la sala y mi madre dice que acepto. No miro ni a Matthew ni a su madre y mientras ellos siguen charlando, me pregunto si estoy haciendo la cosa justa. Cuando los veo reírse, me paro diciendo que estoy agotada y me alejo. Cuando estoy en el pasillo, Matthew me llama y sigo caminando sin contestar. Cuando estoy en mi alcoba, trato de cerrar la puerta pero Matthew la tranca y entra.

Estoy abatida y me siento sobre la cama llorando. Se arrodilla frente a mi y

dice:

—Se que estás confundida, pero no quiero hacerte daño. ¡Giulia, yo puedo darte una vida mejor y quiero hacerlo!

—Pero tú no me amas —puntualizo llorando.

Se levanta, camina por la habitación, me cuenta:

—¡No se que quiere decir amar a una mujer! Pero desde que te conocí, sentí inmediatamente un gran cariño por ti y me impuse ser solo un amigo para ti. Para alejarte, me mostraba con otras chicas, pero apenas te ibas, sentía una punzada en el corazón. No se cuantas noches pasé preguntándome que hacer, porque cada tarde, antes de venir a tu casa, la sola idea de volverte a ver me hacía sentir borracho de felicidad y nervioso como si mi cuerpo te necesitara para sobrevivir. No se si es amor, Giulia, pero es la primera vez que siento algo así.

Escucho sin mirarlo y le recuerdo que yo no sentí lo mismo.

—Dame una posibilidad y, si no pasará nada, entro de un año o dos, terminaremos nuestra relación —replica nervioso.

—¿Por que te importa tanto todo esto? —le pregunto molesta, mirándolo.

—Porque eres la única con la que he hablado de mi hermano y la única que ha visto lo que me ha hecho mi padre durante sus cabreos —contesta nervioso.

Mi mirada cambia de repente y él sigue:

—¡Nos necesitamos mutuamente, Giulia!

No se si sea cierto, pero ya acepté esta farsa y asiento sin decir nada.

—Tenemos que irnos. Tengo otra semana antes de viajar y quisiera pasar más tiempo posible contigo. Si para ti está bien, podemos pasar la tarde juntos —propone pensativo.

Asiento sin mirarlo y él sigue:

—Giulia, Nunca te haré daño.

Asiento y él me saluda. Luego entra mi madre diciendo que tengo que saludar la señora Ginevra. Me paro y la sigo por el pasillo. Cuando se aleja, la señora me observa y me dice:

—Nunca me habría imaginado que una chica pudiera tomar tan mal, el hecho que mi hijo esté interesado en ella.

Sonríó y mi madre se apresura a puntualizar que estoy agotada. La señora asienta y dice:

—Ahora tenemos que irnos, pero espero verte en mi casa. Charlaremos un rato y nos ayudará a entender la situación.

Acepto sin convicción y le deseo que tenga una buena noche. Ella me

saluda y se aleja. Matthew me dice que nos veremos mañana y regreso a mi habitación. No tengo ni siquiera el tiempo de cerrar la puerta, que mis padres entran en mi cuarto y, por una hora, no hacen más que decirme que esta es una gran oportunidad y que no podemos perderla. No los escucho y me limito a decir algún ‘si’ y otros ‘tenéis razón’. Cuando finalmente mi madre va a preparar la cena, mi padre cierra la puerta y se sienta a mi lado, diciendo:

—No se si tú madre aprendió a amarme o no. Pero se que hubiera podido ser peor tanto para mi como para ella. Nosotros nos conocimos realmente solo después del matrimonio, porque antes no podía salir y cada vez que iba a visitarla a su casa, estaba siempre uno de sus hermanos que nos cuidaba. Tú tienes todo el tiempo para conocer a Matthew y para decidir qué hacer. Yo no te obligaré a hacer nada y aceptaré tu decisión.

Esto me alivia y le agradezco. Se para diciendo que la cena está lista y lo sigo hasta la cocina. Por toda la cena, mi madre se pavonea de todas las cosas que haré y mi padre y yo la escuchamos sin decir nada. Cuando terminamos de comer, mi madre dice que se ocupará ella de la cocina y yo les deseo una buena noche.

Me despierto adolorida y decido que Samantha tiene que pagar por lo que hizo y sus amigas también. Voy hacia la sala y llamo a mi primo. Le hago entender que no puedo hablar, ya que mi madre está en la cocina y le pregunto si podemos vernos. Dice que llegará a mi casa en un par de horas y le pido que traiga un par de amigos corpulentos. Me pregunta si tengo algún problema, preocupado y contesto que más tarde podrá contarle todo. Afirma que no ve la hora de saber que está sucediendo y me saluda. Llega después de un par de horas y saluda mi madre todo sonriente. Ella lo mira perpleja y le pregunta a que se debe el placer de tenerlo en nuestra casa.

—Tenía un par de diligencias que hacer aquí en la ciudad y aproveché para saludarte —contesta divertido.

Mi madre se relaja y le pregunta si está solo. Él dice que está con un par de amigos y mi madre le pregunta si se quedarán para almorzar con nosotros, intimidada. Mi primo se ríe y afirma:

—¡Tranquila tia, no te llenaré la casa de desconocidos!

Ella trata de negar su angustia al solo pensamiento y los invita a quedarse.

—¡No podemos! Pero me gustaría salir un rato con Giulia, ya que hace mucho que no la veo —le explica sonriendo.

Mi madre asienta y le digo que regresaré antes de sentarnos a almorzar. Mi primo la saluda y salimos. Me asusto cuando veo ocho hombres afuera

esperándolo y él me pregunta que está sucediendo. Lo miro y le cuento de las chicas que me golpearon. Me pregunta porqué y le explico:

—No las tenéis que tocar y solo quiero que me vean con vosotros. ¡Aquí, no tengo nadie que me pueda ayudar! ¡Ella es una *nena de papá* y, si lo hiciera, podría poner en problemas a muchos de los chicos que viven aquí en la ciudad!

—Ok, ¿quien es esta? —pregunta nervioso.

—¡Seguramente estará en algún negocio de comprar! —contesto igualmente nerviosa.

Dice ok y se acerca a sus amigos. Me los presenta y luego les explico que tienen que hacer.

Desafortunadamente en la ciudad no encuentro ni a Samantha ni a sus amigas, pero encuentro a Simone. Le pido a mi primo que espere un momento y me acerco a Simone.

—¿Como Estas? ¿Ya resolvieron con mister amabilidad? —pregunta despreciado.

—Si, pero tuve un problema con Samantha y quería preguntarte si sabes donde la puedo encontrar con sus amigas —digo nerviosa.

—¡Por fin conociste a Samantha! —exclama sonriendo.

Asiento y él me pregunta que pasó. Le cuento y él me explica:

—Todas las chicas están aterrorizadas de ella y de sus cambios de humor tan repentinos. Te aconsejo que olvides lo sucedido y que esperes que ella también lo haga.

—Simone, dime solo donde puedo encontrarlas —le ordeno molesta.

—Giulia, nadie te ayudará y no puedes ir sola —responde preocupado.

Le pido que mire a mis espaldas y, mientras lo hace, le explico quiénes son esos hombres. Los observa y dice:

—Si la tocáis, os denunciarán y esos hombres tendrán serios problemas. ¿Estas segura que quieres hacerlo?

—¡Nadie tocará a nadie! Quiero solo que le quede claro que no estoy sola y que no le tengo miedo —resoplo molesta.

Echa otro vistazo hacia los hombres detrás de mí y dice:

—Claudia está con ellas y se han ido para la piscina.

Le agradezco y alcanzo mi primo. Le explico que tenemos que ir a la piscina en coche y él dice que los dejaron en el parqueadero. Sonríe cuando los veo subirse en tres coches diferentes y mientras mi Primo conduce, le pregunto:

—No quiero que tengáis problemas, así que si no queréis hacerlo, podemos parar aquí.

—Si no las tocamos, no pueden hacernos nada —afirma riendo.

Asiento y le explico hacia donde tenemos que ir. Cuando estamos al frente de la piscina, decidimos esperarlas afuera y nos quedamos en los coches. Cuando veo salir una de ella, le aviso a mi primo y bajamos del coche. Veo sus amigos hacer lo mismo y miro la entrada de la piscina. Veo salir las otras y me doy cuenta que Samantha me está mirando. Ella dice algo y espero que las otras también me vean. Cuando veo el terror en sus ojos, le pido a mi primo que espere un segundo y me acerco a Samantha. Miro las demás y digo:

—¡Si a caso tuviera que volver a suceder, alguien se romperá los huesos y no seré yo!

Luego miro a Samantha y sigo:

—Te informo que anoche, después de lo que pasó, decidí iniciar una relación con Matthew y puedes resignarte.

—¿De que coño estas hablando? —me pregunta perpleja.

—¡Lo que acabo de decir! Matthew y yo somos novios —contesto nerviosa.

Ella me mira de pies a cabeza y resopla:

—¡No creo que su familia aceptará!

—Que raro, porque su madre anoche estuvo en mi casa —puntualizo sonriendo.

Ella se hecha a reír y afirma:

—La señora Mitchell no sale ni siquiera para ir a visitar a sus mismos hijos, así que no creo que se haya tomado la molestia de venir a ese basurero que llamas casa.

—Esta noche saldré con él y, si no me crees, se lo podrás preguntar a él mismo... —digo complacida.

Ella se pone seria inmediatamente y yo la saludo.

—¡Lastima que sea su padre quien lo decide todo en casa Mitchell! —exclama ella engreída.

—¡Un paso a la vez! —respondo combativa alejándome.

Alcanzo mi primo y le digo que ya podemos irnos. Lo veo mirar nervioso a Samantha y le repito que tenemos que irnos. Asienta y le dice a sus amigos que pueden regresar a sus casas. Les agradezco a todos y los veo alejarse sonriendo. Mi primo me abre la puerta del coche y yo me siento. Mientras conduce, afirma que debo comprarme un móvil y yo le recuerdo lo que piensa

mi madre sobre el asunto.

—Creo que me quedaré para el almuerzo —dice pensativo.

Entiendo sus intenciones y le agradezco. Cuando llegamos mi madre me pregunta donde estuvimos y mi primo le pregunta si se puede quedar a almorzar con nosotros.

—¿Tus amigos también están? —pregunta ella preocupada.

Mi primo se ríe y le dice que ya se han ido. Mi padre no regresa casi nunca para el almuerzo y mi madre y yo estamos acostumbradas a comer algo rápido. Cuando la veo correr hacia la cocina, la alcanzo y le explico que no hay necesidad que prepare nada de especial. Preparamos una ensalada y servimos un poco de embutidos. Mi primo dice que va a lavarse las manos y ella me pregunta:

—¿Crees que sea suficiente? Matteo no es uno al que le gustan las ensaladas.

Le propongo espaguetis con ajo, aceite y pimienta y ella se da prisa en prepararlos. Cuando Matteo regresa, voy a la sala y le pregunto como están sus padres.

—Desde que vivo a cincuenta kilómetros de distancia y que trabajo por mi cuenta, los veo muy poco. ¡Pero están bien y molestan como siempre! — responde serio.

Me río y él me pregunta si por fin encontré novio. No se si escuchó lo que le dije a Samantha, pero prefiero no mentirle, ya que estoy segura que mi madre no perderá ocasión de contarle todo.

—Si y se llama Matthew —respondo pensativa.

Me indica mi madre en la cocina con los ojos y le explico que sabe todo. Él me mira asombrado y yo afirmo:

—Creo que sea algo oficial, ya...

—¿Que quieres decir con eso?

—Matteo, no se —contesto desmoralizada.

Asienta y dice que le preguntará a mi madre. Le digo que está bien y voy a lavarme las manos. Ayudo mi madre y ponemos todo sobre la mesa. Mi primo se sienta y sin darle el tiempo a mi madre de hacer lo mismo, pregunta:

—¿Giulia tiene novio y ni siquiera me contaste?

Mi madre se sienta y murmura

—Os habría llamado mañana.

Mi primo le pregunta desde hace cuanto y ella le cuenta:

—Ayer vino a visitarnos con su madre y quería calmar un poco la dicha,

antes de llamar a tu casa.

Mi primo la mira desplazado y ella sigue:

—¡Es el hijo del señor Mitchell!

Mi primo me mira impresionado y me pregunta donde lo conocí. Mi madre no me deja el tiempo de contestar que dice:

—Le ayudó a recuperar el año perdido y salieron por meses.

Mi primo Asienta sonriendo y exclama:

—¡Bien hecho, Giulia!

Le sonrío y comienzo a comer. Mi madre cambia tema y le pregunta por su padre. Él le cuenta con un tal desprecio y mi madre esboza, sin replicar. Mi primo me pica el ojo y dice:

—El otro día una chica fue atacada y se salvó porque tenía el móvil. Lamentablemente, en la ciudad, uno no sabe como tiene que defenderse y menos mal que inventaron los móviles, si no quien sabe que le habría podido ocurrir a esa pobrecita.

Lo miro preocupada y él me hace señas de tranquilizarme.

—¡Son precisamente los móviles que ponen en líos a las chicas hoy en día! ¡Hacen de todo para pagarse una recarga y se la pasan horas hablando con personas que ni siquiera conocen! —resopla mi madre.

—Mi hermana tiene uno y no hace estas cosas. ¡Hoy en día, el que no tiene móvil queda totalmente aislado de todos! —Trata de contradecir mi primo.

—Matteo, tu hermana está trabajando y lo usa para eso —puntualiza ella.

Se ríe y le asegura que no lo usa solo para eso. Mi madre lo mira y afirma decidida:

—¡Giulia no necesita un móvil!

Él se pone serio y le pregunta:

—¿Cuántos amigos tiene, Giulia? ¿Cuántas veces has visto alguien tocar a la puerta y invitarla a salir? ¿Crees de verdad que, una como Giulia, cambiaría solo porque tiene un móvil? ¡Ella sabe lo que hace y nunca les ha dado alguna decepción! Podría servirle para conocer mejor a sus amigas y estar en contacto con ellas.

Se que las cosas que dice son ciertas, pero está poniendo a prueba la paciencia de mi madre y de esta manera podría irritarla aún más de lo que está sobre el tema móvil. Ella lo mira riéndose, como a decir mejor que no hable y yo bajo la mirada decepcionada.

—¡Recuerda que dentro de poco ella será mayor de edad y podrá comprárselo sola! —resopla nervioso.

—¿Y con cual dinero? —pregunta orgullosa.

—¡Con el de su novio! —responde molesto.

Mi madre agacha la cabeza derrotada y mi primo sigue:

—Tía, no quiero que te enfades. Pero ya estamos en el siglo XXI y no se puede seguir viviendo como si estuviéramos en la edad de la piedra.

Veo mi madre mirarme furiosa y bajo la mirada.

—¿Todo esto es cosa tuya? —me pregunta iracunda.

Le juro que no es así y mi primo puntualiza:

—¡Te tiene tanto miedo que nunca podría hacer una cosa así!

—Tu crees que sea perfecta, pero no lo es y ¡le ruego a Dios que, ese muchacho, se case con ella antes de que se de cuenta! —responde ella nerviosa.

Siento mis ojos llenarse de lagrimas y mi primo ordenarme:

—¡Giulia, di lo que piensas!

No tengo la valentía de mirarlo y me paro diciendo que me voy a mi cuarto. Mi primo se para también y me agarra, afirmado:

—¡Eres una mujer muy fuerte y no tienes nada de que avergonzarte! Ya deja de complacerla en todo sin decir la tuya y saca todo lo que te hace daño.

—Tu no entiendes —le digo mirándolo llorando.

Él me pregunta que es que no entiende y mi madre me ordena de ir a mi habitación.

—¿Adonde voy si me echan de la casa? ¿Y como me mantengo? —pregunto llorando.

—¡Tu padre *jamás* te haría algo así! —afirma seguro de si.

—No, pero lo obligaría a una vida de infierno y a mí me pegarían por cualquier estupidez. La única solución es casarme con Matthew y irme con él —digo resignada y, mirando mi madre, añado:

—¡Siempre si no se da cuenta antes, de la pésima persona que eligió!

Mi madre me observa con suficiencia y mi primo me suelta diciendo:

—¡Ni uno se salvó en esa mierda de casa! Mi padre golpeó mi madre hasta que crecimos y lo amenazamos. Tal vez no sepas, pero ahora vive con mi hermana, porque después de habernos ido, ¡el bastardo había comenzado a maltratarla otra vez!

Lo miro impresionada y le pregunto cuando sucedió todo esto. Él no le quita los ojos de encima a mi madre y le pregunta consternado:

—¿Tu sabias y nunca hiciste nada para ayudar a mi mamá?

La miro asombrada y ella se sienta, contestando:

—¿Como se puede aceptar todo esto? No quería saber y, cuando tu mamá me contó, yo minimicé la cosa, pensando que, a lo mejor, se trataba de una cachetada de vez en cuando.

Mi primo coge mi mano y dice:

—Si necesitas ayuda, ¡llámame! Para *cualquier* cosa, Giulia.

Asiento triste y él, luego de haberme saludado, se va sin dignar mi madre de una mirada. Me volteo hacia ella y digo:

—¡No veo la hora de casarme con él y de irme de esta porquería!

Ella asienta sin mirarme y yo voy hacia mi cuarto. Me acuesto en la cama bocabajo y pienso en todo lo sucedido. Por alguna extraña razón, el chico que hasta hace unas horas me parecía consentido y egoísta, ahora me parece ser mi único salvavidas y me pregunto si a caso él ya había entendido todo esto desde un principio. Me repitió muchas veces que él podía ofrecerme una vida mejor que esta y estaba convencido de eso. A lo mejor entendió la situación cuando vio los moretones de la paliza que me dio mi madre y se sintió obligado a ayudarme. Podría ser esta la razón por la que no podía dormir y que lo atormentaba. Me volteo y mirando el techo, me pregunto si otra persona, en su lugar, lo habría hecho. Mientras Samantha y sus amigas me golpeaban, vi pasar un montón de chicos y nadie se detuvo para ayudarme. Aunque la situación fuera fácilmente resoluble y aunque tuvieran el tiempo de hacerlo. Al contrario cuando llegó Matthew, el daño ya estaba hecho y yo nunca le pedí ayuda. Mi madre toca a la puerta y me pregunta si puede entrar.

—Mamá, no quiero hablar —respondo arisca.

Ella entra y se sienta en la silla, diciendo:

—No puedes hablar, porque no conoces los eventos y solo te pido que me escuches.

Asiento y ella sigue:

—Creo que a mi también me pegaron, la primera vez, cuando tenía diez años y solo porque se había caído un vaso. Pero me acuerdo que mi padre, para defender a mis hermanos, muchas veces lo golpeaban a él.

La miro asombrada y me siento en frente a ella.

—Cuando estas pequeño, piensas que nunca le harás lo mismo a tus hijos en cambio... Crecí con esa educación y es la única forma de educar que conozco. Se que no es la mejor, pero cuando estoy nerviosa, comienzo a golpear sin tener el tiempo de pensar en mis acciones y no puedo parar hasta no haberme calmado. Sabes que contigo nunca lo he hecho por un vaso roto pero cuando se toca mi integridad o la tuya no puedo controlarme —admite

nerviosa.

—Si algún día tendré un hijo, no te lo dejaré —resoplo convencida.

—Cuando naciste, tu padre tuvo el mismo pensamiento y me obligó a hacer una terapia con la psicóloga. Pensé que habíamos resuelto el problema y, después de cuatro años, deje de ir. Pero creo que comenzaré la terapia otra vez —dice con poca voz.

—Creo que sea la mejor cosa —contesto molesta.

Ella se para y me recuerda que entro de poco llegará Matthew.

—Me contaste todo esto solo para calmarme, antes que él llegara —puntualizo enfadada.

—Te equivocas. No podía y no quería afrontar este tema antes —admite pensativa.

—Matteo tiene razón. Hubiera debido imponer mi opinión antes —murmuro con poca voz.

—¡Yo estoy feliz que no lo hayas hecho! —responde saliendo.

No se porque reaccioné de esa manera o por lo menos no me queda claro. No me arrepiento de haberlo hecho, porque Matteo acertó todos mis problemas. Tal vez, si me hubiera rebelado antes, no habría llegado a mis dieciocho años, sola y rechazada por todos. Me voy a duchar y cuando regreso a mi habitación, oigo llamar al timbre. Me visto rápidamente y me pongo un vestido largo que esconde los moretones sobre mis piernas y que resalta mi cuerpo, y mis dieciocho años. Salgo y oigo mi madre hablar con Matthew en la sala. Cuando entiendo que están hablando solo de la universidad que él está frecuentando, entro. Se para apenas me ve y se acerca diciendo a mi madre que estamos saliendo. Saludo mi madre y sigo Matthew hacia la puerta.

—Apuesto que ese vestido es de tu mamá —dice juguetón.

—Si no te gusta, puedes siempre regresarme al remitente —resoplo nerviosa.

—¿Todavía no se te ha pasado? —pregunta nervioso.

—¡Y nunca se me pasará! —exclamó furiosa.

Se detiene y, dándome la mano, dice:

—¡Ok, empecemos otra vez! Mucho gusto, yo soy Matthew Mitchell.

—Matthew, no estoy del humor adapto y creo que será mejor regresar a mi casa —le explico seria.

Me indica el muro de seguridad de una casa y dice:

—Sentemonos y hablemos.

Se que no tengo otra opción y me siento. Él se sienta a mi lado y dice:

—Se que la cagué, saltándote y yendo directamente a hablar con tus padres. Créeme, no fue nada fácil convencer a mi mamá y ni siquiera me arriesgué a contárselo a mi papá u a mis hermanos. Actúe sin reflexionar y, cuando mi madre me dijo que no, me obstiné aún más.

—¿Así que a tu mamá tampoco le gusto? —pregunto inquieta.

—No te conoce y, de todos modos, no es este el problema. ¿Cuántas madres irían a la casa de una chica, para hablar de un noviazgo de esa manera? Sabía que con tu madre todo esto habría funcionado y lo hice —me cuenta pensativo.

—¿Por que no te quedaste con Samantha? Es perfecta para ti y para tu familia —pregunto nerviosa.

—¿Que sabes de mi familia? —pregunta mirándome.

Agacho la cabeza y, pensándolo, le cuento:

—Se que tu padre vino desde Estados Unidos y que, luego de haber conocido a tu mamá, decidió mudarse aquí. Sos tan ricos y tan ocupados en vuestras empresas. Tienes dos hermanos...perdón, ¡tres! Dos son casados y con hijos. Tú eres el menor y el más consentido.

Se ríe y puntualiza:

—No soy el menor y no soy consentido.

Cuando me pregunta si he escuchado otras cosas sobre su familia, lo miro intrigada y él sigue:

—¿Nadie te dijo que somos una familia rara?

Yo sonrío y él me pregunta que me contaron. Le pregunto si está seguro de querer saber y él responde divertido que si.

—Parece que tu familia pertenece a una secta y que en tu casa hayan altares. Todos creen que tu padre sale solo de noche y que tenga una rara enfermedad. También supe que tu madre no sale nunca, ni siquiera para ir a la casa de tus hermanos y... no recuerdo nada más —digo pensándolo.

Asienta y me pregunta en que creo. Lo miro perpleja y respondo:

—No se y, sinceramente, nunca me he puesto el problema si Sean cosas ciertas o no.

—¿Entonces que es lo que te asusta de mi? —pregunta pensativo.

—Te recuerdo que fuiste tú mismo quien me dijo que no quería tener novia y que estás acostumbrado a acostarte con mujeres mayores, porque no pretenden nada más que eso —resoplo nerviosa.

—¿Y esto te da miedo? —pregunta serio.

Me río y le explico:

—No me da ningún miedo. Pero me parece raro que, tú mismo, te presentas

en mi casa con tu mamá.

—¡No me diste otra opción! —me hace notar divertido.

—Si, podías seguir tu noviazgo con Samantha y dejarme en paz —replico segura de mi.

Él sacude la cabeza y me pregunta que se de Samantha.

—Se que está enamorada de ti desde hace muchos años y que por fin había logrado conquistarte —respondo malhumorada.

Se echa a reír y dice:

—Está, obviamente, es su versión de los hechos y sería mejor que escucharas la mia también —Y poniéndose serio, me cuenta:

—Son cinco años que Samantha está tras de mi y, hace un par de años, me vio en una discoteca. Estaba borracho y cabreado. Había descubierto que se había acercado a una de mis cuñadas y, cuando la encontré, ¡le di lo que quería! Cuando terminamos, me pidió que la acompañara a la casa y yo le dije que, si se hubiera atrevido a acercarse otra vez a mi cuñada, la habría desenmascarada frente a todos. ¡Pero ella es una de esas que nunca se rinden y siguió jodiéndome!

Lo escucho perpleja sin interrumpirlo y él añade:

—Luego me sirvió y le dije que si me hubiera ayudado, habría aceptado ser su novio.

—¿Estas hablando de esa vez que vino a mi casa? —pregunto incrédula.

Asienta y dice:

—No podía dejar mis estudios en ese momento y, de todas formas, sabía que tus padres estaban Buscando una chica. Solo después, decidí tomarme una pausa para ayudarte y lo hice.

Lo miro impresionada y le pregunto porque lo hizo.

—Te dije que tengo un hermano en Suiza y que de vez en cuando voy a visitarlo —me recuerda mirándome pensativo.

Le digo que si y él me cuenta:

—Se que no entiende y a lo mejor ni siquiera escucha lo que le digo. Pero le hablo de todo y es el único en el que puedo confiar. Él me observa con su mirada ausente y a veces me sonrío. Cuando le hablé de ti, parecía que me estuviera escuchando seriamente y cuando le pregunté, bromeando, que opinaba, podría jurar que me hizo si con la cabeza. Se que no es posible y que probablemente fue mi misma imaginación. Pero...

Le cojo la mano y, apretándola, le explico:

—Se que lo quieres mucho y a lo mejor viste lo que quisiste ver.

Aprieta mi mano y responde:

—No se... pero fue como si me hubiese dicho ‘ella es la mujer para ti’

No creo que haya sucedido realmente, pero no quiero decepcionarlo y le pregunto:

—¿Estas seguro que le dijiste mi nombre y no el de Samantha?

Él se echa a reír y dice que está más que seguro. Le sonrío y él me pregunta si quiero ir a caminar un rato. Acepto y nos paramos. Jala mi mano y apretándola, se encamina. Lo observo aprensiva y lo veo mirar hacia adelante sonriendo, mientras me responde:

—Para mi también es una cosa nueva.

Lo miro divertida y él me pregunta si quiero tomar algo. Efectivamente hace calor y no sería nada mal.

—¿Oye, tu eres de esa clase de novios que pagan la parte de cuenta de la novia también? —pregunto bromeando.

El se ríe y, jalándome hacia la cafetería, exclama:

—Por fin empiezas a relajarte.

Pienso en su respuesta y me corrijo avergonzada:

—Quería solo saber si le ofreces de tomar a todas tus amigas.

Se ríe a carcajadas y me pregunta que deseo. No me atrevo a mirarlo y dice:

—¿Me das dos raspados? Para mi novia sabor a fresa y para mi la de siempre. Gracias.

Quito mi mano de la suya y salgo de la cafetería, molesta. Lo oigo reírse y veo acercarse Samantha con sus amigas. Bajo la mirada deseando que no se me estén acercando y ella pregunta:

—¿Donde está tu novio?

La miro y contesto:

—Samantha, no me molestes o alguien podría lastimarse *mucho*.

—¿Que está sucediendo? —pregunta Matthew nervioso.

Me volteo y lo veo con los raspados en la mano, esperar una respuesta de Samantha mirándola furioso.

—Un pajarito me contó que ahora sos novios y os quería felicitar — exclama ella riéndose de gusto.

Él me pasa un raspado y, cogiendo mi mano libre, le agradece. Ella para de reír y lo observa asombrada.

—Vamos, Giulia, que aquí el aire está pesado —murmura Matthew sacándome de ahí.

Cuando estamos suficientemente lejos, me suelta la mano y me pregunta si le conté algo. Digo que sí y me pregunta cuando. Le cuento que la encontré en la piscina y él me pregunta cauto porque lo hice. Agacho la cabeza buscando una excusa y me pregunta sospechoso:

—¿Me estás usando para hacerla sufrir?

Lo miro consternada y le pregunto de que está hablando,

—Se que Samantha no es una que se deja querer mucho, así que te estoy preguntando si te ha hecho algo malo, que quieres hacerle pagar complaciéndome —me explica nervioso.

Agacho la cabeza pensando en el hecho que, cuando se lo conté, mi intención era precisamente esa de herirla y Matthew me pregunta furioso:

—¿Aceptaste solo para reprochárselo?

Ok, ya es suficiente y me detengo en medio de la calle. Él me mira ferozmente y yo le cuento todo lo que sucedió ayer. No me da el tiempo de contarle lo que pasó en la piscina, que tira el raspado contra una pared, agarra mi mano y me arrastra nuevamente hacia la cafetería. Me cuesta seguirlo y yo también arrojo mi raspado, antes que se me caiga encima. Se detiene y se mira alrededor. Me doy cuenta que está buscando a Samantha y no se si desear que la encuentre o no. Él sigue caminando y yo siguiéndolo. Cuando se detiene nuevamente, me encuentro a Samantha de frente y sus amigas, sentadas en una mesa de la cafetería y Matthew afirma amenazándolas:

—¡Ya me conocéis así que sin más preámbulos! ¡Giulia Manara es intocable, desde hoy y para siempre! ¡Y el que se atreva a tocarla tendrá que vérsela conmigo y *solo* conmigo!

Todas bajan la mirada y él sigue:

—Samantha, me gustó follarte y tengo que admitir que, con la boca, ¡trabajas muy bien! ¡Pero aparte eso no vales ni mierda!

Lo miro sorprendida y él les pregunta si entendieron. Noto que los chicos sentados en las otras mesas están escuchando todo y esperan ansiosos el desarrollo de la situación.

Aprieto la mano de Matthew y le digo que tenemos que irnos. Él sigue mirando a Samantha furioso sin moverse.

—¿Samantha, quieres que siga? —le pregunta pavoneándose.

Ella dice que no con la cabeza y él resopla que no escuchó.

—¡No, ya entendí! —afirma ella, mirándolo justo el tiempo necesario para decirlo.

Él asienta satisfecho, le desea una buena tarde y me dice que ahora

podemos irnos. Cuando nos alejamos, lo miro preocupada y le pregunto:

—¿Por que Samantha te teme tanto?

—¡Porque si su padre se enterará de todo lo que hace, estaría jodida! — responde nervioso.

Claro que para un padre, imaginar su hija que se deja follar en los baños de una discoteca, debe ser horrible y pienso en las palabras de Matthew. Imaginarla con la cabeza entre sus piernas, me da náusea y me pregunto si algún día yo también llegaré a tanto.

Cuando Matthew se detiene, lo empujo, ya que estoy absorta en mis pensamientos y lo miro avergonzada.

—¡Quiero que te quede *bien claro* que eso sucedió solo una vez! — puntualiza nervioso.

Cuando me pregunta en que estoy pensando, no soy capaz de mirarlo en la cara y él me la levanta con su mano libre. Cuando mi mirada encuentra la suya, sonrío y dice:

—Mira que ni se me paraba, le costó media hora para que se me endureciera la verga!

Siento mi cara enrojecer y me alejo de él, afirmando que no es un problema mío.

—Giulia, es un problema tuyo, ya que somos novios —puntualiza serio.

Me volteo, lo miro y digo:

—No creo que te gustaría saber que hice *yo* y con quien.

No he hecho nada todavía y quiero solo que entienda que no son cosas que tiene que contar, ni siquiera a un amigo. Me observa pensativo y luego se acerca diciendo:

—Perdóname, estaba furioso y dije la primera cosa que se me ocurrió.

Le digo que entendí y él, después de haber apretado mi mano, afirma que es mejor si nos tomamos algo para calmarnos. Caminamos por el centro y veo todos observarnos perplejos. Obviamente es por Matthew, ya que nadie me conoce, y él me propone de entrar en una heladería. Acepto y lo sigo. Me habla de la universidad y de lo que está estudiando. Me cuenta de las personas que conoció hasta ahora y de las personas con las que sale. Lo escucho, a veces sonriendo y otras mirándolo más seria. Me pide que le hable de mi y le explico que no tengo nada que decir. Me observa pensativo y luego afirma:

—Un día tendrás tantas cosas que contarle a nuestros hijos, que ni sabrás por donde comenzar.

Lo miro perpleja y le pregunto:

—Tu fama no es de las mejores, y aún así hoy pareces ser mayor de lo que eres. ¿Cual es la verdad?

—Giulia, la verdad está en los ojos de quien me mira. Puedo ser un desgraciado consentido o un hombre maduro, depende con quien me relaciono —contesta presumiendo.

Pienso en sus palabras y él, luego de haber visto la hora, dice que ya es tarde. Paga las dos bebidas que tomamos y se para. Salimos y él, mientras me acompaña de vuelta a mi casa apretando mi mano, me dice:

—¿Con cuántos hombres has estado?

Me echo a reír y le digo que no es problema suyo. Me mira mal y resopla:

—No te pregunté con quien y que, solo con cuantos.

—¡Perdí la cuenta! —afirmó riéndome.

Él mira hacia adelante y no dice nada. No se si entendió que nunca le contaré nada ni siquiera si fuese cierto o si entendió que es mejor no saber nada. Pero este juego me divierte y le dejo creer lo que mas quiere. Cuando llegamos a mi casa, entra a saludar a mis padres y mi madre le pregunta si quiere cenar con nosotros.

—Gracias señora, pero mi padre me está esperando —responde educadamente.

Me pide que lo acompañe hasta la puerta y lo hago.

—¿Crees que si te regalara un móvil, tus padres te lo dejarían usar? —pregunta serio.

Le digo que no y él me pregunta si tengo un ordenador.

—Si, pero puedo utilizarlo solo para estudiar y no puedo crear ningún perfil —le explico angustiada. Él me acaricia suavemente y dice:

—¡Ten paciencia, te alejaré de todo esto!

Asiento y me alejo deseándole una buena noche. Él me desea lo mismo y cierro el portón.

Capítulo 5

Me despierto llena de dudas y de preocupaciones sobre mi pseudo noviazgo con Matthew y doy vueltas en la cama, porque no tengo ganas de cruzar la mirada satisfecha de mi madre. Fue suficiente escuchar sus delirios anoche, durante la cena y estoy harta. Miro el ordenador y me pregunto como mi madre podría descubrir que creé un perfil, si no lo sabe ni siquiera encender. Me levanto y me siento en el escritorio. Busco en internet la página y me invento un pseudónimo, mirándome alrededor. No puedo usar mi nombre y ni siquiera uno que se parezca. Alguien podría identificarme y mi madre, probablemente, vendría a saber que su hija ahora tiene Facebook. Mirando el cielo, tengo una idea y decido usar ‘Nube Blanca’ como pseudónimo. Creo el perfil y luego la email. Cuando por fin terminé mi perfil, busco personas conocidas y leo sus publicaciones. Noto que algunos lo tienen desde hace años y que tienen miles de amigos. No hago ninguna solicitud de amistad y me limito a leer un poco de esto o de aquello. Cuando mi madre toca a la puerta preguntándome si estoy despierta, me apresuro a cerrar el PC y le digo que sí. Ella entra y viéndome al ordenador, me pregunta sospechosa que estaba haciendo.

—Estaba revisando si ya está disponible la lista de libros —contesto mintiendo.

Ella me pregunta si ya está y yo le digo que todavía no.

—¡Ya está el almuerzo! —dice alejándose.

La sigo y espero que no se vuelva a abrir el tema de Matthew. Almorzamos en silencio y sin mirarnos. Yo porque me siento culpable por haber creado un perfil y ella creo que todavía está pensando en el móvil. Cuando terminamos, como si hubiéramos hecho un acuerdo tácito, yo limpio la mesa y ella lava los platos. Cuando termino, regreso a mi habitación y prendo el ordenador. Busco a Matthew y a parte su foto de perfil, no tiene otras. Miro sus publicaciones y por alguna extraña razón no hay ninguna suya. Pero su perfil está lleno de chicas que le desean un buen día o que le preguntan como está. El número de

sus amigos es impresionante, pero él no comenta nada y hasta parece ser un fantasma. Sigo leyendo los varios comentarios y me pregunto porque se haya obsesionado conmigo, ya que tiene mucho donde elegir. Observo su foto y no siento ninguna emoción superior al afecto. Busco Simone y miro su perfil. Noto que él, al contrario, es muy activo y responde a todos. Sonríe y le mando la solicitud de amistad. Él la acepta inmediatamente y yo me pregunto si sea normal que responda tan rápido. Quisiera mandarle un mensaje para decirle quien soy, pero escucho que mi madre está hablando con mi padre y miro la hora perpleja. Cuando me doy cuenta que ya son las 18.30 apago el ordenador y me pregunto como es posible que hayan pasado tantas horas. En la sala, lo veo acostado y me siento preguntándole como le fue en el trabajo.

—¿No saliste con Matthew hoy? —pregunta perplejo.

Solo ahora me doy cuenta que es bastante raro que no haya venido y me pregunto cual será la razón.

—¿No habrás hecho algo que pueda haberlo enfadado, cierto? —pregunta mi madre.

Niego con la cabeza nerviosamente, y, para callarla, le digo que seguramente tuvo que trabajar, aunque en realidad no se porque no vino. Mi madre aprovecha de la situación y presume méritos, que no tiene. Cuando terminamos de cenar, de regreso a mi habitación, prendo el ordenador y miro el perfil de Matthew. No hay ninguna novedad y paso al de Simone. Sonríe cuando veo publicada la foto de una hermosa mujer y leo su comentario: ‘¡Espero de encontrarla pronto!’. Me pregunto si es una amiga y por los comentarios entiendo que es una cantante que pronto hará un concierto en una ciudad por aquí cerca. Cierro y me alisto para dormir.

Cuando me despierto, miro el techo y me pregunto si Matthew hoy vendrá. No extraño tanto él, cuanto poder salir y sin problemas. Me estiro bostezando y observo el ordenador. Me levanto, lo prendo y mando un mensaje a Simone diciéndole buenos días, sin añadir nada más. No contesta y me voy al baño. Oigo mi madre decir que está yendo a visitar a Sílvia y preguntarme si quiero ir. Le digo que no quiero y ella afirma que nos veremos más tarde. Me ducho y me pongo un par de shorts y un top. Reviso el ordenador y veo un mensaje. Lo abro y leo:

‘Buenos días princesa’

Me río y le escribo:

‘Bien levantado mi rey’

Me pregunta si nos conocemos y si vivo en la ciudad. Le escribo que soy

nueva por aquí y él me pregunta donde vivo. Siento llamar al timbre y cierro el ordenador instintivamente, con un sobresalto. Me doy cuenta de lo que pasó y voy a ver quien es. Veo Matthew y le pregunto que hace aquí.

—¡Vine a visitar a mi novia! —exclama riendo.

—Estoy sola y no puedo dejarte entrar —le explico rápidamente.

Asienta y me pide que me vaya a vestir. Le digo que si y cierro el portón. No tengo muchas ganas de salir, pero no tengo otra opción y me pongo una sudadera y una camiseta. Se que mi madre no aprobaría y tal vez Matthew tampoco. Tomo las llaves y regreso a mi alcoba. Busco en mi mesita de noche el sobre de dinero que me dio Matthew y saco veinte euros. Salgo de la casa y veo Matthew esperarme contra un coche. Me acerco y le pregunto si es suyo. Me dice que si y abriéndome la puerta, sigue:

—Vamos a un sitio más tranquilo.

Le explico que no puedo y él cierra la puerta, preguntándome:

—¿Hay algo que puedes hacer?

—Si, caminar entre la gente —contesto sonriendo.

Asienta y agarra mi mano. Le pregunto porque no se presentó ayer y él me explica que su padre supo de nuestro noviazgo, añadiendo:

—Quiere conocerte y estás invitada a cenar esta noche.

Me detengo y le pregunto si tendré que ir sola, asustada. Agacha la cabeza y dice:

—No quiero que vengan tus padres, no quiero que cambien idea.

Le pregunto sobre que deberían cambiar idea y él sigue caminando, diciendo que tenemos que hablar. En la plaza hay poca gente y él se acerca al murito, diciendo que allá estaremos mas tranquilos. Una vez allá, me pongo con el trasero contra el muro y lo miro curiosa. Él se queda enfrente a mi y jugando con los dedos de mi mano y los suyos, mirándolos, dice:

—No se por donde comenzar.

Lo miro preocupada y lo veo observarme pensativo, diciendo:

—Giulia, mi padre no hace parte de ninguna secta y no tenemos ningún altar en casa. Pero es cierto que... en mi casa hay algunas reglas que respetar.

Le pregunto que tipo de reglas y él me cuenta:

—En mi casa, no se aceptan demostraciones públicas de afecto y está prohibido murmurar. Cuando nos sentamos a la mesa, no se habla de problemas familiares y los hombres van servidos primero. Las mujeres no pueden inmiscuirse en las charlas entre hombres y pueden hacerlo, solo si solicitadas.

—¿Es una broma, cierto? —pregunto atónita.

Sacude la cabeza y dice que no.

—Giulia, nadie sabe estas cosas y tendrás que guardar el secreto, pase lo que pase entre nosotros. Pero no te preocupes, porque estas reglas rigen solo en la casa de mi padre y él no está acostumbrado a visitar a los hijos, para revisar si las siguen. En realidad nunca los visita... —dice nervioso.

Me doy cuenta que como en mi casa mi madre es la que hace el buen y el mal tiempo, en su casa lo hace su padre. Le pregunto si hay algo más y dice:

—Por ahora, es suficiente que sepas esto.

—Preferiría saber el resto también —puntualizo sería.

Asienta y afirma:

—¡*Nadie*, puede contradecir a mi padre!

—¿Y si uno lo hace, que sucede? —pregunto curiosa.

—Antes se limitaba a una cachetada, pero con los años se volvió más intratable y creo que sea debido al hecho que, por sus problemas de salud, tuvo que disminuir con el trabajo —contesta pensativo.

Me recuerdo el moretón que me había mostrado y le pregunto porque acepta todo esto. Me mira sonriendo y afirma:

—Ahora, con la universidad, lo veo muy poco y una vez graduado, le diré claramente que no quiero trabajar ni con él ni para él.

Le sonrío y él sigue:

—¡Te daré todo lo que desees, Giulia, aunque tenga que trabajar dieciocho horas al día!

—Yo no soy una que pide mucho y además yo también espero de tener un empleo —puntualizo divertida.

—¡Sabía que eras la mujer para mi! —exclama complacido.

Pienso en sus palabra y digo:

—¿Así que me elegiste solo porque las demás son más pretenciosas?

Él se pone serio y me explica:

—¡No te elegí con la cabeza! Pero es cierto que no quiero tener un empleo que odio, solo para complacer los caprichos de una mujer que no amo y además siempre me quedó claro que *jamás* habría trabajado con mi padre.

Le digo que entendí y él me pregunta si tengo alguna pregunta. Lo observo y, entendiendo cuanto lo moleste hablar de su padre, le digo que no tengo preguntas, consciente que tendré todo el tiempo de entender más durante la cena. Me pregunta si ya desayuné y le digo que aún no, sonriendo. Aprieta mi mano y jalándome, afirma que conoce un sitio donde preparan croissant

deliciosos. Me lleva a una panadería y compra tres croissant. Luego vamos a una cafetería y él pide un capuchino y un café. Lo miro perpleja, porque es cierto que no tomo café, pero me gusta el capuchino y le pregunto como hace para saberlo. Sonríe satisfecho y coge las tazas, pidiéndome que lo siga. Las pone sobre una mesita al externo de la cafetería y nos sentamos. Desayunamos, relajándonos y observándonos el uno al otro. Admito que mis sentimientos por él están cambiando, pero lo sigo viendo como un amigo y nada más. Es un chico muy guapo, siempre bien vestido y esto no puedo negarlo. Nunca lo he visto con un par de jeans o una bermuda y es siempre perfecto. Mirándolo ahora, parece hasta mayor de sus veintitrés años y me pregunto porque no hubo química. Lo veo sonreír y le pregunto porque lo hace. Él baja la mirada todo complacido y yo puntualizo:

—¡Tu no me gustas!

Se ríe y responde:

—¡Tu tampoco me gustas!

Lo miro asombrada y él se para diciendo que tenemos que irnos. Lo veo dejar cinco euros sobre la mesa y luego alargar la mano para coger la mía. Escondo la mía y le recuerdo:

—¡Tu, en serio, no me gustas!

Se ríe a carcajadas y se acerca para agarrar mi mano, diciendo:

—Vamos, tengo que hablar con tu madre de la cena.

Cuando nos encaminamos, apretando mi mano, lo sigo y le pregunto como tendré que vestirme.

Se detiene y mirándome, pregunta:

—¿Quieres comprarte un vestido nuevo?

—No, es suficiente que me expliques como debería vestirme —contesto molesta.

Asienta y dice que el vestido que tenía la otra noche sería perfecto. Luego sigue caminando y añade:

—Giulia, faltan cuatro días antes de que me vaya y, por los primeros dos meses, no podré regresar en los fines de semana. Tengo unos exámenes que preparar y dar, y no quiero perder más tiempo.

—¡No te preocupes! Para mi, podemos vernos el próximo año —respondo malhumorada, ya que para él soy solo una pérdida de tiempo.

Me mira mal y exclama:

—Te compraré un móvil.

Le repito que no puedo tenerlo y él me explica que hablará con mi madre de

esto. Se que todavía está nerviosa por lo que le dijo Matteo y le pido que no lo haga. Se detiene y me explica:

—Giulia, le diremos que lo utilizarás solo para hablar conmigo. Pero tú podrás usarlo como y cuando quieras.

Creo que pueda funcionar y le digo que está bien. Una vez en mi casa, entro y miro si mi madre está. Cuando la veo en la cocina, le digo que Matthew está aquí y ella, quitándose el delantal, me pide que lo deje entrar. Cuando estamos todos en la sala, Matthew le habla de la cena y ella acepta sin preguntar nada. Pero cuando trata de hablarle del móvil, ella cambia humor inmediatamente y él se apresura a puntualizar que lo usaré solo para hablar con él, ya que no podrá regresar por dos meses.

—Una vez no existían los móviles y las parejas no se veían por años — puntualiza ella molesta.

—¡Por eso tenían una doble vida, y nadie sabía nada el uno del otro! — resopla él nervioso.

No conoce mi madre y no sabe que si alzas la voz con ella, ella la alza más que tú.

—¡Estas hablando de matrimonios y no de noviazgos! Si eres así, mejor saberlo antes que después —afirma ella nerviosa.

Cuando veo que Matthew está por responderle, agarro su mano y cuando me mira, le hago no con la cabeza. Asienta y apretando mi mano, dice:

—Está bien, trataré de regresar pronto.

Mi madre lo mira satisfecha y le pregunta si quiere almorzar con nosotros. Matthew se para diciendo que tiene que regresar a su casa, la saluda y me jala hacia el portón. Cuando estamos afuera, me mira y dice:

—¡Un día te compraré *diez* móviles!

Me echo a reír y él añade que nos veremos más tarde. Me saluda y va hacia su coche. Yo entro en mi casa y oigo mi madre decir que ya está el almuerzo. Almorzamos sin hablar y luego la ayudo a quitar la mesa. En mi cuarto, me siento y prendo el PC. Veo un mensaje de Simone y lo leo:

‘Buenos días Princesa, ¿todo bien?’

Sonrío y le contesto:

‘Buenos días mi Rey, todo bien. ¿y tú?’

‘No me volviste a escribir y quería tranquilizarte sobre el hecho que no es importante saber donde vives. Es más, hiciste bien a no decírmelo...’ responde.

‘¿tú le preguntas a todas donde viven?’ Escribo.

‘No, pero tú me gustas’ responde.

Sonríó y le hago notar que no sabe ni siquiera que cara tengo. No responde y me pregunto si todavía estará vivo.

‘Perdón, te confundí con otra persona’ escribe.

‘¿Con quien?’ Pregunto.

Pero no responde y dejo de hacerle preguntas. Quisiera escribirle a Matthew también, para ver su reacción y me pregunto si es justo hacerlo. Pero sería interesante ver si charla con las chicas y si revisa su perfil. Hay nuevos comentarios de otras chicas, pero ninguno suyo y como noto que el número de sus amigos ha aumentado, quiere decir que de vez en cuando él también prende el PC, de pronto precisamente para contestar a los mensajes privados. No quiero meterme en un lío y decido de ignorarlo. Luego de haber leído no sé cuántas publicaciones y comentarios, cierro el ordenador aburrida y voy a la sala a mirar la TV con mi madre, para tratar de encontrar un punto de encuentro. Esperaba que estuviese mirando la TV y cuando la veo concentrada a leer, sabiendo cuanto odia los ruidos de trasfondo mientras lo hace, regreso a mi alcoba. Cuando estoy en el pasillo, la oigo llamarme y me devuelvo. La veo con el libro cerrado sobre las piernas y me siento sobre el sofá, diciendo:

—Si quieres, podemos charlar un rato.

—¡Con tal de que no me hables de móviles! —resopla molesta.

—¿Te das cuenta que no tengo ni siquiera una amiga? —le pregunto nerviosa.

—Si hubieras estudiado en vez de cambiar tres cursos diferentes en dos años, tal vez tendrías un par de amigas —contesta con desprecio.

—¡Todas las chicas que conozco, tienen madres que están orgullosas de ellas y que las apoyan siempre! ¿Por que parece que la única que se equivoca soy yo? —pregunto agotada.

—¡Giulia, no me importa lo que sucede en las otras familias y no es un caso que *tu* seas una buena persona! Pero te equivocas en todas las cosas que haces sola y esto me demuestra que no puedo confiar en ti —dice convencida.

Me paro furiosa y le grito:

—No me visto obscenamente, no me acuesto con cualquier hombre, recuperé el año perdido estudiando como una loca y no pido nada de exagerado. ¡Es más, no pido nada y ya! ¡Pero tú tienes siempre algo que recriminarme y criticarme! ¿Te parece justo todo esto?

—¿Si te hubiese dejado libre de hacer todo lo que se te antojaba, cuantas de estas cosas habrías hecho? ¡Ninguna! ¡Giulia, hasta que vivirás en mi casa,

tendrás que seguir mis reglas y seré yo a decidir que puedes y que no puedes hacer! —afirma nerviosa.

La miro exasperada y me alejo, gritándole:

—¡No veo la hora de irme de esta casa!

—¡Entonces pórtate como se debe o te quedarás aquí por mucho tiempo más! —le oigo replicar llena de rencor.

Me quedo todo la tarde en mi habitación escuchando música y cuando llega Matthew, lo empujo hacia afuera diciéndole que tengo que salir. Me sigue y, apretando mi mano, me pregunta que pasó.

—¡No entiendo porque es tan obstinada! —le digo nerviosa.

Me pregunta si le hablé del móvil y le digo que no le he dicho nada. Me pregunta de que hablamos y le cuento lo que nos dijimos. Me pregunta que me gustaría hacer y le digo de impulso:

—¡Dar una vuelta contigo en el coche y ir lo más lejos posible!

Me pide de esperar un minuto y luego se aleja. Lo veo ir hacia mi casa y lo miro preocupada. Cuando lo veo entrar en el coche, sonrío feliz y espero. Cuando estoy sentada adentro, dice que quiere llevarme a un sitio relajante y le agradezco. Prende la radio y dice:

—Relájate, Giulia, que esta noche tenemos la cena con mi padre —Riendo.

Lo miro divertida y lo veo ponerse serio. Entiendo que esta cena lo preocupa y le digo que tiene que tranquilizarse. Asienta y sigue conduciendo pensativo. Cuando veo el mar, le pregunto si estamos yendo allá y él me dice que sí, sonriendo.

—¡Si me lo hubieras dicho antes, habría traído un bañador! —digo nerviosa

Se ríe y me explica que hay muchos negocios que los venden. Es cierto que en verano estoy siempre depilada, pero nunca llego hasta el ingle y pienso que la mejor cosa es comprar un traje de baño que esconda esa parte. Cuando parquea, salgo del coche y hago un respiro profundo. Adoro el olor del mar y lo extrañaba. Mis padres se obstinan que tienen que ahorrar para el matrimonio y este año también decidieron renunciar a la casa al mar. Matthew me llama y yo lo miro curiosa. Le veo indicar un negocio y sonrío. Entramos y la vendedora nos pregunta si puede ayudarnos. Matthew le dice que nos sirven dos bañadores y dos toallas, y ella le indica la sección hombres. Luego se voltea hacia mi y me pide que la siga. Matthew se aleja y yo sigo la vendedora. Elijo un bikini morado brillante, con un par de short y voy a medírmelo. Mientras me miro, noto que todavía tengo algunos moretones sobre

las piernas y pienso que será mejor taparme con la toalla, en la playa. Sigo observando mi cuerpo y pienso que es bueno que yo tenga la piel oscura, por lo menos los moretones se notaran menos. Matthew me llama y me apresuro a vestirme. Cojo el traje de baño y salgo.

—¿No te gusta? —pregunta serio Matthew.

Respondo que me gusta y me pregunta porque me lo quité.

—¡Porque antes tienes que pagarlo! —puntualizo perpleja.

Se ríe y después de habérmelo quitado de las manos, se aleja. Solo ahora noto que él todavía tiene puesto el suyo y finalmente veo sus piernas. Se ve que va al gimnasio, porque tienes las piernas bien definidas y me gusta también el hecho que no esté depilado. Tiene todo lo que las chicas desean, y aun así no soy capaz de sentir nada por él y me pregunto que problema tengo. Cuando regresa, me pasa el bañador, puntualizando:

—Puedes ponértelo. ¡Ya lo pagué!

Lo cojo sonriendo y le agradezco. Me pasa una bolsa y dice:

—Pon aquí tu ropa interior, cuando termines.

La cojo y noto que ya hay algo adentro. Entro en el camerino, me pongo el bikini y me visto. Doblo mi ropa interior y cuando estoy por ponerla en la bolsa, noto sus pantalones y sus bóxers. Los observo avergonzada y les pongo encima mi sujetador y mi slip. Es tan raro que un gesto tan estúpido, me haga sonrojar, como si en esos indumentos todavía estuvieran nuestros cuerpos.

—¿Giulia, no querrás pasar toda la tarde allá adentro? —me pregunta Matthew.

Me echo a reír y salgo. Él me sonrío y dice que podemos irnos. Saludo la señora y cuando estamos afuera, Matthew me pasa las toallas y me quita la bolsa, diciendo que es mejor dejarla en el coche. Antes de pasar del cemento a la arena, nos quitamos los zapatos y cuando estamos cerca del agua, tiendo una toalla, mientras Matthew se quita la camiseta. Hay pocos adultos y muchos niños que juegan y gritan. Los miro divertida y Matthew me pregunta si tengo intención de quedarme vestida todo el tiempo. Me río y le digo que no. Tiendo la otra toalla, me quito la ropa y después de haberla arrojado a un lado, corro a echarme al agua. El agua no está muy caliente y por el impacto se me para el corazón. Veo Matthew entrar con calma y sonrío por la cara que hace. Pero me pongo seria, cuando otra chica lo llama y la busco con la mirada. Veo una chica rubia acercarlo y él saludarla frío. La chica le pregunta si está solo y él, indicándome, dice que está con su novia. Ella me busca con la mirada en el agua y yo salgo, sonriendo. Los alcanzo y Matthew abrazándome, dice:

—Carla, te presento mi novia, Giulia.

Ella me da la mano observándome confundida y yo se la aprieto, diciendo que es un placer conocerla. La veo mirar a Matthew y después sonreír, exclamando que ya era hora. Se voltea y indicando un grupo de chicos, nos pregunta si queremos unirnos a ellos. Matthew me observa un momento y luego acepta. Alcanzamos los otros chicos y después de las varias presentaciones, nos sentamos a charlar con ellos. Matthew me pone una mano sobre mi pierna y esto me molesta. Me congelo y trato de seguir todas las charlas, pero ya no me siento relajada. Se que no puedo quitársela y cuando él la aleja, aprovecho y, diciendo que hace mucho calor, me tiro nuevamente al agua. Nado para aliviar la tensión y para alejarme de esa situación. Luego me detengo y mirando hacia adelante, me pregunto porque ese gesto me desplazó tanto. Nos tomamos de la mano y hace un rato me abrazó, y sin embargo estuve siempre tranquila. Cuando me volteo, lo veo observarme desde algunos metros de distancia y lo miro curiosa.

—¿Ya terminaste? —me pregunta quedándose donde está.

—¿De hacer que? —pregunto mirándolo perpleja.

—¡Por la manera en que te fuiste, parecía que tuvieras que orinar desde hace horas! —afirma serio.

Me río y le digo que está loco. Él se acerca sonriendo y yo sigo nadando hacia la orilla.

Cuando ya estoy casi en la orilla, me siento agarrar desde atrás y me volteo. Veo Matthew observarme sonriendo y, como estoy entre sus brazos, lo miro preocupada.

—¿No crees que, ya que somos novios, deberíamos besarnos? —pregunta juguetón.

Me alejo de él y corro hacia sus amigos. Él se ríe a carcajadas y yo agarro mi toalla para secarme. Pongo mi ropa sobre su toalla y noto que hay algo envuelto en su camiseta. Él llega y recoge todas nuestras cosas, diciendo que tenemos que irnos. No es tan tarde y me pregunto preocupada en que estará pensando. Carla nos pregunta adónde vamos y él le dice que vamos a caminar un rato, agarrando mi mano. Carla se ríe y su amiga exclama:

—Déjalos en paz, obviamente prefieren quedarse solos.

Matthew los saluda a todos y me lleva hacia el mar. Me volteo y yo también saludo sus amigos. Los veo reírse y me devuelvo avergonzada. Cuando veo que tiene la otra mano ocupada con todas nuestras cosas, le pregunto si quiere que lo ayude con algo y me pasa mis sandalias y mi ropa. Él aprieta su

camiseta al pecho y tiene sus mocasines en la mano. Le pregunto que tiene en la camiseta y él me contesta:

—El móvil, la billetera y las llaves.

Asiento y le pregunto adonde estamos yendo.

—Mi hermano tiene una casa aquí —responde serio.

—¿Y tu cuñada está en la casa, cierto? —pregunto preocupada.

Se ríe y me explica:

—Por lo general a esta hora está en la playa con los niños y si tenemos suerte, nuestro primer encuentro será casual.

—¿Todavía no sabe nada? —pregunto perpleja.

—¡Claro que sabe! Pero no quiero llevarte a su casa —afirma pavoneándose.

No se porque no quiere hacerlo y no me interesa saberlo. Básicamente este noviazgo no nació por amor y es mejor que seamos imprecisos con todos. Veo un niño aferrarse a las piernas de Matthew, llamándolo tío y lo miro asombrada. Matthew suelta mi mano y lo toma en brazos, preguntándole dónde está la mamá. El pequeño le indica la dirección y yo me volteo intrigada. Hay un montón de mujeres y no entiendo quien sea la mamá del niño. Luego veo una pararse sonriendo y avanzar hacia nosotros. Tendrá entre los treinta años y tiene un cuerpo estatuario. Cabello rojo recogido con un moño y cara sin maquillaje. Traje de baño enterizo y pareo atado en la cadera.

—¿Matthew, que haces aquí? —pregunta perpleja.

—Estábamos caminando para relajarnos, antes de la cena —responde sonriendo.

Ella asienta y mirándome, me pregunta si soy Giulia. Le digo que soy yo y ella me abraza diciendo:

—¡Bienvenida a la familia!

Me quedo inmóvil y ella se aleja siguiendo:

—Perdóname, ni siquiera me presenté. Yo soy Sandra, la esposa de Ricardo y la mamá de este pequeño demonio.

Matthew deja bajar el pequeño y él se aleja gritando:

—¡Max! ¡Llegó la nueva tía!

Me río y Matthew también.

—Ahora tendrás que responder a millones de preguntas —afirma Sandra riendo.

La miro divertida y ella nos invita a tomar un café a su casa. Matthew rechaza la oferta y dice:

—Pero podemos sentarnos y charlar aquí.

Ella acepta y nos indica sus tumbonas. Esta playa es privada y no le falta ninguna comodidad. En medio a las tumbonas hay una mesita con encima un par de vasos medio vacíos y un par de revistas. Matthew se sienta lateralmente sobre una tumbona y yo lo hago a su lado. Sandra hace la misma cosa sobre la tumbona frente a la nuestra y me pregunta si estoy preocupada por esta noche. Le digo que no lo estoy y ella exclama que debería, sonriendo tímidamente. Miro Matthew preocupada y él agarra mi mano diciendo que irá todo bien. Regresa el niño de antes con el que creo ser su hermano y, mirándome, me pregunta si soy la nueva tía. Lo miro divertida sin contestar y él se voltea hacia el otro, exclamando:

—¿Si viste que es cierto?

—¡Pero si ni siquiera te respondió! —le hace notar él.

Nos reímos todos y Sandra, abrazando el niño, dice:

—Ella es Giulia y es la novia del tío Matthew.

El pequeño se voltea satisfecho hacia su hermano y él le pregunta a Matthew si es cierto. Su tío le responde sonriendo que es verdad y el pequeño me pregunta si yo también tengo hijos. Nos reímos todos nuevamente y Sandra le explica:

—Los niños nacen después del matrimonio y ellos por ahora son solamente novios.

—Ok, entonces voy a jugar —afirma contrariado y se aleja.

Sonriendo, miro el niño entre los brazos de su madre y él me pregunta cuando nos casaremos.

—No se, tienes que preguntárselo a tu tío —contesto juguetona.

Él le hace la misma pregunta a Matthew y Sandra le aconseja de volver a jugar, porque ya está tarde. El niño la mira preocupado y luego se aleja corriendo.

—¿Es verdad que estás embarazada nuevamente? —le pregunta Matthew incrédulo.

—¡Tu Estas loco! —contesta ella nerviosa.

Matthew se echa a reír y ella le grita:

—¡Que ni se te ocurra ponerle ideas raras en la cabeza a tu padre!

—¡Si le darás una nieta niña, te amaré para siempre! —rebate Matthew molestándola.

Ella lo mira mal y puntualiza:

—¡De eso se está ocupando ya alguien, Sabrina!

Matthew deja de reír y, después de haber dejado caer sus zapatos, pone su camiseta sobre la mesita, diciendo irritado:

—Esa no va a parar, hasta que no tendrá una niña.

Entiendo que nos quedaremos por un buen rato aquí y yo también dejo caer mis sandalias, para poner mi ropa a mi lado, sobre la tumbona.

—¡Ya sabes que eres tu su preferido! —resopla Sandra molesta.

—Simplemente soy el único que todavía puede comandar como quiere — responde nervioso.

Sandra me hecha un vistazo y dice:

—Al principio será difícil, pero cuando os casarais y tendréis vuestra casa, las cosas irán mucho mejor.

No se de que está hablando y miro hacia Matthew confundida. Me observa pensativo y explica:

—Tendrás que ser fuerte y no ceder a sus adulaciones.

Estoy aún más confundida y Sandra me llama. Me volteo y la veo observarme diciendo:

—No lo interrumpas cuando habla y no le llesves la contraria. No lo enfrentes y síguele la corriente. Hasta que estemos en su casa, estamos *todos* obligados a seguir sus reglas y nadie puede oponerse.

Le pregunto porque y ella me cuenta:

—La primera vez que lo vi, era una jovencita como tú y yo tampoco entendía. Yo también, había sido invitada para una cena y él ni siquiera me dignó de una mirada. Creo que nunca le he gustado y esto jamás podré cambiarlo. Te observará, te estudiará y te juzgará. Si le gustaras, la vida de tu hombre será fácil, porque supo elegir y si no le gustaras, antes que todo intentará alejar su hijo de ti y si no lo logrará, le hará la vida un infierno. Yo nunca le gusté y Ricardo tiene que trabajar el doble de Thomas, para tener el mismo salario.

—¿Que sentido tiene todo esto? Tarde o temprano todo terminará en las manos de sus hijos, como debe ser —puntualizo perpleja.

Ella sacude la cabeza y afirma nerviosa:

—Si yo hubiera tenido lo mismo que él, habría renunciado a todo con mucho gusto. ¡Pero Ricardo, a pesar de todo, *quiere* y tiene que complacer a su padre!

—¿Por qué? ¿Por el dinero? —pregunto asombrada.

—¡También por eso! Pero sobretodo porque crecieron con el temor de equivocarse y de enfadarlo. Nunca pierde la calma frente a la gente, pero en su

casa es un descontrolado. Todos lo ven como un hombre equilibrado y tal vez con los demás lo sea. Pero con sus hijos, nunca lo fue y nunca lo será. Son su propiedad y le gusta dominarlos, como y cuando quiere.

Bajo la mirada pensando en mi madre y entiendo la situación.

—Giulia, yo nunca me dejaré tratar como Ricardo y apenas tendré la posibilidad, me alejaré de todo esto —dice Matthew inquieto.

—Lo que está tratando de decirte es que por cierto su padre es muy rico, pero él tiene intenciones de darle una patada a todo eso, apenas se graduará —añade Sandra.

Pienso en sus palabras y puntualizo:

—No puedo extrañar algo que no conozco.

Esperando que entiendan que a mi no me interesa su dinero y que la única que se decepcionará, será mi madre.

—Entonces tranquila y afronta esta cena con la cabeza bien alta —afirma Sandra segura.

Le digo que lo haré y ella se voltea hacia Matthew siguiendo:

—No le muestres algo que algún día podría extrañar o ustedes tampoco seréis felices.

Él la observa pensativo y ella le pide que nos deje solas. Él me mira y ella dice:

—Matthew, ve con los niños y déjanos solas.

—No exageres, Sandra —la advierte nervioso, mirándola.

Ella dice que no lo hará y él se aleja, lo observo y solo ahora me doy cuenta que tiene la espalda larga, los brazos musculosos y me pregunto adonde encuentra el tiempo para ir al gimnasio.

—Se ve que estás enamorada de él —dice Sandra.

La miro perpleja y ella sigue:

—No le pidas cosas absurdas y no le crees problemas por ahí.

Le pido que sea más clara y ella me explica:

—Como es cierto que él es el hijo predilecto del señor Mitchell, es igualmente cierto que, a pesar de esto, tiene el mismo budget mensual que muchos otros y que no puede tener mas. Con eso tiene que mantenerse la universidad y proveer para todas sus exigencias. Te ama y te dará todo lo que le pidas, pero después tendrá muchos problemas para pagar sus cosas.

Le pregunto si sabe de cuánto dinero estamos hablando, preocupada por los gastos de hoy y ella afirma:

—Tiene mil euros y se que te parecerán bastantes, ya que tu padre gana

justo un poco más. Pero puedes entender sola que, hasta queriendo, no podrá regalarte diamantes o cenas lujosas.

—¿Por que me dices todo esto? —pregunto molesta.

—Giulia, no quiero que cambies idea, pero quiero que pienses y decidas, antes de la cena de esta noche. Matthew se enfrentó a su padre por ti y tú tienes que decidir si apoyarlo totalmente o desaparecer de su vida. ¡No hay puntos medios, no en este momento! —afirma severa.

Lo veo jugar con sus sobrinos y me pregunto si sería mejor terminar con esta farsa.

Al fin y al cabo no creo que tendré la vida que mi madre desea para mi y le evitaría otra decepción.

—Me habla siempre de ti —dice Sandra y cuando la miro, ella añade:

—Dice que eres una buena persona y, obviamente, que eres la mujer mas bella que ha visto en toda su vida —Sonriendo.

No creo que soy tan bella y ni siquiera sé si soy una buena persona.

—Me dijo que eres la única con la que pudo hablar de esos temas y que, contigo, siente que por fin puede ser feliz —dice sería.

Todo esto me deja desplazada, y no me esperaba que esta tarde juntos pudiese tomar este rumbo. Sandra me pide que le diga algo y yo, mirándola, le explico:

—Matthew es un buen chico y me duele saber que no es feliz, porque se que significa. No se si soy la mujer más adapta para él y no lo digo por el dinero, sino porque no creo que entre nosotros haya un sentimiento tan fuerte. Nos queremos y...

Ella no me deja terminar y me pregunta nerviosa:

—¿Sabes que a Matthew le dieron una paliza por ti?

La miro asombrada y ella me cuenta furiosa:

—Una vez Maximilian Mitchell se limitaba a las cachetadas y su intención no era hacerle daño, sino humillar a su mismo hijo. Los golpeó a todos y dejó de hacerlo con su esposa cuando, Ricardo, lo quería matar. Pero ahora, ya que no tiene la fuerza de su parte y que sus hijos son todos más altos y Bien fuertes, les arroja todo lo que encuentra. Vuelan vasos, platos y todo lo que tiene a su alcance en ese momento. A Matthew le tocó un cenicero de cristal y le fue bien, porque lo golpeó en el brazo. Si le hubiese alcanzado la cara, hubiera podido hasta perder un ojo.

Pienso en el moretón que me mostró Matthew y le explico que en ese entonces todavía no éramos novios.

—Eso pasó cuando por primera vez le habló de ti y cuando se comprometieron, no fue el único que recibió una paliza... —dice pensativa.

—¿La señora Ginevra? —pregunto incrédula.

—¡Giulia, en la casa de Maximilian Mitchell hay sólo un patrón y es él! — responde alterada.

—¿A vosotros también os golpeó? —pregunto asustada.

—Yo fui la primera que entró en casa Mitchell y en esos tiempos él era joven y fuerte. Cuando Ricardo me dijo todas las reglas, sabía que no era una broma y traté de no equivocarme por toda la cena. Ginevra quería tranquilizarme, ya que él ni siquiera me miraba y, esperando que no lo notara, me apretó la mano debajo de la mesa, pero sin mirarme. No se que hice de mal en ese momento... tal vez me volteé hacia ella... y él le dio una cachetada en la cara con el dorso de su mano. Ella comenzó a perder sangre por su nariz y él siguió hablando como si nada fuera. Ricardo se acercó a su madre par ver cómo estaba y trató de alejarla de la mesa. Hasta que él no se paró como una furia y comenzó a llenar a Ricardo de puños, gritándole contra. No sabía que hacer y me quedé inmóvil, sabiendo que no podía entrometerme. Sabía que a las mujeres las golpeaba solo en la cara y no en ningún otro lugar que hubieran podido esconder y olvidar, ¡y me asusté! —responde pensativa.

Agacho la cabeza impresionada y ella sigue:

—Esa fue la única vez en la que sus hijos se unieron y que le dieron una buena paliza. Ahora, cuando le pega a Ginevra, no lo hace en la cara, sino en puntos que no sean visibles, porque sabe que es mejor que los rastros de su temperamento de mierda se puedan esconder y olvidar.

—¿Por que sus hijos no se volvieron a unir contra él? —pregunto perpleja.

—Porque los despidió al día siguiente y en ese momento descubrieron que significa quedarse sin empleo. Buscaron otros trabajos, pero ninguno les ofrecía el mismo salario que tenían con el padre y cuando, tres meses después, decidió volverlos a contratar ofreciéndoles un aumento de salario, ellos aceptaron. Ricardo no lo hizo por el dinero en sí y si no hubiese sido por su madre, él jamás habría aceptado. Pero Thomas tiene su personalidad y aceptó solo por Sabrina, que espera algún día quedarse con toda la torta —responde nerviosa.

Todavía no he conocido a nadie, a parte ella y la señora Ginevra y no comento.

Matthew regresa con el pequeño en los brazos y dice que ya tenemos que irnos. Me pongo mi ropa y doblo la toalla. Cuando se pone su camiseta,

poniendo sus cosas sobre la tumbona, doblo su toalla también y cojo mis sandalias y sus mocasines. El niño me pregunta cuando nos casaremos y, riendo, le digo que aún no se. Matthew le acaricia la cabeza y dice riendo:

—¡Te prometo que tendrás un montón de primitos!

El niño lo mira satisfecho y él agarra mi mano, saludándolos. Saludo Sandra y ella dice que espera volverme a ver pronto. Entiendo su temor que no participe a la cena y asiento sin decir nada. Mientras nos alejamos, Matthew me pregunta si está todo bien y le digo que sí, aunque estoy bastante confundida. En el coche, me pide una toalla y se la paso. La coge y, luego de haberla doblada, la arregla sobre su asiento. Me limpio los pies con la otra y me pongo las sandalias. Apenas termino, él hace lo mismo y luego la arroja sobre los asientos posteriores. Entro en el coche y me pregunto si no sería justo decirle que no siento nada por él, dejándolo libre de decidir si dejarme participar o no, a la cena en su casa. Mientras conduce, busco en todos modos las palabras adaptas y cuando lo observo, viendo su expresión, parece haberme leído en el pensamiento. Conduce con la mirada ausente y con una expresión casi de sufrimiento. Siento una punzada en el corazón y me doy cuenta que no puedo hacerlo. Nos quedamos en silencio hasta mi casa, yo para no mentir y él para no enterarse de algo que ya sabe. Cuando apaga el motor, abro la puerta para salir y él dice:

—Gracias, fueron días maravillosos.

Me quedo inmóvil pensando en sus palabra. Siento las lagrimas bajar y él sigue:

—Le puedes decir a tus padre que me viste con otra chica y que por eso ya no somos novios.

Me pongo a llorar y le digo que no se que hacer, sin moverme.

—Sí, lo se y te entiendo. Pero no te volveré a obligar a hacer algo que no quieras y tienes que decidir tu misma que quieres hacer —dice con poca voz.

Asiento y salgo. Entro en mi casa llorando y mi madre, que había llegado preguntándome nerviosa que había hecho, apenas me ve, se inmoviliza. La supero y corro hacia mi habitación. Me tiro sobre la cama y comienzo a llorar. Tengo el corazón que casi se me explota y me siento tan mal, que siento que no puedo respirar. Siento mi padre jalarme desde atrás, con una mano sobre mi hombro y ordenarme de sentarme. Lo hago con la cabeza agachada y él me abraza preguntándome preocupado que pasó. Me aferro a él y llorando, digo:

—No lo amo, pero no quiero que sufra y no se que hacer.

—¿Por que debería sufrir? —me pregunta mi padre inquieto.

Se que no puedo contarle la verdad y le digo:

—¡Soy tan egoísta! Ha hecho tanto para mi y yo le pago de esta manera.

Me aleja y teniéndome por los brazos, me pide que sea más clara. Tengo el corazón tan acelerado, que no le da el tiempo al oxígeno necesario de llegar a mis pulmones y me pongo una mano sobre el pecho, asustada. Mi padre llama gritando a mi madre y le pide una toalla mojada de agua fría. Yo lo miro respirando apenas y él me hace acostar, diciendo aterrorizado:

—¡Giulia, respira con calma!

Pero, en esta posición, me siento aún peor y lo miro en busca de ayuda. Mi madre llega, arroja la toalla y me pone sentada, teniéndome la cabeza alzada. Luego le ordena a mi padre de mojarme la cara y él lo hace, mirándome perdido.

—¡Giulia, relájate! ¡Todo se va a resolver! —grita mi madre.

Sus palabras y el agua fría sobre la cara me ayudan a realizar el problema y hago respiros profundos, pensando que encontraré una solución. Cuando me mejoro, mi madre me pregunta si estoy bien y le digo que si. Me pide que le explique que pasó y agacho la cabeza sin responderle.

—¿Te hizo algo malo? —pregunta sospechosa.

Me apresuro a decirle que no y mi padre dice:

—Estas enamorada.

Lo miro perpleja y él me pregunta si terminamos. Le digo que no y él me observa confundido, diciendo:

—Giulia, si no hablas, no podemos ayudarte.

Volteándome, veo el despertador sobre mi escritorio y noto que son las 20.00. No puedo y no quiero dejarlo solo, y me levanto diciendo que tengo poco tiempo. Corro hacia el baño y le pido a mi madre que me aliste la ropa. Mientras me desvisto, ella entra y me pregunta si estoy segura de lo que estoy haciendo. La miro y le explico:

—Creo que está es la primera decisión real de toda mi vida y si, estoy segura de lo que estoy haciendo.

Ella me observa pensativa y yo le repito que tenemos poco tiempo. Termino de desvestirme y me ducho. Se que mi madre vio el traje de baño y estoy lista a pagar las consecuencias, pero no en este momento. Cuando la veo tomar el bañador, le ruego a Dios que no pierda la calma en este momento y la miro asustada. Cuando la veo salir, me tranquilizo y termino de ducharme. Apenas salgo oigo la puerta del baño cerrarse a llave y me volteo perpleja. Cuando veo mi madre con la cuchara de palo, la suplico que no lo haga y ella me

pregunta adonde estuve, y que hicimos. Mi padre grita que abra la puerta y yo le pido ayuda, llorando. Mi madre se acerca insultándome y yo me alejo, repitiéndole que no hice nada. Mi padre derriba la puerta y la llama gritando, mientras aprieta sus brazos contra su cintura, para alejarla de mí. Lo miro avergonzada, porque estoy desnuda y agarro rápidamente mi toalla. Mientras me cubro, siento mi madre gritarle todo lo que ella cree que hice con Matthew y mi padre dice:

—Alístate, llama un taxi y saca la plata de mi billetera para pagarlo.

Lo miro desplazada y cuando siento gritar nuevamente mi madre que soy una zorra, me alejo. Entro a mi habitación y después de haberme vestido, me seco el cabello como puedo con la toalla. No tengo el secador aquí y, oyendo los gritos de mis padres que siguen discutiendo, prefiero no regresar al baño. Llamo un taxi y durante la espera sigo intentando arreglarme para ser lo más presentable posible. Cuando llega, saco el dinero de la billetera de mi padre y le grito que ya me voy. No se si me escuchó, pero no tengo mas tiempo y salgo. Entro en el taxi y le pido que me lleve a la casa del señor Mitchell. El taxista asienta y mientras conduce, me pregunta si estoy segura de querer ir allá. Le digo que estoy mucho más que segura y él me observa como si estuviera loca. Se que no soy muy atractiva y ojalá no empeore la situación de Matthew. Cuando el taxista se detiene frente a un portón, le pregunto si ya llegamos y él me dice que es aquí. Lo pago y salgo.

Capítulo 6

Hago un respiro profundo, alisándome el cabello y llamo al timbre. Oigo una señora preguntar quién es y le digo que soy Giulia Manara. Ella me pide que espere un segundo y después de un rato veo algunas luces prenderse, iluminando una casa que estaba escondida por los grandes árboles que la rodeaban. El portón se abre y intimidada, me encamino por la entrada. Esperaba que fuera Matthew a recibirme, pero veo solo una camarera en el portón así que la alcanzo.

—¿Eres la novia de Matthew? —pregunta incrédula.

Le digo que sí y ella exclama:

—¿Por Dios mujer, como te presentaste?

Agacho la cabeza avergonzada y ella añade:

—¡Ya no hay tiempo! Ya están todos sentados en la mesa y te están esperando. Sígueme...

Levanto la mirada y mientras la sigo, me miro a mi alrededor asombrada. Parece un museo, más que una casa: las paredes están llenas de cuadros enormes y en el techo hay un fresco con un cielo lleno de nubes y pájaros de mil colores. La señora dice que ya hemos llegado y hago otro respiro profundo. Ella abre la puerta y dice:

—Señor Mitchell, la señorita Manara.

Se aleja y me deja la entrada libre. Entro y veo una sala con una mesa repleta, alrededor de esta están sentados todos los Mitchell, pero sin niños. Me acerco y cuando veo Matthew observarme preocupado, sin hacer ninguna señal, me volteo a buscar su padre con la mirada. Lo veo sentado en la cabecera y, quedándome donde estoy, bajo la mirada diciendo:

—Lamento llegar tarde, pero el coche de mi padre tuvo un problema.

No se exactamente que puedo o no puedo hacer así que espero sin levantar la cabeza.

Oigo Matthew llamarme y lo miro. Lo veo detrás de una silla alejada de la mesa y me acerco. Me siento y él a mi lado. Noto que mi puesto en la mesa

está preparado y me pregunto si lo pusieron ahora o si Matthew esperaba que yo viniera. El señor Mitchell habla de trabajo con sus hijos y yo me miro a mi alrededor, para saber que tengo que hacer. Encuentro la mirada de la señora Ginevra y ella se apresura a bajar la suya. Más allá veo a Sandra, que sigue observando las vajillas sobre la mesa y yo también hago lo mismo. Se que Matthew no puede ni hablarme ni servirme, y deseando hacer la cosa justa, tomo una vajilla y pongo en mi plato un poco de verduras. Cuando la pongo nuevamente en la mesa, noto que ellos siguen hablando y me doy cuenta que hice la cosa apropiada. Veo el canasto del pan, pero está muy distante y no se si puedo pedirselo a alguien o pararme. Cuando veo Sandra que lo coge, la observo un momento y entiendo que lo está haciendo para mi. Cuando está lo suficientemente cerca, agarro un pedazo de pan al azar entre los cuatro tipos disponibles y luego ella pone el canasto en su lugar. Reviso si las otras mujeres están comiendo y luego yo también comienzo. Seguramente estoy utilizando el tenedor equivocado, pero ya es demasiado tarde y espero que el señor Mitchell no se de cuenta. Vierto un poco de agua en mi vaso, después de haber entendido cuál de esos tenía que utilizar para el agua y haberme dado cuenta que las mujeres toman solo esa, y me tomo un sorbo. Las verduras son deliciosas, pero el pan está muy dulce y entiendo que elegí el tipo de pan equivocado. Hay una buena norma de educación que es esa de terminar todo lo que te ponen en el plato y, aunque no se si en esta casa también se use esta regla, termino de comer hasta el pan. Oigo sonar una campanilla y veo entrar dos camareras, que se apresuran a llevarse vajillas y platos. No me atrevo a mirar a nadie y espero que terminen de trabajar con la mirada baja. Luego una pone en medio de la mesa un pastel y mira al señor Mitchell, esperando de pie al final de la mesa.

—Señorita Manara, ocúpese usted de la torta —Le oigo decir al señor Mitchell.

La camarera sale y yo lo miro confundida.

—Señorita Manara, todos estamos esperando que se mueva —resopla nervioso.

Esperando de haber entendido, me paro y cojo la torta. La pongo en el puesto vacío que hay en el otro lado de la mesa, frente al señor Mitchell y luego voy a coger su platillo. Nadie se atreve a decir nada y todos esperan, observándome. Corto un pedazo de pastel y se lo pongo en el platillo. Se lo devuelvo al señor Mitchell y recordando las palabras de Sandra, me acerco al hombre que está sentado a su lado. Cojo su platillo y espero de no haberme

equivocado en servirle a él, y no a la señora Ginevra. Le sirvo el postre a el otro hombre y luego a Matthew. Me detengo frente a la torta y al señor Mitchell, y lo miro, para ver si puedo servirle también a las mujeres. Él me observa y luego cortando un pedazo de torta, dice:

—Siga, señorita Manara.

Le sirvo a la señora Ginevra, a Sandra, a la otra mujer y luego me sirvo una tajada para mi. Me siento y comienzo a comer el postre.

—Me esperaba que lo hubiese reconsiderado, señorita Manara —afirma el señor Mitchell.

Pienso en que decir, lo miro y contesto:

—Tomé tarde mi decisión, ¡pero la tomé!

—¿Y cuáles eran sus dudas, señorita Manara? —me pregunta pavoneándose.

Su pregunta me desplaza y, para no mostrarme vulnerable, respondo instintivamente:

—Mil dudas y una sola certeza.

—¡No contestó a mi pregunta, señorita Manara! —puntualiza enfadado.

Me doy cuenta que estoy empeorando la situación con mis respuestas y contesto:

—Mi dudas eran sobre mí misma y la única certeza es Matthew —rogando que deje de hacerme preguntas.

—¿Usted está sorda, señorita Manara? —pregunta nervioso.

Me deja entender que tengo que darle una respuesta más específica y mirándolo, le explico:

—Todavía no he cumplido dieciocho años y estoy cenando, sola, en la casa de uno de los hombres más ricos y poderosos de esta ciudad. Dejé mis padres que estaban discutiendo, para cenar con perfectos desconocidos y me presenté como la novia de su último hijo.

Me observa y luego pregunta:

—¿Por que lo hizo, entonces?

Bajo la mirada y digo:

—Porque Matthew es un chico de oro, que me entiende y no me juzga —Y mirándolo, añado:

—¡Porque estoy segura que él haría lo mismo por mi!

—¿Que es lo que haría por usted, señorita Manara? —pregunta sospechoso.

Pienso en las palabras de Sandra y respondo conmovida:

—¡Cualquier cosa, con tal de verme feliz!

—¿Usted cree que él lo está haciendo por su felicidad? —pregunta inquieto.

—No, lo está haciendo por la suya también —digo con poca voz.

—¿Usted cree que no está feliz? —pregunta presuntuoso.

—Lo está, y mucho. Pero sabe que tarde o temprano tendrá que irse de esta casa y desea ser igualmente feliz conmigo, un día en nuestro hogar —respondo mintiendo.

Él observa su hijo y luego volteándose hacia los otros hombres, dice:

—Vamos a tomarnos un buen Whisky y a fumar un cigarro —Y se para.

Los observo a todos y veo que solo los hombres lo siguen. Cuando siento la mano de Matthew sobre mi hombro, ruego de no haberme equivocado en algo y él lo suelta para seguir a su padre. Abren la puerta y la cierran a sus espaldas.

—¡Felicitaciones! —me dice Sandra riéndose.

La miro perpleja y veo la señora Ginevra sentarse a mi lado. La miro preocupada y ella me abraza diciendo que fui excelente. Me aferro a ella llorando y le digo que lo espero. Ella me aleja y secándose los ojos con las manos, afirma:

—¡No llores! ¡No soporta ver llorar a las mujeres!

Asiento y me seco los ojos. La otra mujer dice que Matthew me educó bien y la miro intrigada.

—¡Tengo que admitirlo, Matthew hizo un maravilloso trabajo! Ojalá lo hubiera hecho Thomas conmigo —resopla decepcionada.

—¡Eres una víbora! —replica Sandra mirándola mal.

—¡No peleéis y no gritéis! —dice la señora Ginevra, mirándolas preocupada.

Esa asienta y la señora Ginevra sigue:

—Sabrina, cuando llegaste tu, tanto Sandra como yo te acogimos y te tranquilizamos, y ahora te toca a ti hacer lo mismo con Giulia.

Ella se para molesta y dándome la mano, se presenta. Me paro y apretándosela, le digo mi nombre. Luego nos sentamos nuevamente y la señora Ginevra dice:

—Tenemos poco tiempo y tengo muchas cosas que decirte. Ven, vamos allí —Parándose.

Yo también me paro y ella le pide a Sandra que se ocupe de la mesa. Ella le garantiza que lo hará y la señora Ginevra sigue:

—¡Sabrina cuida lo que dices, si no quieres que tu marido pague las

consecuencias!

La veo bajar la mirada molesta y la señora Ginevra me llama. La miro y ella me indica una puerta, que alcanzamos. Cuando estamos en el otro salón, que es una librería, me hace acomodarse sobre un sillón y ella se sienta sobre el otro, diciendo:

—Matthew hizo un buen trabajo de verdad —Sonriendo.

Asiento y ella añade:

—Ya se que te presentó a Sandra y ahora tengo que advertirte sobre Sabrina. Jamas le confieses un secreto y no le cuentes de vuestros planes. Pero tienen que mantener una buena relación y salir con ella de vez en cuando, si te es posible. Con mis hijos, no digas más que buenos días o buenas noches, y no busques alguna forma de amistad con ellos. Están tan ocupados en complacer al padre y podrían malinterpretar o usar tus palabras en tu contra. En esta casa, tenemos sólo este momento después de la cena para relajarnos y en verdad ni siquiera deberíamos hablar de nuestros problemas familiares. ¡Pero tú, si los tienes, habla con Sandra o conmigo y con *nadie más!*

Pienso en todo esto y ella afirma:

—Al principio será difícil acordarte de todo y no quiero asustarte. Pero eran cosas que tenia que decirte lo más pronto posible y aproveché de este momento para hacerlo.

Le digo que entendí y ella me dice si tengo alguna pregunta.

—¿Cree que dije o hice algo mal, antes? —pregunto preocupada.

—No hubieras debido decirle de tus padres, pero creo que la tomó como una prueba de tu lealtad. ¡Dejaste tus padres discutiendo y nos elegiste a nosotros! —contesta pensativa.

—Elegí, Matthew —puntualizo seria.

Ella sonrío y me pregunta si tengo otras dudas.

—¿Por que aceptáis todo esto? —le pregunto perpleja.

Ella se acomoda sobre su sillón, recostándose contra el apoyabrazos con el brazo y responde:

—Cuando traté de terminar con él la primera vez, me dio una paliza y cuando lo intenté una segunda vez, me quitó mis hijos. ¿Tu que habrías hecho en mi lugar? ¿Los habrías dejado, sabiendo el infierno en el que habrían vivido? ¿Serías tan valiente para dejarlos solos?

Bajo la mirada diciendo que no y ella sigue:

—En tu casa las cosas no son muy diferentes que digamos y tu padre soporta solo porque tiene miedo de perderte.

La miro asombrada y ella me explica:

—Esa noche no tuvo la posibilidad de decir ni media palabra y me di cuenta de cuánto es orgullosa tu madre del hecho que mi hijo te eligió. Fui yo quien le aconsejó a Matthew de presentarte a Sandra y cuando no te vi, me di cuenta que tú no eres como ella. ¡No lo estás haciendo por el dinero! Supe la razón por la que hacías todo esto, cuando te vi entrar con el cabello mojado y perdida. No se cual de tus padres haya cambiado idea ni porque, pero es evidente que estaban discutiendo porque decidiste venir aquí.

Bajo la mirada pensando que tal vez debería decirle que se está equivocando, pero de esta forma tendría que explicarle que fue lo que hizo enfurecer tanto a mi madre y todo lo que pasó después, así que prefiero quedarme callada. Ella me llama y yo la miro.

—Eres una chica muy fuerte y estoy segura que Matthew será feliz contigo —dice dulcemente.

Asiento y ella me pregunta en que estoy pensando.

—Estoy solo agobiada por tantas cosas y trato de memorizar todas las que me sirven —explico con calma.

—Eres muy madura, para la edad que tienes. Tú también debes haber sufrido mucho —dice con poca voz.

La miro sonriéndole tímidamente y la veo pararse añadiendo:

—Ya basta con toda esta seriedad. Vamos a ver si tus cuñadas todavía están vivas.

Me paro riéndome y ella agarra mi mano, susurrando:

—Cualquier cosa que necesites, llama a Consuelo y ella me dirá.

Le pregunto quien es Consuelo y ella exclama riéndose:

—¡La lengua bífida que te recibió!

Me río a carcajadas y ella abre la puerta. La sigo y noto que han limpiado la mesa y le han puesto encima un hermoso mantel dorado. Nos sentamos y Sandra me pregunta si estoy bien. No tengo ni siquiera el tiempo de responderle, que oigo abrirse una puerta y las voces de los hombres acercarse. Las mujeres regresan en sus puestos y los hombres se sientan.

—Señorita Manara, le deseo que tenga una buena noche —me dice el señor Mitchell.

Los miro a todos y veo que nadie se mueve. Me paro y le deseo una buena noche también. Me dirijo hacia la puerta por la que entré y salgo. Veo Consuelo acercarse y le explico que necesito un taxi.

—¿Cual taxi y taxi? Ya entro de poco el infierno cerrará —resopla ella

seria.

Me río y ella se apresura a hacerme entrar en una pieza.

—¿Por Dios niña, quieres que me despidan? —dice apenas cierra la puerta.

Le pido perdón y ella me mira, diciendo:

—¡En esta casa no se puede ni reír ni llorar! ¡El único que puede hacerlo es Satanás en persona!

La miro divertida y ella me pide que la espere allá. Sale de ahí y yo me miro a mi alrededor. Veo una camarera quitar los platos de la lavavajillas y me acerco preguntándole si quiere que la ayude. Ella me mira sorprendida y dice que no. Me presento y afirma:

—Señorita, ya todos sabemos quien es usted y estamos muy contentos por él señor Matthew.

Coge una silla y me pregunta si quiero sentarme. Le digo que si y lo hago. Ella sigue con los platos y veo una puerta abrirse. Cuando veo a Sandra, le sonrío y ella, quedándose en la puerta, me susurra:

—Nosotros nos estamos yendo. Matthew te dará mi número.

Le digo que está bien y sale.

—¡Consuelo tiene razón! ¡Este es el infierno! —dice la señora.

Sonrío y le pregunto como se llama.

—Me llamo Giuseppina, pero todos me llaman Pina —dice divertida.

—¿Os ocupáis vosotras de la casa? —pregunto seria.

—No, aquí trabajan una docena de personas, entre jardineros, manitas y personal vario. Pero solo las mujeres puede entrar en la casa y Consuelo y yo somos las que están aquí de manera permanente —responde seria.

—¿Vivís aquí? —pregunto con calma.

Ella me dice que si y yo le pregunto si tienen familia.

—Consuelo, no. Pero yo tengo dos hijos que viven con mi madre y los veo solo en los fines de semana —me explica pensativa.

Le digo que entendí y nuevamente oigo abrirse la puerta. Cuando veo a Matthew, le sonrío y él me dice que podemos irnos. Me paro y lo alcanzo. Él agarra mi mano y veo Consuelo que nos espera con el portón abierto. Mientras estamos saliendo, la saludo y ella afirma que espera de verme pronto. Matthew me abre la puerta de su coche y yo me siento. La cierra y se sienta en el lado del conductor.

—Espero de no haberte causado muchos problemas —murmuro preocupada.

—Fuiste impecable y perdóname por habértelos causado a ti —responde serio.

Le pregunto de que está hablando y me pregunta porque mis padres estaban discutiendo. Casi se me había olvidado este detalle, ocupada como estaba con la cena y ahora me pregunto que habrá pasado, preocupada. Mi padre muchas veces tuvo que calmar a mi madre, pero siempre por motivos fútiles y solo porque ella aprovechaba de su ausencia para pegarme. Y yo, obviamente, nunca le conté nada. Miro el panorama por la ventanilla y veo los coches pasar. Me pregunto si y cuantas familias, como las nuestras, tienen problemas y cuántos niños ahora están llorando por esta razón.

—Todo se arreglará, Giulia —me susurra Matthew.

Le digo que ojalá tenga razón y le pregunto si su padre le dijo algo de mí. Él sonríe y afirma:

—Creo que le gustaste, aunque no me ha dicho nada.

—Tu madre es una persona especial —digo seria.

—Lo se, es por eso que un día espero poderla sacar de todo esto —dice pensativo.

—¿A que se debe la severidad de tu padre? —pregunto confundida.

Matthew hace un respiro profundo y luego me cuenta:

—Mi abuelo pertenecía a algo como una secta y creció sus hijos con estas reglas. Cuando se murió, mi abuela trató en todas las maneras posibles de cambiar las cosas, pero sus hijos ya eran demasiado grandes y no hubo forma de cambiar esas convicciones que él les había inculcado. Cuando la alejaron, sufrió demasiado, hasta morir al año siguiente. Mi padre tiene un hermano en Estados Unidos y se hablan solo por teléfono. Pero por lo que sabemos, en su casa también, las reglas son mucho más estrictas y por eso su esposa se fue hace diez años.

Le pregunto si tiene hijos y me dice que tiene cuatro. Agacho la cabeza pensando y él añade:

—Imagínate que, cuando estaba mas pequeño, deseaba estar en el lugar de mi hermano en Suiza...

—Tu madre no me habló de esto —digo con poca voz.

—¡Y nunca lo hará! —puntualiza nervioso.

Le pregunto porque y él me avisa que llegamos. Me volteo y cuando veo mi casa, se me sube la ansiedad. Lo miro y le pregunto:

—¿Puedes bajarte conmigo, por favor?

—No te habría dejado sola —resopla serio.

Le agradezco y me bajo del coche. No pensé en sacar las llaves y cuando veo la TV prendida en la sala, me tranquilizo. Llamo al timbre y siento la mano de Matthew apretar la mía.

Cuando veo Sílvia, le pregunto asustada que pasó y ella nos deja entrar, diciendo:

—Giulia, tu padre tuvo que acompañar a tu madre a la casa de su familia y me pidió que te avisara que se quedará allá por esta noche.

La miro asombrada y ella sigue:

—Si no quieres quedarte sola, puedes venir a dormir a mi casa.

—¿Por que se la llevó allá? —pregunto inquieta.

Ella mira a Matthew, luego a mí y dice que hablaremos de esto más tarde. Entiendo y le digo que está bien.

—Giulia, alista tus cosas y vete a dormir con ella —me ordena Matthew.

El teléfono timbra y corro a responder.

—¿Papá, eres tú? —pregunto llorando.

—Si, Giulia, soy yo. Escúchame, me quedaré aquí por esta noche y mañana por la mañana regresaré a la casa.

—¿Pero que está pasando? —pregunto asustada.

—¡Giulia, cálmate y escúchame! —responde serio.

Le digo que entendí y él me explica:

—Se que eres una chica muy fuerte y que no querrás irte con Sílvia a su casa. Así que, tranquilízate y trata de dormir. Estamos en la casa de tu abuela y tu mamá se quedará aquí por un poco de tiempo.

—¡Dile que lo siento! ¡Dile que no lo vuelvo a hacer! —le escucho gritar a mi madre.

Mi padre me pregunta si entendí y yo le digo que quiero hablar con mi madre. Me pregunta si estoy segura y le digo que si.

—Cuidado con lo que dices —le escucho decir a mi padre y luego ella afirma:

—Giulia, lo siento. Perdí la razón. ¡Pero te juro que no volverá a pasar!

Comienzo a llorar y le digo que lo se.

—Tu sabes que nunca habría podido lastimarte —añade ella.

Me doy cuenta que jamás cambiará y le pido que me pase a mi padre.

—¡Giulia, dime que entendiste! ¡Dime que sabes que lo hice por tu bien! —grita ella y luego mi padre me pregunta:

—¿Giulia, entendiste lo que te dije?

Le digo que si y él me repite que tengo que tranquilizarme. Le deseo una

buena noche y cierro. Miro hacia Sílvia y le explico que prefiero quedarme a dormir en mi casa. Luego miro a Matthew y le digo que puede irse. Sílvia trata de convencerme a ir a su casa y cuando estoy cansada de decirle que no, Matthew dice:

—Señora, está agotada y no me parece el caso de insistir tanto. Ahora llamo a mi cuñada y le digo que se venga para acá.

Ella me desea una buena noche y le agradece a Matthew, que la acompaña hasta la puerta. Me siento en el sofá y tengo la cabeza tan llena, que mis pensamientos se sobrepone el uno al otro, hasta que se confunden entre sí mismos. Veo que Matthew se está quitando los zapatos y se lo dejo hacer, porque ya no tengo fuerzas para hacer de otra manera. Él me hace acostar sobre el sofá y después se sienta en el piso y busca mi mano. La aprieta y dice:

—Duerme, Giulia. Todo se resolverá.

Cierro los ojos y trato de ordenar mis pensamientos.

Oigo abrirse el portón y me siento inmediatamente, veo Matthew que duerme con la cabeza recostada contra el sofá, apretando todavía mi mano. Cuando entra mi padre, lo miro preocupada que pueda pensar en algo malo y lo veo observar a Matthew. Alejo dulcemente su mano y me acerco a mi padre, diciendo:

—Te juro que no pasó nada.

Afirma que me cree y alejándose de la sala, dice que es mejor dejarlo descansar. Vamos hacia mi habitación y nos sentamos sobre la cama. Le pregunto que pasó y él me explica:

—Giulia, decidí pedirle el divorcio a tu madre. Hasta ahora lo aplacé porque tenía miedo de perderte y porque no quería que los demás supieran de nuestros problemas. ¡Pero ahora llegó el momento! Tú ya estás lo suficientemente grande como para decidir con quien quieres estar.

—¿Lo vas a hacer por lo que pasó ayer? —le pregunto preocupada.

—Habría debido hacerlo la primera vez que regresé a la casa y vi sobre tu cuerpo los señales de su ira. Pero sabía que estabas muy pequeña para entender y que seguramente te habrían asignado a ella. No me arriesgué pero la obligué a que iniciara una terapia con un psicólogo. Parecía funcionar hasta que, anoche, vi escenas que esperaba pertenecieran solo al pasado —dice nervioso.

—Papá, dale otra oportunidad. Os amáis y estoy segura que ella aprendió la lección —digo esperanzada.

—No quiero arriesgarme otra vez —admite pensativo.

Le pregunto si ya le dio la noticia y responde que aún no.

—Entonces esperemos hasta navidad a ver que pasa —insisto seria.

—Giulia, tengo cuarenta y tres años y todavía puedo recuperar mi vida — me explica pensativo.

—Tienes otra mujer —exclamo incrédula.

Él baja la mirada y me cuenta:

—La conocí hace un par de meses y se que todavía es temprano para decirlo, pero con ella estoy feliz. Me escucha cuando hablo, me aconseja y me ayuda.

Le explico que es muy temprano para decidir de terminar con mi madre y él me repite que son años que lo está meditando.

—Déjala que regrese y dale tiempo hasta navidad —le pido preocupada.

Se para y dice que lo hará, pero solo porque yo se lo pedí. Le agradezco y lo sigo hacia el pasillo. En la sala, se detiene y dice:

—Es un buen chico y te ama de verdad.

Miro hacia Matthew, aún sentado en el piso y con la cabeza recostada contra el sofá y le digo que lo se.

—Giulia, tenéis otros dos días para conoceros y quiero que aproveches. Pasa con él todo el tiempo posible y después dime que quieres hacer. Dejaré a tu mamá allá donde está por estos dos días y después la iré a recoger —dice mi padre.

Lo miro desplazada y él me acaricia, diciendo:

—Tu también eres una buena chica y estoy orgulloso de ti.

Lo abrazo y le susurro:

—Papá, yo todavía soy virgen —tratando de disipar las dudas que pueden haberle metido las palabras de mi madre.

Me aprieta riéndose y dice que lo sabe. No se si sea cierto o si lo dice solo para tranquilizarme, pero para mi es suficiente que haya dicho esas palabras. Matthew dice buenos días y me alejo de mi padre. Lo veo todavía en el piso, estirarse enderezándose la columna y mi padre le dice riéndose:

—La próxima vez, acuéstate en el otro sofá.

Matthew se levanta sonriendo y le pregunta si puede usar el baño. Mi padre se lo indica y le pide que no mire el desorden. Matthew nos supera y dice ok, riéndose. Me voy hacia la cocina y comienzo a preparar el desayuno. Mientras pongo las tostadas sobre la mesa, veo mi padre mirar el reloj y decir:

—Me tengo que ir, Giulia. Nos vemos esta noche.

Lo veo salir de la cocina y lo llamo. Se devuelve y le recuerdo preocupada

que Matthew está en el baño. Se ríe y dice:

—Si todavía no lo has hecho, no es porque no se han quedado solos un rato.

Y alejándose, me grita:

—¡Confió en ti!

Mi padre saluda a Matthew y cuando lo veo entrar en la cocina, bajo la mirada avergonzada.

—Giulia, tranquila, me estoy yendo —dice sonriendo.

Pienso en las palabras de mi padre y lo miro, diciendo:

—Tenemos solo dos días y si quieres quedarte, para mi esta bien.

Él hace una sonrisa de oreja a oreja y le pregunto divertida si quiere café. Dice que prefiere un capuchino así que preparo dos. Suena un móvil y cuando me volteo, lo veo contestar yéndose para la sala. Sigo preparando los capuchinos, pero escucho que le dice a su madre donde está y que tiene que tranquilizarse.

—Saludes de mi mamá —me grita sonriendo.

Lo miro y le pido que me la salude también. Él lo hace y luego afirma:

—¡Mamá, ya no tengo tiempo!

Saco las mermeladas y las pongo sobre la mesa. Luego llevo los capuchinos y mientras los pongo sobre el comedor, me siento. Dejo uno en la otra parte de la mesa, en frente a mi y bebo el mío. Matthew se sienta frente a su taza y yo le confieso:

—Mi padre quiere divorciar.

Se toma un sorbo del capuchino y me explica:

—Hasta ahora ha resistido solo porque no quería perderte y no es tu culpa si decidió tomar esta decisión ahora.

Lo miro asombrada y le pregunto si escuchó lo que me dijo mi padre. Niega con la cabeza y dice:

—Mi madre está en la misma situación de tu padre, solo que es mayor que él y teme quedarse sola. Giulia, tu padre está más cerca a la edad de mi hermano que a la de mi padre.

Pienso en sus palabra y le pregunto:

—¿Como la tomarías si tu madre tuviera otro hombre?

—Creo que con tal de verla feliz y tranquila, lo aceptaría —contesta pensativo.

—Nunca le di un abrazo a mi madre, pero la quiero mucho igualmente —puntualizo seria.

—Giulia, no fue tu culpa y nadie te está juzgando —afirma inquieto.

Le recuerdo todo lo que pasó por mi culpa y él toma mi mano, diciendo:

—Si hubieras tenido una hermana y hubieras visto tu madre golpearla como hizo contigo, ¿tu que habrías hecho? ¿Habrías fingido no verla o la habrías defendido? Tú madre te quiere mucho y la mejor cosa es que esté lejos de ti hasta que no resuelva su problema, o un día podría suceder algo más grave, que os atormentaría para siempre.

Lo miro y le pregunto:

—¿Y vosotros, entonces? —alejando molesta mi mano de la suya.

—No fuiste tú quien tomó esa decisión y no soy yo quien la debe tomar en mi casa —responde nervioso.

Entiendo sus palabras y le pido perdón. Le pregunto si quiere una tostada y de escoger la mermelada que prefiere. Dice que le gustan todas así que después de haber escogido una al azar, la esparzo sobre la tostada. Se la pasó y luego me preparo una para mí.

—¿Que quieres hacer hoy? —pregunta sonriendo.

—No tengo muchas ganas de salir —digo con poca voz y mirándolo, le pregunto:

—¿Como te están yendo los exámenes de la universidad?

—Esperaba hablar de cosas un poco menos serias... —exclama juguetón.

Me río y él me explica que todavía le faltan seis exámenes. Le pregunto que hará después y él responde:

—Todo depende de ti.

Lo miro curiosa y él me pregunta que haré después de mi grado. Respondo que buscaré un empleo y me pregunta que me gustaría hacer.

—¡No es que tenga mucho entre que elegir! —puntualizo irónicamente.

Él sonríe y me explica:

—Después de la universidad, regresaré a mi casa y trabajaré para mi padre, hasta que... ¡Luego buscare otro empleo y lejos de él!

Le pido que termine la frase que dejó incompleta y él se ríe. Lo miro mal y le ordeno que lo haga.

—¡Giulia, yo quiero que nos casemos! —afirma divertido.

Me echo a reír y le digo que está loco.

—Algún día te entrará en esa cabeza que somos novios —puntualiza juguetón.

Lo miro divertida y cuando oigo llamar al timbre, voy a ver quien es. Abro el portón y Silvia entra con una olla. Le digo buenos días y ella va hacia la cocina, replicando:

—Buenos días, Giulia. Te prepare la salsa con mis ma...

Cuando se detiene entiendo que vio a Matthew y él le dice buenos días. Ella me llama y yo cierro el portón. Voy hacia la cocina y la veo en medio del pasillo, todavía con la olla entre las manos.

—Mi padre se fue a trabajar y le dijo a Matthew que podía quedarse —le explico con una media sonrisa.

Ella asienta y, poniendo la olla sobre la cocina, me aconseja:

—Cuando tengas hambre, pon a cocinar una olla con agua y sal...

No la dejo terminar y le recuerdo que ya se como se prepara un plato de pasta. Ella se sienta en mi lugar cerca a Matthew y me pregunta que me dijo mi padre. Me siento frente a ellos y le cuento:

—Entro de dos días iré a recogerla y ojalá que se recupere y salga todo bien.

—Ya me había dado cuenta que había algún problema, pero jamas me habría imaginado todo esto —murmura pensativa.

No se que sabe y que no así que me quedo en silencio. Ella me coge una mano y añade:

—Tú madre piensa que demostrar afecto significa mostrarse débiles y inseguros. En todos estos años traté de explicarle que un hombre necesita sentirse amado, pero ella nunca me escuchó, vista la situación.

Agacho la cabeza avergonzada, porque no sabía que mis padres tuvieran esta clase de problemas y le siento poner mi mano sobre la de Matthew, añadiendo:

—No debéis tener miedo de decir lo que sentís el uno por la otra y antes de acostaros, acordaos siempre de reconciliaros si habéis discutido.

La miro incrédula, preocupada por lo que podría seguir diciendo y ella se voltea hacia Matthew, aconsejándole:

—Trata de entender si ella es una persona dulce y cariñosa y si no lo es, enséñaselo.

Él sonríe y afirma:

—Créame, señora, no veo la hora de enseñárselo —Y luego me mira riéndose.

Tengo la cara en llamas y Sílvia, en vez de callarse, sigue hablando:

—Giulia, no tienes que tener vergüenza de tus sentimientos...

De repente me paro y, mientras me alejo, le digo que tengo que ir al baño. Matthew se ríe a carcajadas y cuando veo la puerta del baño rota, voy hacia mi habitación y me encierro adentro. Hago una par de respiros profundos para

relajarme y espero que Sílvia se vaya. Me quedo con la espalda contra la puerta no se por cuánto tiempo y cuando oigo toca a la puerta, me asusto mucho.

—Giulia, Sílvia quiere saludarte —dice Matthew.

Salgo y me dirijo como un relámpago hacia el portón. Pero ella no está y Matthew me avisa que está en la cocina. Lo miro mal y él se ríe. Me voy hacia la cocina y cuando la veo sentada, me pongo nerviosa. Ella, finalmente, se para y dice:

—Me tengo que ir. Pero más tarde regresaré a ver si necesitas algo.

—Tranquila Sílvia, no necesito nada más —digo sería.

Me alejo para dejarle libre la salida y veo Matthew sonreír. Sílvia me supera y se detiene frente a él, diciendo:

—Estoy muy feliz que hayas entendido la situación.

Lo miro intrigada y lo veo acompañar a Sílvia hasta el portón, mientras afirma:

—¡Yo la amo y un día me casaré con ella!

Me siento sobre el sofá y cuando oigo Sílvia llamarme, la alcanzo rápidamente, para no darle la oportunidad de volver a sentarse. Ella me mira y dice:

—Ya le dije a Mattu...

—Se llama, Matthew —puntualizo riéndome.

Ella se voltea hacia él y le pregunta:

—¿No te llamas, Mattu?

—No, señora. Me llamo Matthew —contesta tratando de no reírse.

Ella me mira y dice:

—Bueno, ya le dije a él...

Tengo las lagrimas en los ojos y trato de todas las maneras posibles de no reírme. Ella se molesta y sale, gritando:

—¡Alejaos de las habitaciones!

Cierro el portón y me río a carcajadas. Matthew hace lo mismo y yo, para molestarlo, lo llamo ‘Mattu’. Nos reímos como dos tontos por un buen rato y cuando tengo que ir al baño, poniéndome seria, le digo:

—Tengo que ir al baño. ¡Quédate en la sala!

Él se aleja sonriendo y yo le pregunto irritada si entendió. Lo veo ir hacia la cocina, respondiéndome que si y me dirijo hacia el baño. Me lavo las manos y la cara. Tengo las mejillas adoloridas y el rostro sonrojado y sudado. Voy hacia la cocina y digo:

—Necesito ducharme y cambiarme.

Lo veo quitar la mesa y lo miro divertida. Se voltea y dice:

—Yo también y, si quieres, nos vemos más tarde.

Acepto y él se acerca preguntándome si puede almorzar conmigo. Le digo que sí y lo acompaño hacia la salida.

—¿Algún día me darás un beso, cierto? —pregunta cuando está afuera.

Le digo que no y cierro el portón. Lo oigo reírse y voy a ducharme, sonriendo. Me pongo la bata de toalla y me lavo los dientes. Peino mi cabello y lo arreglo con el secador. Me gusta mi cabello, porque es largo y ondulado, pero estoy cansada de mi color negro. Me gustaría ser castaña, pero mi madre sostiene que todavía no tengo la edad para teñirme el pelo o para maquillarme. Ella siempre ha pensado que teñirse el cabello sirve solo para esconder las canas. Voy hacia mi habitación y me pongo la ropa interior. Luego saco una bermuda cómoda y un top. Llevo la bata al baño y lo arreglo un poco. Cuando mi madre estaba en la casa, se ocupaba ella de todo y siempre di por sentado estas cosas, como si se hicieran solas. Viendo mi traje de baño, me acuerdo que dejé mi ropa interior en la bolsa de Matthew y me pongo de mil colores. No entiendo porque no me la devolvió y prefiero evitar de preguntárselo. Limpio un poco las otras habitaciones también y paso la aspiradora sobre el tapete. Arreglo los cojines del sofá y cuando veo que es casi mediodía, pongo la olla con el agua sobre el fogón. Llaman al timbre y voy a abrir. Cuando veo Matthew, le sonrío y él entra, oliendo el aire y me pregunta que estoy preparando de rico.

—Estoy calentando la salsa de Sílvia —respondo riéndome.

Le pido que se siente sobre el sofá y le paso el control remoto. Mientras tanto, alguien llama al timbre otra vez y cuando veo mi padre, me echo a reír y le pregunto porque no usó su llave para entrar. Él me supera avergonzado y yo, para evitar malentendidos, le digo que Matthew acaba de llegar. Me sonrío y entra en la sala, donde Matthew lo saluda. Mientras me voy hacia la cocina, llaman al timbre otra vez y esta vez son Sílvia y su esposo. Cuando los veo me asusto y le pregunto que pasa, preocupada.

—¡Nada! Solo que no queríamos dejarte a comer sola —exclama entrando determinada, como si la hubiera invitado a hacerlo.

Sacudo la cabeza resignada y su marido me pregunta como estoy. Le digo que estoy bien y él asienta pensativo mientras alcanza a Sílvia, que ya está charlando con mi padre en la sala. Cuando los alcanzo, veo los hombres sobre el sofá y Sílvia dice algo desde la cocina. Mientras ella está cocinando, yo

pongo la mesa y, cuando ya está todo listo, nos sentamos a comer. Obviamente el tema del día es mi madre y me limito a escuchar lo que dicen. Matthew coge mi mano y yo lo miro, preguntándome porque sea tan cariñoso conmigo. Lo veo sonreír y Sílvia dice:

—¿Ya sabéis la fecha del matrimonio?

Mi padre le recuerda que aún soy menor de edad y ella le hace notar:

—La hija de mi vecina necesitó de casi dos años para organizar su matrimonio.

Mi padre la mira perplejo y ella sigue:

—Luigi, deberías comenzar a averiguar, sin esperar al último minuto.

Me doy cuenta que mi padre está pensando y puntualizo:

—Por el momento no tengo intenciones de casarme y tenemos todo el tiempo para pensar en estas cosas. Ahora, tenemos otras cosas que pensar.

Mi padre me mira y yo le sonrío. Sílvia dice que tengo razón y le pregunta a mi padre si ha hablado con mi madre. Creo que sea la tercera vez que se lo pregunta en menos de media hora y me doy cuenta que mi padre está cansado de repetirle siempre las mismas cosas. Trato de encontrar otro tema de que hablar para distraer a Sílvia y afirmo:

—Me gustaría prender a hacer pasteles como los tuyos.

Ella se ilumina y comienza a decirme todos sus secretos. Finjo de escucharla y mientras tanto miro a ver si mi padre está más relajado. Cuando se para, diciendo que tiene que irse a trabajar, me libero de la mano de Matthew y lo acompaño hasta el portón. Le pregunto como está y dice bien, con una pequeña sonrisa. Lo abrazo y le susurro:

—Te quiero mucho, papá y quiero solo verte feliz.

Me aprieta y me agradece. Me suelta y le deseo buen trabajo. Sonríe y entra en su coche. Mientras se aleja, pienso en que, desde que mi madre no está, nos sentimos todos más libres de decir o hacer lo que queramos. Ella siempre dijo que las muestras de afecto no tienen ningún sentido, y nosotros nos sentíamos constantemente vigilados y limitados en nuestros sentimientos. Ahora, al contrario, somos libres finalmente de expresarlos sin ningún temor de revanchas. Vuelvo en casa y cuando estoy en la sala, Sílvia dice:

—Mattu, si la amas, tienes que casarte con ella.

Me siento sobre el apoyabrazos del sofá y la escucho divertida. Él no responde y ella le pregunta si entendió. Matthew le dice que si y ella comienza a mencionarle los millones de cosas en las cuales hay que pensar para preparar un matrimonio. Sonríe y oigo Sílvia preguntarle cuántos hijos quiere.

El marido le ordena de dejarlo en paz y ella resopla:

—Mattu todavía está joven y no piensa en ciertas cosas.

Veo Matthew salir de la cocina y lo miro divertida. Se acerca mirándome mal y dice:

—Giulia, Silvia quiere hablar contigo. Mientras tanto, yo, voy al baño.

Le susurro que me la va a pagar y entro en la cocina. Comienzo a quitar la mesa, rogándole a Dios que entiendan que ya se acabó el almuerzo, pero Silvia se para ofreciéndome su ayuda. Le hago notar que no es necesario y cuando ella insiste, el marido le dice que está cansado. Ella lo mira molesta y le pide que tenga un poquito más de paciencia. Él se para aburrido y, cogiéndola por el brazo, la saca de la casa saludándome. Los saludo aliviada también y comienzo a limpiar la cocina. Cuando oigo la TV, me acerco a la sala y veo Matthew mirarla sonriendo. Le tiro el paño de cocina y le grito:

—¡Si piensas que voy a hacer todo sola mientras tú te relajas tranquilamente, estás loco!

Se para riéndose y viene a ayudarme.

—Oye Mattu, ¿me pasarías los vasos por favor? —pregunto seria.

Él se echa a reír y me los pasa. Lo miro divertida y él me pregunta:

—¿Algún día me darás un beso, cierto?

Me pongo seria y le ordeno que quite la mesa. Él se ríe y yo voy a lavar los platos. Cuando terminamos, nos sentamos sobre el sofá y él prende la TV. Me pasa un brazo detrás de los hombros y me jala hacia él. Me recuesto contra él y mientras le pongo una mano sobre el pecho, le pregunto incrédula:

—¿De verdad quieres casarte conmigo?

—No, te presenté a mi familia porque me gustan los deportes extremos — responde serio.

Me río y él, apretando mi mano sobre su pecho, dice:

—¿Que hay de más hermoso que esto?

—Tal vez algún día nosotros también terminaremos odiándonos — murmuro, pensando en sus palabras.

Me besa la frente y dice:

—¡Ojalá no nos pase nunca!

Luego de haberlo escuchado, lo llamo y él me responde con un si.

—Me haces sentir bien — admito con poca voz.

—¿Estas feliz? —pregunta serio.

—Tu tienes el poder de tranquilizarme y, aunque nos conozcamos desde hace poco tiempo, contigo siento que puedo hablar de todo —le explico,

mirándolo.

—Giulia, nosotros estamos buscando las mismas cosas y por eso nos entendemos —sostiene pensativo.

Me recuesto nuevamente contra él y me dice:

—Necesito besarte ya.

Finjo no escuchar y él me aprieta contra su cuerpo. Cuando oigo el teléfono sonar, me paro y contesto. Es mi madre que me pregunta como estoy y le digo bien.

—Giulia, lo siento por lo que pasó —dice seria.

Le digo que lo se, aunque no le creo y ella me dice que me extraña. No contesto y ella me pregunta que estaba haciendo. Podría evitar decírselo, pero quiero ponerla a la prueba y por eso le digo que estoy mirando la TV con Matthew. No me da el tiempo de decir nada más que me pregunta si estamos solos. Cuando le digo que si, ella no dice nada por un buen tiempo y yo me doy cuenta que mi respuesta la puso nerviosa. La saludo y cierro, pero no tengo el tiempo de alejarme, que el teléfono suena nuevamente. Hago un respiro profundo y contesto.

—¡Giulia, no me tires nunca más el teléfono en la cara! —resopla furiosa.

Espero sin decir nada y ella me pregunta porque estoy sola con Matthew. No quiero crearle problemas a mi padre y le digo que estamos saliendo.

—¡Giulia, no la cagues! ¡lo digo por tu bien y tú lo sabes! —grita inquieta.

Le digo que lo se y cuando me pide que le pase a Matthew, le digo que no.

—Giulia, quiero hablar con él cinco minutos —afirma nerviosa.

Le repito mi no y ella me grita:

—¡Recuerda que soy tu madre y que tarde o temprano volveré a la casa!

La saludo y cierro. Cuando el teléfono vuelve a sonar, miro a Matthew y le digo que quiero salir. Él se para y apaga la TV, mientras yo voy a coger las llaves, y luego salimos. Él me aprieta contra él y yo lo abrazo llorando. Se que mi madre regresará, tarde o temprano y tengo miedo de lo que me hará. Matthew me abraza y me susurra:

—Tienes que ser fuerte, Giulia. Habla con tu padre esta noche y ya verás que, juntos, encontrarais una solución.

Me alejo y me seco los ojos, diciéndole que lo haré. Lo veo mirarme preocupado y le sonrío. Él me acaricia y dice:

—Tu no tienes ni la menor idea del dolor que siento, cuando te veo así.

Oigo Sílvia llamarme y me volteo incrédula.

—¡Giulia, al teléfono tu madre quiere hablar con Mattu! —grita desde su

balcón.

Le digo que no con la cabeza y empujó Matthew hacia el centro. Él coge mi mano y me pregunta adonde quiero ir. Pasamos la tarde caminando y no me intereso de las miradas curiosas y perplejas de los peatones. Me gusta estar con él y verlo reír. Es suficiente mirarlo para tranquilizarme y me siento segura cuando aprieta mi mano. ¿Será esto el amor? Me pregunto perpleja y me doy cuenta que si todavía no lo es, tal vez vamos en buen camino. Cuando decidimos regresar, me pregunta si quiero un helado y le repongo que no, me pregunta sonriendo si quiero un raspado y, como vale menos, para no crear alguna sospecha, acepto. No se si sabe lo que me dijo Sandra y no quiero crear tensiones entre ellos. En la heladería, me pregunta que gusto quiero y elijo sandía. Mientras el habla con el mesero, veo Samantha sentada en la otra parte de la heladería y cuando me saluda con un movimiento de la cabeza, le sonrío. Matthew me pasa mi raspado y nos dirigimos hacia mi casa. Comienzo a tomar con mi pitillo y cuando veo que su raspado es blanco, le pregunto a que sabe. Me dice que sabe a almendras y me pregunta si quiero probarlo, mostrándome el pitillo que acaba de usar. Le digo que no quiero y sigo tomándome el mío. Se ríe y dice que quiere probar el mío. Lo miro mal y sigo tomando. Cuando estamos cerca de mi casa, veo desde lejos el coche de mi padre y me doy cuenta de haber perdido la noción del tiempo. Le pregunto a Matthew que hora es y él, después de haberme dicho que son casi las siete, me pregunta si quiero quedarme sola con mi padre.

—Perdóname, pero necesito hablar con él —le explico, mirándolo.

Dice que entiende y me pide de poderlo agradecer. Abro la puerta y llamo mi padre, que me contesta desde la cocina. Lo alcanzo con Matthew y cuando lo veo cocinar, me echo a reír.

—Creo que será mejor ir a comprar tres pizzas —dice serio.

Le paso por delante apagando todo, preguntándole que está cocinando. Él, antes de que yo pueda echarle un vistazo a la olla, arroja todo en la basurera y exclama:

—¡Menos mal que era una receta fácil!

Lo miro divertida y Matthew dice que va a comprar las pizzas. Mi padre le pregunta si quiere quedarse a cenar y él me observa antes de contestar.

—Quería hablar contigo —le digo a mi padre.

—Y yo quisiera hablar con él —responde mi padre.

Asiento y mi padre sacando la billetera, le dice a Matthew cuáles pizzas comprar para nosotros. Cuando le pasa el dinero, Matthew se aleja diciendo

que no hay problema y mi padre lo alcanza. Se que lo convencerá a tomar su dinero y prefiero dejarlos solos a discutir de estas cosas. Arrojo el vaso del raspado, me lavo las manos y pongo la mesa. Cuando mi padre regresa a la cocina, me mira y me pregunta como está yendo todo. Me siento sobre una silla y le pregunto como hizo para entender si estaba enamorado. Se sienta a mi lado y me explica:

—Cada uno de nosotros vive el amor de manera diferente, pero hay algunas sensaciones que todos probamos, cuando nos enamoramos.

Le pregunto cuales son y él me dice:

—Cuando estás con la persona justa, el tiempo vuela y cuando no la ves, te sientes mal físicamente, como si tu cuerpo la necesitara para vivir. Cuando la ves, tu corazón late rápidamente y cuando la besas, cada músculo de tu cuerpo reacciona.

Me doy cuenta que está hablando de la otra mujer y le pregunto:

—¿Papá, cuando supiste que querías besarla?

Me mira pensativo y baja la mirada, contándome:

—Con tu madre no pasa nada desde hace muchos años y para un hombre está es una cosa muy difícil de aceptar. Cuando la tocaba, se alejaba como si yo fuera repugnante y... me hace sufrir, Giulia —Y mirándome, sigue:

—La besé después de una semana que la conocí.

—¿Te acostaste con ella? —pregunto preocupada.

Se para y dice que no quiere hablar de esto. Le pregunto porque y él me dice que aún no tengo la edad para hablar de estas cosas. Me paro decepcionada y él añade:

—No es el acto en sí mismo, sino con quien lo haces.

Me volteo a mirarlo y me explica:

—Jamás habría traicionado a tu madre solo para divertirme.

Le digo que entendí y él me pregunta si estoy enfadada.

—No estoy enfadada ni contigo ni con ella y solo quiero que seáis felices —digo con calma.

Asienta y puntualiza:

—Lo intentaré, Giulia. ¡Pero solo hasta navidad!

Lo miro confundida, porque no era esto lo que quería decir y cuando lo veo salir de la cocina, lo dejo ir sin decirle de las llamadas de mi madre. Cuando Matthew regresa, nos sentamos a cenar y mi padre le pregunta qué intenciones tiene después de la universidad. Matthew le explica que trabajará con su padre para adquirir más experiencia y que después intentará trabajar solo. Mi padre

está muy interesado y sigue haciéndole preguntas, a las cuales Matthew responde con paciencia. Cuando comienzo a bostezar, me paro para arreglar la cocina y Matthew dice que ya es hora de irse. Mi padre le desea una buena noche y me pide que lo acompañe. Me acerco a Matthew y cuando estamos afuera, le deseo una buena noche. Él me mira y dice dulcemente:

—Mañana es mi último día y necesito llevarme algo tuyo conmigo.

Lo observo curiosa y le oigo decir a mi padre que se va a dormir. Le digo que en dos minutos entro y me recuerda que tengo que cerrar la puerta a llave. Lo tranquilizo diciendo que lo haré, y cuando veo Matthew acercarse, lo miro preocupada. Él me abraza y dice:

—Quiero un beso tuyo para llevármelo conmigo. Lo necesito, Giulia.

Me quedo inmóvil y cuando él me besa la mejilla, cierro los ojos. Se aleja y lo miro. Me toma el rostro entre sus manos y se acerca a mi boca. Cuando sus labios tocan los míos, oigo mi padre llamarme y yo me alejo rápidamente. Le deseo una buena noche a Matthew y cierro el portón. Me volteo y veo mi padre en la puerta de su habitación.

—Sílvia me dijo que tú madre la llamó. ¿Lo sabias? —pregunta serio.

—Quería hablar con Matthew y yo le dije que no —contesto nerviosa.

—¿Por que quería hablar con él? —pregunta perplejo.

—Porque me llamó para saber que estaba haciendo y cuando le dije que estaba mirando la TV con él, comenzó a gritar cosas sin sentido y le tiré el teléfono en la cara. Pero el teléfono siguió sonando y, por eso, Matthew y yo salimos —le cuento inquieta.

—Entiendo —dice pensativo y dice que se va a acostar.

Lo veo entrar a su habitación y yo entro en la mía.

Capítulo 7

Me despierto y, estirándome, me acuerdo que mi madre todavía no ha regresado. Paso toda la mañana limpiando la casa y cuando Sílvia viene a visitarme, charlo con ella frente a un capuchino. Me cuenta que mi madre estaba muy nerviosa y me pregunta que pasó. Sacudo la cabeza y le devuelvo la pregunta, sabiendo que, con la amistad que hay entre ellas, seguramente mi madre debe haberle contado algo. Ella agacha la cabeza pensando y luego dice que no era nada importante. Le pregunto en que está pensando y, mirando su taza, admite que está triste por mi madre. Le digo que todo se arreglará y ella responde sin mucha convicción que así será. Para cambiar de tema, le pregunto que quiere preparar para el almuerzo y se para respondiendo:

—¡Me tengo que ir ya! Compré un par de berenjenas y me gustaría preparar la parmigiana. No prepares nada, que mas tarde te traigo un plato.

Le agradezco y se va. Sigo con el oficio en la casa y me pregunto porque Matthew no ha venido aún. Cuando ya es mediodía, alguien llama al timbre y corro a abrir, segura que sea él. Pero veo a Sílvia entrar con una bandeja y la miro decepcionada.

—Giulia, comedla apenas llega tu padre, todavía está caliente —dice yendo hacia la cocina.

Espero en el portón, consciente de que ella se siente como si fuera su casa y cuando la veo regresar, le agradezco.

—¿Mattu, hoy no vino? —pregunta sería.

Sonrío y le digo que nos veremos en la tarde. Ella asienta y se va. Cierro el portón y comienzo a preocuparme por Matthew. Le dejo una nota a mi padre, para avisarle que salí con unas amigas y llamo un taxi. Me visto y saco un par de billetes del sobre que me dio Matthew. Cuando llega el taxi, le digo que me lleve a su casa y cuando llegamos, pago y me bajo. Llamo al timbre y una mujer me pregunta quien soy.

—¿Consuelo, eres tú? —pregunto con calma.

—Si, Giulia, soy yo. ¿En que puedo ayudarte?—contesta amablemente.

Le explico que quisiera ver a Matthew y ella me pide que espere un segundo. Luego me llama y le digo que estoy aquí.

—Giulia, lo siento, pero Matthew no está —dice inquieta.

Me doy cuenta que hay algo que no cuadra y le pido que me abra.

—Giulia, vete a tu casa. No es un buen día —dice nerviosa.

—¡Consuelo, más te vale que me abras la puerta, porque yo no tengo *ninguna* intención de irme sin verlo! —resoplo amenazándola.

El portón se abre y voy hacia la casa. Veo Consuelo sobre el portón y le pregunto dónde está Matthew.

—Siga, señorita Giulia. El señor Mitchell y su familia la están esperando en el comedor —dice seria.

Entro y le pregunto que está pasando. Me mira preocupada y se aleja. La sigo hasta la puerta del comedor y ella la abre, para anunciar mi presencia. Cuando se aleja, entro y veo el señor Mitchell sentado en la cabecera, la señora Ginevra a su derecha y Matthew a su izquierda. Me acerco y veo Matthew mirar su plato pensativo.

—¿Señorita Manara, porque está aquí? —pregunta el señor Mitchell.

—Perdonad la molestia, pero tenía que hablar con Matthew —contesto torpe.

—¿Y que tenía que decirle de tanto urgente? —pregunta sospechoso.

—Del hecho que mi madre se sintió mal —contesto mirándolo en los ojos.

—¡No amo que se hable de problemas familiares en mi presencia, señorita Manara! —afirma engreído.

—Por eso mismo había pedido de hablarle en privado sin molestar su almuerzo —contesto molesta.

—Usted es muy atrevida, señorita Manara. ¡Demasiado, para mis gustos! —exclama nervioso.

No dejo de mirarlo y busco rápidamente una respuesta.

—Le recuerdo que tengo solo diecisiete años, señor Mitchell. ¡Con el tiempo, cambiaré! —afirmo segura de mi.

—¡Ojalá sea así por el bien de todos! —puntualiza molesto.

Bajo la mirada y me quedo inmóvil, esperando que se rinda.

—Señorita Manara, mi almuerzo se está enfriando. Si quiere hablar con mi hijo, puede esperar hasta que terminemos —añade pavoneándose.

Le digo que lo haré y salgo del comedor, deseándole un buen provecho. Pero apenas cierro la puerta, oigo el señor Mitchell gritar y me quedo inmóvil.

—¿Como se atreve esa niñita a venir a mi casa con esa actitud y

molestarme durante mi almuerzo? ¿Es posible que tú no hayas entendido nada?

Veo Consuelo acercarse y cuando oigo un estruendo, abro rápidamente la puerta. Veo el señor Mitchell de pie con un brazo en el aire y Matthew observar su madre nervioso.

—¡Consuelo, sácala! ¡Sácala de mi casa! —grita el señor Mitchell furioso.

Consuelo se acerca y trata de sacarme del comedor. Me alejo y voy hacia Matthew. Ella me persigue y el señor Mitchell sigue gritando que tengo que irme. Reviso el cuerpo de Matthew, para ver si está bien y cuando, Consuelo y otra camarera, me están alejando, lo veo cerrar los dientes, con la mandíbula tensa. Me doy cuenta que está por reaccionar y que no es el momento para hacerlo. Se que si intentara rebelarse ahora, pagaría sobre todo por mi arrogancia y no puedo permitirselo. Yo también, cuando mi madre está nerviosa por algo, agacho la cabeza y espero que se calme, sin provocarla. Pero Matthew está por explotar y tengo que quitar la atención del señor Mitchell de él. Miro Consuelo y le digo que no con la cabeza. Ella baja su mirada y yo me libero de ella. Alcanzo el señor Mitchell y me arrodillo frente a él, con la cabeza agachada, diciendo:

—Le pido perdón, estaba solo preocupada por mi madre.

Lo siento respirar nerviosamente y espero su reacción, sin moverme. Se que esta cosa no lo desplazó a él solo, sino que a Matthew también y espero que entienda que, en estos momentos, hay que darles lo que quieren: verte a sus pies. Siento retroceder el señor Mitchell y cierro los ojos preocupada.

—¡Párese! —me ordena y lo hago.

Me quedo con la mirada baja y espero.

—Espere en la sala. Cuando habrá terminado el almuerzo, la alcanzará —añade nervioso.

Le agradezco sin mirarlo y salgo del comedor, acompañada por Consuelo y su otra camarera. Una vez que la puerta está cerrada, me acerco para oír lo que dicen y Consuelo hace lo mismo. Siento el señor Mitchell decir buen provecho y miro a Consuelo curiosa. Ella sonríe y inclina su cabeza, indicándome la cocina. Asiento y la sigo. Cuando estamos al seguro en la cocina, Consuelo me pregunta porque lo hice y le explico:

—¡Las personas como él, quieren verte temblar del miedo y solo de esta forma se sienten importantes! ¡Seguramente no se esperaba un gesto como ese y estoy muy feliz de haberlo desorientado!

Le señora Ginevra entra y dice:

—¡Id a quitar la mesa!

Consuelo y Pina salen y ella me mira, añadiendo:

—Lo desorientaste. Hasta ahora nadie había logrado hacerlo y no si sea un bien o un mal.

Le pregunto de Matthew y ella me explica:

—Una de las reglas es que, cuando está en la ciudad, tiene que estar en la casa para el almuerzo y para la cena, y él no se presentó en todo el día, ayer.

—Vino a ducharse y cambiarse —puntualizo con calma.

Ella me mira confundida y luego dice:

—Se que compró un apartamento hace un año y creo que se fue a cambiar allá.

Le dejo creer que yo se de ese apartamento y le pregunto cuales fueron las consecuencias por la ausencia de Matthew. Ella se sienta y me cuenta:

—Cuando trabajaba, teníamos unas cuantas horas de paz. Pero ahora, que se la pasa todo el día en la casa, no puedo esconderle nada, porque vigila todo y a todos. Lo llamé para recordárselo, pero prefirió quedarse contigo y esta mañana su padre se enfureció. No puedo entrar cuando se encierran solos en una habitación así que me quedé detrás de la puerta, rogando que no lo golpeará.

Consuelo entra y ella se detiene.

—Señora, tiene que regresar al comedor —dice Consuelo.

Ella se para resignada y sale de la cocina. Consuelo pone los platos sobre la mesa y Pina entra con una vajilla y todo el resto. Me pregunto si hubiera sido mejor no venir y porque lo hice. Estaba preocupada por Matthew y actué sin pensar. Cuando él entra, lo miro preocupada y me agarra por un brazo, para sacarme de su casa. No digo nada para no empeorar la situación y, después de haber abierto la puerta de su coche, me ordena que me suba. Lo hago y él da un portazo. Me doy cuenta que me equivoqué y me quedo con la cabeza agachada. Conduce y de repente grita:

—¡No te atrevas *nunca más* a hacer una cosa así!

Lo miro perpleja y él sigue gritando:

—¡Arrodillarse! ¡Arrastrarse así! ¡No lo vuelvas a hacer *nunca más*, Giulia! ¡No necesito de tu ayuda, sé cuidarme solo! ¿Como carajo se te ocurrió una cosa así? ¡Jamás me había sentido tan humillado!

Sigo con la mirada baja sin decir nada y él sigue gritándome encima hasta mi casa.

Luego, sin parquear, me mira y dice:

—¡Vete, Giulia! ¡Vete a tu casa!

Salgo y no tengo el tiempo de voltearme, que él arranca a toda velocidad. Miro su coche alejarse y luego entro a mi casa. Mi padre no está y miro si comió algo. Noto que falta un pedazo de parmigiana y me tranquilizo. Me tiro sobre el sofá y me pregunto si Matthew acabó de terminar con migo o no. No me arrepiento de todo lo que hice y si tuviera la oportunidad, lo haría otra vez. Tal vez a Matthew se le olvidó que yo vivo con una madre que tiene el mismo problema de su padre y que aprendí a entender con tan solo una mirada, cuando decir o hacer algo, para que no me golpeará. Oigo sonar el teléfono y corro a contestar, deseando que sea Matthew. Pero escucho la voz de mi madre y le respondo decepcionada. Me pregunta con quien estoy y le respondo que estoy sola. Ella, como siempre, ya está pensando en quien sabe que y me pide la confirma que estoy sola. Le repito que no hay nadie conmigo y resopla nerviosa:

—¡No la cagues o terminaran antes del matrimonio!

—No hay problema, ya que acabamos de terminar —resoplo molesta.

Me pregunta si de verdad terminamos y cuando le digo que si, comienza a hacerme mil preguntas absurdas. Quiere saber que hicimos ayer y cuando le explico que no hicimos nada, ella comienza a gritar que no me cree y me dice que soy una puta. Añade que ahora todos sabrán la verdad y no me querrá nadie más. La dejo gritar, preguntándome porque esté tan obsesionada con estas cosas y cuando me canso, la saludo y le cuelgo. No tengo el tiempo de llegar al sofá, que el teléfono comienza a sonar y me voy a mi habitación, para no escucharlo. Me acuesto bocabajo y me tapo la cabeza con la almohada. Termino llorando y me pregunto si lo hago por mi madre o por Matthew. Sigo llorando hasta quedarme dormida y cuando mi padre me llama, tocándome la espalda, abro los ojos confundida. Me volteo y lo miro aún con sueño.

—¿Que está pasando Giulia? —me pregunta preocupado.

Comienzo a llorar y le cuento que Matthew y yo terminamos, y todo lo que me dijo mi madre. Me levanta y me abraza, diciendo:

—¡Matthew no te abandonó, esta en la sala!

Me alejo y le pregunto si me esta diciendo la verdad. Él asienta sonriendo y me levanto para ir a ver si es cierto. Cuando estoy saliendo, mi padre me llama y yo lo miro perpleja.

—¿Todavía sigues con la idea que debería darle otra oportunidad? —pregunta serio.

Le digo que si y él sacude su cabeza resignado. Me acerco y le explico:

—Creo que seguir lejos de su familia no la ayude y estoy segura que,

cuando regresará, nos demostrará en cualquier modo que cambió.

—Lo hago solo por ti, Giulia —admite con poca voz, mirándome.

Le agradezco y voy hacia la sala. Cuando veo a Matthew, me quedo en la puerta y espero de entender si se calmó o sigue enfadado. Pero él me pide perdón sin decir nada más. Mi padre llega y yo me siento sobre el sofá frente al de Matthew.

—Giulia, tengo que salir —dice mi padre.

Lo miro curiosa y él sigue:

—Yo también tengo que aprovechar de estas horas así que no regresaré a cenar. Así tendréis todo el tiempo para reconciliaros —Luego mirando hacia Matthew, puntualiza:

—¡Confío en mi hija y estoy confiando en ti también! Recuerda que aún es menor de edad y que no hay *ninguna* necesidad de correr demasiado.

Matthew le dice que entendió y mi padre sale, se que está yendo a verse con la otra mujer y espero que termine con ella.

Matthew me pide nuevamente perdón y sigue:

—¡Se me partió el corazón al verte arrodillada y quiero que te quede claro que *jamás* tendrás que volver a hacerlo!

Asiento sin mirarlo y me explica:

—No me iré a la universidad con esa imagen en mi mente y como no puedo cenar aquí, vendrás a cenar a mi casa. Ya hablé con tu padre y aceptó.

Le pregunto preocupada si le contó algo de lo que hice y él responde sonriendo que no le ha dicho nada. Le agradezco y me dice que la mejor cosa es que me vaya a vestir para la cena. Me paro y mientras voy hacia el baño, me pregunta:

—Oye, Giulia, ¿por que no te pones un vestido de tu madre?

Me río, porque esta mañana estaba imponentable y la vez pasada tenía el cabello mojado. Quiero sorprenderlos, por eso elijo un vestido negro entre los vestidos de mi madre y un abrigo elegante: rosas rojas sobre un negro plateado. Me ducho, lavo los dientes y me seco el cabello, dejándolo ondulado. Me visto y completo mi look con un par de sandalias con un pequeño tacón, dándole gracias a mi madre, que quien sabe cuando me las compró. Me miro al espejo en la habitación de mis padres y noto una cajita de maquillaje, que mi padre le regaló a mi madre y que ella nunca utilizó. La tomo y me maquillo un poquito. Cuando estoy lista, satisfecha del resultado, entro en la sala y Matthew se acerca sonriéndome. Me observa y después me ordena:

—¡Ve a lavarte la cara!

Le pregunto decepcionada porque y él resopla que no necesito estas cosas. No estoy muy segura, pero no quiero perder más tiempo y lo complazco sin discutir. Cuando estoy lista, cojo mis llaves y salimos. En el coche, las pongo sobre la guantera y le explico que las dejaré hasta mi regreso. Una vez en su casa, nos bajamos del coche y por primera vez, soy yo que agarro su mano. Se que apenas entraremos, tendré que soltarla y la aprieto hasta el portón. Matthew hace lo mismo y me mira pensativo. Consuelo abre el portón y mientras entramos, alejo mi mano de la suya. Lo sigo hasta la puerta del comedor y Matthew, antes de abrirla, me mira diciendo:

—¡No la cagues!

Se a que se refiere y le digo que tiene que estar tranquilo. Abre la puerta y entra diciendo que ya estamos. Cuando se aleja para dejarme pasar, veo el señor Mitchell sentado en la cabecera y la señora Ginevra a su derecha. Sigo a Matthew hasta la mesa y me siento, apenas él me invita moviendo mi silla. La mesa ya está lista y espero, sin mirar a nadie.

—Buenas noches señorita Manara. ¿Se ocupará usted del servicio? —me pregunta el señor Mitchell.

Lo miro y lo saludo. Me paro y agarro una de las vajillas. Me pongo a su derecha y espero con la vajilla en las manos. Él se voltea y se sirve. No se si seguir a servir los otros comensales con esta vajilla o si cambiar plato y servirle solo a él. Decido complacerlo en este delirio y elijo otra vajilla. Espero siempre a su derecha y él niega con la cabeza. Me alejo y sigo presentándole todas las vajillas. Cuando termino con él, hago lo mismo con Matthew y luego con su madre. Me siento y el señor Mitchell desea buen provecho. Ellos comienzan a comer y yo me inclino para agarrar una vajilla. Veo la señora Ginevra bajar la mirada preocupada así que alejo la mano inmediatamente. No se que hacer y espero que suceda algo o que alguien me mire de alguna manera, para hacerme entender como tengo que moverme. Pero todos están comiendo en silencio y cuando siento la pierna de Matthew tocar mi pierna, me quedo inmobilizada y espero con la cabeza agachada y las manos rigurosamente sobre las piernas. Ni siquiera me atrevo a pensar de poder tocar a Matthew y me conformo con ese pequeño contacto entre nuestras piernas. Siento el ruido de los cubiertos y una voz interior me recuerda el vino. Me paro nuevamente y después de haber agarrado la botella, me posiciono a la derecha del señor Mitchell y le lleno la copa, esperando de haber elegido la copa correcta. Luego voy hacia Matthew y lo veo poner su

mano sobre una copa diferente de la que elegí. Me doy cuenta de haberme equivocado y busco rápidamente una solución. Pongo la botella sobre la mesa y salgo. No quiero humillar a la señora Ginevra, cambiando su copa con la del marido y voy hacia la cocina para pedirle a Consuelo:

—¿Por favor podrías cambiar todo el set de copas del señor Mitchell?

Ella, sin preguntar nada, abre la alacena y los saca. Mientras regresamos hacia el comedor, le pido de explicarme para que sirve cada copa y ella me muestra la del agua, la del vino y las de la Champaña y los licores, por si fueran necesarias. Le digo que entendí y ella añade:

—Cuando están los niños, se pone un vaso también.

Le pregunto como es y ella me explica que no es una copa. Asiento y entramos. Ella cambia las copas del señor Mitchell y yo espero frente a la mesa, hasta que Consuelo termina. Luego espero que salga y agarro nuevamente la botella del vino. Lo echo en la copa correspondiente y me acerco a Matthew. Él tapa nuevamente su copa con la mano y voy hacia la señora Ginevra. Vuelvo a servirlos con el agua en la copa adecuada y después me siento. Espero, intentando entender si yo también puedo servirme y miro mi plato vacío. Me siento tan humillada viéndolos comer, que se me llenan los ojos de lagrimas y intento contenerlas.

-Señorita Manara, ¿ya cenó? —exclama el señor Mitchell engréido.

Cualquier respuesta sería equivocada y, de todos modos, no sabría como moverme si le dijera que no. Matthew acerca su pierna a la mía y yo miro su padre, diciendo:

—No, y si no le molesta, comería algo con mucho gusto.

—¡Sírvase, señorita Manara! —exclama él molesto.

Le agradezco y me paro, tratando de hacer la cosa correcta. Me pongo en mi plato una porción de todos los platos que me gustan. Luego agarro la botella de agua y me echo un poco en mi copa. Antes de sentarme, reviso si las copas de los demás están llenas y vuelvo a servirlos, comenzando por el señora Mitchell. Él pone su mano sobre la copa del vino y dice:

—Señorita Manara, yo tomo solo una copa de vino por comida.

Dejo la botella sin servir ni a la señora Ginevra ni a Matthew y los sirvo con el agua. Mientras me siento, me doy cuenta que ya todos terminaron de cenar y me pongo nerviosa.

—Coma, señorita Manara —me dice el señor Mitchell y obedezco.

No me gusta tener conciencia de que todos me estén mirando, mientras como. Siento la tensión aumentar con cada bocado y me impongo de calmarme.

Matthew acerca su pierna a la mía y yo sigo comiendo, preguntándome si es cierto que hay que tener mucha suerte para ser parte de esta familia. No digo que la mía sea perfecta, pero por lo menos me dan el permiso de respirar. Se que estoy haciendo todo esto por el cariño profundo que siento por Matthew y me pregunto si no sería mejor, más bien, dejar mi puesto a una chica que lo ame.

—¿En que piensa, señorita Manara? —pregunta el señor Mitchell.

Dejo los cubiertos y lo miro, respondiendo:

—Estoy pensando que no creo de ser digna de la situación... ¡Matthew merece una novia mejor que yo!

—¿De que situación está hablando? —pregunta sospechoso.

Estoy cansada y le explico con poca voz:

—Señor Mitchell, yo soy hija de un empleado suyo y de una ama de casa. Mi casa entraría tranquilamente en esta pieza y mi poca cultura no crecerá yendo a la universidad, ya que no iré. Mi padre quiere divorciar de mi madre y supongo que esto tampoco sea bien visto por usted. Como puede ver, no tengo los requisitos necesarios para poder ser su futura nuera y creo que la mejor cosa sería liberar el puesto —Parándome.

Miro la señora Ginevra y la veo observar a Matthew preocupada.

—Le agradezco por todo, señora Mitchell y espero que entienda.

Ella me mira con los ojos aguados y cuando me volteo hacia Matthew, el señor Mitchell me ordena de sentarme. Lo miro y le explico:

—Estoy cansada, señor Mitchell y preferiría ir a mi casa a ver si mi padre ya regresó, para hablar con él.

Tengo las lagrimas en los ojos y mientras me volteo hacia Matthew, el señor Mitchell dice:

—¡Giulia, siéntate!

Lo miro sorprendida, con las lagrimas que se me salen y lo veo mirar nervioso su plato. Me siento y sigo observándolo. Lo veo reflexionar apretando su servilleta y miro la señora Ginevra buscando ayuda. Ella observa su marido perpleja y yo me volteo nuevamente hacia Matthew, que mira fijo su plato. Noto una lágrima sobre su rostro y casi se me revienta el corazón.

—Matthew, acompaña a su casa —ordena el señor Mitchell.

No se que está sucediendo y los miro todos desconcertada. Matthew se para y espera que yo haga lo mismo. Me paro y, antes de seguirlo hacia la puerta, me volteo hacia el señor Mitchell y digo:

—Fue un placer conocerlo.

Miro rápidamente la señora Ginevra y sigo a Matthew. Él abre la puerta y cuando estoy por atravesarla, el señor Mitchell dice:

—La espero para la cena de Navidad, señorita Manara.

Me volteo incrédula y lo veo con la cabeza agachada, mientras le señora Ginevra sonrío. Salgo del comedor y sigo detrás de Matthew hasta el coche. Mientras me acompaña a mi casa, no dice ni una palabra y yo estoy tan confundida por lo sucedido, que ni se que decir. Todavía no entiendo el sentido del invite que me hizo el padre de Matthew... Frente a mi casa, Matthew parquea y dice:

—Te deseo que seas feliz, Giulia.

Lo miro asombrada y lo veo observar sus manos sobre el volante. No se que hacer, pero me duele verlo así y le tomo dulcemente la mano. Él me deja hacerlo y yo, apretándola entre las mías, le explico:

—Te quiero tanto, que no quiero ser la causa de las tensiones entre vosotros y tengo tantos problemas en mi casa, que seguramente me equivocaría en la tuya. Es normal que tu padre desee alguien mejor para ti.

Me mira y dice:

—Giulia, lo que hizo esta noche contigo, ¡jamás lo había hecho antes! Él no llama sus nueras con sus nombres, sino con sus apellidos, para recordarles que son y siempre serán unas perfectas desconocidas. Todos saben que tienen que presentarse para la cena el último domingo de cada mes y para Navidad, ¡y *se presentan!* Saben que si organiza cenas en otras ocasiones, deben dejar sus hijos en la casa y cada una de ellas ruega por no ser la razón por la cual mi padre organiza la cena.

—No entiendo porque todos lo complacéis —afirmo nerviosa.

—Porque nadie quiere renunciar a su propia cuota y todos desean ser nominados administradores —responde serio.

—¡Legalmente, a todos les pertenece un porcentaje de su patrimonio! —puntualizo segura.

—Giulia, ni mi padre ni mis hermanos son estúpidos y saben que hay miles de modos para engañar la ley. Además el puesto de administrador es uno y mi padre les dio a entender que lo dará solo al que habrá hecho su trabajo de la mejor forma. Por eso mismo, siguen complaciéndolo —dice decepcionado.

Se porque él también lo hace y no se lo pregunto.

—¿A que hora viajas mañana? —pregunto, cambiando de tema.

—A las 7.00 tengo el vuelo pero tengo que salir de la casa a las 4.00 —responde pensativo.

—¿Así que hoy es el último día que nos vemos? —pregunto molestándolo.

Me mira mal y me devuelve la pregunta. Me río y él sonrío dulcemente, esperando mi respuesta. Veo mi padre pasar y le digo a Matthew que me tengo que ir. Agarra mi brazo y me pregunta:

—¿Está será la última vez que nos vemos?

Le sonrío y lo acaricio, respondiendo:

—Si no quieres, no.

Aprieta mi mano sobre su cara y puntualiza:

—Giulia, nosotros no somos amigos, ¡somos novios!

Le digo que entendí y él agarra mi cara, afirmando:

—Necesito estar seguro que hayas entendido.

Cuando lo veo acercarse, me alejo y él se detiene. Me observa pensativo y luego me suelta, deseándome una buena noche y se voltea hacia el volante. Molesta por su actitud, agarro mis llaves, le deseo que tenga una buena noche y me voy. No debí alejarme de él, pero fue algo tan instintivo, un gesto hecho por alguien que todavía no ha entendido si lo ama o no y que, los únicos besos que ha dado en toda su vida, son a su misma mano, para ver que se siente. Entro en mi casa y llamo a mi padre. Me responde saliendo de su habitación y lo alcanzo, preguntándole como está.

—Giulia, estoy cansado y no tengo ganas de hablar. Mañana, apenas terminaré de trabajar, iré a recoger a tu madre. Ahora vete a dormir. Buenas noches —contesta serio.

Lo veo entrar en su habitación y me voy hacia la mía. Me doy cuenta que me esta echando la culpa por haberlo casi obligado a dejar que mi madre regrese y deseo que ella utilice de la mejor forma esta última posibilidad que mi padre le está dando. Me cuesta mucho dormir, porque ahora no es solo mi madre quien permanece enojada conmigo y cuando son las 2.00 de la mañana, me levanto y voy hacia la sala. Después de poco tiempo llega mi padre también y lo miro preocupada, mientras se sienta sobre el sofá, diciendo:

—Perdóname, tu no tienes nada que ver con todo esto y es una buena cosa la que haces. Soy yo que estoy confundido y cansado.

Le recuerdo que, con mi madre, pasaron muchos momentos felices y que a lo mejor es normal que, con el pasar de los años, las cosas cambien. Se queda en silencio y le pido que me cuente como se conocieron. Baja la mirada y me cuenta:

—Mis padres vivían en un conjunto donde, para ahorrar, le compraban la fruta y la verdura a un agricultor local, que no la vendía por kilos sino por

cajas y luego se la dividían. Hacían turnos para ir a recogerla y un día decidí acompañar a mi padre. Nos sirvió tu madre y para mí fue amor a primera vista. ¡Era hermosa! En esos tiempos tenía el cabello muy largo y era tan delgada, que tenía miedo que se rompiera algún hueso cuando le pasó la caja de berenjenas a mi padre. De inmediato me precipité para ayudarla y ella me agradeció. Parecía tan sola y desamparada... —Se detiene, me mira y añade:

—Giulia, no quiero pedirle el divorcio porque tu madre tiene un pésimo carácter, más bien porque ya no la amo. Sigue siendo una mujer muy bella y, si todavía sintiera algo por ella, estaría muy orgulloso de estar a su lado. Pero el amor va más allá de la belleza o el carácter y puede juntar dos personas aunque no sean bellas, ni por dentro ni por fuera. El amor crea una complicidad entre dos almas que se entienden sin hablar y, muchas veces, hasta sin verse. Es una alquimia que comienza aún antes de estar consciente de lo que realmente sientes y hace que todo lo que tenga que ver la otra persona sea tuyo también. No tienes el tiempo de preguntarte si es justo o no, porque cuando encuentras esa persona... es como si te hechizara por completo.

Lo miro confundida y él se ríe, preguntándome:

—¿Con Matthew en qué punto estáis?

Le digo que no lo sé y mi padre, poniéndose serio, me pregunta que es lo que no entiendo.

—Se que lo quiero mucho y sufro si lo veo sufrir. Pero no creo sea amor — admito pensativa.

—¿Si a caso no lo volvieras a ver, sufrirías? ¿Si alguien te dijera que tiene otra novia, te alegraría por él? —me pregunta con calma.

Tengo demasiado sueño y comienzo a perder la cabeza. Miro mi padre bostezando y le digo:

—Vamos a ver si lo extrañaré...

Él se ríe y yo le digo que me voy a acostar. Me desea una buena noche y mientras entro en mi habitación, siento una vocecita, dentro de mí, decirme que tengo que ir a la casa de Matthew. Pienso que sea solo cansancio y me tiro sobre la cama. Pero la vocecita se vuelve siempre más intensa y me ordena que me pare. Me siento sobre la cama y me pregunto si me estoy volviendo loca o algo así como mi madre. Cuando veo que son las 3.30, corro hacia la habitación de mi padre y le digo que tengo que ir a saludar a Matthew. Me mira asombrado y yo lo empujo hacia el pasillo, diciéndole que tenemos poco tiempo. Me dice que entendió y voy a vestirme. Mi padre me llama y yo lo sigo.

—¿Quieres venir con esas pantuflas tan raras? —me pregunta mi padre mirándome los pies.

Le repito que ya está tarde y sale riéndose. En el coche me miro los pies y me río.

—¡Creo que sería mejor si fueras descalza! —afirma mi padre molestándome.

Miro mis pantuflas con los dibujos animados encima y me pregunto si será el caso de seguir el consejo de mi padre. Aparca frente a la casa de los Mitchell y ni siquiera se que hacer. Miro el reloj y cuando noto que faltan cinco minutos a las 4.00, ruego de no haber llegado demasiado tarde. Veo el portón abrirse y me bajo del coche. Cuando sale un coche de gran cilindrada, se me para el corazón, y casi me da un infarto cuando veo el señor Mitchell que maneja y lo miro esperanzada que entienda, sin moverme. Pasa el portón y luego se detiene. Miro el coche avergonzada y cuando veo la puerta del pasajero abrirse, sonrío. Pero veo bajarse la señora Ginevra y la miro decepcionada.

—¿Giulia, que pasa? —me pregunta preocupada.

Comienzo a llorar, porque entiendo que llegué demasiado tarde y sacudo la cabeza decepcionada. Me volteo para alcanzar a mi padre y cuando la veo sonreír, me pregunto que hay de divertido en el ver a su misma hija llorando. Alguien me pone una mano sobre el hombro y temo que sea el señor Mitchell. Oigo Matthew llamarme y me volteo incrédula. Cuando lo veo, lo abrazo y le pido perdón. Él me aprieta y no dice nada. Pero siento su corazón latir tan fuerte, que parece entrar en mi pecho en cada latido y me alejo para preguntarle si está bien. La señora Ginevra le recuerda a su hijo que ya esta tarde y él me mira conmovido. Lo acaricio y le digo:

—Fueron días difíciles y ...

No tengo el tiempo de decir nada, que termino con su lengua en mi boca y me quedo inmovilizada. Su lengua busca y acaricia la mía, y yo me paralizó de pies a cabeza. Tengo el corazón que está por estallar y cierro los ojos, pensando que tal vez sea esto el amor. Abrazo Matthew y mi lengua sigue la suya, acariciándola y provocándola. La señora Ginevra llama su hijo y él me suelta. Me mira pensativo y dice:

—Giulia, pero tu...

Espero que termine la frase y me observa asombrado.

—Matthew, vas a perder el vuelo —dice la señora Ginevra.

Me besa nuevamente y yo, esta vez, se que hacer. Siento mi cuerpo

encenderse y siento que el de Matthew también no puede seguir disimulando el fuego que arde. El beso se hace siempre más pasional y nuestros respiros se hacen siempre más cortos.

—Giulia, creo que sea suficiente —le oigo decir a mi padre.

Regreso inmediatamente con los pies en el piso y Matthew se aleja dulcemente. Lo veo observarme pensativo y le pregunto que pasó, avergonzada, porque se que no fue uno de los mejores besos en su vida.

—¡Giulia Manara, me casaré contigo! —susurra sin aire.

Le sonrío más tranquila y él me pregunta:

—¡Júrame que me vas a esperar! ¡Júrame que *me* esperarás!

Lo miro confundida y su madre lo llama nuevamente.

—¡Júralo, Giulia! —me ordena nervioso.

Se lo juro y él se dirijo hacia el coche de su padre, gritando:

—¡Lo juraste, Giulia! ¡Tu *me* esperarás!

Lo miro divertida mientras se sube en el coche. Mientras se aleja, me volteo con la cabeza agachada y entro rápidamente en el auto de mi padre, gritando:

—¡No digas nada!

Mi padre se ríe y luego afirma:

—Estaba seguro de que ya hubieras dado tu primer beso.

Agacho la cabeza avergonzada y él deja de reírse.

—Tu madre me había dicho que... —murmura con poca voz.

Le pido que termine la frase, pero él conduce pensativo, sin responder. Cuando llegamos a la casa, dice que tiene que irse a trabajar y yo trato de dormir un poco, porque estoy borracha de sueño. Apenas pongo la cabeza sobre la almohada, comienzo a recordar los besos de Matthew y su erección que me presionaba sobre mi abdomen inferior, mientras lo abrazaba. Cierro los ojos agotada y me pregunto como irán las cosas, tanto con él como con mi madre. Cuando oigo la voz de mi madre, me siento en la cama con el corazón que me explota y me miro alrededor confundida. La veo sentada en mi cama y mi padre la observa desde la puerta. Le pregunto cuando llegó y ella dice que no veía la hora de volverme a ver. Le pregunto como está y ella se para, diciendo:

—Ahora voy a preparar la cena y más tarde hablaremos de todo.

Mi padre la deja pasar y luego entra en mi cuarto. Cierra la puerta y me susurra:

—No le digas nada del beso.

—¡Ni loca que estuviera! —contesto riendo.

Él sonrío y yo me paro y lo abrazo, para agradecerle. Me aprieta y dice:

—Tu eres mi princesa, Giulia.

Hacia mucho tiempo que no me llamaba así y le agradezco. Me alejo y le pregunto como les fue durante el viaje.

—Le expliqué que estoy cansado y que la próxima vez, será la última. Ella me dijo que ya llamó a su psicóloga y que volverá a hacer la terapia — responde serio.

—¿Por que estas tan preocupado? —pregunto perpleja.

Me acaricia y dice:

—Giulia, júrame que, si tuviera que volver a pasar algo mientras estoy trabajando, me dirás toda la verdad cuando regresaré.

Se que ya le escondí demasiadas cosas y no se si podré hacer lo que me está pidiendo. Agarra mis brazos y apretándolos, me pregunta:

—¿Sabes que si te tuviera que pasar algo malo, jamas me lo perdonaría, cierto?

Le digo que no me pasará nada pero él me ordena que le jure que le contaré todo, si a caso mi madre se volviera a perder. Se lo juro y me suelta. No entiendo porque está tan asustado esta vez y le pregunto si le habló del divorcio. Me tapa la boca con una mano y se voltea a mirar la puerta. Lo observo siempre más asustada y él me mira, diciendo:

—Giulia, no vuelvas a hablar de esto en la casa.

Le digo que entendí y nuevamente me suelta, mirándome preocupado. Le sonrío y le digo que tengo hambre. Abre la puerta y nos dirigimos hacia la cocina. Encontramos la mesa ya puesta y le pregunto a mi madre si necesita ayuda. Ella me dice que no y yo me siento en mi puesto. Mientras cenamos, me pregunta de Matthew y yo le digo que ya se fue para la universidad. Me pregunta si volvimos a ser novios y yo le digo que si.

—¡Yo sabía! Ese chico está bien enamorado —afirma riéndose.

Le sonrío sin comentar. Mi madre le pregunta a mi padre que ha hecho en estos días y él le habla de su trabajo. Ella le cuenta lo que hizo y él la escucha, sin comentar.

—Luigi, ya entendí que me equivoqué y que te amo. Pero tienes que ayudarme, porque sola no puedo lograrlo —dice ella mirándolo.

—Te ayudaré por el bien de nuestra hija y, como ya te dije, esta es la última oportunidad que te doy. Demuéstrame que cambiaste y todo estará bien — contesta mi padre con calma.

Ella le aprieta la mano y le agradece.

Los días pasan y las cosas parecen ser como antes. Mi padre va a trabajar y mi madre se ocupa de la casa. Yo volví a estudiar desde hace un par de días y paso la mayor parte de mi tiempo estudiando. El hecho de que yo sea la novia de Matthew, hace que muchas personas se me acerquen y que todas quieran serme amigas.

Pero, como no quiero correr el riesgo de perder nuevamente el año ni de enfadar a mi madre, mejor me concentro en el estudio y no salgo. Sílvia pasa todas las mañanas y si puede, en las tardes también. Me pregunta siempre por 'Mattu' y yo le explico que no tengo noticias de él. Obviamente nadie se atreve a preguntar o a hablar de móviles, para no romper el equilibrio en el que estamos y yo miro cada noche el perfil de Matthew con la esperanza que publique algo. Pero no lo hace y sigue aumentando el número de sus amigos, como el número de post publicados en su perfil por chicas. Pienso siempre en sus besos y, entre más días pasen, más lo extraño. Cuando faltan pocos días a mi cumpleaños, mi madre me explica que quiere invitar algunos familiares y me pregunta si para mí está bien. Le digo que si y Sílvia se ofrece de ayudarla. Ella acepta y juntas comienzan a buscar recetas nuevas para la cena y para la torta. ¡Creo que jamás he comido tanto, en tan poco tiempo, en toda mi vida! Pero es divertido verlas trabajar y sobretodo la cara de Paolo, cada vez que mi madre lo invita a cenar. Ya me doy cuenta que no puede más con tortas raras y comidas innovadoras, y sonrío cada vez que trata de decir que no tiene hambre.

—¡Come, Paolo! Tienes que decirnos si está rica y que opinas —le ordena su esposa y me susurra:

—¡Menos mal que se acabó, porque me voy a explotar de la llenura!

Me echo a reír y Sílvia lo llama. Él la alcanza resignado y mi padre dice que tiene razón, divertido. Lo miro sonriendo y espero que todos los problemas se hayan resuelto por completo. Cada noche, cuando estoy en la cama, pienso en Matthew y me pregunto que estará haciendo. ¿Quizás si sabe que hoy es mi cumpleaños y si vendrá? Me pregunto bostezando y cierro los ojos cansada.

Me despiertan mis padres y abro los ojos estirándome. Los veo sonreír y noto un regalo en las manos de mi madre. Me pongo sentada en la cama y ella me pasa el regalo, deseándome feliz cumpleaños. Le agradezco y lo cojo, mientras mi padre me abraza y me susurra:

—Espero que con esto puedas extrañar menos a Matthew.

Se aleja y yo abro curiosa el paquete. Cuando veo un móvil, miro perpleja a mi madre y ella me sonrío. Me paro y la abrazo, agradeciéndola. Ella no se mueve y yo me alejo para abrazar a mi padre. Él me aprieta y se ríe, diciendo:

—¡Matthew ya tiene tu número y estoy seguro que pronto te llamará!

Lo miro sonriendo dichosa y sigo agradeciéndolos, aún incrédula. Mi madre dice que va a preparar el desayuno y mi padre añade que me deja sola un rato. Espero que salgan y

admiro mi móvil, muy satisfecha. Oigo llamar al timbre y voy a ver quien es. Mi padre abre el portón y le entregan un ramo de rosas rojas. Me acerco curiosa y mi padre me lo pasa, diciendo que es para mi. Lo cojo y yendo hacia la sala, leo la tarjeta:

¡Finalmente eres mayor de edad y eres libre!

Te extraño y no veo la hora de volverte a ver.

Matthew: ¡tu novio!

Sonrío y mi madre dice que tenemos que ponerlas en un vaso, mientras me las quita de las manos. Vuelvo a leer la tarjeta y me entristece la idea que no vendrá. Lllaman nuevamente al timbre y yo me apresuro a abrir el portón, esperanzada que sea Matthew. Me encuentro a Sílvia y Paolo en frente a mi, y los miro decepcionada. Primero que todo me abrazan deseándome un feliz cumpleaños y luego Sílvia me da un regalo, diciendo:

—¡Como lo vi, pensé en ti!

Le agradezco y los dejo entrar. En la sala, abro el regalo y veo un hermoso vestido rojo. Los miro entusiasmada y mi madre dice que puedo ponérmelo hoy mismo. Asiento satisfecha y voy a llevarlo a mi habitación. Aprovecho para guardar la tarjeta de Matthew y regreso a la sala. Después de haber desayunado todos juntos, Paolo y mi padre se desaparecen, con el pretexto que se le olvido comprar se no se sabe bien que. Los miro divertida y Sílvia dice:

—Mientras tanto, nosotras comenzamos a preparar la torta y os esperamos para el resto.

Me río cuando veo la cara de mi padre y él saca a Paolo a fuerza, diciendo que tienen un montón de cosas que hacer. Me sigo riendo y oigo mi madre decir que tengo que ayudarlas. No aceptó la propuesta de mi padre de ir al restaurante, porque estaba convencida que, quedándonos en la casa, habríamos ahorrado pero al contrario, de esta manera, creo que esté gastando mucho más. De todas formas ya es tarde para cambiar idea y me levanto para ayudar. Me dejan ayudarlas hasta que el pastel no está horneado y luego, con el pretexto

que debe ser una sorpresa, mi madre me manda a limpiar el resto de la casa. No tengo otra opción así que le obedezco. Cuando ya me queda solo el baño para terminado, decido ducharme y cierro la puerta con el cesto de la ropa sucia, ya que aún no la han arreglado. Lavo los dientes y seco el cabello. En mi habitación, me visto con algo cómodo y después limpio el baño. Cuando termino, voy hacia la sala y pregunto si puedo entrar en la cocina. Me gritan que no y le pregunto a mi madre que tengo que hacer. Ella cierra la puerta de la cocina y me pide que limpie la sala. Voy a sacar el necesario y lo hago. Cuando termino, la puerta de la cocina se abre y Silvia dice que puedo entrar. Me acerco curiosa y me avisan que no abra la nevera. Acepto divertida y pregunto en que otra cosa puedo ayudarles. Mi madre dice que por el momento tenemos que ocuparnos del almuerzo y pongo la mesa. Después de poco tiempo llegan también Paolo y mi padre, y nos quedamos en la sala. Silvia los llama gritando y los veo entrar en posición de firmes. Sonrío con la cabeza baja y mi madre anuncia que ya está el almuerzo. Una vez en la mesa, me doy cuenta que no han preparado nada y que se limitaron a poner un poco de embutidos en los platos.

—Yo te había dicho que era mejor el restaurante —le susurra Paolo a mi padre.

Me río y mi padre exclama:

—¡Si esta noche cocinan de esta manera, será todo un éxito!

Silvia les grita que esperaban su ayuda y ellos se miran preocupados. Llamam al timbre y mi padre se para de inmediato. Sale de la cocina y después de un poco, le siento gritar mi nombre. Lo alcanzo y le veo un paquetito en las manos. Me acerco al portón y cuando veo Sandra, la miro asombrada.

—Espero de no haber molestado, pero quería felicitarte personalmente y traerte mi regalo —dice seria.

La dejo entrar y ella me abraza felicitándome. Le agradezco y, mientras vamos hacia la sala, mi padre llama a los demás. Cuando salen de la cocina, hago las presentaciones y mi madre se quita rápidamente el delantal. Le pregunta a Sandra si puede ofrecerle algo de tomar y ella le explica:

—No gracias, señora. Se que no es el horario adapto para hacer visitas y no quiero molestaros mas. Quería sólo felicitarme con Giulia.

Mi madre asienta y Sandra me mira, diciendo:

—Es solo un pequeño detalle y espero que te guste. Ahora voy a recoger a los niños.

Mi padre me pasa el paquetito y yo lo abro. Veo una pulsera en plata, hecha

por una cadena un poco gruesa y luego una G como colgante. Nunca me he puesto algo así, pero miro Sandra y le digo que está precioso.

—Me alegra que te haya gustado. Ahora me voy y te dejo celebrar en paz —dice dirigiéndose hacia la puerta.

La acompaño y ella sale. Cuando la veo alejarse, la llamo y se voltea.

—¿Sabes si Matthew... vendrá? —pregunto esperanzada.

—Desafortunadamente no encontró ni un tren ni un vuelo para hoy, pero estoy segura que mañana estará aquí —responde sonriendo.

Le agradezco y la saludo. Ella se sube en su coche y yo cierro el portón. En la sala, los veo todos enloquecidos y mi madre se acerca para ver la pulsera. Se la entrego y ella se voltea hacia Sílvia constatando que debe haber valido un montón. Las dejo hablar y alcanzo los hombres en la cocina. Me siento y como algo, pensando al hecho que me hubiera gustado ver a Matthew hoy. Mi padre me mira sonriendo y cuando estoy por preguntarle que hay de tanto divertido, Sílvia y mi madre nos interrumpen, como entran en la cocina hablando todavía de mi pulsera y sobretodo de Sandra que, por lo que dicen, es una mujer de clase. Cuando terminamos, comenzamos a preparar comida para un ejército y me pregunto cuántas personas habrá invitado mi madre. Mi padre se me acerca y me susurra:

—Ve a descansar. Entro de poco comenzarán a llegar los invitados y no tendrás un momento de paz.

Le agradezco y voy hacia mi habitación. Miro mi móvil y reviso si hay alguna llamada o mensaje, pero nada. Juego un poco con él para ver como funciona y cuando oigo llamar al timbre, dejo que se ocupen los demás de recibir los invitados. Prendo el ordenador, esperando de encontrar algo en el perfil de Matthew y, cuando no encuentro nada ahí tampoco, me decepciono. Abro los mensajes y leo nuevamente los de Simone, preguntándome a dónde terminó.

—¡Feliz cumpleaños, Giulia! —le oigo decir a una mujer y me volteo.

Veo mi prima Claudia y la abrazo, agradeciéndola. Mi madre nos mira sonriendo y Claudia me da su regalo. Lo abro y ella me pregunta quien es Simone. La miro perpleja y mi madre se acerca al ordenador. Trato de cerrarlo rápidamente y ella lo abre nerviosa. Me doy cuenta que estoy en un lío y espero que aplace esta discusión para más tarde cuando se calmará. Abro el regalo de Claudia y veo un joyero de una marca que conozco. La abrazo y le agradezco.

Ella me aprieta y pregunta:

—¡No te hagas la creída! ¿Quién es Simone?

Me alejo diciéndole que es un amigo y cuando me pregunta si estudiamos juntos, le digo que no.

—¿Claudia, puedes dejarnos solas? —le pide mi madre.

—¡Claro! Os espero en la sala —responde ella sonriendo.

Tiene justo el tiempo de cerrar la puerta, que mi madre me jala del cabello y me pregunta furiosa que estoy haciendo. Le explico que es solo un amigo y ella se quita la pantufla.

—Mamá, por favor. Hoy es mi cumpleaños —le digo llorando.

—¡Encontraste un chico de oro, pero tienes siempre que arruinar todo! —resopla nerviosa.

—No arruiné nada —tengo el tiempo de decir antes de que comience a pegarme.

Me cubro la cara con los brazos y le pido en lagrimas que se detenga. Ella me llama de mil maneras y, cuando hago algún gemido de dolor, dice:

—¡Cállate o todos sabrán que hija tan degenerada que tengo! —hablando con los dientes apretados.

Trato de alejarme, pero no puedo ver bien que tengo en frente a mi y termino en el piso. Ella sigue golpeándome en los brazos y en las manos y yo no me muevo, por temor que me pegue en la cara. Se que no se detendrá hasta que no se habrá desahogado por completo y le dejo hacer lo que quiere, sin hacer ni un ruido. Cuando se detiene, respirando fuertemente, bajo los brazos y me acurruco, llorando.

—¡Vístete y ven a celebrar, y no digas ni una palabra! —dice amenazándome y luego sigue:

—¡Estos los cojo yo! ¡Sabia que iban a traer sólo problemas!

Espero que salga y me paro. Tengo los brazos morados y doloridos, y me apresuro a ponerme un poco de crema, llorando por el dolor y por la humillación. Se que mi padre en algún momento se dará cuenta de mi ausencia y busco rápidamente una solución, para esconder los brazos. Abro el armario y busco un bolero de manga larga o un suéter de algodón. Cuando encuentro uno, aunque no tenga nada de elegante, me pongo primero el vestido que me regaló Silvia y luego el suéter. Me quito las pantuflas y me pongo un par de sandalias. Voy al baño y me lavo la cara con agua fría. La seco y hago respiros profundos para calmarme. Oigo llamar al timbre y los invitados llegar. Me miro al espejo y reviso que no se note que lloré. Hago un respiro profundo y alcanzo los demás en la sala. Ahí los familiares me asaltan porque quieren

felicitarlos y cuando terminan, termino con cinco regalos en las manos. Los abro y le agradezco a todos. Mi padre pasa con una botella de champán y Paolo lo sigue con los vasos. Cuando llegan a mi, tomo un vaso. Mi padre me lo llena casi hasta encima y yo lo miro divertida, pero me pongo seria apenas me doy cuenta que está mirando mi mano. Le digo que ya es suficiente y él aleja la botella, mirándome nervioso. No quiero tener problemas y le susurro de no decir nada. Le pasa la botella a mi primo, agarra mi brazo y me jala hacia mi habitación.

—Quítate el bolero —me ordena furioso.

—Papá, por favor. Hoy es mi cumpleaños —le ruego asustada.

—¡Giulia, quítate ese bolero! —me repite furioso.

Bajo la mirada y lo hago. Me mira respirando nerviosamente y me pregunta porque lo hizo. Le cuento de los mensajes que leyó en mi ordenador y él me pregunta quien es Simone.

—Es solo un amigo, papá y no lo veo desde hace meses —respondo con calma.

Se para y dice que tenemos que irnos. Agarro el bolero y él añade:

—¡Tu vendrás sin esa cosa y le mostrarás a todos el regalo que te hizo tu madre!

Lo miro preocupada y le pido que no lo haga, hoy no.

—¡Giulia, yo le pediré el divorcio y quiero que la gente sepa porqué! —resopla furioso.

—No me uses, para terminar con ella —le pido llorando.

Él piensa en mis palabras y dice que está bien. Agarro mi bolero y me lo pongo. Vamos hacia la sala y mi padre me pasa un vaso de champán. Lo cojo y él, levantando el suyo, dice:

—¡A mi hija, la única verdadera mujer de mi vida! —Luego se voltea a mirarme y sigue:

—¡A mi princesa y al comienzo de una mejor vida! Te deseo que seas feliz, Giulia, porque eres una chica especial.

Le agradezco conmovida y todos gritan feliz cumpleaños. Tomo un sorbo de champán y veo mi padre acercarse a mi madre. Sílvia me pide que la ayude y, mientras la alcanzo, mi padre sale de la sala seguido por mi madre. Sílvia me pone una vajilla en las manos y me pide que pase entre los invitados. Cuando llaman al timbre, dejo la vajilla y voy a ver quien es. Aprovecho para revisar la puerta de la habitación de mis padres pero está cerrada.

—¡Feliz cumpleaños, Giulia! —dice Matthew.

Me volteo incrédula y, cuando lo veo, lo abrazo llorando. Él me aprieta y dice:

—No sabes cuánto te extrañé.

Con la cara en su cuello, sigo llorando, preocupada por lo que está pasando en la habitación de mis padres y él me acaricia la espalda, susurrando:

—Estoy aquí, Giulia. Tranquila.

Quisiera quedarme ahí para siempre, pero sé que tengo que hacerlo y me alejo de Matthew, secándome los ojos. Él agarra mi rostro con ambas manos y me lo levanta. Lo miro cansada y me susurra:

—Felicitaciones, mi amor —Y me besa.

Me aferro a su camisa y le correspondo el beso. Su lengua, de dulce, se vuelve avara y enérgica, y su respiro se vuelve siempre más corto. Siento mi cuerpo reaccionar y cada músculo contraerse. Cuando alguien pregunta quien es, alejo dulcemente a Matthew y le digo que tenemos que irnos. Entro en casa y digo que llegó Matthew.

—¡Su novio! —puntualiza él bromeando.

Lo miro riendo y noto que se sacó la camisa del cinturón de los pantalones, para dejarla suelta. Todos los asaltan y le hacen mil preguntas. Mi padre nos alcanza y yo lo miro preocupada. Abraza a Matthew y le pregunta cuando llegó. Silvia lo llama ‘Mattu’ y la veo salir de entre mis primos. Matthew la abraza y le pregunta como está. Le pregunto a mi padre si está todo bien y él me abraza, diciendo:

—¡Sí, por fin está todo solucionado!

Mi madre llega y me doy cuenta que lloró. Me duele que haya sabido del divorcio de esta manera y cuando veo que ella también tiene un bolero, le pregunto alarmada a mi padre que pasó.

—¡A algunas personas hay que pagarlas con la misma moneda para que entiendan! —afirma furioso y se aleja.

Veo todos los invitados hablar y reír, y me pregunto si solo nosotros tenemos estos problemas familiares. Alguien me aprieta la mano y me volteo confundida. Cuando veo a Matthew, le sonrío y Silvia dice que ya está la cena. Mi padre aleja la silla en la cabecera y dice que hoy ese es mi puesto. Me siento y Matthew se sienta a mi izquierda, mientras mis padres se sientan a mi derecha. No veo la hora que termine esta fiesta y me doy cuenta que lo que sucederá después, no será fácil de controlar.

—¡Come, Giulia, y no pienses en nada más! Hoy eres mayor de edad y es solo en esto que tienes que concentrarte —dice mi padre, mientras me sirve la

cena.

Ni siquiera lo miro y comienzo a comer. Cuando Matthew me aprieta la mano, que tengo sobre el vientre, lo miro curiosa y noto que acercó su silla, para estar más cerca de mi.

—Come, Giulia. ¡Todo estará bien! —me susurra con una sonrisa.

Él comienza a hacerlo con la mano izquierda y lo observo divertida, porque obviamente no es zurdo. Noto que, para cada bocado, se esfuerza demasiado en

atarle a la boca y me echo a reír. Él me mira sonriendo y Sílvia pregunta:

—¿Mattu, cuantos días te quedas?

Él la mira resignado y contesta:

—Desafortunadamente solo hoy. Mañana tengo un examen y tengo que regresar a la universidad.

Esta cosa me entristece y le pregunto cuando regresará. Me mira y dice:

—Ya compré los pasajes para el veintitrés de diciembre y me quedaré por tres semanas.

Faltan aún dos meses, pero al menos tendremos la oportunidad de estar juntos por tres semanas y esto me alegra. Me besa la mano y añade:

—Estoy haciendo de todo para graduarme lo más rápido posible.

Asiento sonriendo y mi padre dice:

—¡Giulia, id! Te llamaré para la torta.

Lo miro perpleja y él afirma:

—Igual no estas comiendo nada... y, como Matthew se irá esta noche, este es el único momento en el que podéis estar juntos antes de Navidad.

Mi madre sigue comiendo, mirando su plato y yo me paro, agradeciéndole a mi padre. Matthew me sigue hasta mi habitación y nos sentamos, yo sobre la cama y él sobre la silla, dejando la puerta abierta. Todos los que irán al baño, pasaran por aquí y prefiero que vean que no tenemos nada que esconder. Le pregunto a Matthew cuantos exámenes le faltan y él dice:

—Por este año solo cuatro, pero son los más difíciles y espero no tener malas noticias.

Y luego me pregunta:

—¿Que pasó hoy? No tienes la cara de quien acaba de cumplir dieciocho años.

—Estoy tan cansada —admito llorando.

Él se sienta a mi lado y me abraza, preguntándome cual es el problema. Me recuesto contra su cuerpo y le cuento que mi madre se enojó, sin especificar

que me golpeó, y le nombro a Simone. Me aleja y temo que él también se haya enfadado por esta tontería. Sacude la cabeza y me explica:

—Giulia, yo te alejé de Simone, solo porque temía que pudiera usarte para molestar a Samantha. Pero lo que ella no sabe, es que Simone es gay.

Abro los ojos incrédula y él sigue:

—¡No fue él mismo a confesármelo y creo que nadie más sepa la verdad! Pero yo lo vi, hace un par de años, besar un chico en un local fuera de la ciudad.

Ahora entiendo de que hablaban sus abuelos y me duele saber que se siente solo. Le pregunto a Matthew si son amigos y me explica:

—Simone es una buena persona pero eligió mal sus amistades. Hay que ser bien cabrones, para afrontar a una como Samantha y él no lo es. No, no somos amigos, pero solo porque nunca se me acercó y se limitó a creer en lo que la gente le decía sobre mi cuenta.

—¿Y tu, porque no lo hiciste? —pregunto seria.

Agacha la cabeza reflexionando y dice que no sabe. Le pregunto si puede hacerme un favor y él me mira diciendo que si.

—Se siente solo y la situación en la que se encuentra, no es fácil, cuando se vive en una ciudad donde muchos ven solo tu apariencia. Llámalo y pregúntale cómo está.

—¿Me estas pidiendo que sea su amigo? —pregunta perplejo, sin dejarme terminar.

—Si, es lo que te estoy pidiendo —admito con calma.

Baja la mirada reflexionando y dice que lo hará. Le agradezco y me mira diciendo:

—Giulia, trata de tener paciencia. Estoy estudiando mucho y no puedo venir antes de Navidad. Se que te estoy pidiendo mucho, pero lo estoy haciendo por nuestro futuro.

Le digo que se tranquilice y que lo esperaré. Asienta y dice:

—Por lo menos ahora podremos hablar.

Miro sobre mi mesita de noche y noto que mi móvil no está. Me volteo hacia el escritorio, esperando de haberlo dejado allá encima y veo que falta también el ordenador.

—No creo —digo decepcionada.

Me pregunta porqué y le explico que mi madre me quitó el ordenador y el móvil. Me pregunta nuevamente la razón y le recuerdo que se enfadó conmigo por los mensajes que le envié a Simone. Me observa y me pregunta si me

golpeó. Le digo que no y él me quita el bolero. Me lo vuelvo a poner inmediatamente y lo veo pararse. Le pregunto preocupada que está haciendo y lo veo con un juego de llaves en la mano. Quita una y me la pasa, diciendo:

—Tengo un apartamento y quiero que te mudes allá, hasta que tu padre no resuelva esta puta situación.

Le digo que no puedo y lo veo salir de la habitación. Lo sigo y le pregunto asustada adonde está yendo. Entra en la cocina, llama a mi padre y le dice que quiere hablar con él. Cuando veo mi padre pararse, le pregunto a Matthew aterrorizada que está haciendo y él sigue mirando mi padre, sin contestar. Matthew le pide que lo siga y mi padre acepta. Cuando se alejan, los sigo y una vez en mi habitación, Matthew, mirando a mi padre, dice:

—Acabé de decirle a Giulia que tiene que mudarse en mi apartamento, hasta que usted no haya resuelto los problemas con su esposa.

Mi padre cierra la puerta y, mirándolo, rebate:

—Acabé de pedirle a Sílvia que la acogiera.

Miro mi padre asombrada y él me observa, siguiendo:

—Giulia, yo tengo que trabajar y no puedo dejarte sola con ella en este momento. Ya le dije que quiero el divorcio y ella no tiene ninguna intención de concedérmelo. Buscaré un apartamento y hasta que no lo encontraré, te quedarás con Sílvia.

No se que decir y me quedo paralizada frente a esta noticia. Se acerca y tomando mi mano, dice que no tiene otra opción. Lo miro confundida y sigue:

—Apenas todos se irán, prepara la maleta con tus cosas y mañana, antes de ir a trabajar, te acompañaré a su casa.

—Tu crees que pueda hacerme daño —afirmo incrédula.

—¡No se hasta adonde puede llegar y no quiero saberlo! Además, no serán días fáciles, aquí en la casa y no quiero que tú asistas a todo esto —resopla furioso.

—Giulia, si no quieres estar con Sílvia o si tuvieras que sentirte incómoda en su casa, puedes mudarte a mi apartamento cuando quieras —dice Matthew, pasándome una llave.

Mi padre le pregunta dónde queda este apartamento y él le explica que se encuentra detrás del colegio que frecuento, y especifica que no es suyo sino que lo arrendó. Mi padre le pregunta perplejo porqué y él le explica cándidamente que era cómodo para no tener que despertarse una hora antes de las lecciones. Mi padre le pregunta si lo sigue utilizando y cuando Matthew le recuerda que no regresará antes de Navidad, él le propone:

—Yo pagaré el arriendo y, si para ti no es un problema, nos mudaremos juntos hasta que no encontraré otra solución.

Matthew acepta y le hace notar que hay solo una cama.

—No te preocupes, yo pensaré a todo —replica mi padre sonriendo.

Matthew le pregunta si pueden hablar a solas y él acepta. Me paro y les digo que los dejo solos, saliendo de la habitación. Cierro la puerta y me gustaría escuchar que es lo que Matthew tiene que decirle a mi padre. Pero él abre la puerta y yo me apresuro a alejarme. Cuando la vuelve a cerrar, me acerco furtivamente y le oigo decir:

—Señor Manara... yo no tengo tiempo de hacerlo... digamos que sería mejor que...

Mi padre le pide que hable claro y Matthew afirma:

—¡Digamos que ese apartamento lo usé para hacer lo que no podía hacer en mi casa!

Mi padre se ríe y luego poniéndose serio, le pregunta cuando fue la última vez que llevó una mujer al apartamento.

—¡Un mes antes de conocer a su hija! —contesta Matthew.

Me alejo rápidamente, porque podrían descubrirme y, una vez en la sala, me pregunto si también llevó a la profesora de inglés. A lo mejor fue precisamente para ella que rentó ese apartamento, pienso decepcionada y me voy hacia la cocina. Después de poco, veo mi padre entrar y decirle algo a Paolo, al oído. Él asienta y mi padre sale. Lo sigo y cuando lo veo junto a Matthew en el portón, les pregunto adonde van.

—Giulia, tengo que salir. Pero Matthew se quedará aquí contigo —dice mi padre serio.

—¿A donde vas? —le pregunto preocupada.

Observa Matthew con una sonrisa y veo que él también lo mira preocupado.

—Giulia, media hora y regreso —dice mi padre y se aleja.

Matthew cierra el portón y yo le pregunto que está pasando, aunque creo que ya lo entendí. Me mira avergonzado y dice:

—Recibió una llamada y dijo que tenía que irse.

Le digo que ya entendí, tratando de no sonreír y me alejo, añadiendo que tenemos que regresar a la fiesta. Me alcanza y nos sentamos. Noto que ya están todos un poco borrachos y sonrío.

—¿Donde estabas? —me pregunta mi prima.

No respondo a su pregunta y le pregunto de que están hablando. Mi primo

me cuenta de un viaje que hizo hace unos meses y de las desventuras que vivió. Desde el hotel que era muy diferente a el que vio en las fotos, a las noches pasadas emborrachándose y ‘conociendo’ chicas. Puntualiza que la única forma para conocerse era esa, ya que no hablaban el mismo idioma y todos se ríen. Sigue contando y todos lo escuchan riéndose. Miro a Matthew y me doy cuenta que está cansado. Le pregunto a qué hora tiene que irse y él, mirando el reloj en su muñeca, murmura que tiene el tren entro de ocho horas. Miro el reloj en la pared y haciendo dos cuentas, memorizo que a las 7.00 tendrá que estar en la estación. Me aprieta la mano y yo lo miro. Lo veo observarme pensativo y lo acaricio, susurrándole:

—Yo te esperaré y todo estará bien.

Asienta sin convicción y yo lo abrazo, poniendo mi rostro en su cuello. Me aprieta y le repito que lo esperaré. Se queda callado y cierro los ojos, oliendo su piel. Se que mi madre se está enojando, porque ella cree que una chica decente no hace estas cosas, pero no me importa y me quedo entre los brazos de Matthew hasta que no oigo mi padre decir:

—¿Todavía no han sacado la torta?

Me alejo divertida y veo Silvia correr a sacarla, mientras mis primas quitan los platos vacíos de la mesa. Siento una sensación muy rara cuando veo la torta y la observo, preguntándome si mi madre de verdad me quiere. Es un corazón rojo, rodeado de crema y con encima una frase:

Feliz cumpleaños Giulia te queremos mucho. Silvia le pone encima las velitas y me llama. Me paro y ella me recuerda de pedir un deseo, antes de soplar. Miro a Matthew y le sonrío. Le veo hacer una sonrisa de oreja a oreja y me río. Todos nos toman del pelo, diciendo que mi deseo es el menos secreto del mundo y que tengo que pedir otro. Los miro divertida y cuando encuentro la mirada de mi padre, lo observo poniéndome seria y soplo sobre las velitas. ¡Tal vez dos deseos sean muchos, pero intentarlo no cuesta nada! Todos aplauden felicitándome y Silvia comienza a cortar el pastel. Tomo dos pedazos y uno se lo doy a mi padre y el otro a Matthew. Voy a coger otras dos tajadas y pongo una frente a mi madre. Sentándome, me doy cuenta que acabo de seguir una de las reglas del señor Mitchell y sacudo la cabeza pensando que es solo una coincidencia. Cuando se acaba la torta, cuando ya están todos cansados y borrachos de sueño, y a lo mejor de alcohol también, mis familiares nos saludan y se van. Silvia mira a mi madre y le pregunta si quiere ayuda para arreglar la cocina y ella le dice que no. Ella asienta y, mirándome, dice que nos vemos mañana. Mi padre la alcanza y la acompaña hasta el portón. Mi

madre se para y comienza a quitar la mesa. Decido de ayudarla y veo a Matthew hacer la misma cosa.

—Dejad todo así, mañana arreglaremos —dice mi padre.

Pero mi madre sigue limpiando la cocina, sin escucharlo y él añade irritado:

—Giulia, acompaña a Matthew a su coche. Mientras tanto yo ayudo a tu madre.

Matthew los saluda y yo lo sigo. Una vez afuera, hago un respiro profundo, ya que en mi casa el aire se ha vuelto muy pesado y Matthew dice que todavía no me ha dado su regalo. Lo miro y le recuerdo las rosas. Sonríe y tomando mi mano, dice:

—Giulia, por ahora, no puedo comprarte regalos caros.

Es muy tierno y lo abrazo, susurrando:

—Yo no quiero regalos caros. Es suficiente tenerte aquí conmigo.

Me aprieta y rebate:

—Es una estupidez, pero llena de amor.

Me alejo y lo miro curiosa. Abre su coche y agarra algo. Cuando lo veo con una bolsita roja, sonrío feliz y él me repite que es *solo* una estupidez. Agarro la bolsita y la abro. Es un corazón de madera, con un cordoncillo rojo y sobre el corazón están talladas nuestras iniciales: M y G. Lo miro conmovida y siento las lagrimas bajar. Él me lo quita de las manos y, arrojándolo en su coche, exclama:

—¡Ok, deja así! ¡Es una estupidez!

Lo miro aterrada y lo veo con la mirada baja. Lo empujo y busco mi corazón, en su coche. Cuando lo encuentro, sonrío dichosa y sigo llorando. Miro a Matthew y le explico:

—En mi casa nunca hubo un árbol de Navidad —Me detengo llorando y él me abraza conmovido, afirmando:

—Te juro que un día tendremos un árbol de Navidad en cada habitación y te compraré regalos mas decentes.

Lo alejo y puntualizo:

—¡Yo quiero, para cada festividad, un regalo como este y te juro que si no me lo harás, tendrás serios problemas!

Me mira pensativo y le digo nerviosa que no es una broma. Sonríe, me acaricia y luego me besa. Me aferro a él y me gozo su beso. Mientras nuestras lenguas se seducen siempre más enérgicas y nuestras bocas se vuelven siempre más ávidas, mi cuerpo se enciende. Sentir su erección contra mi bajo vientre,

no me ayuda y recordando que estamos en el medio de la calle, bajo la mirada de todos, y a lo mejor de mis padres también, me alejo dulcemente. Él me mira respirando dificultosamente y dice:

—¡Dios, Giulia! No tienes ni idea de cuánto te deseo.

Lo abrazo avergonzada y él me aprieta, añadiendo:

—Esperaré que estes lista, tranquila.

Le agradezco y él dice que tiene que irse. Me alejo y sigue:

—Habla con tu padre del móvil y espérame, Giulia. ¡Tu *tienes* que esperarme!

Le digo que lo haré y él se acerca a mis labios. Los roza con los suyos y me susurra:

—No me abandones, Giulia.

Y me besa apasionadamente. Esta vez es él a alejarse, cuando se da cuenta que está perdiendo el control y dice que es mejor que se vaya. Sonrío, lo saludo y regreso a mi casa. Mi padre me alcanza y me acompaña hasta mi habitación, deseándome una buena noche. Le agradezco por todo y él me recuerda que soy su princesa.

Capítulo 8

Nos mudamos al apartamento de Matthew y mi padre compra un puf que se transforma en cama, pensando que podrá transportarlo cómodamente cuando encontrará otro apartamento. Aunque sea pequeño, en esta casa no falta nada y aunque la cocina sea minúscula, por lo menos es nueva y funciona. Pero ver mi padre dormir sobre esa camita, me duele y le propongo siempre que utilice la de Matthew, que es mucho más cómoda, pero él no acepta. Con tantos problemas, ni siquiera se dio cuenta que estoy sin móvil y sin ordenador y yo no le digo nada, ya que está muy ocupado y tienes muchos pensamientos que lo atormentan. Encuentro mi madre en la casa de Sílvia, porque tanto mi padre como yo lo quisimos, y se que piensa que mi padre le pidió el divorcio por mi culpa. Ella piensa que no hubiera debido decir nada de lo que sucedió el día de mi cumpleaños y no quiere admitir que fueron los moretones, que su paliza me dejó, a traicionarla. En la escuela, las cosas van muy bien y logro obtener buenos resultados, aunque no perfectos. En la casa, yo me ocupo de todo y trato hasta de cocinar, cosa que no siempre se me da. Mi padre se come siempre todo y a veces lo tomo del pelo, pero la mayor parte del tiempo lamento no haber aprendido a cocinar algún plato decente. Desafortunadamente, no encuentra otro apartamento a buen precio y como ya tiene que pagar el abogado, prefiere quedarse aquí, esperando que la casa no le sirva a Matthew para Navidad. Trata siempre de hablarme de su mujer y yo le explico que todavía no estoy lista para hablar de este tema. Se que lo está ayudando a superar este momento tan difícil y que él quisiera que nos encontráramos, pero todavía no logro aceptar otra mujer a su lado. Pienso siempre en Matthew y cada noche me acuesto con su corazón entre las manos. Me gusta y me tranquiliza verlo, por eso lo tengo sobre la almohada y de vez en cuando le echo un vistazo, como si fuera Matthew en persona. Me lo imagino sonreír y decirme que todo se resolverá, y me repito que todo estará bien.

Un día, mientras estoy ordenando la casa, alguien llama al timbre y miro la

puerta preocupada, porque mi padre tiene la llave y es demasiado raro que nadie me haya llamado desde la entrada del conjunto. Me acerco y pregunto quien es.

—¡Abre Giulia, soy yo! —dice un hombre.

Le pregunto otra vez quien es y él afirma:

—¡Matthew, tu novio! —Riéndose.

Me echo a reír y abro el portón. Lo veo reírse y le digo que casi me da un infarto. Entra y me pongo seria, puntualizando que estoy sola. Asienta y dice que pasó solo a saludarme, porque sus padres lo esperan para el almuerzo. Me quedo adonde estoy, con el portón abierto y él se acerca sonriendo. Lo miro preocupada y me abraza, diciendo:

—Tranquilízate, tu madre no puede hacerte más daño y tu padre sabe que estoy aquí.

Lo alejo y le pregunto cuando hablaron.

—Me llamó ayer , para preguntarme si necesitaba el apartamento y para decirme que no pudo encontrar otro. Le dije que habría llegado hoy y que me quedaré en la casa de mis padres —me cuenta serio.

—Sabes que no entendí bien para que arrendaste esta casa —afirmo seria.

—Mis padres me están esperando. Nos vemos más tarde —rebate sonriendo y sale.

Lo miro mal y él me explica:

—Tenía muchas funciones, entre ellas la de alejarme de mi padre. Pero no quiero mentirte, también la utilicé para otras cosas.

—¿Para estar con la profesora de inglés? —pregunto sospechosa.

—Giulia, no quiero discutir —dice con poca voz, tomando mi mano.

—Yo tampoco quiero discutir, estoy cansada de tantas peleas —confieso pensativa.

Él entra llevándome hacia adentro, cierra el portón y me pregunta como me está yendo todo. Le explico que me estoy viendo con mi madre en la casa de Sílvia y que estoy segura que me considera la única culpable de toda esta situación. Me escucha sin interrumpirme y le añado que mi padre tiene otra mujer, que quisiera que yo conociera. Me pregunta si quiero hacerlo y le digo que no. Asienta y me pregunta como estoy.

—No veo la hora de terminar de estudiar y encontrar un trabajo. Así mi padre podrá irse a vivir con su otra mujer y yo no estaré entre dos fuegos —digo triste.

—Giulia, tu vivirás siempre entre dos fuegos, pero tienes que aprender a

manejar la situación manteniendo las distancias. No creo que tu padre te dejará vivir sola y como tendrá siempre que darle dinero a tu madre, no creo que pueda permitirse, con el dinero que le queda, más que un pequeño apartamento. De la otra mujer, no se que decirte, ya que no la conozco y no se en que situación se encuentra —explica serio.

No había pensado en el hecho que mi padre tendrá que pagarle los alimentos a mi madre y está noticia me confunde, porque se que ella seguramente se los pedirá.

—¡Es ridículo! ¡Trabajó toda la vida para pagar esa casa y ahora termina sin un techo sobre su cabeza! —afirmo nerviosa.

—Si te quedarás con tu padre, tendréis buenas posibilidades de obtener la casa, pero de esta forma él no solo tendrá que pagarle los alimentos, sino el arriendo de la casa donde vivirá ella también —dice serio.

Me siento sobre la cama y le pregunto como hace un hombre para sobrevivir después de un divorcio. Se sienta a mi lado y me dice que son situaciones difíciles, especialmente si hay hijos de por medio y no se encuentra un acuerdo pacíficamente. Lo miro y le pregunto:

—¿Crees que tendrían menos problemas si yo no existiera?

Se ríe y, acariciandome, responde que no sería así. Lo abrazo y le pregunto que debería hacer.

Me aprieta y dice:

—Concéntrate en el estudio por el momento y después pensaremos en cómo resolver esta situación.

Lo llamo y le digo:

—Deberías buscarte una novia con menos problemas —pensativa.

Me aleja y, acariciandome, dice:

—Eres tu la única que quiero, con o sin problemas —Y me besa.

Acaricio dulcemente su lengua con la mía y después lo alejo, diciéndole que mi padre ya está por llegar. Hace un respiro profundo y me pregunta:

—¿Sabes que hay chicos que tienen sexo a los quince años?

Me avergüenzo y él me pregunta:

—¿Un día lo haremos, cierto?

Me río y lo miro divertida. Lo veo observarme serio y oigo la puerta abrirse. Me volteo y veo mi padre entrar. Él mira Matthew sospechoso y le recuerda que existe el sofá. Matthew de repente se para de la cama y dice que tiene que irse. Se aleja, deseándonos un buen provecho para el almuerzo y lo miro divertida.

—¡Oye chico, más te vale tener ‘la fiera’ enjaulada o un cazador bien jodido podría dispararle, si tuviera que verla en el lugar equivocado! — afirma mi padre.

Lo miro perpleja y él observa Matthew, que se apresura a salir. Entiendo las palabras de mi padre, pero no estábamos haciendo nada malo y le pregunto nerviosa:

—¿Por qué le dijiste esa cosa?

—Giulia, ese ya estaba listo para atacar —afirma mirándome mal.

—¿De qué estás hablando? —pregunto perpleja.

Se ríe, sacudiendo la cabeza y me pregunta si preparé algo de comer. Desafortunadamente no... pero voy hacia la cocina y le propongo espaguetis con ajo, aceite y pimienta. Acepta y se los preparo. Inmediatamente después del almuerzo, regresa a su trabajo y yo sigo limpiando la casa. No me había dado cuenta que ya había llegado Navidad y, mirándome a mi alrededor, me doy cuenta que este año tampoco tendremos un árbol. Ni siquiera compré un vestido decente para la cena en casa de los señores Mitchell y no puedo regresar a mi casa, porque temo la reacción de mi madre. Pero tengo el sobre de dinero que me dio Matthew y lo agarro. Podría comprar un árbol de Navidad, pero prefiero ahorrar ese dinero y comprar solo un vestido. Me ducho rápidamente, me visto y, luego de haberme puesto mi abrigo, salgo. Encontrar grupos de chicas que buscan regalos de Navidad y ser la única que camina sola, me da mucha tristeza. Entro en el primer negocio que veo con precios accesibles y busco algo en descuento. En esta temporada hay muy pocos descuentos y los que hay son poco interesantes. Pero escojo un par de prendas y voy a medírmelas. Mirándome al espejo, me doy cuenta que se nota demasiado que son cosas de segunda y que hasta me quedan mal. Las pongo en su lugar y busco otra cosa. Si no encontraré nada aquí, será inútil visitar otros negocios, porque la ropa sería más cara y no puedo gastar mucho. Nunca me ha gustado ir de compras y todos esos vestidos me confunden. No se distinguir una cosa bonita de una fea y ver los precios no me ayuda. Está anocheciendo y, cuando pienso en el vestido rojo que me regaló Sílvia para mi cumpleaños, decido que me pondré ese, sobretodo porque el color es perfecto para Navidad. Como es veraniego, busco un par de medias que me ayuden a no sentir tanto frío y un suéter bonito para ponerme encima. ¿Pero el rojo con que color lo puedo combinar? Me pregunto preocupada y pienso en el suéter que vi descontado y que parece ser del mismo color del vestido. Lo busco y después de habérmelo medido, decido de comprarlo. Ya anocheció y el

número impresionante de personas que siguen por las calles para las compras navideñas, me tranquiliza. Cuando paso frente a un negocio de solos artículos navideños, me detengo a observarlos. Hay Papá Noeles de todas clases y los miro sonriendo. Decido de entrar y cada objeto que veo, me fascina: desde las velas hasta el árbol gigantesco que hay en un rincón del negocio. Observo cada decoración de ese árbol y de repente siento los ojos llenarse de lagrimas. Nunca tuve un árbol de Navidad y me pregunto si algún día podré tener uno. No puedo contenerme y salgo, pensando que la mejor cosa es darle este dinero a mi padre, que seguramente lo utilizará de una mejor forma. Voy hacia mi hogar, pensando que son solo un par de días y luego regresaremos a la normalidad. Las casas se despejarán de todas esas decoraciones y árboles, y no se volverá a hablar de este tema por un buen tiempo. Pero siento igualmente romperse mi corazón, porque desde niña siempre he querido un árbol de Navidad en mi casa, aunque sin regalos y con cuatro decoraciones. Hubiera sido suficiente poder poner el corazón que me regaló Matthew y decorarlo con cualquier otra cosa que hubiera encontrado en mi casa. Habría comprado solo una cinta roja y la habría utilizado como cordoncillo para colgar una media llena de galletas o simplemente como guirnalda. En un rincón del negocio hay unas cintas que valen solo un euro y hubiera podido utilizarlas también en los próximos años. Observo todas las personas y las veo sonrientes, y esta situación, inesperadamente, me conforta. Me siento sobre un banco y los observo caminar. Hay algunas personas que le muestran el regalo recién comprado a una amiga y otras que indican algún objeto en las vitrinas. Luego hay niños que jalan a los padres, porque quieren entrar en el negocio y hay otros que lloran, saliendo. Los observo todos sonrientes y de repente alguien me lama. Me volteo y veo Simone llegar con un gorro rojo y la bufanda del mismo color. Lo miro divertida y él me pregunta que estoy haciendo, perplejo, sentándose a mi lado.

—Es hermoso ver la felicidad y el entusiasmo que hay en esta temporada —digo observando la gente.

—¡Es una temporada mágica! —exclama pensativo.

Le digo que tiene razón y él me pregunta si hice alguna compra. Miro mi sobre, que simplemente es blanco y transparente, y que no es de cartulina con las felicitaciones y con el nombre del negocio escritos en perfecto estilo navideño, y regreso a mi tristeza.

—¿Que compraste de tanto hermoso? —pregunta burlón.

Sigo observando mi sobre llorando y ahora deseo solo no haber comprado

nada. Hace un respiro profundo y su mano aprieta la mía. No puedo parar de llorar y Simone me pregunta:

—¿Si tu pudieras pedir un deseo en este momento, que pedirías?

Lo miro secándome los ojos y él me observa pensativo. Creo que entendí que quiere hacer y contesto:

—Te agradezco, pero no puedo aceptar.

—¡Serás mi buena acción de este año! —exclama riéndose.

Sonrío y le explico:

—Por lo menos tengo un techo sobre mi cabeza y no estoy sola.

Él asienta reflexionando y dice que tengo razón, con poca convicción. Me paro, alejando mi mano de la suya y le digo que tengo que irme. Él también se para y dice que me acompaña. Acepto, pensando que tal vez querrá hablar un poco y nos encaminamos. Cuando me pregunta por Matthew y me pregunta como están yendo las cosas entre nosotros, le respondo que Matthew llegó hoy y que, el resto, está yendo todo bien.

—Creo que detrás de esa máscara de cabrón, se esconda una persona sensible —dice pensativo.

Lo miro curiosa y le pregunto porque cree que sea un cabrón. Mire frente a él y dice:

—Decirle esas palabras a Samantha frente a todas esas personas, no fue una buena acción, aunque entiendo porqué lo hizo.

Pienso en ese día y él añade:

—¡Sobretodo porque él tampoco es que sea un santo!

—¡No amo juzgar a nadie y no me gustan las personas que lo hacen tan apresuradamente! —puntualizo molesta.

Se que se refiere a la relación que Matthew tuvo con la profesora y me molesta su tono. Me hace notar que yo estaba a su lado mientras decía esas cosas y sigue:

—No entiendo como pudiste mantener la calma y luego irte con él, como si nada fuera.

Efectivamente, no es constructivo oír tu novio decir, frente a ti, que se cogió otra chica y me quedo callada, porque no lo había pensado antes.

—Perdóname, en cambio de ayudarte, estoy empeorando las cosas —dice sonriendo.

Me detengo, lo miro y le explico:

—Se que Matthew cometió algunos errores, ¿pero quien no los ha cometido? Estoy segura que es gracias a nuestros errores que aprendemos algo

y que nos damos cuenta que estamos yendo en la dirección equivocada. Lo más importante es entender nuestros errores y cambiar.

Él sacude la cabeza y dice que será mejor si nos movemos, porque es muy tarde. Le pregunto perpleja qué hora es y me contesta que son casi las 9 de la noche. Lo miro preocupada y él se ríe. Me agarra por el brazo y afirma que es mejor caminar rápido. Cuando me doy cuenta que está yendo hacia la casa de mi madre, me detengo y le digo que ya no vivo allá. Me mira sin entender y yo exclamo que prefiero no hablar de esto. Asienta y le digo que prefiero regresar a mi casa sola. Me pregunta porqué y le contesto que no quiero que mi padre me vea regresar con otro chico que no sea Matthew. Es solo una excusa, porque no quiero que vea que mi padre y yo estamos viviendo en el apartamento de Matthew y, aunque no sabe que es suyo, prefiero no tener que vivir otra humillación. ¡Ya me vio llorar suficientemente por esta noche! Él no está seguro que sea una buena idea y le recuerdo que las calles todavía están llenas de gente que regresan a sus hogares. Se mira a su alrededor y notando que es así, acepta. Lo saludo y me alejo. Temo que me esté mirando y voy por una calle diferente a la que tenía que ir, porque no quiero que se entere de donde vivo. Termino en una calle desierta y me miro por todas partes asustada, caminando siempre más rápido. Cojo una callecita para regresar sobre la vía principal que hago siempre para regresar a la casa y me dirijo hacia allá, con el corazón a mil. Entre más me alejo del centro y menos gente veo. Cuando finalmente veo el edificio, hago un respiro profundo y alguien me agarra desde atrás, apretándome la garganta con el brazo, y me arrastra diciendo:

—¡Si quieres vivir, dame todo lo que tienes!

Comienzo a llorar y le digo que no tengo nada. Comienza a tocarme con la mano libre y encuentra el sobre con el dinero que me dio Matthew. Me pregunta que es y le digo que es solo una carta, esperando que me crea. La agarra, me suelta y me da un empujón. Termino en el piso y me quedo inmóvil, tratando de entender que tengo que hacer. No pasa nada y trato de pararme. Sigue sin suceder nada y corro hacia la casa llorando. Me duele una rodilla y siento la bolsa de las compras que me ralentiza, bailando para un lado y para el otro. No lloro por el dolor, porque a ese estoy acostumbrada. Lloro porque pienso que si hubiera dejado ese sobre en la casa, ahora ese dinero sería mío y se lo hubiera podido dar a mi padre. Llamo al timbre repetidas veces pero nadie me contesta. Saco las llaves de mi bolsillo y entro. Corro por las escaleras y, una vez en la casa, cierro el portón dando un portazo. Después de unos minutos interminables, miro mis manos que siguen teniendo el portón

cerrado y me doy cuenta de la estupidez que estoy haciendo. Me alejo y mirándome a mi alrededor, no veo mi padre. Decido de limpiarme y de no decirle nada de lo que pasó. Igualmente él no sabía nada de ese dinero y no quiero darle otras preocupaciones. Cuando me desvisto, veo que mi rodilla no tiene nada, aunque me duela y me pongo una sudadera. Me siento sobre la cama y miro el portón, abrazando una almohada. ¿Por que está tardando tanto? A lo mejor vino aquí, vio que no preparé nada y se fue a comer algo en el restaurante aquí cerca, pienso tratando de tranquilizarme. Cuando son las 10.30, comienzo a preocuparme seriamente y quisiera poder llamar a alguien. ¿Pero a quien y con que? No solo no sabría a quien llamar, sino que Matthew no tiene teléfono en este apartamento y mi padre, pensando que nos habríamos quedado solo por poco tiempo, no lo instaló. Comienzo a llorar, pensando que si le tuviera que pasar algo, me quedaría sola y tiemblo al solo pensar de tener que regresar a vivir con mi madre. Cuando veo el portón abrirse, abro los ojos y veo Matthew entrar.

—¿Dónde está mi padre? —pregunto llorando.

—¡Maldita sea, Giulia! ¿Adónde carajo estabas? —grita furioso.

Le pregunto nuevamente dónde está mi padre y cuando lo veo entrar, corro a abrazarlo, diciendo:

—¡Si te hubiera pasado algo, me habría muerto!

Me aprieta y siento su corazón latir muy fuerte.

—Casi me da un infarto —dice temblando.

Me alejo y le pregunto porqué. Lo veo secarse los ojos agradeciéndole a Dios repetidamente y lo miro curiosa.

—¡Son cuatro horas que te estamos buscando! —grita Matthew furioso.

Me volteo y le pregunto porqué. Me mira respirando nerviosamente y me pregunta:

—¿Viste que hora es?

Agacho la cabeza y le pido perdón. Mi padre le aconseja que se calme y luego me pregunta que pasó. Lo miro y le explico que no me di cuantas que se había hecho tan tarde. Él hace un respiro profundo y resopla:

—¡Mañana iremos a comprar un móvil y quiero que lo lleves siempre contigo!

Asiento y Matthew dice rabioso que tiene que irse. No me atrevo a mirarlo y mi padre le agradece por todo. No dice nada y sale. Mi padre me mira y me cuenta conmovido:

—Cuando llegué, él te estaba esperando aquí abajo y me preguntó adonde

estabas. Le dije que tal vez habías salido y me preguntó si sabía a dónde te habías ido. Le dije que no y él me dijo que iba a dar una vuelta por el centro a buscarte. A las 8.00 lo llamé para saber si te había encontrada y cuando me dijo que no, comencé a preocuparme. ¡Todo lo que pasó después, fue una pesadilla sin fin!

Le pido perdón y él me abraza susurrando conmovido:

—¡No sabes el susto!

Me aprieto a él y le pido nuevamente perdón, llorando. Nos sentimos agotados y nos vamos a dormir, sin comer nada. Lo que pasó nos hizo reflexionar y nos observamos por un buen tiempo antes de acostarnos, conscientes del hecho que somos el uno la fuerza del otro.

Cuando oigo que están tocando a la puerta, abro los ojos y veo mi padre que está durmiendo. Me acerco al portón y pregunto quien es. Matthew dice que es él y le abro. Entra y me pregunta como estoy. Le pido nuevamente perdón por lo que sucedió ayer y le digo que estoy bien. Observa mi padre y dice que será mejor dejarlo dormir. Asiento y le pido que me espere un momento. Entra y cierra el portón despacio para no hacer algún ruido, mientras yo voy a vestirme en el baño. Salgo y le escribo un aviso a mi padre, para informarlo que estoy saliendo con Matthew. Lo pongo sobre mi almohada y agarro el abrigo. Alcanzo a Matthew y salimos. Afuera, agarrar mi mano y dice:

—No pude dormir ni un segundo.

Le pregunto porqué y él se detiene. Me mira y me acaricia, diciendo:

—Quiero casarme contigo, Giulia y quiero hacerlo lo más pronto posible.

Me río y le recuerdo que hace poco que somos novios. Él asienta y me hace notar que nos conocemos desde hace un año. Siento una vocecita que me repite ‘dile que si’ y sacudo la cabeza, como para sacarla de mi cabeza o callarla.

Pienso en las palabras de Matthew y sonrío, pensando que tiene razón, porque es cierto que nos conocemos desde hace un año pero le recuerdo que acabé de cumplir dieciocho años. Él rebate que cumplió veinticuatro y sigue:

—¡No te estoy pidiendo de casarte conmigo mañana y ni siquiera el próximo mes! Te pido solo que lo hagamos el próximo año, después de tu grado.

Le digo que no y siento la vocecita que me repite que le diga que si, y él me pregunta porqué. Le explico que no estoy lista a hacer ese paso, pensando que mi vocecita también escuchará la respuesta y él me sigue preguntando la razón. Le pregunto porque deberíamos hacerlo y él me mira pensativo, respondiendo:

—Porque no quiero que te suceda nada y porque es inútil aplazar algo, que se que tarde o temprano haré.

Sigo diciéndole que no y me alejo. Él agarra mi brazo y dice:

—¡Piensa en tu padre! ¡Vive en ese apartamento solo por ti! ¡Tiene una mujer que lo ama y no puede irse a vivir con ella, solo porque estás tú!

Lo miro asombrada y le pregunto si fue él que le dijo estas cosas. Me suelta y rebate:

—Giulia, tu padre te quiere mucho y tu también sabes que le gustaría que os conocieras.

Agacho la cabeza y pienso en todas esas veces que trató de hablarme de ella. Se que me equivoqué, todas las veces que él quería afrontar el tema y yo hablaba de otra cosa; y me doy cuenta que para él hubiera podido ser más fácil, si no tuviera que pensar en mi. Podría irse a vivir con ella y ahorrar el dinero que ahora se gasta en el arriendo. Se sentirá más libre de moverse como mejor cree con mi madre y hasta podría tener otro hijo con su nueva novia. Miro Matthew y le pregunto si está seguro de querer casarse conmigo. Me acaricia y dice que está muy seguro. Asiento y me pregunta incrédulo si acepto. Le digo que si y me abraza, diciendo:

—¡Te juro que no te faltará nada y que haré todo lo posible para hacerte feliz!

No le devuelvo el abrazo, porque no estoy segura de mi decisión y ni siquiera de amarlo. ¿Como se hace para entender a dieciocho años si amas a una persona o no? ¿Como puedo saber si elegí la persona correcta para casarme? Me hago mil preguntas asustada y me doy cuenta que no tengo otra opción. El único chico que conozco aparte Matthew es Simone y ahora se que es gay. Está tan feliz y dice que no ve la hora de darle la noticia a todos. Yo hago una pequeña sonrisa y él añade que podríamos comenzar a decírselo a mi padre. Desafortunadamente no soy capaz de tener el mismo entusiasmo de Matthew y se que mi padre, mirándome, entendería inmediatamente mi estado de ánimo. Tomo delicadamente la mano de Matthew y le digo:

—Dejémoslo dormir otro rato. Vamos a caminar y luego se lo comunicaremos.

Él me susurra que tengo razón y, encaminándonos hacia el centro, añade que tenemos que ir en un sitio. Lo sigo y me pregunto que opinará mi padre. Luego pienso en los padres de Matthew y le pregunto:

—¿Estas seguro que tus padres aceptarán?

—¡Tendrán que hacerlo! ¡La mia no será una pregunta, sino una afirmación!

—resopla seguro de si mismo.

Cuando estamos en el centro, veo grupos de chicos observarnos y charlar entre ellos. Sonrío pensando que cuando todos sabrán del matrimonio, tendrán mucho de que hablar y Matthew dice que llegamos. Lo miro curiosa y lo veo sacar su billetera. La abre y dice:

—No tengo mucho.

La observo y veo adentro trescientos euros. Lo miro divertida y le hago notar que no son pocos. Él la pone en su bolsillo y me explica:

—No puedo permitirme un diamante y ni siquiera algo que valga más que estos trescientos euros.

Lo miro asombrada y él me sigue preguntando:

—¿Sigues queriéndote casar conmigo?

Me río y le digo que no quiero ningún regalo. Me acaricia y exclama:

—Un día te compraré un anillo de compromiso que se respete, pero por ahora tendrás que conformarte con un simple anillo y ni siquiera de los mejores.

Sacudo la cabeza y le explico que no hay ninguna necesidad que gaste su dinero para un anillo. Él puntualiza que no será el anillo más lindo del mundo, pero que quiere comprarme uno y yo, viendo su cara desconsolada, acepto sonriendo. Entramos en la joyería y Matthew pregunta si puede ver los anillos que valen trescientos euros. El joyero lo mira asombrado por un momento y luego dice:

—Claro, señor Mitchell —alejándose.

Saca unas cajas de una caja fuerte y luego regresa, afirmando que no tiene mucho de ese precio. Abre las cajas y dice que estos son los últimos que tiene. Matthew los observa y veo que no le gusta ninguno. Yo también miro y efectivamente son todos anillos muy simples. Pero nunca he tenido uno así que para mi todos estarían bien. Matthew sigue mirándolos, como si pudieran cambiar de un momento al otro y pregunta si hay otros. El joyero le dice que no y él baja la mirada decepcionado. Me duele verlo así y le indico uno, diciendo que me gusta mucho. No es verdad, pero como es el más simple, espero que sea el más barato también y el joyero se apresura a sacarlo de la caja. Sonrío cuando me lo pasa, lo mido. Se lo muestro a Matthew, orgullosa y él lo observa ausente. Lo acaricio y cuando me mira, le susurro:

—Es solo el primero y tendrás todo el tiempo de comprarme muchos más.

Asienta con una pequeña sonrisa y pregunta cuánto vale. Me lo quito y se lo paso al joyero. Él lo pesa y dice que vale ciento setenta euros. Matthew me

mira y me pregunta:

—¿Segura que te gusta ese?

Le digo que si sonriendo y le dice al joyero que lo compra, sin convicción. Lo dejo pagar y cuando salimos, le cojo la mano agradeciéndole. Saca el anillo y poniéndomelo al dedo, dice:

—Es solo el primero de muchos más —mirándome pensativo.

Lo abrazo y le digo que es hermoso. Él me aprieta y afirma que sabe que no es cierto. Me alejo riéndome y finalmente lo veo sonreír. Lo abrazo y, mirándolo, afirmo:

—¡Estoy orgullosa de ser tu novia!

Me aprieta divertido y rebate:

—¡Lo serás aún más cuando serás mi esposa!

Lo miro riéndome y me pregunta:

—¿Estas feliz?

Le contesto que estoy muy feliz y me besa. Mientras su lengua invade mi boca, sus manos aferran mi rostro y lo tienen apretado al suyo. Su lengua se hunde fuerte y enérgica, y yo cierro los ojos, acariciándola con la mía. Nuestro beso se vuelve siempre más audaz y cuando me doy cuenta que nuestros cuerpos se están despertando, lo alejo dulcemente.

Entiende y después de haber alejado su lengua, roza mis labios susurrándome que me ama. Se que yo también debería decírselo, pero no puedo y lo veo alejarse, mirándome sonriendo, le tomo la mano y le pregunto adonde me lleva. La aprieta y dice que quiere hacerme otro regalo. Le pregunto porqué, preocupada y él afirma que me gustará. Lo sigo y cuando lo veo detenerse frente al negocio de artículos navideños, sonrío dichosa.

—¡Sabía que te habría gustado! —afirma riendo y entra.

Lo sigo y me miro a mi alrededor feliz. Me acompaña cerca de los árboles de Navidad y exclama:

—¡Escoge el que más te guste!

Cuando oigo sus palabras, lo miro conmovida y él me abraza susurrándome que no tengo que llorar. Me aferro a él y le agradezco. Antes de ponerme a llorar, me alejo y le explico:

—No quiero hacer sentir incómodo mi padre, especialmente hoy que le diremos que nos queremos casar, porque podría sentirse culpable y creer que... —Me detengo no sabiendo bien como expresarle a Matthew mis miedos y él dice:

—¡Este es perfecto!

Le veo en las manos una decoración de madera con la forma de árbol de Navidad y sonriendo, le digo que sí. Él exclama orgulloso que tenemos nuestra segunda decoración y yo me echo a reír. Me pregunta si quiero comprar algo más y le digo que no, sabiendo que los precios de este negocio no son entre los más económicos. Afirma que nos podemos ir y lo sigo hacia la caja. Cuando veo a Sandra entrar, sonrío y Matthew dice:

—¡Pensé que ya habías terminado de asaltar los negocios!

Ella se ríe y dice que jamás podrá dejar de hacer una cosa tan divertida. Luego se voltea hacia mí y me pregunta que compré. Matthew le responde y resopla:

—¡Si fuera loca como tú, jamás le habría pedido de casarse conmigo!

Ella lo mira aterrada y le pregunta incrédula de repetirle la noticia. Él, sin perderse de ánimo, sonrío y se lo repite. Ella lo observa seria y le recuerda que todavía soy una niña. La miro preocupada, porque jamás habría imaginado esta reacción y Matthew le responde:

—¡No me acordaba de haber cumplido cincuenta años!

Ella le sonrío y, mirándome, me pregunta si estoy segura. Le digo que sí y ella afirma:

—Tienes solo dieciocho años y deberías vivir sin problemas, por lo menos hasta los veinticinco.

Matthew se aleja arrastrándome y la saluda nervioso. Sandra lo llama y entonces se detiene. Nos alcanza y nos pregunta cuando tenemos intención de casarnos.

—¡El próximo año! —resopla Matthew molesto.

—¿Pero por qué tan rápido? ¿No podéis hacerlo entro de dos o tres años? —le pregunta seria.

—¡No sirve de nada aplazar algo que se que quiero hacer! —resopla orgulloso.

Ella lo observa y, tal vez porque se dio cuenta que la conversación está tomando una mala dirección, dice:

—¡Tienes razón! Os felicito —Y lo abraza.

La observa pensativa y ella se aleja de Matthew para abrazarme a mí. Luego mira a Matthew y le pregunta si ya saben. Él responde que no y añade sarcástico:

—¡Será mi regalo de Navidad!

—¡Entonces estaré ahí y me gozaré la escena! —exclama ella entusiasmada.

Asienta y ella me observa diciendo:

—Se que seréis felices, porque os amáis y esta es la cosa más importante.

Bajo la mirada y me pregunto como puede saberlo.

—Voy a comprar algunos regalos... ¡Nos vemos mañana! —nos dice riendo.

Nos saluda y Matthew se aleja, murmurando:

—¡Si hubiese ahorrado aunque sólo la mitad del dinero que se gasta en pendejadas, a esta hora tendría un montón de dinero!

Sonríó y él dice que es mejor que regresemos al apartamento. Acepto y le pregunto:

—¿Como crees que reaccionarán tus padre, cuando les daremos la noticia?

—Giulia, yo se lo que quiero y aunque tuvieran que enfadarse, esto no me hará cambiar idea —afirma seguro.

Me jala hacia él, poniendo una mano sobre mi cintura y rebate:

—¡Nos casaremos antes con eso no tendrán otra opción!

Lo miro aprensiva y le pregunto si lo piensa de verdad. Se ríe y dice que no sería una pésima idea. Le pregunto porqué y afirma:

—¡La primera noche de bodas es *muy* interesante!

Me río y le digo que está loco.

—Creo que jamas he tenido tantas vacaciones desde que comencé a ‘trabajar’ —exclama burlón.

Sonríó y le hago notar que tiene otras mil opciones, si quiere ‘trabajar’.

—El problema es que yo quiero la única que no tiene ninguna intención de dejarme ‘trabajar’ —replica riendo.

Lo miro divertida y él, después de haberme besado en la mejilla, me susurra:

—Esperaré...

Sacudo la cabeza y me pregunta serio:

—¿Cuánto crees que tendré que esperar?

Me río y le contesto que no se. Me pregunta si hice algún juramento que me impone de esperar hasta la boda y, cuando veo su cara, me echo a reír diciéndole que si, para molestarlo.

—Ya ves porque es mejor no aplazar el matrimonio —puntualiza serio.

Nos reímos juntos, y yo abro el portón del conjunto. Subiendo las escaleras, nos miramos divertidos y antes de abrir el portón, hago un respiro profundo. Abro y veo sobre el sofá, con mi padre, una señora que le tiene la mano. Me quedo inmobilizada y siento Matthew empujarme hacia adentro,

diciendo buenos días. Él cierra el portón y yo veo mi padre pararse, diciendo:

—Giulia, pasó para preguntarme como estabas y...

Asiento y veo la señora pararse exclamando que se hizo tarde. Ella intenta alcanzar el portón y mi padre la detiene, afirmando:

—¡Demasiado tarde! —Mirándola y luego volteándose hacia mi, sigue:

—Giulia, ella es la mujer de la que te hablé y se llama Valeria.

Bajo la mirada aterrada y Matthew dice:

—Mucho gusto, Valeria, yo soy Matthew, el novio de Giulia. ¿Porque no nos sentamos?

Lo miro nerviosa y él se quita el abrigo, susurrándome:

—Mañana es Navidad y tenemos que estar todos felices y tranquilos.

Lo miro curiosa y él añade:

—Giulia, tu padre merece ser feliz.

Asiento y voy a sentarme sobre la cama con la cabeza agachada. Matthew se sienta a mi lado y me aprieta la mano. Mi padre me llama y sigo mirando hacia el suelo, porque no quiero cruzar mi mirada con la de ella. Él trata de decir algo y ella se lo impide, diciendo que la mejor cosa es que se presente sola.

—Giulia, yo divorcié hace cuatro años y desde entonces no tuve ninguna otra historia. Sobretudo porque tengo un hijo que decidió vivir con su padre y que me dio el golpe final, con esta decisión.

No entiendo porque me está contando esta cosa, que me hace sentir una pésima hija con mi madre y la observo, mientras ella me cuenta:

—Tengo cuarenta años, un hijo de veinte, una casa hermosa y un buen trabajo. ¡Pero cuando regreso a mi casa, estoy sola! Encontré a tu padre de casualidad, porque trabajo como secretaria para el abogado que llamó y jamás habría imaginado de enamorarme de él. Pero sucedió y hubiera preferido vivir en la oscuridad por esto. No quería que nos conociéramos de esta forma: yo que vengo a visitar a tu padre a escondidas y tú que regresas con tu novio...

Veo mi padre mirarme esperanzado y la observo, preguntándole porque su hijo decidió vivir con el padre, temiendo que mi padre pase de un fuego para el otro.

—Porque su padre se fue a vivir en Londres y a él siempre le ha gustado esa ciudad —contesta ella pensativa.

Le pregunto si se ven y ella me explica que se hablan todos los días, pero que se ven solo un par de veces al año. Asiento y le explico:

—No quiero que hable de mi madre y...

Ella no me da el tiempo de terminar de hablar y me jura que no lo hará. Le agradezco y añado:

—Se que mi padre está feliz con usted así que... no creo que tengo otra opción.

Ella me agradece y dice que puedo tutearla. Le digo que por el momento profiero el ‘Usted’ y ella afirma que está bien. Mi padre me agradece y yo le susurro que no tiene que hacerlo. Matthew se para y exclama:

—¿Luigi, porque no vamos a comprar cuatro pizzas? Tengo que hablarte de una cosa.

Sonrío, porque se que está avergonzado y él me mira mal. Me río y mi padre pregunta que estamos tramando. Matthew le dice que prefiere hablar con él a cuatro ojos y yo me sigo riendo. Mi padre le pregunta si yo se de que trata y él le dice que si.

—¿Entonces porque quieres hablar conmigo a cuánto ojos? —pregunta perplejo.

—Porque si le rompes la cara, por lo menos yo no lo veré —afirmo riéndome.

Mi padre se voltea furioso hacia Matthew y él se afana en decir que no hicimos nada. Cuando Valeria también se ríe, la miro divertida y mi padre grita:

—¡Matthew, di lo que tengas que decir o de verdad te rompo la cara!

Veo Matthew en problemas y me paro. Lo alcanzo y, apretando su mano, digo:

—Me pidió matrimonio y yo acepté.

Mi padre me mira incrédulo y luego mira furioso a Matthew, preguntando:

—¿Por qué? ¿Que pendejada hiciste?

—¡Papá, todavía soy virgen! —puntualizo cansada.

Pero él sigue mirando Matthew de malo modo y yo le sigo repitiendo que aún soy virgen.

—Nunca nos pasamos más allá de los besos —afirma Matthew serio.

Mi padre le pregunta si es verdad y él dice que si. Luego me mira y pregunta:

—¿Entonces porque todo este afán? ¡Tienes solo dieciocho años y puedes conocer millones de chicos todavía! ¿Que necesidad hay de casarse con el primer chico que se te cruzó y además después de tan poco tiempo?

Efectivamente tiene razón, pero no se porque, comienzo a sonreír como una perfecta imbécil y no puedo dejar de hacerlo. Valeria lo alcanza y afirma:

—Porque está enamorada.

Me pongo seria y la miro perpleja. Ella me observa y sigue:

—No creo que todavía hayan decidido una fecha y tiene todo el tiempo para conocerse bien. Si a dieciocho años sigue siendo virgen, no creo que sea tan estúpida como para dejarse engañar por un chico cualquiera así que puedes tranquilizarte y relajarte.

Mi padre la observa pensativo y luego me mira dulcemente, diciendo:

—Ok, entro de cinco años os podréis casar —Y Mirando hacia Matthew, añade:

—¡Si todavía estarás vivo!

—¡Papá, ya no más! —digo riéndome.

Se ríe y me pregunta si quiero la misma pizza de siempre. Le digo que si y él se acerca al portón, diciendo:

—¡Vamos, Matthew!

—Señor, yo preferiría quedarme aquí —puntualiza sonriendo.

—¡Matthew, camina y cállate! —dice mi padre mientras sale del apartamento.

Él se echa a reír y lo alcanza. Cuando me volteo, me doy cuenta que me quedé sola con Valeria y me aumenta la ansiedad. Me pregunta si tenemos un mantel y voy a sacarlo. Mientras tanto, ella limpia la mesa y cuando se voltea, se la paso. La coge y me pide el resto. Ponemos la mesa y cuando terminamos, me siento sobre la cama con la cabeza agachada.

—Tu padre se afeccionó mucho a Matthew —dice y la miro, mientras ella sigue:

—Pues, podría tranquilamente ser su hijo.

Es cierto, entre ellos hay veinte años de diferencia, y le pregunto que le contó mi padre sobre Matthew.

—Dijo que se esperaba un niño arrogante y consentido, en cambio es diferente. Me lo describió como una persona muy educada y respetuosa, y que parece haber sufrido mucho —responde pensativa.

Le digo que es cierto y ella afirma:

—Todos piensan que las familias ricas sean las más felices. Yo, al contrario, pienso que el dinero es un cancer que casi nunca se cuida a tiempo.

Me gustan sus palabras y le pregunto porque piensa eso.

—Giulia, para tener tanto dinero tienes que trabajar mucho y inevitablemente no tendrás tiempo para tu familia. Te sientes culpable y le das a tus hijos más de lo necesario. Ellos crecen sin entender ni la vida ni el valor

del dinero y así se pierden fácilmente —dice segura de sí misma.

—No todos los padres ricos les dan a sus hijos más de lo necesario —puntualizo tristemente.

—Son muy pocos los que no lo hacen y, para mis, es la mejor cosa —rebate orgullosa.

Le pregunto molesta de su hijo y ella baja la mirada, contándome:

—Cuando nació, los abuelos lo consintieron demasiado desde el primer día y yo recién había comenzado a trabajar. Me di cuenta que había algún problema un año antes de la separación y, de acuerdo con su padre, decidimos que la única forma de salvarlo era alejarlo de esta ciudad. Yo no podía irme así que lo hizo él. Ahora, mi hijo trabaja y tiene novia.

—¿Así que no divorciasteis porque ya no os amabais? —pregunto preocupada.

—Yo me casé solo después que supe que estaba embarazada. De lo contrario no creo que lo habría hecho —responde sonriendo.

Le pregunto porqué y mi padre dice que ya llegaron. Me volteo y Valeria me susurra que no lo amaba. Le doy las gracias y veo Matthew entrar con las pizzas. Le sonrío y él las coloca sobre la mesa, diciendo que afuera hace demasiado frío. Se quita el abrigo y mi padre le pregunta serio:

—¿Por que te estás quitando el abrigo?

Lo miro preocupada y veo Matthew observarlo asombrado.

—¡Ya no más, Luigi! ¡Déjalo en paz! —grita Valeria divertida.

Él se ríe y le recuerda:

—Tenía frío y pensé que quería quedárselo.

Miro Matthew sonriendo y noto que está nervioso. Me paro y lo abrazo. Se queda inmóvil y me repite que tiene que irse. Le pregunto porqué y él afirma que está cansado. Me doy cuenta que mi padre exageró y yo aún más, ya que le seguí la corriente. Acaricio Matthew y le pido perdón. Él me observa pensativo y mi padre admite:

—Yo también exageré y te pido disculpas.

Matthew lo mira y le explica:

—No es tu culpa. Anoche no dormí nada y ahora siento el cansancio.

Se que está molesto, pero no quiero dárselo a ver a mi padre y le pregunto a Matthew si está seguro de querer irse. Me mira y dice que si. Lo acompaño hasta el portón y lo sigo afuera. Lo abrazo y le pido nuevamente disculpas. Él me aprieta y me susurra que no pasó nada, sin convicción. Le beso el cuello y me quedo entre sus brazos hasta que no se tranquiliza. Cuando noto que su

cuerpo se está despertando, lo miro sonriendo y él me besa apasionadamente, teniendo mi cara cerca de la suya. Nuestras lenguas se seducen y nuestros respiros se vuelven más cortos. Cuando me tira contra la pared y se pone encima de mi, siento el fuego entre las piernas. Mientras me alarga las piernas con las suyas y comienza a hacer unos ligeros movimientos con su erección, siento que las rodillas me fallan por la excitación. Nunca he sentido tantas ganas de alguien y no se como comportarme. Siento su lengua entrar en mi boca con decisión y respiro con dificultad por la nariz. Cuando alguien tose, por el miedo que sea mi padre, me volteo hacia la puerta asustada y no veo nadie. Siento el respiro cálido de Matthew sobre mi oreja y alguien baja por las escaleras. Le digo que tengo que irme y él, con su respiro corto, me susurra:

—Dios, cuánto te deseo.

Le beso la mejilla y le repito preocupada que me tengo que ir. Lo siento pasar saliva y luego alejarse, confesando:

—Giulia, no podré esperar hasta el matrimonio.

—¿Estas acelerando las cosas solo por esto? —pregunto perpleja.

Se ríe y exclama:

—No solo... ¡Pero también por eso!

Agacho la cabeza decepcionada y él sigue:

—Anoche no pude parar de pensar que, si te hubiese sucedido algo, yo me habría vuelto loco.

Lo miro y él afirma:

—¡No puedo hacer nada hasta tu diploma, pero después no quiero alejarme de ti ni un segundo!

Pienso en sus palabra y mi padre le pide a Matthew que entre. Me volteo y no lo veo. Matthew agarra mi mano y nos entramos. Mi padre está parado y Valeria a su lado, le aprieta la mano.

—Valeria me hizo entender que... —Se detiene pensativo y luego ordena:

—Dale siéntate, que las pizzas se congelan.

Miro esperanzada a Matthew y él me suelta la mano, para quitarse el abrigo. Sonríe a mi padre y le agradezco a Valeria, que se sienta sobre el sofá diciendo que tiene hambre. Mi padre se sienta a mi lado y Matthew y yo nos sentamos en el piso frente a ellos. Comemos las pizzas charlando y cuando mi padre me ve el anillo, me pregunta si me lo regaló Matthew. Se lo muestro orgullosa y le respondo que si. Él lo observa y Valeria dice que es muy bello. La miro sonriendo y Matthew afirma:

—¡No es muy bello, pero es el primero de muchos!

Lo miro divertida y él me abraza, después de haber puesto su brazo sobre mis hombros. Me recuesto con la espalda contra su pecho y cuando su brazo me aprieta el cuello, pienso en lo que pasó anoche y me siento ahogar. Alejo el brazo de Matthew y él lo pone sobre mi estómago. Mientras me besa la cabeza, cierro los ojos tratando de alejar ese recuerdo y pongo una mano sobre su rodilla.

—¿Giulia, porque no te acuestas en la cama? —pregunta mi padre y lo miro sin entender.

Veo Valeria sonreír y mi padre añade:

—Acuéstate en la cama, dormirás más cómoda.

Valeria se ríe y yo me alejo de Matthew preguntado que pasó. Matthew se para y dice:

—Yo también estoy cansado y la mejor cosa es que me vaya a dormir.

Cuando bostezo, me doy cuenta que tienen razón y me paro a acompañar a Matthew a la puerta. Mi padre nos alcanza y me aconseja:

—Pensaré yo a Matthew. Ve a ponerte la pijama.

Matthew se pone el abrigo y nos desea una buena noche. Lo veo salir y saco mi pijama. Valeria dice que se quedará solo para arreglar la cocina y le digo bostezando que puede quedarse todo el tiempo que quiere. Entro al baño y me alisto para dormir. Salgo, me acuesto en la cama, me acomodo bajo las cobijas y les deseo una buena noche. Cierro los ojos y oigo Valeria susurrar:

—No te olvides que tiene dieciocho años y que ya habla de matrimonio.

Mi padre no contesta y ella sigue:

—Déjala vivir o tomará malas decisiones solo porque se siente enjaulada.

Capítulo 9

Abro los ojos estirándome y mi padre me dice buenos días. Lo miro somnolienta y cuando le veo un regalo en las manos, sonrío feliz. Me siento y él hace lo mismo sobre la cama, pasándome el paquete. Lo cojo agradeciéndole y lo abro. Cuando veo un móvil, pienso en mi madre y le pregunto si ya habló con ella.

—Todos sus familiares la invitaron, pero ella decidió quedarse aquí —dice pensativo.

—¿Papá, crees que sería posible almorzar juntos? —pregunto esperanzada. Lo veo agachar la cabeza pensativo y añado:

—Esta noche, yo estaré en la casa de Matthew y tú seguramente estarás con Valeria. No me parece justo que mi mamá esté sola el día de hoy.

Dice que acepta y se para, añadiendo:

—¡Pero deja el móvil aquí! Porque no tengo ninguna intención de comprarte otro.

S sonrío y digo que lo haré. Él llama a mi madre para preguntarle si para ella está bien y cuando cierra la llamada, me informa que aceptó. Le agradezco y voy a alistarme. Me ducho y me visto. Mi padre me pregunta que impresión me dio Valeria y le digo que es simpática. Le pregunto que opina de mi matrimonio y él me aconseja:

—Giulia, yo no se porque estáis acelerando todo, pero el matrimonio no es un juego y creo que deberías tomarte un poco de tiempo para pensar en esto.

Pienso en sus palabras y le hago notar:

—Un matrimonio puede ir bien o puede ir mal, por más que conozcas la otra persona.

—No es esto lo que quería decir... Giulia, es cierto lo que dices, pero un matrimonio implica muchas responsabilidades y tú tienes solo dieciocho años. Tú madre, pensando de hacer la cosa justa, te alejo de todo y de todos y, para mi, deberías esperar otro año más para entender como va el mundo —dice pensativo.

Se que no ve la hora de vivir con Valeria y que si yo decidiera de esperar un par de años más, frenaría su vida también. No me imagino a vivir junto a él y a Valeria y, vista nuestra situación económica, no creo que podríamos mudarnos a otro apartamento. Si encontrara un trabajo, estoy segura que no aceptaría mi ayuda y de volver a vivir con mi madre, ni loca que estuviera. Lo miro y afirmo:

—Los hijos no deberían ser un freno para los padres y al igual ellos no deberían serlo para la vida de sus hijos.

Reflexiona y luego me pregunta nervioso:

—¿Tu estás pensando de casarte, solo porque crees que eres un freno para mi vida?

Desafortunadamente se que lo soy y él jamás lo admitirá.

—¡No, pero tú no tienes que serlo para la mia! —puntualizo seria.

—Giulia, el deber de un padre es hacer que sus hijos piensen en lo que hacen, cuando teme que se estén equivocando. Mi tarea es muy diferente de la tuya, porque soy mayor que tú, tengo más experiencia y yo te di la vida, cuando creí de estar listo. Soy yo quien debe protegerte y ayudarte si lo necesitas —explica con énfasis.

Me da a entender que el anuncio de mi matrimonio lo desestabiliza y que no tomó muy bien esta noticia. No quiero que se enfade, afirmando que ya tomé mi decisión y tampoco quiero que se sienta culpable de esto, admitiendo que estoy acelerando los tiempos, para dejarlo libre de vivir su vida con Valeria. Estamos por almorzar con mi madre y quiero que se relaje, antes de encontrarla. Le sonrío y le digo que entendí, sin decir nada más. Afirma que lo espera y le recuerdo que tenemos que ir a la casa de mi madre. Él se para y mirando el reloj, dice que será mejor que comencemos a salir. En el coche, lo veo pensar y me pregunto si sigue pensando en nuestra charla o si está preocupado por el almuerzo con mi madre. Cuando llegamos, mientras me bajo del coche, mi madre abre el portón. No parece feliz y espero que la noticia de mi matrimonio, cambie las cosas. Le deseo feliz Navidad y entro. Volver a ver mi casa, me hace emocionar y me miro a mi alrededor conmovida. Podía salir todo bien y tal vez sea cierto que fue mi culpa. Mi madre dice que ya está listo el almuerzo y nos sentamos a comer. Ella sale y después de un rato vuelve con un regalo. Lo cojo agradeciéndola y lo abro. Es un completo rojo con bufanda y gorro, y sonrío feliz. Me pregunta si me gusta y le digo que me encanta. Ella asienta satisfecha y se acomoda. Mientras almorzamos, me pregunta por Matthew y le hablo del matrimonio, sin muchos

preámbulos. Le muestro orgullosa mi anillo y me doy cuenta que se esperaba algo diferente, por cómo lo mira. Retiro la mano y sigo comiendo.

—Le apuesto que si hubiera sido otra chica, el anillo hubiera sido diferente —resopla molesta.

Le pregunto porqué y ella me pregunta sarcástica:

—¿A caso te imaginas una chica rica con ese anillo?

—Yo no lo elegí por su dinero —puntualizo orgullosa, sabiendo que al contrario ella lo hizo.

—¡Todo esto por ese chico y ahora descubrimos que ni valía la pena! —murmura cínica.

Se que mi padre no puede responderle, para no arruinar el equilibrio entre ellos, ya lo suficientemente precario y le explico:

—No creo que sea el dinero que hace la felicidad, pero si el amor.

—Pero si no tienes el amor, con el dinero sufres mucho menos —rebate molesta.

No se de que está hablando y sigo comiendo sin comentar.

—¡No puedo darte más de lo que ya te doy y tú lo sabes! —dice mi padre nervioso.

Lo miro curiosa y él sigue:

—¡Gano mil trescientos euros! Tengo que pagar el arriendo, el coche, los recibos y... —se detiene cuando nota que lo estoy mirando y me ordena:

—Come, Giulia.

Nadie vuelve a decir nada y, cuando terminamos, mi padre afirma que tenemos que irnos. Saludo mi madre y alcanzo mi padre. En el coche lo veo nervioso y me quedo callada. Cuando llegamos a la casa, dice que necesita ir a caminar un rato para calmarse y yo entiendo que está yendo a la casa de Valeria. Agarro mi móvil, esperando de encontrar el número de Matthew, pero no está. Necesito que él esté aquí y miro la puerta esperanzada. Los discursos hechos con mi madre, me hicieron entender toda la situación entre mi padre y mi madre y me siento culpable de todo esto. Comienzo a llorar y ruego que estos meses pasen rápido. Cuando terminaré de estudiar, si Matthew todavía querrá casarse conmigo, estaré feliz de hacerlo y así desaparecerán todos los problemas de mi padre. Podríamos ahorrar más sobre la comida, comiendo menos o evitando que regrese a almorzar a la casa ya que en la fábrica tienen el servicio de comedor. Apago las luces y pienso que con esto el recibo de la luz será más bajo. El móvil también me parece un gasto más así que decido encontrar una excusa para no utilizarlo. Me acerco a la ventana, porque la

oscuridad me asusta y miro hacia afuera, llorando. No se ve nadie y pienso que todos estén celebrando la Navidad con familiares y amigos. En la penumbra busco el corazón que me regaló Matthew y me tiro sobre la cama, apretándolo. Cuando entra mi padre, me pregunta porqué las luces están apagadas y cuando me ve llorar, se acerca preocupado preguntándome que pasa. No puedo decir nada y me acuesto sobre la cama llorando. Él se sienta sobre el sofá con los ojos aguados y admite:

—No se como salir de esta puta situación.

Se de que está hablando y me levanto secándome los ojos. Me siento a su lado y, abrazándolo, le digo que todo se arreglará. Me aprieta y no dice ni una palabra. Me doy cuenta de lo culpable que se siente y que la situación se está empeorando, cada día más. Nos quedamos abrazados por no se cuanto tiempo y luego se aleja, diciendo:

—Salgamos un rato. Hoy es Navidad y quiero ir a caminar un rato con mi princesa.

Le sonrío y acepto. Me aferro a su brazo y nos encaminamos hacia el centro. No hay muchas personas por ahí y él comienza a contarme las travesuras que hacia cuando estaba pequeña. Sonrío y escucho su voz cálida contar cosas que no recuerdo. Cuando comienza a anochecer, me pregunta a qué hora tengo la cita con Matthew y le confieso que no lo se. Me pregunta de su familia y le digo que son todas buenas personas, mintiendo.

—No se porque, pero Matthew me da la impresión que haya sufrido mucho —dice con poca voz.

Le pregunto porqué y me explica:

—Ayer también, después de mi burla, de hombre se transformó en niño.

Lo miro curiosa y él me sonrío, exclamando:

—Valeria me llenó de regaños —Y poniéndose serio, sigue:

—Ella piensa que, en mi, él pueda ver una figura paterna que tal vez no tiene.

Creo que Valeria tenga razón y que Matthew tema de decepcionar a mi padre o a lo mejor necesita solo de su sincero cariño. Me pregunta como me parece el señor Mitchell y me limito a decir:

—Es una persona estricta que sabe como hacerse respetar. Le gusta controlar las personas y no acepta que lo contradigan.

—¡No parece una persona muy amable! —afirma preocupado.

Le digo que no se y él rebate:

—Si te compró ese anillo es porque no tenía el dinero suficiente para

comprarte uno mejor y, como a su padre no le faltan, me pregunto si es Matthew que es demasiado orgulloso o es su padre que es avaro.

—Yo creo que su padre quiera solo que Matthew entienda el valor del dinero y que aprenda a manejarlo —digo pensativa.

Ahora hasta me parece que el señor Mitchell esté haciendo un buen trabajo y que, todas esas reglas, sirvan para acostumbrarlos al respeto hacia la persona que creó todo lo que poseen. Después de todo, sus hijos estaban libres de decidir si seguir otra vía y no la más cómoda. Y el no querer hablar de los problemas familiares cuando se come, ahora me parece una regla dictada por la voluntad de no querer involucrarse en la vida privada de sus hijos. Mi padre me pregunta en que estoy pensando y, mintiendo, le digo que me estaba preguntando dónde estará Matthew. Sonríe y dice que será mejor regresar a la casa. Cuando llegamos, no veo a Matthew y puedo intuir la razón. Si mi padre tiene dudas sobre este matrimonio, ni me imagino que pensara el señor Mitchell, que seguramente habría preferido una chica con una familia unida y hasta más rica también. Mi padre me explica que Valeria lo está esperando y me pregunta:

—¿Quieres que espere aquí contigo, hasta que llegue Matthew?

Respondo que no y me pregunta si estoy segura.

—¡Ve, papá! Matthew llegará a momentos —digo con calma.

Asienta, toma mi móvil y memoriza su número y el de Valeria. No le pido el de Matthew, porque se que no lo utilizaré y lo veo ponerse el abrigo, diciendo:

—¡Giulia, si no llega entro de media hora, llámame y regreso inmediatamente!

Le digo que lo haré y él sale, afirmando que nos vemos más tarde. Espero que se aleje y apago las luces. Me acuesto en la cama, debajo de las cobijas y con su corazón en las manos, me pregunto que sucedería si Matthew ya no quisiera casarse conmigo. No podemos seguir así y creo que me conviene aceptar de vivir con Valeria en su casa. Además me parece muy simpática y con el pasar del tiempo, me acostumbraré a su presencia. Cuando me graduaré, podré buscar un trabajo y de pronto hasta irme a vivir sola. Observo la habitación en penumbra y pienso que está es la peor Navidad de toda mi vida. Extraño los buenos momentos de mi madre, cuando preparaba sus postres o bromeaba con Sílvia. Me parece verla acostada sobre el sofá, con un libro en las manos, concentrada a leer y ahora, extraño hasta sus gritos, que serían mejores que este silencio ensordecedor.

Cuando veo que ya son las 8.00 y ya pasó más de una hora desde que mi padre salió, pienso que Matthew no vendrá y comienzo a llorar. Por alguna razón, si mi padre es la única seguridad que tengo en mi presente, él lo era en mi futuro y ahora siento que me falta la tierra bajo los pies. De pronto, ahora estará celebrando con una chica más disponible que yo y me pregunto que sentido tenga seguir siendo virgen, si también significa estar sola. Cierro los ojos agotados y con la cabeza llena de pensamientos negativos. Alguien susurra y yo abro los ojos preocupada. Veo la habitación en penumbra y oigo mi padre decir:

—¡No más, Matthew! Sos solo uno niñitos y no tenéis ni la menor idea de lo que decís.

—Tu también sabes que no podéis seguir así y que yo podría darle una vida mejor de la que cualquier otra persona podría ofrecerle —resopla Matthew nervioso.

—Tengo solo que darle el tiempo que tome confianza con Valeria y luego las cosas se arreglarán —replica mi padre seguro.

—¿Luigi, por cuánto tiempo piensas que puedes seguir así? —pregunta Matthew molesto.

—¡Matthew, quédate en lo tuyo y no pases el límite! —rebate mi padre amenazándolo.

—Sabes que si tuviera la oportunidad de ayudaros, lo haría —murmura Matthew pensativo.

Mi padre le dice que lo sabe y Matthew le explica:

—Si no aceptas que me case con ella después del diploma, tendré que dejar la universidad y regresar aquí para trabajar con mi padre. No tendré otra oportunidad de irme.

—Es un problema tuyo, Matthew y no tiene nada que ver con mi hija —puntualiza mi padre inquieto.

Matthew no dice nada por un momento y luego le pregunta desmoralizado cuánto tendrá que esperar.

—Tened que conoceros mejor y si Giulia, entro de un par de años, me dirá que sigue queriéndose casar contigo, os daré mi bendición —le explica serio mi padre.

Matthew acepta y mi padre le recuerda que soy su hija. Matthew se para y dice que tiene que irse. Siento toda su amargura y una vocecita me susurra que tengo que casarme con él. No tengo el tiempo de pensar en esta estúpida vocecita, porque Matthew está ya en el portón y yo me siento, llamándolo. Él

se voltea, me sonríe y dice:

—La cena est  cancelada, nos vemos mañana. Feliz Navidad.

Corro hacia él y le pregunto porqué.  l me acaricia y me explica que ya est  tarde. Agarro su brazo y miro que ora es en su reloj. Son las 9.40 y le pregunto si piensa que ya termin  la cena en su casa.

—La cena no ha terminado, pero... Giulia, le dije a mi padre que quer  casarme contigo el próximo año y ahora tengo que decirle que no será así, y preferirá hacerlo solo —me explica triste.

Agacho la cabeza pensando y él me repite que tiene que irse. Lo miro paralizada y sin decir ni una sola palabra. Pienso a cuánto le costará tener que dar esta noticia a su padre y me pregunto como reaccionar . Cuando cierra el portón, me volteo hacia mi padre y digo decepcionada:

—Acept  a tu Valeria y creía que tu lo hubieras hecho con Matthew.

— Yo acept  a Matthew, pero no el hecho que os cas is el próximo año! —puntualiza orgulloso.

Siento las lagrimas bajar y le pregunto:

— Cuando crees que podrá tomar mis decisiones sola?  Porque por lo visto el hecho que yo haya cumplido dieciocho años, no cambi  absolutamente nada!

 l baja la mirada y yo añado llorando:

— No salí de mi casa por años, no tengo ni una amiga, recibí palizas por cosas que para las demás son normales y lo mejor es que yo, a dieciocho años, soy virgen!  Cuando entender is que tengo una cabeza que funciona y me dejar is tomar mis decisiones?  Cuando, papá?  A veinte o a veinticinco años?  La mamá me da la culpa de vuestro divorcio y hasta me olvid  de cuantas veces no te cont  que me había pegado, pocas horas antes de que tu llegaras!  Cuantos años tenia cuando comenzó y tu no estabas?  Pero, entonces, estaba lo suficientemente grande como para no contarte nada!  Soy lo suficientemente grande como para aceptar que otra mujer quiera coger el puesto de mi madre, con mi padre!  Y lo soy también como para entender que mi padre no puede comprarme un vestido para Navidad!  Soy grande lo suficiente como para entender que mi padre es un hombre de cuarenta y cuatro años, que necesita una mujer y necesita verla, y lo acepto, aunque me tenga que quedar sola en la casa el día de Navidad!

Abro el portón y voy hacia las escaleras. Mi padre me agarra por detrás y me pregunta adonde estoy yendo. Le grito que me suelte y él me lleva nuevamente al apartamento, afirmando que no lo har . Le grito que quiero irme

con Matthew y él cierra el portón con un pie. Me dejo caer al suelo y lloro desesperada, cansada de todo lo que está sucediendo a mi alrededor. Se agacha conmigo, sin soltarme y me aprieta, diciendo conmovido:

—Lo siento, Giulia. Yo...

Pero yo pienso solo en Matthew y le repito que quiero irme con él. Hace un respiro profundo y me susurra:

—¡Ok! Ahora cálmate y luego te acompañaré a su casa.

Me alejo del él, me levanto y le digo que estoy lista. Se pone de pie y dice:

—Te quiero infinitamente y incondicionalmente, y lo siento si me equivoqué.

Le digo que entendí y le pregunto si podemos ir a la casa de Matthew. Él me observa sin contestar y yo voy hacia el portón. Lo abro y le digo que lo espero abajo, saliendo. Bajo las escaleras, esperando que me alcance rápidamente y cuando estoy afuera, me dice que tengo que ponerme el abrigo. Lo hago y le pregunto adonde aparcó, siempre más nerviosa. En el coche, afirma que quiere conocer al padre de Matthew y le digo que está bien, revisando las calles para ver cuánto falta. Estoy segura que el señor Mitchell no aprueba este matrimonio y deseo que tome bien la noticia que ya no nos casaremos el próximo año. Siento siempre la misma vocecita que dice que tengo que apresurarme y, sin pensar, le pido a mi padre que acelere. Él lo hace y después de poco, llegamos. Me bajo apenas parquea y llamo al timbre repetidas veces. Cuando oigo la voz de Consuelo preguntar quién es, le pido que me abra y ella lo hace. Corro por la entrada y la veo abrir el portón. Me acerco y le pregunto adonde está Matthew. Ella me mira preocupada y oigo mi padre presentarse. Cuando ella lo mira, le pregunto nerviosa nuevamente adonde está Matthew y ella nos deja entrar, diciendo que están todos en la sala. No se adonde es y la sigo impaciente. Ella abre una puerta, entra y dice que el señor Manara y su hija están aquí. Entro apenas siento la voz de la señora Ginevra decir que nos haga acomodar y me miro a mi alrededor, en busca de Matthew. Veo un gigantesco árbol de Navidad y una chimenea prendida. Veo los niños abrir sus regalos y la señora Ginebra acercarse. Veo sus hermanos y sus cuñadas mirarme perplejos, pero no veo ni Matthew ni su padre. La señora Ginevra le presenta todos a mi padre y yo le pregunto adonde está Matthew.

—Giulia, siéntate. Matthew y su padre están hablando y entro de poco regresarán —me explica con calma.

La veo mirar hacia mi padre preocupada y entiendo. Me volteo hacia él y le

digo:

—Papá, siéntate. Yo tengo que ir al baño un momento.

Asienta y la señora Ginevra le dice que se acomode. Salgo y cuando veo Consuelo, le pregunto adonde está. Ella mira hacia el segundo piso y yo voy por las escaleras. Una vez arriba, me dirijo hacia mi derecha, donde Consuelo me había indicado con la mirada y oigo el padre de Matthew gritar:

—¡Cabrón! Esperaba que fueras diferente a esos imbéciles de tus hermanos en cambio eres el más estúpido de todos!

Me acerco y hago un respiro profundo, tocando a la puerta. Pero en ese mismo momento oigo el estruendo de algo que se rompe y entro. La escena que me encuentro frente a mi, me inmoviliza y me miro a mi alrededor incrédula. El señor Mitchell avanza furioso hacia Matthew con un objeto en las manos, que parece ser un bastón y lo empuña intimidándolo como si quisiera golpear a su hijo. En el piso hay vidrios rotos y tientos por todas partes. Matthew está con la cabeza agachada y con los brazos sueltos a los lados de su cuerpo. El señor Mitchell baja el brazo y Matthew se voltea. Bajo la mirada y me pregunto si es esta la familia que quiero. Me alejé de mi madre, porque me pegaba para comunicarme cosas que no sabía decirme con las palabras y ahora termino frente a un hombre que lo hace porque quiere tener el control sobre todo y sobre todos.

—¿Giulia, que haces aquí? —me pregunta Matthew.

Pero estoy tan confundida, que ni me acuerdo que era lo que quería decirle y porque estoy aquí. Lo miro y, quitándome su anillo, le digo:

—No puedo. No... — Me detengo buscando las palabras y doy un paso hacia atrás, añadiendo:

—Lo siento, pero yo no soy la persona perfecta para ti.

Él agacha la cabeza derrotado y yo me alejo. Bajo las escaleras confundida y cuando veo Consuelo, le doy el anillo y le pido:

—Dáselo a Matthew y dile que lo siento.

Ella lo coge y cuando se da cuenta de lo que es, agarra mi mano diciendo conmovida:

—No lo hagas, Giulia, le partirás el corazón. ¡Hizo de todo por ti!

La miro y le explico:

—Vi esa misma escena demasiadas veces y creía que esto me habría ayudado a...

—Señor Mitchell —dice timoratamente y la veo alejarse.

Me volteo y cuando veo el padre de Matthew, lo ignoro y voy hacia la sala.

Me acerco a mi padre y le digo que tenemos que irnos.

—Señor Manara, deseaba tanto conocerlo —dice el señor Mitchell.

Mi padre levanta la mirada y dice:

—Yo también, señor Mitchell, no veía la hora de encontrarlo.

Me alejo y mi padre le aprieta la mano al señor Mitchell. Él le pregunta si pueden hablar a solas y yo le repito que tenemos que irnos. Mi padre me mira perplejo y me pregunta alarmado que pasó.

—¿Señor Manara, porque no hablamos entre adultos sobre el futuro de estos chicos? —propone el señor Mitchell.

Mi padre lo observa y puntualiza que antes que todo quiere oír lo que yo tengo que decirle. Me aleja de todos y me pregunta que pasó. Lo miro y cuando estoy por confesarle que ya no quiero casarme, llega la señora Ginevra. Toma mi mano y dice:

—Dejemos que los hombres se pongan de acuerdo entre ellos y tú hablas conmigo.

Alejo mi mano de la suya y le digo que no quiero hablar con ella. Me volteo hacia mi padre y noto que los hermanos de Matthew se acercaron a él.

—Vamos señor Manara, dejemos las mujeres a sus charlas —le propone Thomas.

Mi padre me mira y me pregunta que está sucediendo, siempre más confundido. Matthew entra y se acerca a él, diciendo:

—Luigi, llévate a tu hija para la casa.

Siento la vocecita decirme que no lo haga y miro a Matthew preocupada. La vocecita me repite que no lo deje solo y yo agacho la cabeza, preguntándome si a caso heredé alguna enfermedad mental de la familia de mi madre. Mi padre me pregunta si quiero irme para la casa y miro a Matthew indecisa. La vocecita me repite nuevamente que no lo deje solo y contesto:

—No, papá. Quiero quedarme —Mirando a Matthew.

Los Mitchell aprovechan de este momento llevándose mi padre para otra habitación, con la excusa que será mejor hablar con más tranquilidad. Matthew se queda parado frente a mi y me observa esperando que yo le diga algo. Oigo la señora Ginevra decir que nos dejan solos y los niños gritar, porque quieren abrir los otros regalos. Matthew sigue observándome y yo bajo la mirada, no pudiendo más. La puerta se cierra y él dice:

—Si quieres terminar conmigo, hazlo. Mañana arreglaré todo con mis padres y hablaré con tu padre. Si pudieras mentir sobre la razón, te agradecería.

—Tu sabes por todo lo que pasé —murmuro con poca voz.

—Y tú sabes por lo que yo estoy pasando —puntualiza serio.

Lo miro y le explico:

—Me alejé de mi madre y si no lo acepté de su parte, no puedo aceptarlo por ninguna otra persona. Puedo tolerar todo, menos esto, lo siento.

Se acerca y me pregunta asombrado:

—¿Giulia, tu piensas que en algún momento le permitiría de tocarte?

Se que no lo haría y resoplo:

—¡Pero yo no quiero que te toque a ti!

Me toma las manos y me explica:

—¡Cuando nos casaremos, nos iremos de aquí y nadie tocará a nadie!

—Tu padre no me quiere y, hasta junio, podría pasar de todo —replico preocupada.

Sacude la cabeza y afirma:

—Si hubiese sido así, te hubiera dejado ir.

—¡Matthew, él no lo está haciendo por mi, sino por ti! —puntualizo convencida.

—¿Y aunque si fuera? ¡Lo que te debe interesar es que lo está haciendo, punto! —afirma orgulloso.

Agacho la cabeza confundida y él me pregunta si quiero terminar con nuestra relación. Ahora no se que quiero y que no. Me ordena que le conteste y lo miro, diciendo:

—Tal vez tu padre tenga razón, estoy muy pequeña para tomar ciertas decisiones y tengo que concentrarme sobre mi misma, antes de hacerlo. Tengo que entender que quiero y sin afán.

—¿Así que terminamos? —pregunta decepcionado.

—Matthew, tenemos que graduarnos. Eres mi primer novio y sabes muy bien que no fue una decisión mia.

Él suelta mis manos y yo sigo, diciendo:

—No tengo ni una amiga y me siento completamente fuera del mundo. Te repito, tengo que pensar en mi misma, antes de pensar a mi contigo.

Asienta nervioso y me pregunta molesto:

—¿Así que puedo verme con otras chicas y concentrarme sobre mi mismo?

Se que lo podría perder y le digo que haga lo que más le parece justo. Me llama y lo miro.

—¿Tu tienes intención de encontrar otro novio? —pregunta incrédulo.

Jamas había pensado en esto y le contesto que no se. Él se aleja, pasándose

las manos entre el cabello y hace un respiro profundo. Lo observo sin moverme y él respira nerviosamente, dándome la espalda.

—¿Si encontrarás otro novio en estos seis meses, crees que te acostarías con él? —pregunta furioso, sin voltearse.

Le contesto que no se y él comienza a caminar por la habitación, pasándose una mano sobre los labios. Creo de haber entendido su miedo, pero no puedo tranquilizarlo, porque no estoy segura que no sucederá, si algún día encontrara un novio y él me grita:

—¿Te das cuenta que hace tres horas querías casarte conmigo y ahora me estas diciendo que te acostarías con otro?

Es verdad lo que está diciendo, pero yo jamás declaré de amarlo y prefiero no hacérselo notar ahora.

—¿Conociste a otro chico en estos meses? —pregunta sospechoso.

Le digo que no y me pregunta:

—¿Entonces por qué coño estas cambiando las cartas sobre la mesa de esta manera?

Estoy cansada y le pregunto incrédula:

—¿Tu quieres casarte conmigo solo porque soy virgen?

—¡No te elegí por eso, pero como lo eres, quisiera ser yo tu primer hombre! —puntualiza furioso.

—¿Y si ya no lo fueras entro de seis mese, que harías? —pregunto molesta.

Hace un respiro profundo y puntualiza:

—¡Si entró de seis mese ya no serás virgen, serás tú a no quererte casar conmigo!

—¿Temes un confronto? —le pregunto a tono.

Se ríe y dice que estoy loca. Me molesta su arrogancia y le hago notar:

—¡No creo que tú hayas sido ni el primero ni el último para la profesora de inglés! ¡Le habrá dado lecciones privadas a muchos!

Me mira sonriendo y puntualiza:

—Era ella quien me buscaba, no yo a ella.

—Habrías debido pedirle a ella de casarse contigo —resoplo con poca voz, bajando la mirada.

—¡Te equivocas otra vez más! ¡Fue ella quien me lo pidió y yo la rechacé! —afirma orgulloso.

—¡Para uno con tu experiencia, una chica virgen no es adapta! —puntualizo decepcionada y me dirijo hacia la puerta, añadiendo:

—Dile a mi padre, que lo espero en el coche.

Salgo del portón y me encamino hacia el coche de mi padre. Matthew me pide que lo espere y yo sigo avanzando. Agarra mi brazo y me pide perdón. Yo me libero de sus manos y sigo caminando, decidida a alejarme de él y de su millón de experiencias. Me abraza desde atrás y me pide nuevamente perdón. Me detengo y le digo:

—¡Matthew, suéltame o me pongo a gritar!

Él me abraza y, acariciando mi mejilla con la suya, me susurra:

—Te amo, Giulia y tengo miedo de perderte.

No comento y él sigue:

—No me hagas esto ahora o jamás podré alejarme de él.

Sigo callada y él, soltándome, resopla:

—Estas tan segura que tu decisión sea la mejor, que ni siquiera me escuchas.

Me volteo, lo miro y rebato:

—Yo creo que tú también deberías pensar bien sobre lo que quieres, porque yo no quiero casarme para después tener que divorciar. Alejarnos nos hará entender que queremos y cuando me graduaré volveremos a hablar del esto.

—¡Tu no quieres pensar, quieres buscar otra cosa! —puntualiza nervioso.

Agacho la cabeza y él sigue:

—No puedo cambiar mi vida, Giulia. Como tú no puedes cambiar la tuya.

Se que tiene razón, pero podemos elegir personas que sean diferentes de nosotros y que tengan una familia unida, sin nuestros mismos problemas. Siento la vocecita decirme que no lo haga y levanto la mirada. Veo Matthew alejarse y esta vez no escucho la vocecita, que sigue repitiéndome que no lo haga. Me volteo y voy hacia la salida. Veo abrirse el portón y después de haber salido, me recuesto contra el coche de mi padre, preguntándome de que estará hablando con el señor Mitchell. Cuando lo veo llegar, me tranquilizo y él entra en el coche sin de ir ni una palabra. Yo hago lo mismo y le pregunto que le dijeron. Me echa un vistazo y luego exclama:

—No se si es Matthew que se quiere casar contigo o si es su padre quien se lo impuso.

Le pido que sea más claro y él me cuenta:

—Me dijo que, si te casarás con su hijo, no te hará faltar nada y que él mismo os comprará la casa. Se dio cuenta que esto podía ser una razón por la que yo habría cambiado idea y añadió que la firmaría a tu nombre. Vi que esta decisión, por la reacción de sus hijos, los angustió y le pregunté porque te la

firmaría. Dijo solo que sería su regalo para el matrimonio y no añadió nada más, a pesar de mi insistencia.

—¿Hablasteis solo de esto? —pregunto aterrada.

—No, también me habló del trabajo que hará Matthew y de la posición que un día tendrá en la empresa —contesta pensativo.

Le pregunto de que está hablando y me explica:

—Parece que lo eligió como heredero en la administración de sus empresas y esto al parecer no me asombró solo a mi. Sus hijos se alteraron y le pidieron explicaciones. Pero él no me quito la mirada de encima ni un segundo, ignorándolos completamente y entonces ellos se callaron.

Sandra me había dicho que Matthew es el hijo preferido del señor Mitchell, pero me pregunto si no será una táctica. ¿Para que? Me pregunto perpleja y mi padre añade:

—¡No se si lo está haciendo por su hijo o por ti! Era obvio que estaba tratando de convencerme a aceptar este negocio y que no lo había discutido con nadie, ni siquiera con Matthew.

Le pregunto de que negocio está hablando y él me mira, declarando:

—Habló de este matrimonio como si lo fuera.

Le pregunto a que conclusiones llegaron y me explica:

—Se dio cuenta que tenía unas cuantas dudas y me propuso de tomarme el tiempo necesario para decidir. Añadió que esperará y que el matrimonio puede tranquilamente aplazarse de un año.

Le confieso que me perdí y él también admite de estar confundido.

—De todos modos nos tomamos una pausa —resoplo seria.

—Hicieron la mejor cosa —afirma pensativo.

No volvemos a tocar el tema, no sabiendo que decir o pensar y, cuando llegamos a la casa, todavía sin cenar, le propongo de ir juntos donde Valeria. Él me mira sorprendido y me pregunta si estoy segura.

—Papá, no podemos seguir así y ya sufrimos suficientemente. No puedes, ni físicamente ni económicamente, manejar todas estas situaciones y a mi me faltan pocos meses para graduarme. Luego buscaré un trabajo y apenas posible me iré a vivir sola —le explico sería.

Sacude la cabeza inquieto y le digo que todo estará bien. Lo veo derrotado por la vida y resignado a su destino. Lo acaricio y cuando me mira, le digo conmovida que lo quiero mucho. Me abraza sin decir nada y yo le repito que todo estará bien. Cuando nos tranquilizamos, mi padre llama a Valeria y le cuenta lo que sucedió hoy. Sin que él le pida nada, ella nos invita a su casa y

mi padre acepta. Cuando afirma que podemos ir a pie, lo miro perpleja y me explica que Valeria vive en el centro, y que no hay aparcamientos allá. Mientras caminamos, estoy nerviosa y inquieta, y mi padre me aprieta la mano, diciendo que no tengo que preocuparme. Cuando llegamos frente a un edificio de la calle principal, llama al timbre y luego abre el portón, alejándose para dejarme pasar. Entro y ya desde mis primeros pasos, me doy cuenta que aquí no viven personas que ganas mil trescientos euros al mes. Mi padre me acerca a las escaleras y dice que es en el primer piso. Subimos y veo Valeria esperar con el portón abierto. La saludo y entro. Ella cierra el portón y nos desea feliz Navidad, toda sonriente. En frente mío hay una casa llena de tapetes y muebles antiguos, y me miro perpleja a mi alrededor. Valeria dice que ya está la cena y me pide el abrigo. Cuando entro en su sala, quedo encantada por su árbol de Navidad y lo observo soñadora. Mi padre se aleja y Valeria me pide perdón conmovida. La miro sin entender y la veo seguir mi padre, llamándolo. No me atrevo a preguntar que esta sucediendo y me acerco al árbol. Toco emocionada cada decoración, y luego me siento sobre el sofá para observarlo en toda su belleza. Deseé, desde pequeña, que Papá Noel existiera y que me trajera un árbol como este en la sala, él día de Navidad. Obviamente, cada vez quedaba decepcionada, pero lo seguí deseando por años. Valeria y mi padre se acercan y yo me paro mirándolos. Veo que mi padre lloró y lo miro preocupada. Él se dirige hacia la mesa con la cabeza agachada y Valeria, acariciando mi brazo, dice que espera que me gusten las verduras. Le digo que si y me siento a la derecha de mi padre, que observa su plato pensativo. No se que lo atormenta y no me atrevo a preguntárselo, porque tengo miedo de saber que Valeria no me quiere en su casa. Ella se sienta y exclama:

—¡No sabes cuánto deseé esta Navidad!

La miro preocupada que esté mintiendo y añade conmovida:

—¿ Mi hijo prefiere quedarse en Londres para Navidad, porque dice que allá hay un montón de fiestas, y yo ya son años que lo paso sola.

Me parece sincera y ella afirma que tenemos que dejar de estar tristes, sonriendo. Valeria y yo comenzamos a comer y a charlar y mi padre no dice ni una palabra. De repente, lo mira mal y resopla:

—¡Tu padre es de pocas palabras, pero hoy se decidió a superar su récord! ¿Justo el día de Navidad tenias que hacerlo?

Sonrío y veo mi padre hacer lo mismo. Finalmente se tranquiliza y comienza a hablar. Se ve que se aman, porque se miran cómplices y enamorados, y yo los observo preguntándome como hicieron para entenderlo,

a encontrarse y a elegirse. Cuando terminamos de comer, ella nos invita a quedarnos a dormir; mi padre rechaza su oferta y yo le agradezco por haberlo hecho. Mientras regresamos hacia la casa, me agradece y yo le digo que no tiene que hacerlo. Ya está bien tarde, pero con él me siento segura, aunque por las calles hayan solo chicos y hombres borrachos, y cuando llegamos a la casa agotados, nos vamos a dormir. Las vacaciones pasan rápidamente y tengo que admitir que Valeria me gusta siempre más. Nunca habla de mi madre y mantiene siempre una cierta distancia de mi padre. Encuentro mi madre en la casa de Sílvia, ya que mi padre prefiere no verla o dejarme sola con ella y cada vez, su única preocupación es mi relación con Matthew. A veces dice que tengo que recuperarlo, otras que tengo todo el tiempo para decidir y muchas más me repite las miles actividades de su padre. Cuando comienza la escuela, trato de conocer más a mis compañeras y de vez en cuando salgo con una de ellas. No quiero que me distraigan demasiado y trato de seguir concentrada sobre las tareas y el estudio. Conozco muchos chicos, pero el único con el que hablo con gusto es Simone y me pregunto si no será porque es el único que sabe quedarse en su lugar. No se si lo hace porque es su índole portarse de esta manera o simplemente porque no soy su tipo de chica ideal. De los demás, me molesta la impulsividad y me indisponen sus insinuaciones. Tengo que admitir que pienso mucho en Matthew y que duermo con su corazón entre las manos, como si, tocándolo, me sintiera segura. El árbol de Navidad que me regaló, lo encontré tres días más tarde debajo de la cama. Lo pongo debajo de mi almohada y lo tengo allá día y noche. Estoy feliz, porque mi padre me explicó que, por el momento, no tiene ninguna intención de mudarse a la casa de Valeria, pero no se si lo hace por mi o por si mismo. Se solo que él se queda con ella cuando yo salgo con mis amigas y que cuando regreso, lo encuentro siempre en la casa. Nunca habla de mi madre, pero se que su relación es siempre más complicada y prefiero no meterme. Finalmente en junio me gradúo y salgo con mis amigas, para celebrar. Desde el día siguiente, salgo casi todos los días, para buscar trabajo y también con la esperanza de encontrar a Matthew y cada vez regreso a mi casa decepcionada, porque no lo encuentro. No se si dependa del hecho que fue mi primer novio, pero le tengo mucho cariño y lo extraño demasiado. Entre más días pasan y más se convierte en una obsesión. En agosto me siento muy mal y temo que haya encontrado otra novia. Cuando descubro que Samantha también estudia en la misma ciudad de él y que ella tampoco ha regresado, me pongo a llorar y me encierro en la casa para no saber nada más. Hacia la mitad de agosto, encuentro un trabajo como

vendedora y aceptó inmediatamente. No ganaré lo suficiente como para mantenerme sola, pero por lo menos tendré menos tiempo para torturarme y podré pensar en otras cosas. Desafortunadamente no es la clase de negocios en los que Matthew podría entrar, ya que venden objetos para la casa y de vez en cuando miro hacia afuera esperando de verlo. Cosa que un día, en septiembre, sucede y se me corta el respiro por su belleza, como si fuera la primera vez que lo veo. Está bronceado y entiendo que estuvo en la playa. Me pregunto con quien y me duele pensarlo con Samantha. Una cliente llama mi atención y vuelvo a trabajar, pensando que la mejor cosa es no saber. Pero sigo torturándome por el resto del día y dándome de la estúpida, pensando que mi madre tenía razón. Cuando llega la hora de cerrar el negocio, me despido de la propietaria y me voy hacia la casa. Camino rápidamente, porque temo de encontrarlos juntos y de no saber cómo resolver la situación. Llora toda la noche en silencio, para que mi padre no me escuche y el día después estaría tentada de llamar a la propietaria del negocio y decirle que estoy enferma, y que no puedo ir a trabajar. Desafortunadamente ese dinero me sirve, porque puedo hacer el mercado y hasta pagué el recibo de la luz, sin decirle nada a mi padre. Además, se que si no voy hoy, tampoco iré mañana. Me levanto y me alisto, segura de mi y determinada a no rendirme. Mi padre ya se fue a trabajar y yo me apresuro a salir, para ir al negocio. Mientras voy hacia allá, encuentro una amiga que me cuenta satisfecha que ella también encontró trabajo y precisamente en el negocio al lado del mío. Nos ponemos de acuerdo para ir a caminar un rato apenas terminaremos de trabajar y nos saludamos una vez que llegamos. Me impongo de no pensar en Matthew y de no mirar hacia afuera, con la esperanza de verlo. A mediodía, como todos los días, voy a la casa para comer algo rápido, ya que no tengo que prepararle nada a mi padre, que se queda en el trabajo y luego limpio la casa. En el trabajo, la propietaria me explica que hay unos artículos nuevos, que acaban de llegar, y tenemos que sacarlos y ponerlos en el negocio. Cuando pasa mi amiga, le explico que todavía no he terminado y ella me dice que me esperará en la pizzería. Le digo que está bien y vuelvo a trabajar. Me tomo una hora en terminar de arreglar toda la mercancía nueva y luego voy a la pizzería. La veo con un grupo de amigos y me acerco. Ella me presenta todos los que no conozco y me siento con ellos. El domingo se irán para la playa y me invitan a ir con ellos. Acepto, pensando que de esta forma mi padre podrá estar con Valeria y, volteándome, veo entrar a Matthew con una chica. Se sientan en otra mesa y otros chicos se acomodan con ellos, lo saludan, abrazándolo y le preguntan cuando llegó. Él

les cuenta que pasó una semana en una ciudad de mar y ellos se felicitan con él por cómo le está yendo en la universidad. Se burlan de él preguntándole desde cuando se ha vuelto tan juicioso y hablan de cómo sacó treinta en todos los exámenes. Observo la chica con la que está y noto que es mayor que yo, mucho más elegante y determinada en sus modales. Me siento vacía, como si me hubieran quitado toda la fuerza o la voluntad y me volteo hacia los chicos de mi mesa, que siguen poniéndose de acuerdo para el domingo. Busco un pretexto para irme y le digo a mi amiga que tengo que irme, para ocuparme de la cena. Me paro y ella afirma que nos vemos mañana. Asiento y saludo los demás. Mientras me encamino hacia la casa, me miro y me doy cuenta que mi bermuda cómoda y mi camiseta descolorida por los demasiados lavados no puede competir con el vestido que parecía cocido sobre el cuerpo de esa chica. No me explico porque me había elegido y entiendo perfectamente porque ahora sale con ella. No puedo cambiar mi realidad y mucho menos esconderla. Gano seiscientos euros al mes y ella se gasta uno de mis salarios cada vez que se va de compras. Dos mundos diferentes y uno demasiado lejano del otro. Entro y me tiro sobre la cama. No lloro, ya no tengo mas lagrimas y no tiene sentido hacerlo. Si yo hubiera sido Matthew, también habría elegido una como ella y no puedo darle ninguna culpa. Evito de salir por dos días, porque es inútil torturarme y apenas termino de trabajar me voy para la casa, sin importar las insistencias de mi amiga.

Ese domingo, determinada a divertirme y segura de no encontrar a Matthew justo allá, voy al mar con los chicos y le explico a mi padre que regresaremos tarde. Preparo una mochila con todo el necesario y alcanzo a los demás en la plaza. El grupo se alargó y entro en uno de los cuatro coches, eligiendo ese en el que está mi amiga. Pasamos toda la mañana a jugar en el agua y noto un chico muy guapo, que está siempre cerca a mi. A mediodía, otros dos chicos van a comprar algo de comer y cuando regresan, almorzamos todos juntos. El chico de antes, se sienta a mi lado y me recuerda que se llama Lorenzo. Le recuerdo mi nombre y él afirma que no se le ha olvidado. Sonrío y me pregunta si tengo novio. Le digo que no y le devuelvo la pregunta. Me mira divertido y me pregunta si quiero ir a caminar un rato. Acepto y mientras nos paramos, todos nos pregunta adonde vamos, maliciosamente. Lorenzo les dice que son unos cabrones y me mira añadiendo que podemos irnos. Lo sigo y mientras caminamos con los pies en el agua, él me cuenta:

—Te vi el otro día en un negocio y cuando te volví a ver hoy, pensé que fuera destino.

Lo miro divertida, pero no recuerdo de haberlo visto en el negocio y me pregunta desde hace cuanto trabajo allá. Le contesto que es desde hace poco y me pregunta porqué no fui a la universidad.

—No amo estudiar y, como no navegamos en el oro, decidí de buscar trabajo —le explico seria.

Veo un balón y un niño recogerlo. Sonríó y oigo otro niño gritar:

—¡Luca, cógelo!

Pero el balón se está alejando de la orilla y cuando Lorenzo está por ayudar el niño, veo otro chico correr a ayudarlo. Lorenzo se aleja y ese chico, después de haber cogido el balón, agarra el niño, con la mano libre. Casi me da un infarto cuando se para y me mira mal, porque es Matthew. Bajo la mirada avergonzada y él se aleja. Me volteo hacia la playa y veo Sandra y esa chica, observarme. Lorenzo propone que nos tiremos al agua y cuando me volteo, lo veo en el agua, que me invita a alcanzarlo. Agacho la cabeza preguntándome porque no lo hago, ya que Matthew también tiene su novia a su lado y Lorenzo me coge en los brazos, diciendo que el agua está perfecta. Me aferro a su cuello para no caerme y cuando me lleva hacia el agua, teniéndome entre sus brazos, lo miro confundida. Él sonrío y me suelta las piernas, teniéndome con el otro brazo. Apoyo los pies en la arena y terminó frente a él, aferrándome con los brazos a su cuello. Me aprieta y yo, apenas mi cuerpo roza el suyo, lo alejo rápidamente. Me miro a mi alrededor y voy hacia la playa.

—¿Que te pasa? —pregunta Lorenzo sorprendido.

Una vez afuera del agua, noto Matthew frente a mi, mirarme furioso y, cansada de esta situación, le pregunto irritada:

—¿Se puede saber por qué me miras así?

Lorenzo se acerca y me pregunta nervioso que está pasando. Sandra y la novia de Matthew nos alcanzan y mientras una trata de alejarlo, la otra le pide a Lorenzo que se calme. Él agarra mi mano y dice que tenemos que irnos. Agacho la cabeza decepcionada y lo sigo. Pero después de un par de pasos, me detengo, me volteo hacia Matthew y afirmo:

—¡Hiciste una buena jugada, ella es la chica perfecta para ti!

Sigo caminando, pero él me alcanza para preguntarme de que estoy hablando. Es raro encontrarse entre el chico que deseo y el otro, apenas conocido, que me aprieta la mano. Lo miro y le aconsejo que regrese a su lado, continuando a caminar. Matthew agarra mi mano, se detiene y le ordena a Lorenzo de soltarme.

—¿Me queréis explicar que está sucediendo? —pregunta el segundo inquieto, soltándome.

Matthew me jala hacia él y me abraza, exclamando nervioso:

—Puedes irte, me ocupo yo de ella.

Me quedo inmóvil y le oigo añadir:

—Vittoria es la hermana de Sandra y vino a pasar un par de días con ella.

Lo abrazo llorando, liberándome de toda la tensión de estos meses, pasados lejos de él y Lorenzo dice que entendió. No creo que sea justo dejarlo solo y me alejo de Matthew, secándome los ojos, mientras digo:

—Tengo que recoger mis cosas.

Matthew asienta y me empuja hacia la otra dirección, ordenándome:

—Quédate aquí con Sandra, voy yo a recogerlas.

Vittoria lo mira asombrada y Sandra me toma la mano, diciendo:

—Estoy feliz de ver que todo se está arreglando.

No me parece muy segura en lo que dice y se afana en aclarar:

—Se conocieron en la universidad. Mi hermana está en el primer año y yo le pedí a Matthew de ayudarla a ambientarse. La ayudó a encontrar una habitación y salió con ella un par de veces.

Parece que Sandra esperaba que naciera algo más que una simple amistad entre ellos y observo la reacción de Vittoria ante las palabras de su hermana. Ella se sienta y toma de un vaso, como si no le importara nuestra conversación. Su postura lo dice todo: tiene las piernas cruzadas y el busto bien derecho. Es una que sabe que es muy guapa y que no esconde su seguridad. Sandra me pide que me siente y yo lo hago. Los niños regresan y me preguntan si quiero jugar a balón con ellos. Acepto para alejarme y los sigo en la playa. Jugamos hasta que Matthew no regresa, le da mi mochila a Max pidiéndole que se la lleve a la mamá y luego me mira, diciendo:

—¡Tenemos que hablar!

Asiento y él, después de haber agarrado mi mano, me jala por la playa. Lo sigo sin tener otra opción y puntualiza orgulloso:

—¡Me dijo que os acabáis de conocer y que, obviamente, te dejará en paz!

No comento y me pregunta si hubieron otros.

—¿Y tú ‘ayudaste’ a otras? —pregunto molesta.

Él me mira curioso y yo sigo:

—Esa tal Vittoria no se fue a estudiar a tu misma universidad por casualidad.

Sigue caminando pensativo y le pregunto si pasó algo que debería saber.

No contesta y le pregunto furiosa si se acostó con ella.

—¿Y si aunque fuera? —pregunta nervioso.

Lo observo decepcionada y él, sin mirarme, resopla:

—¡Somos mayores de edad y ambos somos libres!

Alejo mi mano de la suya y le digo que tengo que irme. Él agarra mis brazos y, apretándolos con decisión, grita:

—¡Fuiste tú quien tomó la decisión, quien no contestó a mis mensajes o a los millones de llamadas! ¡Después de tres meses, yo también comencé a salir y a divertirme, como tú!

Se me había completamente olvidado el móvil y creo que se haya descargado el día después que mi padre me lo regaló. Por el resto, entiendo que alguien se tomó la tarea de contarle todo lo que yo hacía y le pregunto quien fue. Él me suelta y se limita a decir que fue un amigo. No creo que conozca las personas con las que salí y le pregunto si fue Simone. Me mira nervioso y puntualiza:

—¡Acabo de decirte que me acosté con Vittoria y tú única preocupación es saber quien me contó lo que hiciste!

—Vittoria es perfecta para ti —rebato con poca voz.

—¿Y quien es perfecto para ti? ¿Luca, Giacomo, Fabrizio o Lorenzo? —resopla furioso.

Lo miro aterrada, porque quien lo informó, le dijo hasta los nombres de todos los chicos que acepté de conocer, porque me gustaban. Desafortunadamente después de charlar con ellos, me percataba que estaba muy lejos de mi y de mi mundo. Hablaban de cosas que para mi no tenían ninguna importancia y sus pensamientos no iban más allá del aspecto exterior. Cuando entendía que era lo que querían, yo buscaba siempre un pretexto y los dejaba, o por decirlo bien, no permitía que naciera nada.

—¿Y tú, a cuántas te cogiste? —pregunto a tono.

Él me mira mal y dice que será mejor que vuelva con mis amigos. Cuando lo veo devolverse, caminando nervioso, veo Vittoria observarlo sonriendo y me siento en la playa, confundida. En estos meses me ilusioné que habría pensado en mí y que no se habría acostado con ninguna, o por lo menos... lo deseaba. Mis ojos se llenan de lagrimas y me tiro al agua. Nado pensando que soy una imbécil, que Matthew hizo la mejor cosa conociendo otras chicas y que mi vida es un desastre sin fin. Me detengo, cierro los ojos y me dejo caer hacia el fondo, pensando que todos estaría mejor sin mí. Alguien me agarra de la cintura y me sube. Abro los ojos y veo Matthew mirarme pensativo. Me

alejo del él y sigo nadando hacia la orilla. Cuando estoy saliendo del agua, me agarra desde atrás y me jala nuevamente hacia el agua. Me volteo y, empujándolo, le grito de soltarme. Él me abraza y afirma que no tiene ninguna intención de hacerlo. El agua me llega hasta los senos y trato de alejarlo como puedo. Pero entre más lo empujo más me aprieta y me repite:

—¡No te soltaré, Giulia!

Lo miro furiosa, con las manos sobre sus hombros, empujándolo para alejarlo y él sigue apretando, repitiéndome que no me soltará. Bajo los brazos cansada y comienzo a llorar. Él me levanta los brazos y se los pone sobre sus hombros. Yo lo abrazo llorando y me aleja de la orilla, levantándose. Cruzo las piernas apretando su cintura y Matthew me mantiene con una mano debajo de mi cola. Me pregunta si me tranquilicé y lo miro, susurrándole que lo siento.

—¿Por qué? —pregunta serio.

—De haber terminado contigo —admito llorando.

—¿Y de lo que hiciste en estos meses, no lo lamentas? —pregunta irritado.

Lo miro perpleja y le pregunto de que está hablando. Me mira mal y afirma:

—¡Giulia, me contaron todo!

—Salí con unos amigos y de vez en cuando tomé un poco. Pero tú te portaste peor —puntualizo molesta.

Él baja la mirada y yo le pregunto en que piensa. Me observa reflexionando y luego contesta:

—¡No quiero saber! ¡No quiero saber nada! ¡Desde hoy comenzamos sin pausas ni dudas! ¡Si quieres estar conmigo, acepta la convivencia Giulia, porque yo no seguiré esperando!

Estoy sorprendida por su afirmación y le pregunto cuando y adonde deberíamos convivir.

—Tu padre me dijo que a finales de este mes dejará mi apartamento y quiero que comencemos desde ahí. ¡Si el primer día de octubre no estarás, no querré volverte a ver! —puntualiza histérico.

Le pregunto porque se porta así y él afirma que no quiere perder más tiempo. Le recuerdo que tendré que hablar con mi padre y él me recuerda que estoy por cumplir diecinueve años. Asiento y, para descubrir si hablaron, le pregunto de sus padres.

—¡Por esto quiero convivir hasta el matrimonio! ¡No volveré a quedar como un culo otra vez por ti! —resopla molesto.

—No será la convivencia que no tendrá juntos —rebato sonriendo.

Me mira mal y exclama:

—Giulia Manara, te doy tiempo hasta Navidad para casarte conmigo o encontraré otra manera de amarrarte a mi definitivamente.

Lo miro curiosa y lo veo sonreír malicioso. Lo abrazo avergonzada y él me suelta un poco dejándome resbalar sobre su cuerpo. Cuando siento su erección entre mis piernas, mi cuerpo se enciende y él me aprieta a su cuerpo, diciendo:

—Vamos a ver si soy mejor que los demás.

Todavía no he tenido sexo, pero admito que su erección, dura y muy voluminosa, me excita demasiado y comienzo a moverme, como si fuera mi cuerpo a pedirlo y no me cabeza a ordenarlo. Su cuerpo vibra y luego comienza a jadear, recordándome que hay niños en la playa. Me detengo y, cuando dejo caer mis piernas, él me mantiene una, ordenándome:

—¡Quédate adonde estas!

Las vuelvo a poner donde estaban, teniéndome de sus hombros y las coloco sobre su cintura. Lo abrazo, con un ardor que jamás había probado antes y que no sé controlar. No se si es sentir su erección entre las piernas o si es el pensamiento de sus dimensiones, pero en este momento quisiera sólo tenerlo dentro de mi. Matthew me jala el cabello hacia atrás y alejo la cabeza, mirándolo asombrada. Él me observa con el respiro corto y yo bajo la mirada, tratando de calmarme, trato de bajar las piernas y él me ordena nervioso de no moverme. Lo complazco y me pide furioso de mirarlo. Lo observo y me ordena de moverme, mientras suelta mi cabello usa la otra mano, libre, para posicionarme sobre su erección, apretando mi cola. Siento pulsar mi bajo vientre y comienzo a moverme sobre su erección, mirándolo con la vista borrosa por la excitación. Él se queda inmóvil y me observa con la mandíbula tensa, tratando de esconder o contener el deseo de follarme. Mi respiro se vuelve siempre más corto y el placer está tocando niveles que jamás había tocado antes. Los dedos de mis pies se doblan y las uñas de mis manos, aprietan la piel de Matthew, hasta éntrale adentro. Él emite un gemido de dolor y esto es suficiente para que se de cuenta al instante de donde estamos. Se mira a su alrededor desorientado y luego me aleja bruscamente. Lo miro decepcionada, impaciente y él exclama inquieto:

—No es ni el lugar ni el momento adapto. ¡Si me quieres, tendrás que aceptar de convivir conmigo y de casarnos entro de Navidad!

Sus palabras me quitan la impaciencia y Matthew se aleja, nadando hacia el horizonte. Lo miro y me pregunto si mi madre no tenía razón a tenerme atada. Seguramente habrá visto algo en mi que le hizo entender que soy una

descarada y ahora descubro que realmente lo soy. Si Matthew no me hubiera alejado... yo no me habría detenido, ni siquiera con la concienciación que no estábamos solos o en un lugar apartado.

Capítulo 10

Me miro a mi alrededor avergonzada y no se que hacer. Cuando veo que Victoria me está observando furiosa, nado hacia la orilla y saco mi toalla de la mochila. Ella me sigue observando molesta y Sandra llama a sus hijos, diciendo que ya es hora de regresar a la casa. Los niños llegan y me preguntan si volví a ser la novia del tío. Sonríó y les digo que si, solo para darle a entender a Victoria que más le vale rendirse. Ella se para y me susurra:

—¡En la cama es un dios!

La miro aterrada y se aleja, diciéndole a su hermana que la espera en la casa. Sandra me mira y me explica:

—Pensé que habían terminado y que no habrías regresado. Hacia años que mi hermana me preguntaba por él y yo...

Le digo que entiendo y añado:

—Pero ahora le puedes decir que Matthew tiene novia y que más le vale mirar hacia otra parte.

Ella rebate que lo hará y sigue:

—No te invito a mi casa, por obvias razones. Espero que tú entiendas... ¡Es mi hermana!

Asiento y se aleja con los niños.

—¿Por qué se fueron? —me pregunta Matthew aprensivo.

Lo miro y le explico:

—Parece que Victoria llevaba años preguntando por ti y que, cuando terminamos, Sandra pensó de hacer una buena cosa para todos presentándotela.

Me pregunta si Victoria me dijo algo y agacho la cabeza, pensando que el silencio sea la mejor solución,

—¿Que te dijo? —pregunta molesto.

—Me dijo que en la cama eres un dios —admito mirándolo decepcionada.

Agarra su toalla y afirma que tenemos que irnos. Mientras saco mi ropa de la mochila, lo veo guardar en ella su móvil, las llaves y la billetera. Me visto

y me pregunto como un gesto tan insignificante, como guardar sus cosas dentro de mi mochila, pueda hacerme sonreír como una perfecta idiota. Se cuelga la toalla sobre los hombros, agarra mi mochila y mi mano, y dice que la mejor cosas es arreglar inmediatamente la cuestión. Cuando se encamina hacia la misma dirección de Sandra, le pregunto adonde estamos yendo y él afirma:

—Hay mujeres que, para que entiendan que se acabó una relación, hay que tratarlas mal y con su misma moneda.

Me gusta esta situación y no veo la hora de ver lo que sucederá. Apenas llegamos al andén, Matthew saca mis chanclas de la mochila y me dice que me las ponga, pasándomelas. Las cojo y obedezco. Él sigue caminando descalzo y me jala por la calle, caminando rápidamente. Luego llama al timbre de un portón y se anuncia. Alguien le abre y entra. Veo un jardín verde y unas sillas con una mesa. No tengo el tiempo de ver nada más, que Matthew me jala hacia la entrada de una casa y dice que es el primer piso. Subimos las escaleras, una señora nos espera con el portón abierto y Matthew dice:

—Buenas noches, Cesira, ¿como están tus hijos?

—No se como agradecerle, señor Matthew —contesta ella con poca voz.

Pero él ya la superó y está llamando a Sandra, preguntándole dónde está. Cesira lo alcanza y le explica que se está duchando. Matthew afirma molesto que la esperaremos en la cocina y la señora se aleja. Entro en una habitación blanca y azul, y sonrío pensando que es perfecta para la ciudad de mar en la que estamos. Matthew me suelta y me pregunta que quiero tomar, abriendo la nevera. Lo miro preocupada y se echa a reír.

—Matthew —dice Vittoria seria.

Él la mira y le ordena que se siente. Está detrás de mí y espero que me alcance, sin voltearme. Ella se acerca y pone las manos sobre la mesa, exclamando:

—Por lo que veo no perdió tiempo... ¡Me imagino que es por lo que le dije en la playa!

Él la observa con una sonrisa maléfica y le repite:

—¡Siéntate, Vittoria! ¡No me gusta repetir las cosas dos veces, y tú lo sabes!

Ella sonrío maliciosa y se sienta a mi lado, sin dejar de mirarlo. Cuando por fin llega Sandra, Matthew le ordena a ella también de sentarse. Le obedece, mirándolo preocupada y él se acerca hacia ella, explicando:

—Sandra, lo voy a decir una vez y espero no tener que volver a tratar el tema. Encontré a Vittoria hace cuatro años y ella estaba tan borracha, que ni

podía caminar—Y mira hacia Vittoria, como para preguntarle si se acuerda de esa noche.

Me volteo y la veo observarlo asustada. Matthew le sonrío y Sandra le pregunta a su hermana porque no se lo había contado antes. Vittoria baja la mirada y Matthew sigue:

—No volví a ese local, porque había toda clase de sustancias y todos parecían zombis. Pero volví a ver a Vittoria hace un año y medio...

Se detiene y, observándola, añade:

—Me parece que tenías novio en ese entonces...

Ella se para gritando que ya no lo soporta y Matthew puntualiza furioso:

—¡Te juro que tu vida será un infierno, si tan solo volverá a salir una sola mala palabra de esa boca!

Ella baja la mirada y Sandra le pregunta aterrada porque está enojado con ella. Matthew la mira y puntualiza amenazándolas:

—¡Quiero que os quede claro que fue solo sexo y nada más! ¡Giulia no tiene nada que ver con todo esto y más os vale que os quedéis en lo vuestro, sin crear problemas!

Sandra dice que ya entendió y él, dándome la mano, afirma que podemos irnos. Me paro y las saludo, alcanzando Matthew. Salimos de esa casa y le pregunto porqué me odian tanto. Pero él, como si hubiera hablado sola, me ordena que me suba al coche y lo hago. Me alcanza, se pone los mocasines y una camiseta y me echa un vistazo, antes de manejar.

—Le gustaste a mi padre y por eso te temen —murmura con los dientes cerrados, mirando la calle.

Le digo que es imposible y me cuenta:

—Esa noche, mi padre estaba tan determinado en convencer a tuyo, que le dijo que nos habría comprado una casa, a nombre tuyo y que un día seré yo quien tomará su posición en la empresa. Cuando os fuisteis, mis hermanos le preguntaron si era verdad todo lo que había dicho y él les dijo que sí. En ese momento nadie se atrevió a responderle, pero estoy seguro que, en sus hogares, debe haber sucedido un alboroto y supongo que por esa misma razón Sandra metió en medio a su hermana.

—¿Todo esto por el dinero? —pregunto decepcionada.

—¡Giulia, no se trata de cien mil euros! —puntualiza molesto.

—¿Cuando decidiste trabajar para tu padre? —pregunto asombrada.

—¡Absolutamente no! Apenas terminé el primer año de universidad, me busqué un trabajo y lo encontré. Cuando regresé, se lo dije a mi padre y él se

enfureció. Giulia, yo tengo que comenzar entro de un mes, pero se que tu padre, si no somos marido y mujer, no te dejará venir conmigo y por eso te pido que te cases conmigo antes de diciembre. ¡Tenemos tres meses para organizarnos y, una vez que estemos listos, nos iremos y nos dejaremos toda esta mierda en el pasado! —rebate nervioso.

Le digo que antes tendré que platicarlo con mi padre y él me recuerda:

—El primero de octubre regresaré a mi apartamento, porque tengo que alejarme de mi padre y si tú estarás, ¡bien! Si no, ¡me iré y no te volveré a buscar!

Le hago notar que faltan menos de diez días y él dice que son demasiados. Le recuerdo que acabamos de encontrarnos nuevamente y él sigue afirmando que tengo diez días para pensarlo. Insisto con mis dudas, explicándole que no nos conocemos lo suficiente y Matthew me puntualiza que la convivencia será una oportunidad para hacerlo sin ninguna intromisión. Me doy cuenta que está determinado y que no tiene ninguna intención de cambiar idea, y me pregunto que pensará mi padre. Ni siquiera sabía que habría dejado el apartamento este mes y me pregunto para donde se irá. Cuando llegamos a mi casa, Matthew se baja y afirma que quiere hablar con mi padre. Le digo que sería mejor que lo hiciera yo, a solas, pero él me contesta con un no seco. Llamo al timbre y le pido cinco minutos. Mi padre nos abre y, mientras subimos las escaleras, le suplico a Matthew que me conceda un par de minutos, pero él sigue negándomelos obstinadamente. Veo mi padre cerca de la puerta y lo miro preocupada, siguiendo a Matthew. Mi padre le pregunta que está sucediendo y él le explica:

—Giulia y yo somos nuevamente una pareja y yo le propuse de convivir hasta el matrimonio, que celebraremos entro de diciembre.

Mi padre lo mira sorprendido y, sentándose, le pide que le repita todo.

—Luigi, Giulia está por cumplir diecinueve años y creo que ya sea hora de que la dejes ir. Sabes que amo a tu hija y que haré todo lo posible para que sea feliz. Pero yo encontré un trabajo y no quiero perderlo. ¡Si aceptaras, Giulia vendrá conmigo como mi esposa y, si no lo harás, me iré en octubre y no volveré nunca más! —le explica nerviosamente Matthew.

Mi padre me mira y me pregunta que quiero hacer.

—No sabía que nos habríamos mudado antes del próximo mes —puntualizo decepcionada.

—Encontré otro apartamento y quería hacerte una sorpresa. Necesitas tus espacios y además no nos podíamos quedar aquí para siempre —me explica

con calma.

—¿No te vas a vivir con Valeria? —le pregunto perpleja.

—Sabía que no querías y por eso no insistí —contesta sonriendo.

Lo miro agradecida y le explico:

—¡Matthew tiene razón! En estos meses lo extrañé mucho y me di cuenta que, aunque lo aplazara de diez años, no cambiaría nada. Creo que la convivencia sea una buena opción, ya que podremos conocernos mejor y entender si estamos hechos el uno para la otra.

Mi padre dice que entendió y, mirando a Matthew, añade amenazándolo:

—¡Si la haces sufrir, tendrás que vértela conmigo!

Sonrío y Matthew le pregunta:

—¿Quieres que se lo diga yo a su madre?

—No, yo acompañaré a Giulia y lo hará ella —contesta mi padre pensativo.

Matthew se voltea hacia mi y puntualiza:

—A mis padres, se lo diremos el dos de octubre.

Sonrío, porque teme que yo pueda cambiar nuevamente idea y sigue:

—¡Si esta vez también me vas a hacer otra broma de las tuyas, te advierto que será la última vez!

Me pongo seria y le digo que entendí. Me observa pensativo y yo lo abrazo, susurrándole que tiene que estar tranquilo. Matthew me aprieta y luego afirma que tiene que irse. Me alejo y lo acompaño hasta la puerta.

—Hasta que seguiremos viviendo aquí, tendré que trabajar para mi padre y nos veremos solo en la noche. Si quieres, mientras tanto puedes dejar tu empleo y ocupar tus días con otra cosa —propone serio.

Lo informo que seguiré trabajando y él, después de haber exclamado que no hay ninguna necesidad, añade:

—Preferiría que dejarás el trabajo y te dedicaras a un par de cursos de cocina.

Me río y me acaricia diciendo:

—Giulia, yo tengo un buen salario y tú tendrás que ocuparte de los preparativos del matrimonio. Ya estarás ocupada con eso y... no quiero verte nerviosa cuando estaré en la casa.

Le susurro que entendí todo y me besa dulcemente. Lo miro decepcionada y él se aleja riéndose. Vuelvo en casa y le digo a mi padre que voy a ducharme. Me pregunta si podemos hablar y le digo que si.

—Creo que sería oportuno visitar una ginecóloga —dice aprensivo.

Lo miro preocupada y le explico que no lo necesito.

—Giulia, es mejor que planifiques, al menos hasta el matrimonio —
puntualiza con poca voz.

Lo miro aterrada y entro en el baño, gritando:

—Papá, no quiero hablar contigo de estas cosas.

Me sigue y afirma que él tampoco quiere. Lo miro avergonzada y
puntualiza:

—No creo que puedas afrontar este tema con tu madre y ni siquiera te
propongo que lo hagas con Valeria. Te quedo solo yo.

Se que tiene razón y sigue:

—Hace meses que lo estoy pensando pero no tuve la fuerza de tratar el
tema. Matthew no es una persona descuidada así que, si a caso tuviera que
pasar un accidente, sería porque ya lo había planificado. Está acelerando
mucho y temo que, si tuviera que darse cuenta que no va a obtener lo que
quiere con las buenas, usaría otras soluciones.

Le pido que sea más específico y él me aconseja de planificar hasta el
matrimonio, que sea entro de unos meses o de unos años,

—¿Tu esperas que cambie idea? —le pregunto pensativa.

—No, pero quiero que tomes tus decisiones sin sentirte obligada a hacer
cualquier cosa —resopla nervioso.

No entiendo que lo atormenta y no tengo ganas de investigar más. Le digo
que está bien y él me informa que mañana llamará a la ginecóloga para pedir
una cita.

Asiento resignada y él sigue:

—Giulia, tendrás que tomarte una pastilla todos los días y no hay ninguna
necesidad que Matthew lo sepa.

Ahora entiendo cual es su inquietud y, para molestarlo, le pregunto:

—¿A caso no te gustaría ser abuelo?

Me mira abriendo los ojos y yo me río. Me llama incrédulo y entro en el
baño, confesándole que sigo siendo virgen. Cierro la puerta con llave y lo
oigo preguntar si es verdad.

—¡Si, papá! ¡Es cierto! —contesto riéndome.

Me ducho, lavo los dientes y seco el cabello. Salgo del baño en albornoz y
veo mi padre acostado sobre el sofá, pensando a quien sabe que. Saco mi ropa
del armario y voy a vestirme en el baño. Cuando salgo, lo veo sentado y le
pregunto en que está pensando. Prende la televisión y exclama:

—Matthew sabe que tomó una decisión excelente y es por eso que está

acelerando las cosas.

Me siento a su lado y le pregunto:

—¿Solo porque soy virgen?

Me jala hacia él y me recuesto sobre su hombro.

—¡Giulia, eres una buena persona y estoy orgulloso de ser tu padre! — susurra dulcemente.

Sonríó feliz y le digo que es todo gracias a él.

El día siguiente vamos a la cita con la ginecóloga, que me da la receta para las pastillas que tengo que tomar y mi padre se apresura en ir las a comprar. En el coche me repite que no hay necesidad que Matthew lo sepa y le digo que ya entendí. En la noche, cuando llega Matthew, salimos y me cuenta que fue a visitar a su hermano en Suiza. Le pregunto cuando y como está. Me explica que fue hace un par de meses y que su hermano tiene una infección terrible. Lo miro preocupada y él sigue:

—Me llamaron esta mañana para decírmelo y mañana quisiera ir a ver cómo está.

Le pregunto que hará con su trabajo y con su padre, y me contesta que encontrará una solución. No se que hacer para ayudarlo y le pregunto si quiere que lo acompañe, pero Matthew me explica que, por esta vez, es mejor que no. Luego se apresura a cambiar de tema y me pregunta si mi padre me habló sobre el matrimonio y yo, mintiendo, le digo que no. Cuando afirma que es raro, sonrío sin dejarme ver, porque me doy cuenta que ya lo conoce suficientemente bien y le pregunto por su familia. Me explica que ya todos saben, pero que nadie habla del asunto públicamente, porque esperan que lo haga él y especifica que lo hará solo después del primero de octubre. Sonríó y Matthew me aprieta fuerte la mano. Me río y él me mira mal, aflojando el agarre. Lo abrazo y me acaricia, mirándome pensativo. Me acerco a sus labios y cierro los ojos. Él agarra mi cabeza y, teniéndola apretada a la suya, hunde su lengua dentro de mi boca. Lo alcanzo con la mía, pero la suya sigue entrando con decisión hasta donde puede. Cuando siento su erección, mí bajo vientre pulsa inexorablemente y él se aleja dulcemente. Lo miro sin entender y resopla:

—¡Si me quieres, sabes dónde encontrarme!

Bajo la mirada estremecida y él, después de haber apretado mi mano, se encamina.

—¡No me provoques! —digo amenazándolo.

—¿Si no que haces? ¿Regresas con alguno de tus noviesitos? —pregunta

rabioso.

—¡Todo puede ser! —contesto molesta.

Me mira mal y me recuerda furioso que ahora somos novio. Yo también se lo recuerdo y él me repite que ya se que hacer, si lo quiero. Nerviosa, le digo que tengo que regresar a mi casa y me acompaña. Cuando llegamos bajo el portón, me desea inquieto una buena noche y se va.

No lo vuelvo a ver por algunos días y esta cosa me enloquece y me lo hace desear más y más. No puedo pensar en otra cosa que no sea su erección, cuando estábamos abrazados en el mar y me pone nerviosa el hecho que se haya ido sin saludar. Me pregunto como estará su hermano y espero que se mejore pronto, ya que sé lo importante que es para Matthew. Absurdamente, aunque no pueda comunicar con él, es el único con el que Matthew tiene una buena relación y se que para él sería muy difícil si tuviera que pasarle algo. Mi padre me pregunta que tiene que hacer con el apartamento y yo le explico:

—Se que quieres irte a vivir con Valeria y creo que este sea el momento más adapto. Además no puedes pagar el arriendo de un apartamento que ni siquiera nos sirve y te conviene dejarlo.

—¿Estas segura que quieres irte a vivir con Matthew? —me pregunta serio.

Le digo que si y él acepta, puntualizando que si por alguna razón tuviera que cambiar idea, podré llamarlo en cualquier momento. Le agradezco y le ayudo a empacar sus cosas. Las llevamos a la casa de Valeria y ella también me dice que puedo visitarlos en cualquier momento. Le doy las gracias y me quedo a cenar en su casa. Noto que mi padre está feliz y espero que todo salga bien. La relación con mi madre se estaba complicando cada día más y sigue preguntándome cosas sobre la nueva mujer de mi padre. Mis respuestas sin respuesta, la ponen aún más nerviosa y me recuerda que es ella mi madre. Le digo que ya se y cuando está por estallar, Sílvia se interpone, llevándole un pastel apenas hecho. Le agradezco y ella mira hacia mi madre preocupada, recordándole que soy su hija. Pero ella está tan concentrada en mi padre y sigue pensando en lo que pasó el día de mi cumpleaños, como si fuera una obsesión. Estoy cansada de oírla repetirme siempre lo mismo y la saludo. Mientras regreso a mi casa, decido que no quiero volverla a ver por un tiempo. No me pareció el momento de hablarle de la convivencia y, como seguramente se enterará, mejor que me aleje hasta que no se le habrá pasado la rabia.

El treinta de septiembre, decido de dejar mi trabajo y ojalá jamás me arrepienta de esta decisión. Paso el último día con mi padre en el apartamento

y la mañana siguiente, antes de irse a trabajar, me recuerda:

—Giulia, esta noche me iré a vivir con Valeria y no volveré aquí. Pero quiero hablar contigo cada día y verte por lo menos un par de días a la semana. ¡Si no vendrás, vendré yo y llámame para cualquier cosa!

Le digo que lo haré y nos despedimos. Apenas se va, voy a buscar mi móvil y lo pongo a cargar. Limpio la casa y espero emocionada que Matthew regrese. Pero él no llega y me estoy preocupando. Miro si hay algún mensaje y noto que sufrió mucho en esos meses. Lo llamo y le pregunto adonde está.

—Giulia, estoy trabajando. ¿Tu dónde estás? —pregunta sospechoso.

Le contesto que estoy con mi padre, sin decirle nada más y él me pregunta adonde.

—Estamos caminando en la ciudad —exclamo sonriendo.

—¡Giulia, tu padre está trabajando! —puntualiza molesto.

Me río y me dice que nos vemos más tarde. Le digo tal vez y me cuelga. Sonrío y salgo a comprar lencería sexy. Cuando regreso, Matthew todavía no ha llegado y esta situación me molesta. Voy a la casa de Valeria y cuando mi padre me ve, me pregunta asustado si pasó algo.

—¡No! Matthew llegará tarde y, si para vosotros no hay problema, me gustaría cenar aquí —digo mintiendo.

Aceptan muy felices y los observo sonriendo, porque parece que no esperarán nada más que esto. Durante la cena, me repiten que ellos están conmigo y que puedo visitarlos cuando yo quiera. Cuando son las 22.00, mi padre me pregunta si quiero que me acompañe y le digo que no es necesario. Sacude la cabeza sonriendo y le grito preocupada que no comente. Él se sigue riendo y me recuerda que en la casa de Valeria hay una habitación libre por si a caso. Lo observo por un momento y luego bajo la mirada pensativa, porque las sensaciones que sentía en ese momento eran demasiado raras: no veía la hora de estar sola con Matthew y ahora tengo miedo. Me parece imposible que, hasta hace un par de días, quería saltarle encima y en cambio ahora la sola idea de quedarme con él, me avergüenza y me asusta al mismo tiempo. Tengo el rostro en llamas y mi padre se para diciendo:

—Llámame apenas habrás tomado una decisión. Yo voy a mirar la televisión.

Hago un respiro profundo, tratando de tranquilizarme y Valeria me cuenta:

—Mi primera vez...

La miro molesta, porque me da a entender que mi padre debe haberle contado que soy virgen y ella me toma la mano, añadiendo:

—Giulia, eres la razón de vida de tu padre y haría de todo por ti. Pero, aunque lo haya intentado, no es la persona adecuada para tratar ciertos temas y me pidió que hablara contigo.

Me limito a asentir y ella me sigue contando:

—Tenía dieciséis años y tenía novio desde un par de meses. No había pensado de hacerlo esa noche y si pudiera volver a ese momento, me tomaría mi tiempo para elegir bien cuándo y con quien. Yo era una niña y ni siquiera me di cuenta de lo que estaba pasando. Lo hicimos en su coche y recuerdo solo el aliento que sabía de cigarrillos y alcohol. No solo me dolió mucho, sino que ni siquiera me gustó y después de una semana hasta terminamos. ¡Me jugué mi primera vez con uno que no se merecía ni un primer beso!

—¿Entonces por qué lo hiciste? —pregunto perpleja.

—Yo no tenía padres que me vigilaban y no tenía horarios ni reglas particulares. Mis amigas, ya lo habían hecho y por lo que me contaban, me imaginaba quien sabe que. Imagínate que lo volví a hacer solo un año y medio después, y con el hombre con el que me casé —cuenta pensativa.

—¿Quedaste embarazada la primera vez que lo hiciste con él? —pregunto asombrada.

Ella me dice que no y luego añade:

—Tienes que tranquilizarte y, si todavía no quieres hacerlo, habla con él. Ya verás que Matthew te entenderá. Esperó hasta ahora y no serán uno o dos días más que cambiarán el asunto.

Le pregunto si puedo hacerle otra pregunta y ella dice que sí.

—¿Te dolió mucho? —pregunto preocupada.

Ella sonríe y contesta:

—Tenía afán de... y no hubo ni dulzura ni romanticismo. Pero Matthew es un chico con experiencia y estoy segura que será delicado.

—Mi padre también lo piensa —le hago notar asombrada.

Ella se ríe y puntualiza:

—Un chico que espera todos estos meses sin insistir, o está muy seguro de sí mismo o él también es virgen, pero no creo que Matthew entre en esta categoría.

Sonrío, pensando que definitivamente no está entre esos y ella me pregunta si tengo otras preguntas. Cuando le digo que no, me pregunta si quiero ir al apartamento con Matthew y le digo que sí. Nos paramos y nos vamos hacia mi padre. Él me mira parándose y me pregunta:

—¿Estas segura que no quieres dormir aquí? Hay dos habitaciones libres y

puedes escoger la que más te guste.

Me río y le digo que no. Valeria bromeando le ordena que me acompañe y él se acerca diciendo:

—¡Puedes rechazarlo y si insiste, puedes llamarme!

Valeria y yo nos reímos y él se aleja avergonzado, diciendo que me espera afuera. Le agradezco a Valeria por todo y la saludo. Por todo el camino mi padre se queda callado y yo sonrío. Cuando estamos bajo el portón, me repite que puedo decirle que no y yo, para tranquilizarlo, le digo que lo haré. Me desea una buena noche pensativo y lo abrazo, diciendo:

—Eres el mejor papá del mundo y te quiero exageradamente mucho.

Me aprieta y me susurra que soy su princesa. Me doy cuenta que se está conmoviendo y me alejo, recordándole que Valeria lo está esperando. Él asienta y yo entro en el edificio. Subo las escaleras y, pensando que Matthew esté dormido, siempre que haya llegado, abro el portón. El apartamento está oscuro y veo alguien en la cama. Sonrío y cierro la puerta cuidadosamente. Voy al baño, me lavo los dientes y me desvisto. Cuando abro la puerta, noto que la lámpara está prendida y salgo del baño, mirando la cama. Veo Matthew sentado con las manos detrás de la cabeza y le sonrío. Me mira mal y yo me acerco. Entro en la cama, me volteo dándole la espalda y le deseo una buena noche. Él pasa su brazo sobre mi, para apagar la lámpara y luego me jala hacia su cuerpo, preguntándome adonde estuve. Me recuesto sobre su pecho y le explico que cené con Valeria y con mi padre. Me besa la frente, apretándome y admite triste:

—Pensé que no ibas a venir.

Con la mano sobre su pecho, me acerco a su cuello y, oliéndolo, le susurro que estoy aquí. Me llama y le digo que sigo aquí.

—Te amo, Giulia —dice dulcemente.

Se que quisiera que yo también se lo dijera, pero es más fuerte de mi y me limito a besarle el cuello. Hace un respiro profundo y me ordena:

—¡Giulia, dilo!

Me alejo de su cuello preocupada y le pregunto que tengo que decir. Él se pone sobre mi y, mirándome, me pregunta si lo amo. Siento su erección empujar sobre mis piernas y mi cuerpo se llena de deseo. Le acaricio la cola y él me ordena nuevamente de decírselo. Lo que me pide es como una ducha fría y lo miro sorprendida, porque no soy capaz de hacerlo. Matthew vuelve a acostarse a mi lado y me aprieta contra su cuerpo sin decir nada. Lo abrazo y le pido perdón.

—No quiero tener solo sexo contigo, Giulia. ¡O todo o nada! —precisa nervioso.

Pienso en sus palabras y me acuesto sobre su cuerpo, preguntándole que quiere decir. Él prende la lámpara y, alejándose, para sentarse sobre la cama, puntualiza:

—¡Hasta ahora he tenido solo sexo con las mujeres, pero contigo las cosas tienen que cambiar!

Le hago notar que acaba de decir que me ama y le pregunto si se lo decía a las otras también.

—Giulia, yo nunca le he dicho ‘te amo’ a nadie, porque no me había enamorado antes —contesta serio.

Me acerco a su cuerpo, quedándome sentada sobre él y cuando tengo su erección entre las piernas, lo abrazo susurrándole que lo quiero. Me muevo dulcemente sobre su miembro y siento su cuerpo que se endurece. Le beso el cuello y le muerdo la oreja. Él sigue sin tocarme y me ordena:

—Dilo, Giulia —Sin respirar.

Aumento el ritmo de mis movimientos y sentir la potencia de su erección, me enloquece. Matthew agarra mi cintura y me aleja, afirmando que no lo hará. Lo miro nerviosa y me bajo de la cama. Me acuesto sobre el sofá y le deseo una buena noche. Apaga la lámpara y me desea que descanse, molestándome. Estoy furiosa y me revuelco sobre el sofá, que a parte de todo es bien incomodo, tratando de dormirme. Tengo frío y me levanto para buscar una cobija en el armario. Él se ríe y afirma insolente:

—Si quieres dormir, la cama esta que arde.

Respondo que estoy bien en el sofá y me envuelvo en la cobija. Se ríe a carcajadas y cierro los ojos nerviosa. Pero él se sigue riendo y yo le grito que lo odio. Cuando afirma divertido que me ama, lo ignoro y busco una posición cómoda. Ya dejó de reírse y espero que me diga algo más, pero no lo hace y yo me quedo dormida.

Me despierto, me doy cuenta que estoy en la cama y que Matthew ya se fue a trabajar. No tengo ganas de levantarme y cuando oigo sonar el móvil, contesto quedándome bajo las cobijas. Es Matthew y me pregunta si dormí bien. No contesto y él, riéndose, dice que regresará a las 12.30. Cierro, me ducho y me visto. Son ya las 11.00 y me apresuro a arreglar la casa, para luego poder salir. ¡Si piensa que me quedaré en la casa a esperarlo, está equivocado! Se que tanto Valeria como mi padre trabajan a esta hora así que me quedo en el centro. A mediodía paso por la pizzería para comprar algo de

comer y me encuentro con Simone, que vino a hacer lo mismo para sus abuelos. Me pregunta como estoy y después de haberle dicho que estoy bien, me pregunta por Matthew y lo informo que está trabajando. Me cuenta que sus abuelos le preguntan siempre por mí y decidimos almorzar con ellos. Apenas me ven, me preguntan como estoy y les repito que estoy bien. Mientras almorzamos, sus abuelos me preguntan si tengo novio y yo asiento sonriendo. Simone puntualiza que es el hijo del señor Mitchell y, no se por cual razón, su abuelo pone una cara rara. Esta reacción me da mucha curiosidad y cuando le pregunto si lo conoce, se limita a contestar con un si brusco que me vuelve sospechosa. No me rindo y le pregunto si hay algo que me quiere decir y él, como respuesta, me pregunta si ya lo encontré. Cuando asiento, me aconseja que esté alerta y me explica:

—Maximilian Mitchell es un hombre que da miedo solo a mirarlo y que está orgulloso de eso. Si quiere una cosa, sabe como obtenerla y no se detendrá hasta que no la tendrá. Usa todos los medios posibles sin mirarle la cara a nadie.

Le pregunto si tuvo la ocasión de relacionarse con él y me cuenta:

—Cuando llegó aquí, yo era amigo de Ginevra y se por todo lo que pasó. La vio y la ‘conquistó’ como un depredador sigue a su presa. Es mayor de ella de trece años y Ginevra quería un chico más cerca a ella, tanto de edad como de orígenes. Se dio cuenta que no podía convencerla así que se mudó en esta ciudad. Conoció a sus padres y los llenó de regalos. Era una familia sin muchos recursos económicos, como todos en esos tiempos y él les compró una casa. Sabían que era lo que quería y se la dieron. Giulia, no los condeno, porque tenían tres hijos más y en esos tiempos pocos tenían un hogar que fuera más grande que una habitación. Ginevra sabia que jamás habría sido feliz, pero asintió a casarse con él y desde entonces, no volví a verla. Tenían una casa fuera de la ciudad y estaba aislada. Solo su familia podía ir a visitarla y todo pareció ir de la mejor forma por un par de años. Luego un día, sin ninguna razón, sus familiares se fueron a vivir en Australia y no volvieron por estos lados. Ginevra se quedó sola y con un hombre que ni siquiera la amaba.

Lo miro aterrada y Simone puntualiza que eran otros tiempos. Su abuelo me pregunta como está Ginevra y yo le contesto:

—¡Bien! Ahora es abuela de cuatro nietos y tiene dos nueras que la quieren mucho.

—Y te tiene a ti también —afirma Simone riéndose.

Lo miro divertida y su abuelo me pide que se la salute. Le digo que lo haré

y él me recomienda de hacerlo cuando estemos a solas. Asiento, mientras Simone se para y toma un par de platos, diciendo que tenemos que arreglar. Su abuelo me agarra el brazo y me jala hacia él. Se acerca a mi oído y me pregunta:

—¿Sabes si es verdad que Gabriel se murió?

Le explico que no conozco a ningún Gabriel y él me suelta asentando decepcionado. Le pregunto quien es y dice que es solo un chico desafortunado, que conoció hace un par de años. Creo sea un amigo de su juventud y le pregunto si quiere que le pregunte a la señora Ginevra. Me mira abriendo los ojos y, agarrando nuevamente mi brazo, me hace jurar que jamás hablaré de esto con nadie. Lo miro asustada y Simone le pregunta furioso que está haciendo, liberándome el brazo.

—¡Giulia, jamás digas ese nombre, especialmente en la casa de los Mitchell! ¡Ellos mismos tienen miedo de hacerlo! —afirma aterrorizado.

Le digo que ya se me olvidó y me agradece. Ayudo Simone a arreglar y después de haber saludado sus abuelo, salimos. Simone me pregunta a quien se refería su abuelo y yo le explico:

—Creo que fuese un chico que hacia parte de sus amistades de esa época o podría ser el novio que tenía la señora Ginevra en esos tiempos.

Dice que seguramente es así y le explico que tengo que irme. Nos saludamos y yo regreso a mi casa. Matthew no está, pero noto mi móvil sobre la mesa, con una nota al lado y lo cojo.

¡Si vuelves a salir sin el móvil, la próxima vez te quedas afuera!

Lo leo incrédula y espero que sea una broma. ¡No me imaginaba que la convivencia fuera así! Me esperaba algo más romántico... Me imaginaba nosotros dos que miramos la televisión juntos y sobretodo deseaba que fuera mucho más pasional, ya que parecía que no deseara nada más que eso. En cambio me siento como si estuviéramos casados desde hace veinte años y tuviera que portarme como madre de diez hijos. ¡Pero si cree que yo haré todo lo que me dice, esta equivocado! Rompo la nota y la pongo donde estaba, cerca del móvil. Llamo inmediatamente a Valeria y le pregunto si puedo cenar en su casa. Ella me responde entusiasmada y luego me pregunta como me fue. Sonrío, pero mi sonrisa es amarga y le contesto que fue muy bien, obviamente mintiendo. Ella exclama impaciente que me espera y yo la saludo. Miro un poco de televisión y luego salgo. Paso toda la noche con Valeria y con mi padre, y si ella tiene mucha curiosidad de saber como me fue, mi padre no quiere ni siquiera hablar, aunque parece mas tranquilo con la sola idea de

saber que finalmente pasó algo. Le repito que me fue muy bien y mi padre se aleja afirmando que va a mirar la televisión. Nos reímos y Valeria me pregunta si fue dulce. Espero que no se vuelva a hablar del tema y me limito a decir que sí. Afirma que lo sabía que Matthew habría sido delicado y sonrío, pensando que se decepcionaría mucho si solo supiese la verdad. Cambio de tema y le pregunto de su trabajo. Me cuenta de sus días que pasan entre llamadas y papeles, y de sus compañeras. Cuando ya está tarde, le digo que me tengo que ir y, como siempre, mi padre me acompaña. Lo saludo y lo agradezco. Subo las escaleras y el portón de la casa, aunque yo haya puesto la llave, no se abre. Golpeo llamando a Matthew y acerco la oreja a la puerta. Lo vuelvo a llamar y escucho.

—¡Que tengas una buena noche, Giulia! —dice serio.

¿Es enserio? Me pregunto horrorizada y lo llamo, ordenándole que me abra, pero él sigue callado y yo lo vuelvo a llamar, gritando más fuerte. Mientras estoy gritando a pulmón abierto, veo una señora que me mira desde las escaleras del piso de arriba y la observo avergonzada. Ella me pregunta si necesito ayuda y yo quisiera decirle que sí, pero prefiero evitar de fomentar el nacimiento de un teatrillo en el pasillo y le explico que creía que Matthew estaba en la casa.

—¡Si sí, está! ¡El carro está parqueado afuera! —puntualiza seria.

Matthew se ríe al otro lado del portón y busco rápidamente una excusa.

—Creo que debe haber salido a comprar algo de comer. Lo espero aquí y gracias —replico controlándome.

Ella dice que vuelve a su casa y que la llame si necesito algo. Le agradezco otra vez y le deseo una buena noche. La señora se aleja y yo le pido furiosa a Matthew que me abra la puerta. Cuando me doy cuenta que no tiene ninguna intención de abrir, tengo la sangre que me pulsa como jamás había hecho de los nervios y me miro a mi alrededor buscando una solución. No puedo volver a la casa de mi padre, porque debería darle explicaciones absurdas y me siento sobre las escaleras, pensando que preferiría una cachetada a esta humillación. Cuando veo abrirse el portón, me dirijo rápidamente hacia las escaleras y cuando Matthew me pregunta adonde estoy yendo, sin voltearme, le digo que me voy a dormir en la casa de mi padre. Él me agarra desde atrás y yo le grito de soltarme. Pero me tapa la boca con una mano y me lleva hacia la puerta. Cuando finalmente me libera, le digo de todo y él cierra el portón, riéndose. Lo veo acostarse nuevamente y lo miro asombrada. Él me observa divertido y exclama:

—Más te vale que lleves el móvil contigo.

Lo miro furiosa, voy hacia el armario, saco un completo de lencería sexy que compré el otro día y me encierro en el baño. Me ducho, me lavo los dientes y me pongo la ropa interior. Salgo del baño y saco una cobija del armario. Me acuesto en el sofá y me enrosco en la cobija como un gatito herido, pero con el furor de una tigre adentro. Él apaga la lámpara y me desea una buena noche insolentemente. Me quito con un soplo una choca de pelo de la cara y exclamo furiosa:

—¡Si sigues así, te juro que me voy adonde alguno de mis ex novios!

Él se para y me pregunta incrédulo de repetirle lo que acabo de decir. Lo miro y le repito la frase. Me mira bien jodido y resopla que la puerta está allá, indicándomela. Me paro y saco una sudadera del armario. Me la pongo y busco mis zapatos.

—¡Giulia, no lo hagas! —resopla Matthew amenazándome.

Yo me pongo los zapatos y voy hacia el portón.

—¡Giulia, no lo hagas! —grita furioso.

Abro el portón y cuando estoy saliendo, él me agarra desde atrás y me devuelve para adentro. Le da una patada a la puerta y la vuelve a cerrar, dando un portazo que retumba en el silencio de la noche. Luego me tira sobre la cama y se pone encima de mí, gritando:

—¿Quieres que te folle? ¿Es esto lo que quieres?

Lo miro sin comentar y él me ordena que le conteste. Bajo la mirada preguntándome por qué se porta así y me agarra la cara con una mano. La levanta y se acerca, ordenándome Bien cabreado que le conteste. Le grito que si exhausta y él me responde con un brusco ok. Se aleja, me quita los zapatos, la sudadera y los interiores. Luego se levanta y se desviste. Cuando veo su erección, me preocupo y le pregunto si podemos hablar. Él se pone entre mis piernas y yo le vuelvo a pedir que hablemos. Me mira furioso y mete su erección dentro de mí. Emito un gemido y trato de alejarlo. Agarra mis manos y las inmoviliza sobre la cama con las suyas.

—¡No más, Matthew! ¡Todavía soy virgen! —grito asustada.

Se aleja inmediatamente y me mira como si le hubiera dado un puño. Me siento en la cama, con la mirada baja y él me pregunta perplejo si es cierto. Le digo que si y afirma que no me cree. Se que la primera vez sale sangre y me miro entre las piernas, pero no veo nada.

—Giulia, me contaron todo y tu ya no eres virgen —resopla serio.

Lo miro curiosa y le pregunto quien le dijo eso. Me observa pensativo y

dice que no tiene importancia, ya que es verdad. Me paro y me pongo mi ropa interior.

—¡Giulia, para mi no cambia nada! Jamás he estado con una chica virgen y, sinceramente, me halagaba la idea que fueras tú esa mujer y que yo habría sido tu primer hombre. Pero te amo y te aseguro que para mi no tiene importancia el hecho que ya no lo seas —dice dulcemente.

Me acuesto sobre el sofá y le deseo una buena noche. Él me alcanza y me pide perdón. Lo miro sin saber que hacer y me acaricia diciendo que me ama. Asiento y se para, dándome la mano. Sonrío cuando me doy cuenta que sigue desnudo y me paro, aferrando su mano. Nos acostamos en la cama y me recuesto contra sus brazos, deseándole una buena noche. Se aleja y, poniéndose encima de mi, me pregunta:

—¿Giulia, sigues queriendo hacer el amor conmigo?

Le sonrío y le digo que sí. Me quita la camiseta de la sudadera y se aleja, pidiéndome que lo espere. Lo veo entrar en la cocina y le pregunto asombrada que está haciendo. Después de un rato, se acerca con unos frascos de todo tipo y le explico que no tengo hambre.

Coloca todo en el piso, cerca de la cama y luego se va hacia el armario. Cuando lo veo acercarse con una bufanda, lo miro preocupada y él, acostándose en la cama, me susurra:

—Tienes que confiar en mi, Giulia. Quiero que te concentres sobre el placer, sin pensar en nada más.

Lo miro perpleja y él me pasa la bufanda sobre los ojos, repitiéndome que tengo que confiar. Me levanta la cabeza de la almohada y hace pasar la bufanda, para atarla sobre mis ojos. Cierro los ojos y trato de relajarme. Me besa el cuello y yo busco su cuerpo con las manos. Le acaricio los brazos y él comienza a lamer mi cuello, bajando hacia los senos. Me gusta la sensación, me tranquiliza y me excita al mismo tiempo. Se aleja y me pide que abra la boca. Lo hago, pensando en los frascos que le vi traer y al contrario siento su lengua, empalagada de mermelada, lamirme los labios y luego hundirse en mi boca. La chupo y la mermelada me baja por la garganta. Cuando ya no hay más, lame mis labios, chupando la que había dejado anteriormente. Tengo el corazón que me late rápidamente y mi bajo vientre que pulsa enloquecido. No siento su erección y la busco con las manos, bajando por su cintura. Me da justo el tiempo de darme cuenta de su potencia y se aleja. Tengo el respiro corto y cuando me pide que abra la boca, lo hago.

—Giulia, quiero que chupes toda la mermelada de mi lengua —me pide.

No tengo el tiempo de entender, que ya tengo su lengua, empalagada de mermelada, en mi boca y comienzo a succionarla. Siento su aliento cálido volverse corto y sigo, siempre más segura, jalándole el pelo. Él se aleja y yo, después de poco, siento su dedo, lleno de crema de chocolate, entrar dentro de mi boca. Chupo con decisión y lo mueve adelante y atrás, pidiéndome que siga. Me aferro a sus brazos apretándolos fuerte, hasta sentir mis uñas penetrar en su piel y succiono ávida, pensando en su pene. Aleja el dedo y lame mis labios, para limpiarlos del chocolate, mientras pone una pierna entre las mías, poniendo una rodilla sobre la cama. Comienzo a moverme sobre su rodilla, buscando alivio y él me lo deja hacer por un rato, luego aleja su pierna.

—¡No más, Matthew! —digo nerviosa.

Me quita el sujetador y luego pasa sus manos abiertas sobre todo mi cuerpo, deteniéndose un poco más sobre mis pezones. Emito un gemido cuando los roza así que vuelve a hacerlo. Cuando trata de hacerlo otra vez, le bloqueo las manos sobre mis senos y él los aprieta fuerte.

Emito un grito ahogado y arqueo la espalda, todavía con mis manos sobre las suyas. Mientras comienza a chupar uno de mis pezones, apretando el otro entre sus dedos, le jalo el pelo y él sigue respirando con la nariz. Cuando me lastima, se lo digo y me suelta los senos. Agarra mi cintura y comienza a morder mi abdomen, siempre más fuerte. Me revuelco por el placer mixto al dolor y sigo jalándole el pelo. Sigue bajando y comienza a besar y a lamer mis piernas, hasta llegar a mis pies. Estoy perdida entre miles de sensaciones y emociones, y cuando chupa los dedos de mis pies, le digo que ya no me aguanto más. Tengo un deseo ardiente y irrefrenable de tenerlo dentro de mi, y me pongo sentada, buscándolo con las manos. Él jala mis pies y yo me caigo hacia atrás. Sigue jalándome y me pone los pies sobre el borde de la cama, doblándome las rodillas. Me muerdo el labio exasperada y me ordena que abra la boca. Lo hago y lo siento subirse en la cama, sobre las almohadas, donde estaba mi cabeza antes.

—¡Giulia, abre la boca y chupa! —me ordena con el respiro corto.

Abro apenas los labios y cuando siento su erección invadir mi boca, estoy tan excitada, que la agarro con una mano y comienzo a chupar golosa. Matthew grita y pone las manos sobre la cama, a los lados de mi cintura, hundiendo aún más su pene en mi boca. Me cuesta mucho contener la mitad y tengo el resto apretado en mi mano, para detenerlo. Me estoy ahogando y me detengo, asustada. Cuando siento su lengua entre mis piernas, me endurezco y las cierro de inmediato. Él agarra mis piernas y las abre con decisión. Sigue lamiendo

dentro de mi y yo alejo su pene, para respirar. Estoy excitada y confundida por todo lo que está sucediendo. Se aleja y me ordena de chupar, dando un golpe con su erección en mi boca. Me quedo inmóvil, sintiendo ese pedazo de carne caliente en mi boca y sigue lambiendo, torturando mi clítoris. Mi libido toca niveles imposibles y agarro su erección desde la base, con una mano. Succiono como si fuera la única manera para llegar al máximo del placer, dejando por fin relajarse cada músculo de mi cuerpo, que está por sucumbir, bajo tanta tensión. Cuando un líquido salado y caliente me va en la garganta, lo trago con un gesto automático sin pensar y espero que Matthew se detenga a tiempo, porque no creo de poder con su semen. Todo esto me enloquece y, apretando las nalgas de Matthew, me gozo mi primer orgasmo sin respirar. Alejo a Matthew, porque me falta el aire y él se aleja. Me siento y me quito la bufanda de los ojos, mirándolo sin entender. Se pone entre mis piernas y acostándose, me besa apasionadamente. Estoy confundida por el orgasmo que acabo de sentir y lo sigo, preguntándome que sucederá ahora. Sigue seduciendo mi lengua y sentir mi sabor en su boca, es una sensación muy rara. Pero no sabría decir si me gusta o me avergüenza. Lame y muerde mis labios, y sigue tocándome el clítoris, que sigue hinchado por la lujuria que acaba de satisfacerlo. Acaricio su espalda con una mano y con la otra bajo entre mis piernas hasta su erección, porque mi cuerpo está comenzando a reclamar nuevas sensaciones, devastadoras como las anteriores. Matthew aleja sus dedos y me mira, preguntándome ansioso:

—¿Estas lista para acogerme?

Lo acaricio y le digo que si. Hace entrar su erección dentro de mi y comienza a mover su cintura, como si quisiera hacerse espacio para pasar. Lo abrazo preocupada y excitada, y él me aprieta, diciendo:

—Tranquila, le daré a tu cuerpo el tiempo de acostumbrarse a mi intrusión.

Le beso agradecida el hombro y lo siento dar otra estocada. Grito su nombre, arañándole la espalda y él se aleja, diciendo:

—¡Joder, Giulia!

Aflojo las manos y le pido perdón. Él sigue moviendo su cintura y dice:

—Jamás había tenido una mujer tan apretada como tú.

No se si sea un elogio o no y evito de cruzar su mirada. Él sigue hundiéndose más y más y yo grito por esa magnífica sensación de tenerlo dentro de mi, como si llenara un vacío, que se quedó tal por mucho tiempo. Matthew se aleja y dice:

—No quiero lastimarte y prefiero... que tu me guíes.

Lo miro asombrada y se acuesta a mi lado, jalándome hacia él. Estoy feliz que la habitación esté a oscuras, porque estoy segura que estoy por hacer algo mal y no quiero ver su reacción. Me pongo sobre él y dejo entrar su erección dentro de mi. Me bajo delicadamente y siento ese pedazo de carne, duro y enorme, abrirse el paso lentamente dentro de mi. Agarra mi cintura y me pide que siga, entre un gemido y el otro. Me recuesto con las manos contra sus hombros y sigo bajando, moviendo la cintura, como hacia él. No entiendo como una parte de mi cuerpo tan pequeña, pueda enloquecerse al punto de llevarse con sí misma cada músculo ‘hacia el delirio’. El placer me quita el oxígeno y no respiro muy bien. Matthew comienza a temblar bajo de mi y, agarrando mi cola, pone los pies sobre la cama.

—¡Giulia, no puedo más! —dice entre un gemido y el otro.

Lo abrazo y él comienza a subir y bajar, teniendo mis nalgas contra de él. A cada golpe emitimos gritos sofocados y yo siento su erección triunfar hasta mi estomago.

—¡No pares, Matthew! —grito al límite.

Me abraza y me da la vuelta, poniéndose sobre mi.

—Giulia, te dolerá por un par de días. ¡Pero me estoy enloqueciendo! —dice mirándome perdido.

Me acaricia y luego comienza a moverse con fuerza. Le aprieto las nalgas y lo siento subir y bajar siempre más rápido. Cierro los ojos mordéndome el labio, porque no estoy sintiendo solo placer y Matthew dándose cuenta, se aleja. Lo miro curiosa y él me abre las piernas, continuando a moverse, respirando fuertemente. Con los dedos me alarga los labios mayores y sigue hundiéndolo con fuerza. No se si fue verlo mientras hacia ese gesto o si de verdad funcionó, pero mirarlo y sentir sus dedos, darme gusto al mismo tiempo, me extasía y llego al segundo orgasmo de mi vida. Matthew se aleja inmediatamente y dice:

—Creo que sea mejor que paremos aquí por esta noche —jadeando.

Lo veo agarrar su erección y subir y bajar su mano rápidamente. Me acerco y le pregunto que puedo hacer por él.

—Giulia, si sigo, podría lastimarte —dice con el respiro corto, mientras sigue jugueteando con su pene.

Me duele saber que quedó insatisfecho y le alejo la mano. Él me mira sin entender y yo le pido que se siente. Lo hace y yo me arrodillo a sus pies, en el piso.

—Te juro que te alejaré a tiempo, ¿ok? —dice temblando.

Cojo su erección con una mano y la pongo en mi boca. Matthew me tiene la cabeza contra él y me pide que succione. Lo hago, tratando de ir más a fondo posible y me pide que siga. Respiro mal con la nariz y chupo su enorme erección, emocionada que sea mía y solo mía. De repente me aleja y, agarrando su miembro en la punta, corre hacia el baño. Pero sale inmediatamente, con su pene todavía en una mano y con la otra abierta, diciendo:

—Hay sangre... Dime que de verdad eras virgen y que no hice algún daño.

Me río y me siento sobre la cama. Él da un par de pasos y luego mirándose, vuelve al baño, pidiéndome que espere. Me paro y prendo la lámpara. Por cierto había percibido el sabor de la sangre, pero pensaba que fuera mi boca con todas esas succiones. Veo las sábanas manchadas de rojo y voy hacia el armario. Mientras saco las limpias, Matthew me abraza desde atrás y dice:

—Gracias por haberme esperado sin hacer estupideces.

Me volteo y, mirándolo, le recuerdo que él no tuvo la misma cautela hacia mí. Me abraza y me pide perdón. Bajo las manos con las sábanas y me acerco a su cuerpo, diciéndole que estoy cansada. Se ríe y me aleja. Me quita las sábanas de las manos y dice:

—Dúchate, yo me ocupo de esto.

Le agradezco y voy al baño. Estoy adolorida y me siento exhausta. Me ducho con los ojos cerrados y cuando veo que me estoy durmiendo, me enjabono y me seco. Me pongo el albornoz y me lavo los dientes. Matthew entra con las sábanas sucias y me alejo bostezando. Saco mi ropa interior y me la pongo, con el albornoz sobre la espalda. Luego la tiro sobre el sofá y me acuesto en la cama, bostezando. Adoro las sábanas limpias y las huelo, cerrando los ojos. Parece como si un tren me hubiera atropellado sin dejarme intacta ni la uña del meñique. Matthew se acuesta a mi lado y yo lo abrazo. Me aprieta entre sus brazos y dice que me ama. Bostezo y le pregunto quien lo informó sobre todos mis movimientos.

—No te preocupes, ahora duerme— dice cariñoso.

Lo miro somnolienta y le digo que quiero saberlo. Me mira divertido y afirma:

—Creo que Simone no sea gay.

Me aprieta a su cuerpo y puntualizo:

—Podría estar enamorado de ti.

Matthew me besa el cabello y dice que se ocupará del asunto personalmente. Le digo ok y me duermo.

Capítulo 11

Me estiro bostezando y me doy cuenta que Matthew ya se fue a trabajar. Me levanto y me pongo la sudadera que está en el piso. Pongo los frascos que usamos anoche en su sitio y, entrando en la habitación, noto nuevamente mi móvil con una nota. La cojo y leo:

¡Buenos días mi amor!

En el armario hay una caja fuerte con dinero, úsalo para hacer mercado
Y prepárame un almuerzo delicioso...

¡Porque para mediodía estaré de vuelta!

Pd: ¡Lleva el móvil contigo!

Sonrío, pensando que si se espera ‘un almuerzo delicioso’ hecho por mí, tendrá que esperar por mucho tiempo y abro su armario. Reviso debajo de las camisetas y luego debajo de los suéteres. Abro el cajón de las medias y veo la caja fuerte roja. La saco y la abro. Me quedo boquiabierta cuando veo todo el dinero que hay adentro y me pregunto cuánto lo paga su padre. Saco cien euros y la pongo en el cajón otra vez. Los echo en el bolsillo y arreglo la casa. Pongo a lavar las sábanas y todo lo que es blanco. Me doy cuenta que falta el jabón para la lavadora y reviso en la cocina, que hay en la nevera. Sonrío, porque hay solo una cubeta de huevos y unos embutidos desde quien sabe cuando, que arrojo inmediatamente. Cierro la bolsa de la basura y salgo inmediatamente. Arrojo la basura en el basurero y voy al supermercado a comprar algo de comer. Vuelvo a la casa llena de bolsas y arreglo todo. No tengo ganas de cocinar y como Matthew llega entro de media hora, corro a comprar pasta al horno y verduras asadas. Luego pongo la pasta dentro de un sartén, que pongo en el horno y lo prendo. Saco otro sartén y le echo las verduras. Escondo las cajas de los alimentos dentro de una bolsa y luego en la basurera. Matthew me llama y le digo que ya está listo. Entra y mira sospechoso la cocina. Sonrío y para no dejarme ver, me agacho a apagar el horno.

—¿Giulia, estas segura que cocinaste tú todo esto? —pregunta divertido.

Le digo que si, dándole la espalda y me pide que me voltee. Lo hago y me río. Él me abraza y dice:

—¡Un día tendremos muchos hijos y tendrás que aprender a cocinar!

Me aprieto a él y le digo que, hasta que tomaré los anticonceptivos, no tendremos problemas. Me pregunta sospechoso desde cuando estoy planificando y cuando le cuento que comencé hace menos de un mes, me aleja para mirarme y afirma que no quiere que lo haga. Le pregunto porqué y él me repite que quiere una familia numerosa. Me río y me alejo, haciéndole notar que todavía no estamos casados. Saco un mantel y lo supero para ir a poner la mesa frente al sofá. Cuando vuelvo hacia la cocina, él me vuelve a repetir que no quiere y yo saco la pasta del horno, para ponerla en los platos. Me los quita de las manos furioso y me pregunta si entendí. Le pido que lleve los platos a la mesa y que se siente, así hablaremos con calma. Asienta y lo hace. Le pregunto que quiere de tomar y él me responde agua. Sonrío y le pregunto:

—¿No quieres un zumo o una naranjada?

Me pregunta resignado si se me olvidó comprar el agua y le digo que si.

—Trae lo que quieras, igual sería inútil pedirte otra cosa —resopla divertido.

Sonrío y le llevo la naranjada y el zumo. Saco los vasos, los cubiertos y las servilletas y los llevo a la sala. Pongo todo sobre la mesa y me siento sobre el sofá a su lado. Comienzo a comer y noto que él no lo hace. Lo miro curiosa y afirma nervioso que está esperando.

—Matthew, no sabemos cuando nos casaremos y no quiero arriesgarme tanto —afirmo segura de mi.

—Te juro que no vas a quedar embarazada y, por lo del matrimonio, quería decirte que tengo intención de invitar a tu padre y a tu madre a la cena con mis padres —declara serio.

Le pregunto porqué y me explica que es necesario que ellos también estén. Me doy cuenta que tiene razón y le pregunto cuando será esta cena.

—Ya hablé con tu padre y nos invitó esta noche a cenar en la casa de Valeria. Apenas llegue del trabajo, nos iremos a recoger a tu madre y después nos iremos a la casa de él —explica con calma.

No se como tomará todo esto mi madre y le pregunto como haremos con las reglas de su padre.

—¡Ya hablé con él y le especificué que no quiero que se interponga en mi camino! —responde nervioso.

Lo miro preocupada y le pregunto que dijo.

—Me subrayó que es su casa y que son sus reglas —dice molesto.

Pienso en como configurar la cena, para que mis padres no se sientan fuera de lugar y Matthew añade que la mejor cosa es avisar a mis padres, pero temo la reacción de mi padre y espero que Valeria me ayude a controlar esta situación. Le digo que esta tarde iré a hablar con Valeria y él me pregunta de las pastillas. Lo miro y le propongo:

—Si durante la cena logramos fijar una fecha entro de este año, te prometo que dejaré de planificar. Pero si tuviéramos que aplazar al próximo año, voy a seguir tomándolas y tendrás que resignarte, ¡porque no cambiaré idea!

Me mira mal y afirma que nos casaremos después de Navidad. Asiento y le deseo un buen provecho. Comienza a almorzar y después del primer bocado, me repite que tengo que aprender a cocinar. Sonrío sin comentar y él me pregunta si lo escuché. Le digo que no y afirma que me va a inscribir a un curso de cocina. Yo sigo sin comentar y él sigue preguntándome si lo escuché.

—¡Si sigues así, no me voy a casar contigo! —resoplo exasperada.

Matthew se ríe y yo me paro, diciendo que ya terminé. Pongo mi plato, aún lleno, en el lavaplatos y cuando me volteo, veo a Matthew venir hacia mi sonriendo. Lo miro mal y lo supero. Él me agarra desde atrás y me tira sobre la cama. Lo miro furiosa y trato de levantarme, pero él me empuja hacia abajo, diciendo serio que necesito una lección. Cuando lo veo abrir el cinturón de sus pantalones, lo miro asustada y su sonrisa se desaparece por completo. Se arrodilla frente a mi y dice:

—¡Giulia, jamás te haré daño! Quería solo hacer el amor contigo.

Lo miro perdida jadeando, con el corazón que late rápidamente y él me abraza, subrayando que nadie me volverá a hacer daño. Me quedo inmóvil, preguntándome porqué reaccioné así y pienso en algo que había olvidado por completo. Estaba en la casa de mis abuelos maternos y no me acuerdo que había roto. Pero tengo la imagen nítida de mi madre que se quita el cinturón, lo dobla agarrándolo con una mano sola y que comienza a pegarme. Me parece de ver a mi abuela parada detrás de ella, mirándola orgullosa, con una sonrisa sobre la boca y recuerdo, no tanto el dolor, sino el sonido que hacía el cinturón cada vez que mi madre lo levantaba y luego me lo tiraba encima. Matthew sigue llamándome y yo me pregunto cuantos años tendría en esa época. Matthew me levanta y yo, no teniéndome en pie, me dejo caer. Mi padre no estaba y me pregunto la razón. ¿Como pudo no haber visto los moretones? ¿Es posible que no se haya dado cuenta de todo lo que estaba sucediendo? Me pregunto perpleja y hago un respiro profundo, como para salir

de una pesadilla, justo en el mismo instante que Matthew me tira un vaso de agua fría encima.

—¡Giulia, dime que estás bien! —dice asustado.

Le sonrío y lo abrazo. Me aprieta y me pide perdón. Le digo que no tiene ninguna culpa y se aleja, diciendo que llama para avisar que no irá a trabajo. Solo ahora me doy cuenta que estoy sentada en el piso y, parándome, le digo que no es necesario. Pero él llama igualmente a alguien y se lo dejo hacer, porque necesito hablar con mi madre, para entender, y quiero que él venga conmigo. Cuando cierra la llamada, le explico lo que quiero hacer y me pregunta cuando quiero ir. Le digo que quiero hacerlo inmediatamente, porque si espero temo de cambiar idea y él asienta pensativo. Mientras estoy en el coche, trato de acordarme otros episodios como ese, pero no se me vienen a la cabeza y Matthew dice que ya llegamos. Me bajo y lo espero. Él me aprieta la mano y me pregunta si estoy lista. Le digo que si y veo mi madre abrir el portón. Ella nos pide que entremos y nosotros lo hacemos. Nos sentamos todos en la sala y mi madre le pregunta a Matthew si quiere un café. Él le dice que no y ella le pregunta cuántos exámenes dio en la universidad.

—¡Señora, su hija quisiera hablar con usted! —resopla molesto.

Aprieto su mano y le cuento a mi madre lo que me acordé hoy. Ella me observa y dice:

—¡Mírate! Saliste en sudadera, sin preocuparte mínimamente del hecho que el chico a tu lado está en completo negro.

Me observo y sonrío, notando que es cierto.

—Señora, yo no escogí a su hija así porque si. ¡La quise precisamente por cómo es! —puntualiza Matthew nervioso.

Lo miro agradecida y poniéndome seria, vuelvo al recuerdo, volteándome hacia mi madre. Ella se pone a la defensiva y yo le pregunto solo porqué. Ella trata de negar y yo le digo que estoy segura que haya ocurrido.

—¡No eras tú! ¡Estabas en la habitación, pero no eras tú! —afirma nerviosa.

Le sigo el juego y le pido que me cuente todo. Ella se acomoda sobre el sofá y me recuerda:

—Tu prima había hecho caer un botella de vino y la abuela se había enfurecido. Su madre no quería pegarle, porque tenía solo cuatro años y era muy pequeña para entender. Pero la abuela no dejaba de gritarle contra que no era una buena madre y perdió la paciencia.

Escucho y le pregunto adonde estaba mi padre, y porqué no se dio cuenta de

nada. Ella me repite que no era yo y yo le vuelvo a hacer la pregunta cambiando mi padre con mi tío.

—El tío estaba en los campos y regresaba demasiado tarde. Tu prima ya había dejado de llorar y estaba dormida —dice pensativa.

Le pregunto como hizo el tío para no darse cuenta de los moretones y ella afirma:

—Los papás jamás ven a sus hijas desnudas, porque no está bien.

Pienso en esto y me doy cuenta que, si hubieran tenido un niño, tal vez todo esto jamás habría ocurrido. La miro y la informo:

—Matthew y yo nos casaremos y un día tendremos hijos. Quiero que te quede claro que tú los podrás ver solo en mi presencia y que, si te atreverás a ir contra mi voluntad, será la última vez que los verás a ellos y a mí.

Me paro y añado:

—Mañana hay una cena en la casa de los Mitchell para hablar del matrimonio, más te vale que prestes atención en lo que dices, si quieres participar a la ceremonia.

—¡Todavía no te has casado y ya vas volando! —resopla pavoneándose y, parándose, añade riéndose:

—¡Yo también lo hice cuando conocí a tu padre, de campesina a ciudadana!

—Tu jamás te convertiste en una ciudadana y lo pero es que no eres ni siquiera una campesina, porque no eres digna de ser definida ni lo uno ni lo otro —puntualizo con repugnancia.

—El estudio está dando sus frutos —contesta orgullosa.

—Solo porque encontré a Matthew, que me hizo apreciar el estudio y la vida —replico mirándolo.

Él me sonríe y le recuerda a mi madre la cena en la casa de sus padres.

—¡No vendré! ¡Ni a la cena ni al matrimonio! —resopla ella con desprecio.

—Tu no vienes solo porque quieres molestarme. Pero tranquila, ya no tengo cuatro años y papá no está en los campos —le digo sonriendo y la saludo.

Habría podido nombrar a Valeria, pero no quiero ensañar más de lo debido y salgo de esa casa, para jamás volver. Matthew me pregunta como estoy y le digo bien. Decidimos ir a caminar un poco por la ciudad y él insiste en comprarme ropa.

—¿No que me habías escogido por cómo soy? —le pregunto burlándome de él.

Se ríe y afirma que lo hace solo por su padre. Sonríe y acepto de comprar

solo un vestido para la cena con sus padres. Se lo dejo escoger a él, porque a mi no me interesa cuál o cómo tiene que ser, y cuando por fin me dice que es perfecto, le digo que ya terminamos. Matthew sonríe y yo voy a ponerme nuevamente mi sudadera. Cuando salgo del vestidor, trata de mostrarme otro vestido y le pregunto cuando debería ponérmelo. Afirma que podría usarlo para la cena de esta noche y le explico:

—Para mi padre será suficiente oírnos hablar del matrimonio y no hay necesidad que me presente vestida como un extraterrestre.

Él me mira riéndose y yo le digo que podemos irnos. Cuando me habla de los zapatos, lo miro mal y puntualiza que compraremos solo un par para la cena. Acepto y lo dejo escogerlos. Me mido tres pares y cuando veo que me muestra otro, decido de comprar los que tengo puestos, con tal de salir de ese negocio. Acepta divertido y le digo que lo espero afuera. Cuando sale, le explico que estoy cansada y nos dirigimos hacia la casa. Cuando llegamos, le digo que voy a ducharme y lo veo sonreír. Lo miro mal y entro al baño. Me sigue, diciendo que tiene que afeitarse y salgo del baño, explicándole que mientras tanto tiendo la ropa, y lavo los platos. Me recuerda que la lavadora está en el baño y le digo que antes que todo me ocuparé de los platos. Se echa a reír y me alcanza en la cocina. Lo ignoro y limpio los platos, poniendo la pasta en otro recipiente.

—¿No la arrojas? —pregunta perplejo.

—¿Como se te ocurre? Me tomé medio día preparándola. ¡Será tu almuerzo para mañana! —contesto sería.

Me abraza desde atrás riéndose y le recuerdo la cena con mi padre.

—Tenemos todo el tiempo para hacer las cosas con calma —afirma sonriendo malicioso.

Me volteo y le explico que todavía me duele. Él me dice que es normal y yo lo miro preocupada. Por cierto tuve dos orgasmos, pero él segundo no fue solo placer así que Matthew me suelta, diciendo que va a ducharse. Lavo los platos y luego entro al baño para sacar la ropa de la lavadora. Matthew sigue bajo la ducha y prefiero no mirarlo, sabiendo lo que quiere. Doblo las sábanas y las pongo sobre el tendedero cerca al radiador. Todavía no lo han prendido y abro la ventana que se encuentra justo encima, para cambiar el aire en la habitación. Todavía no hace mucho frío y de todos modos la dejaré abierta solo el tiempo necesario. Matthew sale del baño en albornoz y le aconsejo de vestirse en el baño. Él asienta y abre el armario. Lo abrazo desde atrás y le pido perdón.

—El hecho de tener tanto ahí abajo jamás fue un problema, es más... Pero

ahora... —dice pensativo.

Me río y, alejándome, rebato:

—A lo mejor hubiera debido comenzar a darle hace tiempo.

Entro al baño, me desvisto y me hago una cola, porque no tengo ganas de lavarme el cabello. Voy bajo la ducha y abro la llave. Comienzo a enjabonarme, poniendo mucha atención a cuando paso con la esponja entre mis piernas y veo que Matthew entra con su ropa en las manos. Voy bajo el agua y lo observo. Se quita el albornoz y se viste. Es un hombre hermoso y, solo ahora, observo cada detalle de su cuerpo. Tiene las espaldas anchas y los músculos de los brazos bien definidos. Tiene una cola firme y piernas de futbolista. Me gustan también sus pies, largos y delgados, y su rostro es dulce y duro al mismo tiempo, porque su mandíbula dura, no le esconde ese velo de tristeza que tiene en sus ojos. Cuando se voltea hacia mi, le sonrío y él afirma:

—Mejor me visto en la habitación.

Me río y le pregunto porqué. Me mira mal y yo salgo de la ducha. Observa mi cuerpo, hace un respiro profundo y me susurra que soy hermosa. Me acerco, le desabotono la camisa y él añade:

—Giulia, creo que deberíamos esperar un par de días.

Beso su pecho y luego le muerdo un pezón. Él me aleja gimiendo y, teniéndome por los brazos, me observa diciendo mi nombre incierto. Lo miro perdida y él me besa apasionadamente. Cuando me levanta, cierro mis piernas alrededor de su cuerpo y me pega contra la pared. Tengo un sobresalto, apretándome a su cuerpo y cuando siento su erección, comienzo a mover la cadera sobre ella. Nuestras bocas son prácticamente abiertas y nuestros respiros son fuertes y afanados. Él sigue mis movimientos, apretando mis nalgas y muerde fuerte mi labio. Emito un gemido de dolor y pérdida en el deseo de su cuerpo, aumento la intensidad de mis movimientos, siguiendo los suyos. Matthew me levanta con una mano y con la otra mete su erección entre mis piernas. Luego sigue apretando mi cola, teniéndola a la altura adecuada y se aleja para mirarme.

—¿Estas segura, Giulia? —pregunta respirando a ratos.

Me bajo segura sobre su erección y la siento entrarme adentro, hasta llenarme completamente. Emite un grito de placer y luego me besa apasionadamente. Su lengua es fuerte y determinada, así como sus golpes, que mandan su erección hasta el fondo y yo gimo, grito, me revuelco. Siento mi fisura alargarse sin tener otra opción y mis entrañas atrasan para dejarle el puesto a una erección impertinente, que necesita de espacio, ¡de ‘mucho’

espacio! Tal vez todos mis órganos se están inquinando ante la voluntad de un Dios que sabe imponerse o tal vez lo hacen por admiración frente a semejante potencia. La cosa importante es que lo hagan, resignándose al hecho que lo verán siempre más seguido y que no hay otra opción. Me aprieto a él en éxtasis y le susurro:

—¡No pares! ¡Dale, Matthew!

Lo hace y lo siento respirar como si estuviera agotado por esta maratón, pero no puede detenerse, porque tiene que llegar hasta la meta absolutamente. Cuando yo llego, emito un grito inhumano y siento que todo mi cuerpo se endurece, y luego comienza a pulsar sin control. Cada músculo de mi cuerpo baila, satisfecho por haber llegado a la meta y por haber ganado su recompensa. Matthew me aleja rápidamente y yo pongo los pies en el piso. Mi abdomen se llena de un líquido caliente y del olor embriagante. Me abraza y me recuesto contra su cuerpo. Nuestros corazones siguen latiendo fuerte y nuestros respiros los siguen. Le beso el cuello y él me pregunta si estoy bien. Le digo que sí y se tranquiliza. Luego se aleja y aferrando mi mano, dice que ya se hizo tarde. Me río y bajo la ducha, me observa diciendo:

—¡Se ve desde un quilómetro de distancia que acabaste de tener un orgasmo fantástico!

Me río a carcajadas y le digo que está loco. Lo veo sonreír complacido y le recuerdo que mi padre nos espera. Se pone serio y me aconseja que me haga una ducha fría. Le grito que está loco y él dice que mi padre entenderá. Lo miro preocupada mientras sigue sonriéndome complacido, enjabonándose. Para mí que está bromeando y me ducho rápidamente. Cuando siento su mano acariciarme la espalda, me volteo y me río cuando lo veo jadear. Miro su erección y me pregunto como puede ser posible que una cosa como esa pueda encontrar espacio dentro de mi cuerpo. Hace un respiro profundo y se aleja diciendo que nos cogió la noche. Lo veo ponerse su albornoz sufriendo y me pregunto si para el hombre, estar excitado y no poder desahogar su deseo, puede ser doloroso. Salgo, me pongo el albornoz y lo sigo hacia la habitación. Cierro la ventana pero me pide que la deje abierta. Le hago notar que ahora hace frío y él dice que es perfecto para calmarse. La dejo abierta y lo alcanzo en el armario, friolenta. Lo veo abrir su albornoz y noto que su erección sigue llena de apetito. Lo abrazo y sentir su piel caliente, es un alivio. Se queda inmóvil y me llama. Lo ignoro y le beso el cuello. Adoro su piel y la calidez que emana. Me aprieta y me recuerda que mi padre nos está esperando. Mi bajo vientre pulsa y mi respiro se vuelve irregular. Recordar el ‘fantástico’

orgasmo que acabo de tener me prende nuevamente el deseo y las ganas de comenzar otra vez. Me levanta diciendo que tenemos poco tiempo y me aferro a él con brazos y piernas. Cuando se sienta sobre la cama, me alejo y dejo entrar su erección en mi fisura. Lo miro y me bajo hasta estar llena. Emite un gemido y jadeando, comienza a follarme sin tregua, buscando alivio para esa erección que no quería resignarse. Lo abrazo y siento mi cuerpo subir y bajar, violentamente. La libido llega inmediatamente hasta las estrellas, sintiendo su pene imponente y caliente moverse dentro de mi como si estuviera en su casa. Me aprieta aún más, teniéndome quieta para acoger toda su potencia y yo, ya al límite, le pido que no se detenga. Aleja su cabeza para mirarme y me pregunta:

—¿Giulia, tomaste tu pastilla? —Entre un gemido y el otro.

Le grito un sí, explotando en un orgasmo devastador y él lo hace después de mí, inundándome de líquido caliente. Siento su erección pulsar y él tener el respiro. Lo abrazo agotada y Matthew me aprieta, diciendo:

—Te amo demasiado, Giulia —Jadeando.

Se que debería decirle la misma cosa, pero no quiero hacerlo y me alejo afirmando que tenemos que apurarnos. Él me suelta y yo entro al baño. Apenas termino, Matthew entra y yo salgo a vestirme. Cuando estoy lista, él se acerca al armario y yo voy a arreglarme el cabello, en el baño. Pongo el albornoz en su lugar y me peino el pelo. Él entra y yo salgo a cerrar la ventana. Me siento sobre la mesita y me pregunto porqué no logro decir esas dos palabras. Matthew afirma que nos podemos ir y yo lo sigo. Afuera, mientras estamos caminando, le cojo la mano y le pido perdón. Su mano no aprieta la mía, pero tampoco la suelta y admite nervioso:

—¡Giulia, me estoy aferrando a la posibilidad que tú no lo digas, solo porque tuviste una madre que no te demostró afecto!

¡Tiene que ser por eso! Porque yo se que quiero estar solo con él y los seis meses que pasé llorando porque lo extrañaba, mientras estaba en la universidad, me hicieron entender esto. En la casa de Valeria, mi padre me pregunta porqué llegamos tarde y Matthew le explica que tardó un poco trabajando, porque hoy fuimos a visitar a mi madre. Nos sentamos a cenar y mi padre me pregunta la razón de la visita. Matthew aprovecha para hablarle inmediatamente del matrimonio y mi padre quiere saber que opina mi madre.

—No quiere saber nada y no vendrá —resoplo irritada.

Me pregunta la razón y me limito a decirle que discutimos nuevamente. Él asienta y le pregunta que opinan sus padres del matrimonio.

—Mi padre está muy feliz, porque espera que yo me quede aquí. Pero no sabe que, después del matrimonio, nos mudaremos y yo comenzaré un nuevo trabajo —admite Matthew pensativo.

Mi padre le pregunta si es una cosa segura y él le explica que tendrá que comenzar el próximo mes. Mi padre lo mira perplejo y después de haberle recordado que le faltan dos años para graduarse, le pregunta de que trabajo se trata. Miro curiosa hacia Matthew y espero su respuesta, porque yo no había pensado en todo esto. Él le explica que más o menos es lo mismo que está haciendo ahora y que tiene todas las intenciones de aplicarse al máximo en sus exámenes, para tratar de reducir los tiempos. Mi padre no le pregunta nada más y Matthew, seguro de no haberlo convencido, añade:

—Luigi, yo desde siempre he oído hablar de administración de empresas y para mí no es un problema pasar a la práctica, mientras estoy estudiando la materia. Apenas me inscribí a la universidad, me contactaron tres empresas diferentes y yo acepté la propuesta que más me gustaba. Ganaré menos de lo que gano ahora, pero tranquilo, porque a Giulia no le faltará nada y mientras tanto esta situación me ayudará a superar los exámenes con menos dificultades.

—¿Menos dificultades? ¡Tendrás una esposa a cargo tuyo y las responsabilidades que eso comporta! Matthew, yo te aconsejo que te concentres en los exámenes que te faltan y de hablar de matrimonio solo cuando estes graduado —le propone mi padre inquieto.

Matthew sacude la cabeza y rebate:

—¡No la dejaré aquí! ¡Siendo novios, ni tú ni tu esposa me daríais el permiso para llevarme a Giulia conmigo y yo no quiero que siga sufriendo! Además se que la lejanía nos haría daño y que podría hasta dejar mis estudios para estar con ella. Serán dos años durante los cuales nos tocará hacer unos sacrificios, pero cuando me graduaré ganaré mucho más que ahora y si ella estará a mi lado, la cosa sucederá en los tiempos previstos.

Él lo mira pensativo y luego me observa.

—Papá, tienes que relajarte —le susurro dulcemente.

Él asienta y Valeria exclama que nos estamos aburriendo con esas charlas tan serias. Le sonrío y ella me pregunta quien me ayudará con los preparativos para el matrimonio. Le respondo que no se y ella me ofrece su ayuda. Lo acepto divertida y cuando nos pregunta si ya tenemos una fecha, agacho la cabeza preguntándome si será posible casarnos el día de Navidad y Matthew le contesta que yo tengo que escoger la fecha. Admito que me gustaría el día de Navidad y Valeria me explica que sería mejor escoger otro día. Le pregunto

porqué y ella afirma que la organización sería demasiada complicada. La miro decepcionada y mi padre me pregunta adonde me gustaría casarme. No soy una frecuentadora de iglesias y le digo que para mí una vale la otra, con tal de que sea Navidad. Veo mi padre pensar y siento Matthew decir que sus hermanos se casaron en la iglesia fuera de la ciudad. No la conozco y cuando mi padre le pregunta cuál, escucho la descripción de Matthew. Mi padre le pregunta si sabe a quien podría preguntarle si está libre para Navidad y él dice que se ocupará de esto. Lo miro feliz y él me observa divertido, afirmando:

—¡Nos casaremos el día de Navidad!

Lo abrazo y le doy las gracias. Él me acaricia y dice:

—Te amo, Giulia y haré todo lo posible para que seas feliz.

Le doy un beso sobre sus labios, le agradezco y me alejo. Si piensa que le voy a decir esas palabras, solo porque estamos cenando con mi padre, ¡esta bien equivocado! Pienso molesta y cambio de tema, preguntándole a Valeria como está su hijo. Veo mi padre pensativo y me doy cuenta que notó mi actitud. Estoy furiosa con Matthew y evito de hablarle o de mirarlo, por toda la cena. Cuando nos saludamos, mi padre dice que mañana vendrá a tomarse un café al apartamento y ya se que de quiere hablar. Le digo que me alegra mucho que venga a visitarme y le deseo una buena noche. Salgo y me encamino sin esperar a Matthew. Él me alcanza y resopla:

—¡No quiero volver a quedar como un culo frente a mis padres! ¡Quiero estar seguro de que te quieras casar y el único que puede saber, lo que realmente quieres, es tu padre!

No comento y sigo caminando. En la casa, voy al baño y me lavo los dientes, luego me desvisto y me acuesto. Cuando Matthew trata de acercarse a mi, le grito que tiene que dormir en el sofá y me pregunta nervioso si hablo en serio. Le digo que si y él puntualiza furioso:

—¡Acepto, pero solo porque estamos en la misma habitación! ¡Pero si piensas que volveré a aceptar una cosa como esta y a no dormir contigo, solo porque tú estás enfadada, no entendiste absolutamente nada y más te vale que pienses en esto también, antes de ir a hablar de matrimonio con mis padres!

Lo veo acostarse en el sofá y le deseo amargada que descanse.

—¡Giulia, te hice dormir una vez en el sofá y ahora me toca a mi! ¡Que no se te vuelva a ocurrir decirme adonde carajos tengo que dormir! —grita furioso.

—¡Para que aprendas a cerrar la boca! —replico nerviosa.

Él se levanta y se acerca a la cama, preguntándome:

—¡Te dije que te amo! ¿En que mierda me equivoqué?

—Sabías que no te lo habría dicho y me hiciste una mala jugada —resoplo rabiosa.

Matthew vuelve a acostarse en el sofá, y exclama:

—¡Si no estás segura que me amas, no quiero que te cases conmigo!

—¡Entonces no nos casaremos! —rebato furiosa.

Él no comenta y yo me doy cuenta que exageraré. Lo alcanzo y me arrodillo frente a él, pidiéndole perdón. Lo siento respirar nerviosamente y dice:

—Cambié todos mis planes y me convencí que mi futuro es contigo. Pero si para ti no es lo mismo, prefiero saberlo en este momento.

Me recuesto con la cabeza sobre su pecho y le explico:

—La primera vez que te vi no tuve el famoso flechazo y aún ahora sigo sin sentir las mariposas en el estomago cada vez que te veo. Pero te extraña mucho en esos seis meses y...

No me deja terminar y puntualiza contrariado:

—¡Giulia, fueron casi nueve meses!

Se voltea, dándome la espalda, sin importarle que yo estuviera recostada sobre su pecho y me alejo. Tengo el corazón que se me revienta y no entiendo por cual razón. Siento la vocecita que me ordena de decirle lo que quiere escuchar y yo le presto atención, preguntándome porqué se presenta solo cuando estamos discutiendo. ¿Será esto el amor? Una vocecita que oyes solo cuando estas en algún lío con el hombre con el que te quieres casar, me pregunto perpleja y la oigo repetirme que lo amo. Pero ella es la única que logra decir esas palabras, porque yo, por más que me esfuerce, no soy capaz ni de pensarlas y me acuesto en el piso, preguntándome que clase de problemas tengo. Tengo frío, me levanto y saco dos cobijas. Con una tapó a Matthew y luego me envuelvo en la otra, acostándome en el suelo, al lado del sofá. Cierro los ojos confundida y cansada, y me duermo.

Me despierto en la cama y me quedo bajos las cobijas hasta mediodía, cuando me doy cuenta que Matthew ya se fue. Mis dudas de ayer me siguen atormentando y no se que hacer. Me levanto y veo las cobijas dobladas, sobre el sofá. Tiendo la cama y me visto. Matthew no regresa a mediodía, pero mi padre se presenta a las 15.00 y, obviamente, me pregunta si estoy segura de quererme casar con él. Le digo que si y me pregunta por qué . Lo miro y le explico:

—Porque con él me siento segura, porque me entiende y se que no me hará daño.

Él afirma que no es suficiente y yo añado llorando:

—¡Yo lo quiero! ¡Lo se! ¡Estoy segura que él es el hombre de mi vida!

Me vuelve a preguntar por qué y exclamo:

—¡Porque podría morirme, si tuviéramos que terminar!

Lo veo sonreír y lo abrazo llorando. Él me aprieta y me susurra que todo estará bien. Le confieso que anoche discutimos y él me pregunta la razón. Le cuento lo que pasó y que le grité que no me habría casado con él. Sacude la cabeza desconsolado y exclama:

—Anoche, Valeria me dijo que sos perfectos el uno para la otra.

Me alejo y lo escucho con atención. Me seca las lagrimas y añade:

—Me dijo que en Matthew es evidente el interés, pero que tú no quieres arriesgarte, porque sabes que, una vez que hayas dicho esas palabras, no podrás devolverte. Para ella, estas muy enamorada, pero prefieres tenértelo para ti hasta que no estarás seguras de poderlo admitir.

Bajo la mirada reflexionando y le pregunto si él también piensa que pueda ser así. Se ríe y afirma:

—¡No creo de haber estudiado mujerologia, como para entender que le pasa por la cabeza a una mujer! ¡La mayoría de las veces decís una cosa y pensáis otras veinte!

Lo miro riéndome y él me pregunta de los padres de Matthew. Me pongo seria y le explico:

—Su padre tiene el mismo carácter de mi mamá, pero tiene mucho más poder que ella y todos lo temen. Su madre se parece más a ti, querida y siempre disponible. No conozco a sus hermanos y ni siquiera a la esposa de Thomas. Pero conocí a Sandra, le esposa de Ricardo y ella era buena gente, hasta que no descubrí que esperaba que naciera algo entre Matthew y su hermana, Vittoria.

Bajo la mirada diciendo que entiende porque Matthew quiere irse y le pregunto del matrimonio. Él me mira curioso y yo añado:

—Para mi, es importante solo que sea el día de Navidad y del resto no me importa. ¡No necesito ni un vestido costoso ni un restaurante de lujo! Quiero que esto te quede bien claro a ti y sobretodo a ellos.

Él me recuerda que estamos hablando de los Mitchell y yo puntualizo que nosotros somos los Manara. Asienta pensativo y le repito que no quiero que se gaste mucho dinero.

—¡Giulia, eres mi única hija y si tendré que pedir un préstamo al banco para pagar tu matrimonio, lo haré! No porque tengamos que demostrarle algo a

los Mitchell, sino porque te quiero mucho y porque eres mi princesa —explica seguro.

Tendré que encontrar una solución y cambio de tema, preguntándole si iremos a la cena juntos. Se para y dice que Valeria lo está esperando. Le pregunto que tienen que hacer y me explica:

—Me impuso que me pusiera un completo oscuro y me dijo que tengo que comprar uno.

Me río y me saluda, añadiendo que nos vemos más tarde. Me paro y notando que la ropa en el tendedero ya está seca, la recojo. La doblo y la pongo en el armario. Miro fuera de la ventana y me pregunto si Matthew sigue queriendo casarse conmigo. Cuando se abre el portón, me volteo y él me saluda frío con un hola. Le pregunto si podemos hablar y me dice que sí, sentándose en el sofá. Me quedo adonde estoy y le pregunto si está enfadado.

—¡Giulia, no estoy enojado! Solo decepcionado —dice nervioso.

—¿Ya no quieres casarte? —pregunto aprensiva.

Mira en frente a sí pensativo sin contestar. Mi corazón deja de latir por unos segundos y luego vuelve a hacerlo sin alguna gana. Siento las lágrimas bajar y me siento a su lado, diciendo:

—¡No lo hagas! ¡No me dejes, Matthew!

Él me observa serio y yo añado:

—Te necesito. ¡Necesito saber que tú estarás a mi lado para siempre!

Se mira a su alrededor pensativo y se pasa nervioso los dedos de la mano sobre los labios. Me siento sobre sus piernas y le suplico que no lo haga, llorando desesperada.

—Tu no sabes cuanto te amo y las dudas que me atormentan son espeluznantes. Tú podrías lastimarme mucho, sin ni siquiera darte cuenta y yo ya no se que es justo hacer —confiesa preocupado. Lo abrazo y con la cara sumergida en su cuello, le susurro:

—Tu no sabes cuanto eres importante para mi y estamos corriendo el riesgo que esto lo arruine todo.

Matthew me escucha y luego me abraza, acariciando mi mejilla con la suya. Le beso el cuello y siento esa bendita voz ordenarme que se lo diga. Le digo que no nerviosa y me quedo entre los brazos de Matthew. Ella sigue ordenándomelo y yo me alejo de Matthew, diciendo que tengo que ir al baño. Me lavo la cara con agua fría y me miro al espejo, pensando que tal vez debería ir al médico. Cuando veo a Matthew entrar mirándome curioso, me volteo y le cuento:

—Desde que te conocí, hay una vocecita en mi cabeza que me dice que hacer cada vez que discutimos.

Se ríe y me pregunta que dice. Lo miro mal y resoplo que no son problemas suyos. Él me abraza divertido y me pregunta si son cosas malas, poniéndose serio. Me aferro a él y exclamó:

—¡Si fuera por él, ya estaríamos casados!

Me aleja y me pregunta asombrado si es una voz masculina. Lo pienso y le digo que si, porque lo es. Lo veo mirarme perplejo y me apresuro a cambiar de tema, recordándole la cena con sus padres. Él sale quitándose la chaqueta, mientras dice que tiene que ducharse y yo me miro al espejo, para revisar que esté todo bien, ¡como si la locura fuera visible! Veo Matthew entrar quitándose la camisa y mientras se desviste, le pregunto quien estará.

—Cuando se habla de asuntos familiares, los niños no vienen. Pero me parece que mi padre haya cambiado y no se que esperarme —contesta serio.

Le pregunto en que lo vio diferente y él, desnudo, me mira contándome:

—Mi madre me dijo que siempre le pregunta por nosotros y cuando le hablé del matrimonio, hasta me sonrió.

—¿Por qué tu padre nunca sonríe? —pregunto asombrada.

Se ríe y entrando en la ducha, dice que lo hace solo con los niños.

—Me habrá confundido con una de ellos —rebato burlona.

Me dice que estoy loca y salgo, para arreglar el vestido y los zapatos que tendré que ponerme. Cuando Matthew llega en albornoz, corro a ducharme rápidamente y lavo el cabello también. En bata, los seco y los dejo ondulados. Jamás he tenido el flequillo y pruebo para ver cómo me quedaría. Matthew entra, me observa y dice que me quedaría bien. Busco las tijeras y él me pregunta preocupado, que estoy haciendo.

—¡Me hago el flequillo! —contesto segura de mi.

Abre los ojos y puntualiza que será mejor ir a la peluquería. Encuentro las tijeras y le digo que no tengo ninguna intención de gastar dinero para esta estupidez. Me quita las tijeras y afirma categórico que mañana me acompañará. Asiento para complacerlo y espero que salga. Me observa sospechoso y me recuerda que ya está tarde. Le digo que tengo que ir al baño y me mira mal, ordenándome que no haga estupideces. Lo empujó hacia fuera, recordándole que las tijeras las tiene él y luego cierro la puerta a llave.

—¡Giulia, no la cagues! —grita rabioso.

Busco las tijeretas y cuando las encuentro, con el peine separo el mechón que quiero cortar del resto. Cojo la medida y corto. Me miro al espejo

satisfecha, boto el cabello en la taza y bajo el agua. Aliso el flequillo con cepillo y secador, y cuando termino, me miro orgullosa. Salgo del baño y Matthew se acerca gritando que lo sabía. Lo miro sonriendo y él me toca el fleco, puntualizando que me había dicho que no. Me alejo afirmado que ya es demasiado tarde y me visto. Cuando lo veo observarme con una sonrisa de oreja a oreja, le recuerdo que tenemos que irnos y voy hacia el portón. Salgo y voy hacia las escaleras. Me alcanza y agarra mi mano, diciendo que tenemos que pasar a la casa de mi padre. Nos vamos a pie hasta allá y luego, con el coche de mi padre, vamos a la casa de Matthew. Obviamente, tanto mi padre como Valeria, me preguntan por mi cambio de look y sonrío, diciendo que fue Matthew que me lo pidió. Me mira mal sin decir nada. Valeria afirma que parezco más grande y mi padre simplemente asienta. Matthew sacude la cabeza mirándome serio y le doy un beso sobre los labios. Mirando a mi padre, me doy cuenta que está nervioso y sonrío cuando veo a Valeria acariciarlo. Cuando llegamos, Matthew saca un control colgado en su juego de llaves y el portón se abre. Esta vez veo a Ginevra sobre la puerta y la miro maravillada, mientras me bajo del coche. Ella saluda a mi padre, que le presenta a Valeria y luego la abraza diciendo que la alegra mucho verme. Me alejo y la veo saludar a Matthew, toda sonriente. Nos abre el paso hacia la sala, abre la puerta y dice que ya llegamos. En la mesa veo que todos se paran, niños incluidos y me sorprende notar el señor Mitchell avanzar hacia mi padre.

—Buenas noches, señor Manara, que gusto volverlo a ver —afirma, apretándole la mano.

Mientras él hace las presentaciones, noto Vittoria y miro nerviosa a Matthew. Lo veo observarla y la cosa me molesta. Nos sentamos y oigo sonar un timbre. Después de poco se abre la puerta y veo pasar a Consuelo con una vajilla, seguida por Pina, que tiene otro. Pasan por todos los comensales, respetando las reglas del señor Mitchell y cada uno se sirve cuando es su turno. Yo también lo hago y espero. Consuelo y Pina dejan las vajillas sobre el Buffet y vuelven a pasar nuevamente, una con el vino y la otra con el agua. Nos quedamos todos en religioso silencio y cuando, Consuelo y Pina, terminan, dejan las botellas sobre la mesa y salen. El señor Mitchell nos desea un buen provecho a todos y comenzamos a cenar. Estoy furiosa, porque Vittoria está sentada al lado de Matthew y no puedo ver lo que hace.

—¡Señor Manara, por fin estamos listos para este matrimonio! —afirma el señor Mitchell pavoneándose.

Mi padre le responde solo con un si y él añade:

—Como le había prometido, compré una casa para los esposos y la dejé a nombre de su hija.

Mi padre lo mira perplejo y le agradece, para nada contento. No se si sea cierto y, sinceramente, no me interesa saberlo. El señor Mitchell le pregunta a Matthew si ya sabe la fecha y él le explica que nos gustaría casarnos el día de navidad. Él asienta y afirma que entonces esa será la fecha. Luego se dirige hacia sus hijos y les pregunta de la iglesia. Thomas dice que él se encargará mañana de eso y Ricardo añade que el padre estará feliz de acoger otro matrimonio de los Mitchell.

—De todo el resto, obviamente, se ocuparán las mujeres y cuento sobre el hecho que todas colaboraréis, Giulia —afirma el señor Mitchell, sin darnos otra opción o posibilidad de replicar. Valeria trata de decir que conoce un buen esteticista y el señor Mitchell puntualiza:

—Podrá hablar de esto con las otras mujeres más tarde.

Ella agacha la cabeza avergonzada y el señor Mitchell le pregunta a Matthew sobre la convivencia.

—Ya hablamos de esto y te dije que nos quedaremos en el apartamento, hasta que nos casaremos —contesta Matthew molesto.

No miro a nadie y sigo comiendo, como si la cosa no me involucrara.

—Matthew, es cuestione de pocos meses y no cambia nada si os mudáis ahora —puntualiza Ricardo.

Matthew no contesta y Thomas añade:

—Podréis amoblarla y arreglarla como más os guste, y cuando os habréis casado ya tendréis vuestra casa de los sueños.

—¡Yo no creo que sean problemas vuestros! —resopla Matthew molesto.

Nadie añade nada por unos minutos y luego el señor Mitchell pregunta:

—¿Señor Manara, usted que les aconseja que hagan? ¿Pagar un arriendo así porque si o gastar ese dinero para arrendar la que un día será la casa de ellos?

Evito de mirar a mi padre, para no presionarlo más de lo debido y él contesta:

—No es con el arriendo de tres meses que lograrán amoblar una casa y, sin embargo, tendrán todo el tiempo para hacerlo después.

Nuevamente hay un silencio muy largo y después suena nuevamente el timbre. Consuelo entra con Pina y se llevan los platos con los cubiertos sucios. Después de un rato vuelven con una vajilla cada una y vuelven a pasar entre los comensales. Yo me limito a servirme un poco de verduras y evito la carne.

Cuando terminan, llenan los vasos vacíos del agua y salen. Seguimos comiendo y el señor Mitchell pregunta:

—¿Señorita Manara, a usted le gustaría mudarse a la casa donde un día crecerán vuestros hijos?

Lo miro asustada y Matthew dice:

—Giulia, quiero hablar contigo.

Me volteo y lo veo esperarme de pie. Me paro, pidiendo permiso y lo sigo. Thomas me llama y lo miro.

—Giulia, tarde o temprano tendréis que mudaros y es mejor hacerlo ahora, con calma —afirma serio.

Asiento y me volteo hacia Matthew. Ricardo también me llama y lo miro perpleja.

—Giulia, os casaréis el día de navidad y tú sabes que esa es una temporada un poco difícil y que podríais tener que aplazar esta cosa de uno o dos meses. No se si ya queréis tener hijos, pero tú sabes que en los primeros meses es aconsejable no estresarse y tendrás que ocuparte del trasteo y del amueble — explica amablemente.

Los observo a todos, para ver si alguien más quiere darme algún consejo y luego sigo a Matthew fuera del comedor. Él agarra mi mano y me jala hasta otra habitación. Cierra la puerta y me mira, afirmando:

—Se que una casa es mejor que un apartamento, pero ya te expliqué que no viviremos aquí y que nos iremos inmediatamente después del matrimonio.

Asiento y le explico:

—Para mi no hay ninguna diferencia entre donde iremos a vivir, la cosa importante es que tú estés conmigo. Pero... tal vez nos conviene aceptar y complacer a tu padre hasta el matrimonio. Si rechazas ahora esta casa, serán meses largos y difíciles, y que no se te olvide que tenemos que ocuparnos de los preparativos para el matrimonio.

El baja la mirada nervioso, reflexionando y yo le pregunto que lo preocupa. Me mira y puntualiza:

—¡Tu no conoces a mi padre como lo conozco yo!

Le digo que tiene razón y le pregunto que quiere hacer. Él piensa, dice que haremos como yo diga y añade:

—¡Pero no te encariñes con la casa, porque no viviremos allá por mucho tiempo!

Le digo que entendí y regresamos al comedor. Nos sentamos y el señor Mitchell pregunta que decidimos. Se que Matthew tiene que responderle y

miro mi plato, tratando de pasar desapercibida.

—Aceptó de mudarme y de ocuparme del amueblo —contesta Matthew molesto.

Nadie dice nada y me pregunto si es esto que su padre precisamente quería. Después de un rato, el señor Mitchell se para y le propone a los hombres un buen Whisky. Todos se paran y lo siguen. Cuando la puerta se cierra, Ginevra y las otras mujeres toman vida y se acercan a mi. Miro a Valeria y cuando la veo confundida, le sonrío. Todas me pregunta del matrimonio y Ginevra las calla, recordándoles que los hombres están en la otra habitación. Luego tranquiliza a Valeria y le pregunta del diseñador. Las dejo hablar de vestidos, restaurantes, peluqueros y de docenas de cosas más sobre el matrimonio y me limito a asentar sonriendo. Cuando comienzo a bostezar aburrida, Ginevra me pregunta si puede hablar conmigo y le digo que si. Sandra le recuerda que tiene poco tiempo y ella abre una puerta, pidiéndome que entre. Lo hago y quedándome de pie, Ginevra me pregunta como van las cosas con Matthew. Le digo que va todo muy bien y ella me explica:

—Sé que se quiere ir y que ya tiene otro trabajo que lo espera. Pero espero que decida de quedarse aquí y de veros más seguido.

Le digo que podría venir a visitarnos y ella afirma que es imposible. La veo pensativa y le digo que la saluda el abuelo de Simone. Sus ojos se iluminan y me pregunta si está bien. Le digo que si y ella me pregunta de su esposa. Le explico que está más enferma que el marido y ella susurra que lo siente mucho.

—Giulia, jamás hables de esto y con nadie —me ordena asustada.

Le digo que puede estar tranquila y le pregunto porque invitó a Vittoria también. Ella sonrío y afirma que no tengo que preocuparme por ella. Asiento sin preguntarle nada más y ella añade:

—Mi marido jamás la habría aceptado como nuera y se esfuerza de hacerlo como hermana de la esposa de su hijo.

Pienso en sus palabras y ella me explica que tenemos que regresar al comedor. Abre la puerta y me deja pasar. Nos sentamos a la mesa y noto que el humor de Valeria cambió. No tengo el tiempo de preguntarle nada, porque oigo abrirse la puerta a mis espaldas y veo que todas se vuelven a sentar. Los hombres nos alcanzan y veo mi padre mirarme pensativo. Le sonrío y él hace lo mismo. El señor Mitchell dice que fue una agradable noche y se para, añadiendo que se hizo tarde. Nos paramos y después de los varios saludos, salimos. Afuera veo a Valeria acercarse a Vittoria y la miro curiosa.

—Podría ser tu madre y, como dudo fuertemente de volverte a ver, ahora quiero decirte lo que pienso. Jamás conocí una chica descarada como tú y deja que te avise que trabajo en el estudio legal que también tiene, entre sus varios clientes, al señor Mitchell. ¡Si te atreves a difamar o a crearle problemas a Giulia, te aseguro que la vas a pagar muy cara! Quería que lo supieras... —la amenaza Valeria.

Ella la mira sin entender y Sandra le pide perdón por su hermana. Valeria se voltea hacia ella y añade:

—Si Giulia se casará con Matthew, te conviene alejarte de él también.

Sandra asienta y aleja a su hermana. Su marido le pregunta que está pasando y ella sacude la cabeza, ordenándole a Vittoria de subirse al coche. Valeria afirma que podemos irnos y la seguimos al coche de mi padre. Mientras regresamos a la casa, mi padre también le pide explicaciones y ella, volteándose hacia Matthew, explica:

—Lamento haber tenido que nombrar a tu padre y te aseguro que ni Luigi ni Giulia sabían esta cosa. Pero esa chica es una de esas que aman el dinero y el poder que te da, y no lo esconde. Me dio a entender que tuvisteis una historia, probablemente con la esperanza que yo alejara a Giulia de ti o, inclusive, que se lo contara a su padre, quien sabe por qué.

Mi padre frena el coche y aparca. Se voltea hacia Matthew y le pregunta de que está hablando. Me doy cuenta que Matthew está furioso y le aprieto la mano, puntualizando:

—Me contó todo y es una cosa pasada, de la cual no quiero hablar. Nosotros no éramos novios en ese entonces y él estaba libre de hacer lo que quería.

Mi padre me observa irritado y luego mira a Valeria curioso. Ella mira a Matthew y le aconseja:

—Aléjala y si es posible, no sólo de vuestras vidas, sino que de tu familia también.

Él afirma rabioso que lo hará y Valeria le sonrío a mi padre, subrayándole que todos estamos cansados. Mi padre agacha la cabeza y dice:

—Tu padre me dijo que se ocupará de todos los gastos del matrimonio y, aunque yo haya insistido en ayudarlo, él no quiso escucharme —Mira hacia Matthew y añade:

—Giulia está segura de querer casarse contigo y yo no haré nada para que esto no suceda. Pero quiero recordarte que es mi única hija y que, aunque no podré ayudar con los gastos del matrimonio, quiero pagaros los muebles de

vuestra casa, sea la que sea.

Matthew le agradece y él vuelve a prender el carro. Se que este matrimonio está molestando a mi padre y que nuestra situación financiera no nos ayuda. Me duele verlo así y no veo la hora que toda esto se acabe. Cuando estamos frente a nuestra casa, nos bajamos saludándolos y nos alejamos. Oigo arrancar el coche de mi padre y Matthew dice que mañana se ocupará de Vittoria. No quiero saber nada más y no hago ninguna pregunta. Cuando estamos en la cama, él me aprieta y dice:

—No quiero que tu padre gaste ese dinero inútilmente y, si para ti está bien, compraremos solo los muebles para la alcoba, ya que entendí que los muebles para la cocina serían prácticamente inútiles.

Sonrío y le digo que acepto. Él se pone a reír y afirma que aprenderé a cocinar cuando nos iremos. No comento, que es mejor y él se sigue riendo. Estoy agotada y abrazándolo, le deseo que descanse. Cierro los ojos y dice que me ama. Huelo su piel y me duermo.

Me despierta el timbre y me paro somnolienta, para ver quien es. Casi me da un infarto cuando oigo decir que es Sandra y después de haber abierto el portón principal, me pongo rápidamente una sudadera. No tengo el tiempo de tender la cama y abro la puerta, preguntándome que diablos hace aquí. Me quedo aún más aterrada cuando la veo llegar con Ginevra y Sabrina. Vienen con vestidos elegantes, seguramente de algún diseñador famoso y yo me miro la sudadera, descolorida por los muchos lavados y también veo un hueco en la parte anterior, que solo ahora veo. Hago un respiro profundo y las miro aterrada. Me avergüenzo como nunca antes por la situación del apartamento y las dejo entrar, sintiéndome incómoda. Las invito a acomodarse y mientras se sientan sobre el sofá, me apresuro a tender la cama. Cuando termino, me volteo con el rostro en llamas y me siento sobre la cama, preguntándoles que está sucediendo. Me doy cuenta que ellas se sienten tan incómodas como yo y las veo mirar por todas partes aterradas.

—¡No podéis vivir aquí! —resopla Ginevra seria.

Bajo la mirada y Sandra dice que tenemos que ir a ver que falta en la casa nueva. La miro sin entender y trato de decirles que preferiría hacerlo con Matthew. Ella se para y afirma:

—Matthew tiene que trabajar y eres tú que tienes que ocuparte de todo. Pero no estás sola, porque nosotras vinimos precisamente para ayudarte.

No estoy segura de quererlas complacer y les repito que antes que todo preferiría hablar con Matthew. Ginevra se para y se sienta a mi lado, diciendo:

—¿Giulia, no querrás preguntarle a Matthew que cortinas o que platos escoger, cierto?

Sonríó y admito que tal vez es mejor no hacerlo. Ella se para y afirma:

—¡Vístete, que tenemos un montón de cosas que hacer!

Obviamente, no les comunico que yo salgo siempre en sudadera y me apresuro a buscar algo adecuado en el armario. Pero jamás he tenido algo que se pueda parecer, mínimamente, a los vestidos que tienen ellas y sigo buscando, con la esperanza que aparezca algo de la nada.

—Creo que antes deberíamos ir a hacer compras —comenta Sabrina.

Sandra se ríe y Ginevra alarga la mano para sacar algo del armario. Me alejo y ella me pasa una camisa y un par de jeans, diciendo que resolveremos inmediatamente el problema. Los cojo, voy al baño y me visto. Agarro las llaves de la casa y las sigo hacia afuera. Me hacen entrar en un montón de negocios de lujo y hasta pierdo la cuenta de cuántos vestidos me medí. En la caja, paga Ginevra y veo que las otras tuercen la nariz. Ella se hace la que no ve y me lleva al próximo negocio. Cuando oscurece, tengo los brazos y las manos llenas de bolsas y las miro cansada y hambrienta. Me acompañan hasta la casa y me dejan, diciéndome que mañana nos ocuparemos del resto. Llamo al timbre con muchas dificultades, ya que tengo los dedos doloridos y cuando Matthew me pregunta quien es, le digo que soy yo. Abre el portón y entro. Subo las escaleras y lo veo esperarme en la entrada. Observa mis bolsas con una cara que no promete nada bueno y le explico que pagó todo su madre. Entro en el apartamento y suelto las bolsas, para estirarme los dedos. Matthew las supera y afirma que va a comprar algo de comer. Le pregunto si está enfadado y me dice que no, saliendo. Pienso que será mejor que no encuentre las bolsas cuando regrese y abro el armario para arreglar toda esa ropa. No tengo ni el espacio ni los colgadores suficientes y saco una bolsa de la basura negra, porque son más grandes, para botar todo lo que no volveré a utilizar. Termino con dos bolsas negras llenas de ropa y de bolsas de papel de varios negocios y me apresuro a poner todo en la cocina. Me tiro sobre la cama agotada y siento el portón abrirse. Matthew entra con comida china y voy a sacar el mantel y todo lo que sirve para poner la mesa. Cuando está lista, saca la comida y nos sentamos a comer. Él no dice nada y yo le pregunto que fue lo que lo molestó tanto. Él sacude la cabeza afirmando que no está nervioso y le explico que no tuve otra opción. Resopla que él sabe y yo le pregunto como habría podido evitar esta situación. Me mira y me explica:

—Giulia, aunque yo tenga un buen sueldo, jamás habría podido pagarte

toda esa ropa. Por lo menos, no toda en una vez...

—Pero no la pagaste tú y, de todos modos, no tendrás que volver a comprarme ropa por años —puntualizo riéndome.

Se para, saca la caja fuerte en el armario, la pone sobre la mesa y la abre, puntualizando:

—Aquí está el dinero que puedes gastar y me gustaría que te limitaras a comprar solo lo que tú puedes pagar.

Miro la caja fuerte y le hago notar que no necesito todo ese dinero. Él se sienta y me replica:

—¡Giulia, si tú hubieras tenido que pagar toda esa ropa, este dinero no habría sido suficiente!

Solo en este momento me doy cuenta que exageré y le recuerdo que fueron su madre y sus cuñadas a llevarme, sin darme tregua.

—Lo se y es por eso que te pido que no las complazcas. Si quieres algo, saca el dinero de ahí y te la compras. ¡Pero solo porque tú la quieres! ¡No les sigas la corriente en cosas sin sentido! —resopla irritado y añade categórico:

—¡Y si no tienes dinero suficiente para comprar algo, lo comprarás cuando tendrás la posibilidad económica para poderlo hacer y no le permitas a nadie de pagar por ti, que sea un préstamo o un regalo!

Le digo que entendí y él pone la caja fuerte en el cajón. Cenamos en silencio, cada uno atormentado por sus pensamientos. Cuando terminamos, quito la mesa, me ducho y me acuesto. Él se queda en el sofá mirando la televisión y yo no digo nada, porque se que me equivoqué.

Capítulo 12

En la primera semana de compras con las cuñadas de Matthew y su madre, me limito a comprar solo lo que puedo pagar y no les sigo la corriente, ya que estoy agotada de bolsos, zapatos, vestidos, ropa interior, pijamás y todo el resto. En la noche vuelvo a mi casa siempre tarde y cansada, y Matthew después de los primeros días, regresa siempre cuando estoy dormida. En las siguientes semanas, como ya terminé el dinero de Matthew y como nos estamos ocupando de la organización del matrimonio, le dejo pagar a Ginevra. Pero me doy cuentas que extraño tener mi dinero para poderlo gastar cuando y como me parece. Aprendí a valorar la ropa y los accesorios de lujo y me complace ver el efecto que provocan en las personas que me miran. Por toda mi vida fui ignorada y ver la mirada de los chicos que me sigue mientras paso o notar la amabilidad casi extrema de las personas, cuando hablo, me hace sentir importante. El hecho de que Ginevra y sus nueras me acompañen me ayuda, pero ahora, me siento más fuerte y menos insegura, y cuando ellas tienen otros planes, yo salgo sola para que me admiren. ¡Encontrar a Samantha o a Vittoria y verlas observarme a boca abierta, no tiene precio! Entrar en un negocio y ver cómo todos los vendedores se me acercan, es una de esas cosas a las cuales es difícil renunciar. Para el matrimonio, me perdí después del quinto restaurante y para mí las flores, como las bomboneras, los cubiertos, las servilletas, el menú y todo el resto, pueden escogerlos los demás, ya que no me escuchan.

En el apartamento ya no caben mis cosas y decido de esperar a Matthew para hablar del trasteo. Para no dormirme, me quedo sentada sobre el sofá y busco la posición más sexy posible, ya que él prefiere quedarse aquí. Espero que el baby-doll en seda y la lencería de encaje, funcionen y que las gotas de perfume sobre mi cuello, lo enloquezcan. Ya van semanas que nos vemos solo los domingos y como pasamos el día con Valeria y mi padre, solo tenemos el tiempo de desayunar juntos o dedicarnos a otras cosas... Matthew entra, mirándome sospechoso, mientras me pregunta por qué no estoy durmiendo. Me

paro, lo alcanzo y abrazándolo, le explico que quería pasar un poco de tiempo con él. Matthew me pregunta sospechoso la razón, sin abrazarme y yo comienzo a besarle el cuello, susurrándole que lo extrañaba. Me abraza, me besa el cabello y dice que me ama. Me alejo y le quito el abrigo. Me lo deja hacer sonriendo y le desabotono la camisa. Mientras le beso el pecho, le abro el cinturón y los pantalones, y me agacho con ellos, arrodillándome frente a él. Mientras lo miro, dejo caer sus calzoncillos hasta los pies y él levanta primero uno y después el otro, para permitirle de quitarse

pantalones y bóxers. Alejo su ropa y mirándolo, comienzo a darle para arriba y para abajo con una mano sobre su erección, mientras con la otra acaricio su escroto. Agarra mi cabeza, mirándome perdido y comienza a gemir. Mis dedos bajan hasta su ano y luego se devuelven, deteniéndose en la mitad del camino entre este y el escroto. Él se muerde el labio y yo acojo su erección en mi boca. Acaricio su glande con la lengua y oprimo con los dedos de la otra mano, sobre el que sé ser su punto débil. Su respiro se vuelve más intenso y comienzo a lamer su pene desde la punta hasta la base y luego al contrario. Sabiendo que no sé contener su erección en mi boca, agarro con decisión la base y la aprieto. Él emite un grito y yo comienzo a succionar el resto. Entre más gime y más se revuelca, más fuerte succiono ávida. ¡Sabe que es una cosa que no me gusta, tragar, pero esta noche lo haré! Sigo masturbándolo con la mano y con la boca, y aumento mis movimientos siempre más. Cuando trata de alejarme, sin convicción, entiendo y sigo chupando sin parar. Aprieta mi cabeza contra su cuerpo y siento mi boca llenarse de su placer. No amo ni el sabor ni el olor del semen y me afano a tragarlo, succionando hasta la última gota. Después de haber decidido la fecha del matrimonio, Matthew me impone que deje de tomar los anticonceptivos y yo lo hago. No quiero tener hijos todavía y prefiero terminar todas nuestras relaciones con una mamada bien hecha. Él aprecia y cada vez me explica siempre algo nuevo para mejorar: no utilices los dientes, comienza lamiendo toda la erección, jugando con los testículos y no te concentres solo en la punta, como no puedes contenerla en tu boca, aferra el resto con una mano y apriétala. Creo que ahora llegué a la perfección y me alejo mirándolo maliciosa, con los labios doloridos, y lo veo observarme confundido, con el respiro corto. Me paro y lo abrazo. Me aprieta y siento su corazón latir rápidamente. Pero hay algún problema, porque no me dice que me ama, como siempre después de que terminamos de hacer el amor y me pregunto en que me equivoqué.

—¿Que necesitas? —me pregunta con el respiro corto.

¡Seguramente hice algo mal y se dio cuenta! Pienso en todo lo que hice y creo que no se me olvidó nada. Se aleja y dice que se va a duchar. Me siento sobre la mesita pensativa y él añade:

—¡Si hiciste todo esto por el dinero, hubieras debido mirar antes en la caja fuerte!

Lo miro avergonzada y él se va hacia el baño, dejando la puerta abierta. Voy hacia el armario y abro la caja fuerte. La veo llena de dinero y me doy cuenta de lo estúpida que soy. Cuando veo que Matthew me está mirando, me volteo asustada hacia la puerta del baño y, viendo moverse solo su sombra, entiendo que lo vio todo. Cierro la caja fuerte y busco rápidamente un pretexto. Lo alcanzo en el baño y lo veo entrar en la ducha.

—Sabes que mi padre no puede pagar los muebles y... —digo avergonzada, mintiendo descaradamente.

Él me mira y me pregunta:

—¿Giulia, estas feliz?

Le contesto que estoy muy feliz y él rebate:

—¡No hay nada más importante! Ese dinero es tuyo y puedes hacer lo que quieras con él.

Le agradezco feliz y lo alcanzo bajo la ducha. Me susurra que está cansado y yo le quito la esponja de las manos, diciéndole que me ocupo de él. Lo hago voltear y comienzo a lavarle el pelo, poniéndome en punta de pies. Se lo enjuago y comienzo a enjabonarlo. Cuando lo volteo, lo veo pensativo y le sonrío. Me acaricia con una pequeña sonrisa y dice:

—Te amo demasiado, Giulia.

Le sonrío y sigo enjabonándolo. Ver su pene relajado y sin algún deseo me tranquiliza, aunque sea la primera vez que sucede desde que nos duchamos juntos, porque no tengo ganas de hacer el amor con él. Mi único pensamiento es que cosas podré comprar con todo ese dinero y me impongo de pensar antes que todo en los muebles de la alcoba. Todavía no he visto la casa que su padre nos compró y me pregunto si sea real. Si así no fuese, no sería un problema, ya que podré tener todo el dinero para mi y nos ocuparemos de la casa juntos, cuando nos mudaremos a la otra ciudad. Termino de enjabonarlo y lo enjuago. Salgo de la ducha y me desvisto. El baby-doll y la ropa interior están empapadas. Me pongo él albornoz y saco el de Matthew. Él sale de la ducha y yo lo ayudo a ponérselo. Lo hago sentar sobre el bidé y le seco el pelo. Luego saco un par de bóxers y una pijama. Ya estamos en diciembre y aunque la

calefacción esté funcionando, en la casa hace mucho frío. Lo ayudo a ponérselos y mientras se sienta sobre el sofá, yo me pongo la ropa interior y una camisa que todavía tiene la etiqueta y que prontamente hago desaparecer apenas entro al baño. Le digo que estoy cansada y me acuesto en la cama. Él dice que quiere ver un poco de televisión y yo cierro los ojos, pensando en los negocios que visitaré apenas posible.

Cuando me despierto, Matthew, como siempre, ya se ha ido a trabajar y yo me miro a mi alrededor. Hay un montón de cartones, con los zapatos que compré, contra la pared y los cuento orgullosa, pensando en la cara de mi madre si me tuviera que ver. Cuarenta y tres pares de zapatos y de bolsos, escondidos bajo la cama, para que Matthew no los vea. Luego veo seis abrigos colgados en el colgador de madera en la entrada y noto que no hay ninguno rojo. Me levanto y reviso en mi armario. Ya no hay jeans ni sudaderas y veo un montón de vestidos elegantes, todos lujosos, muchos de ellos son nuevos con etiquetas. Al lado hay tres abrigos más y me molesta el hecho que aquí tampoco haya uno rojo. ¡Se acerca la Navidad y tengo que tener un abrigo rojo! De pronto uno como el de Sandra o, sería mejor aún, comprarme el último modelo de ese diseñador antes de que se lo compre ella. Aprendí a conocerla un poco y sé que, por más que lo quisiera, jamás se lo compraría solo porque yo lo tengo igual, y se arrepentiría de no haberlo comprado antes. Me visto rápidamente, agarro un bolso nuevo de los que están bajo la cama y le echo adentro todo el dinero que hay en la caja fuerte, pensando también en los muebles de la alcoba. Cuando llaman al timbre, entiendo que llegaron y bajo. Las saludo y Ginevra dice que el chofer nos está esperando. Las sigo hacia el coche, preguntándoles adonde vamos hoy y Ginevra afirma que ya es hora de visitar la casa nueva. Sonríe y dice que está segura que me gustará. Cuando llegamos, ella abre el portón de una mansión enorme y veo las otras observar la casa incrédulas, preguntando si es esa.

—¡Si y mas os vale que cerréis esas bocas abiertas, si no queréis que se os congele la lengua! —resopla Ginevra molesta.

La miro perpleja y ella sigue:

—Le caes muy bien a mi marido y espera de tenerte aquí.

Sonríe complacida y la sigo. Veo un jardín muy grande y noto unos juegos para niños en madera de diferentes colores. Sandra le dice algo en el oído a Sabrina y sigo a Ginevra, muy satisfecha. Cuando veo una señora vestida de camarera abrir la puerta, la miro aterrada y Ginevra dice:

—Buenos días, Caterina, está es Giulia, la propietaria de la casa.

Me acerco y me presento. Ella me pregunta si quiero darle mi abrigo y yo lo hago. Volteándome veo una entrada en mármol y una escalera central en madera que lleva al piso superior. El pasamanos en hierro forjado de la escalera sigue por ambos lados por tres o cuatro metros y noto tres puertas cerradas. Ginevra me llama y la busco con la mirada. La veo esperarme frente a una de esas puertas y la alcanzo. Después de haberla abierta, entra y yo la sigo. Termino en una sala con sofás en cuero color salmón, un tapete central del mismo rojo de las cortinas, una mesita en nogal claro al centro y en un lado un Buffet del mismo color de la mesita.

—Giulia, nosotros lo amoblamos con lo necesario pero por el resto, puedes hacer las cosas a tu gusto —dice Ginevra sonriendo.

Las paredes son blancas con unos hilos dorados que se ven de vez en cuando y las lámparas son de hierro forjado con flores rojas que resaltan entre las blancas y las transparentes. No logro decir nada y ella dice que quiere mostrarme el resto de la casa. La cocina parece la de un restaurante, porque los electrodomésticos son todos en aluminio brillante y los muebles son en nogal con unas venas más oscuras. En medio hay una isla, siempre en madera, refinada en mármol con unas sombras que van desde el blanco al café separadas por líneas plateadas y rodeada de cómodos taburetes. Luego veo el comedor y aquí también, me quedo boquiabierto. Una mesa enorme que parece ser una tajada del tronco de un árbol majestuoso y las sillas, del mismo color de la mesa, con la sentada en cuero color salmón. Veo la vitrina de los alcohólicos ya completa y sobre el Buffet noto dos hermosas lámparas en hierro forjado. La lámpara en el techo recuerda el mismo estilo y está lleno de gotas en cristal color salmón. Nadie se atreve a decir nada y todas seguimos a Ginevra por las escaleras. Ella me explica que hay cinco habitaciones y cuatro baños, y puntualiza que solo dos están amobladas. Abre una puerta y dice que esa será nuestra habitación. Entro y veo una cama en hierro forjado, cubierta por un cubrecama rojo, que deja ver las sábanas blancas de seda. Bajo la mirada confundida y pienso en el hecho que mi padre quería pagar los muebles de esta casa, ¿Como habría podido sacar todo ese dinero? ¿Adonde lo habría encontrado? ¡Mejor así! Pienso aliviada del hecho que no tendrá que trabajar por siglos para extinguir su deuda y aún más porque, por cierto, jamás habría podido darme todo esto. Ahora me arrepiento de haber abandonado la relación con mi madre y busco una razón para mostrarle la casa que tiene su hija. Ginevra me llama y, buscándola con la mirada, cruzo las miradas de Sandra y de Sabrina, visiblemente molestas. Sonrío y alcanzo a Ginevra. Pensaban que

la niñita de diecinueve años iba a tener que sudarse todo esto y en cambio lo tuve, aún antes de casarme. Ginevra me muestra el vestidor y sonrío feliz mirando esa habitación llena de muletas, repisas, cajones y estantes de todas las medidas. Pienso en el día que traeré todas mis cosas y en como las arreglaré. Le agradezco y le pregunto si Matthew tiene uno propio. Ella se ríe y indicándome un armario a seis puertas frente a la cama, exclama:

—¡Ese será más que suficiente para él!

Sonrío y me pregunta si me gusta. La abrazo y le agradezco por todo. Ella me aprieta riéndose y me recuerda que aún hay que ver otra habitación. Me alejo pensando que se trate de una habitación para nuestro futuro hijo y al contrario, la abre diciendo:

—Está es la habitación para los huéspedes y podrás invitar quien quieras.

No tiene nada que ver con la otra habitación, pero para los huéspedes está perfecta y le digo que me gusta. Bajamos las escaleras y Caterina nos pregunta si queremos algo caliente de tomar. Ginevra se voltea hacia mí y me pregunta:

—¿Bueno, Giulia, nos ofreces algo de tomar o nos echas?

Me río y me voy hacia la sala, diciendo:

—Acomodaos, por favor. Caterina os traerá lo que deseéis.

Nos sentamos y Ginevra pide un café. Sandra y Sabrina resoplan que no quieren nada y yo pido un chocolate caliente. Caterina se aleja y Ginevra le dice riendo:

—Si preparaste una torta, tráela.

Caterina afirma que preparó todo lo que le había pedido y sale. Me miro a mi alrededor sonriendo incrédula y Ginevra les pregunta a las demás:

—¡Vamos, señoras, exprimid vuestras dudas! ¡Exprimid vuestras preocupaciones!

Ellas se miran avergonzadas y Sabrina, que es la más envidiosa y no lo esconde, empieza diciendo:

—No recuerdo de haber tenido el mismo tratamiento, cuando me casé.

Ginevra sonrío y rebate:

—¡No soy yo quien decide estas cosas y, si tienes alguna queja, sabes a quien consultar!

Luego se voltea hacia Sandra y añade:

—Confiaba en ti y jamás me habría esperado de ti algo tan indigno.

Escucho sin intervenir, porque no creo que estén hablando de la casa y Sandra murmura que no le parece el caso de discutirlo ahora. Sabrina agacha la cabeza sin atreverse a decir nada y esta es una novedad. Su actitud me deja

entender que no se trata ni de esta casa ni del dinero, porque la charla no le llama la atención y no mueve esa lengua bifurcada que tiene.

—¡En cambio es el momento perfecto! Apuesto a que tú también te estabas preguntando por qué todo esto —resopla Ginevra alargando los brazos, indicando la habitación y añade:

—¡Mi marido, a pesar de sus defectos, me ama y yo pensaba que lo tenías Bien claro!

Caterina entra con una vajilla y Ginevra le ordena que lo deje sobre la mesa, que nos habríamos ocupado nosotras de servir. Las miro a todas preguntándome que diablos habrá pasado y cuando Caterina sale de la sala, Ginevra le ordena:

—Sandra, cuéntale a tu futura cuñada que fue lo que pasó.

Sandra la mira nerviosa y ella añade:

—¡Tiene que saberlo! ¿Y quien, mejor que tu, sabe lo que pasó?

Sabrina le pregunta que sentido tiene todo esto y se para diciendo que tiene que volver a su casa. Ginevra le ordena que se siente y ella se aleja, afirmado que Thomas la está esperando.

—¡Sabrina, si sales por esa puerta, considérate responsable del repentino arresto de carrera de tu marido en el trabajo! —exclama Ginevra molesta.

Sabrina se detiene y luego vuelve a sentarse, diciendo:

—¡Yo sabía que eras tú quien manejaba todo desde el principio! Jamás te gusté y mi marido tuvo que trabajar el doble de los demás, para llegar donde está.

Ginevra la mira con suficiencia y rebate:

—¡Cada esposa sabe como obtener lo que quiere de su propio marido y tú eres la prueba de eso!

—¿Por qué aquí? ¿Por qué justo hoy y aquí? —pregunta Sandra molesta.

Ginevra la mira mal y se recuesta cómodamente sobre el respaldo del sofá, explicando:

—Porque esta casa significa un nuevo inicio y porque quiero volver a comenzar de ceros sin esqueletos en el armario. Porque ellos son la nueva generación y confío que no se caerán ni volverán a repetir los errores del pasado. Porque, como ambas sabéis, mi marido siempre ha preferido a Matthew y ahora prefiere a Giulia también. Porque quiero que os quede claro que, si os equivocaráis otra vez, no me haré ni la ciega ni la sorda y nos os esconderé ni de vuestros maridos ni del mío.

Las observo y me pregunto de que esqueletos estará hablando. Ginevra le

pide a Sandra de contarme lo que pasó y me pasa el chocolate, añadiendo:

—Giulia, escucha muy bien, porque te ayudará a entender muchas cosas y a darte cuenta que, si un marido ama a su esposa, de nada sirve ser celosas o sospechosas. Una esposa jamás tiene que limitarse a ver las apariencias, pero tiene que ir más allá y quedarse siempre al lado de su mismo esposo, para ayudarlo y sostenerlo.

Cojo mi taza y pienso en sus palabras, pero sigo sin entenderlas. Veo a Ginevra tomarse su café y luego mirar hacia Sandra, esperando. Ella hace un respiro profundo nerviosa y comienza a contar:

—Vittoria aprovechó de estos días, durante los cuales Ginevra no estuvo y fue a visitar a Maximilian.

—¡El señor Mitchell, para ti! —puntualiza Ginevra rabiosa.

Sandra hace otro respiro profundo y sigue contando:

—Yo no estaba al corriente de la situación...

—¿Ah no? ¿A caso no me habías dicho que Vittoria había regresado a la universidad, después de que Matthew la había amenazado? —pregunta Ginevra siempre más enfadada.

Sandra baja la mirada respirando profundamente y Ginevra le ordena de seguir. Sandra mira en frente a sí y continúa:

—Se vieron por una semana y el otro día, cuando salimos, ella llegó. Pero nuestro coche había tenido un problema y Ginevra... y la señora Mitchell...

Ginevra la interrumpe nuevamente y puntualiza que es suficiente 'la señora Ginevra'. Sandra la mira cansada y sigue:

—La señora Ginevra llamó al jardinero para que nos viniera a recoger. Apenas llegamos, nos fuimos para la sala y después de poco Consuelo le informó a la señora Ginevra de la presencia de Vittoria. La señora Ginevra le pidió que la avisara cuando se habría ido y ella lo hizo.

La miro curiosa y ella añade:

—La señora Ginevra, apenas Consuelo la advirtió que Vittoria se estaba yendo, la alcanzó y la invitó a unirse a nosotros en la sala, y después de poco llegó también el señor Mitchell.

Ella agacha la cabeza llorando y Ginevra le ordena:

—Dile también lo que le dijo mi marido.

Sandra me echa un vistazo y luego se voltea hacia Ginevra resignada, afirmado:

—¡Que Vittoria debería enseñarte como se mama!

Ginevra se para y le suelta una cachetada tan fuerte, que la cabeza de

Sandra se voltea hacia mi en menos de un segundo. La miro aterrada y Ginevra se sienta nuevamente, arreglándose. Luego me mira y dice riéndose:

—¡Creían que mi marido jamás hubiese visto una niña de veinte años arrodillarse entre sus piernas! —Y poniéndose seria, añade:

—Giulia, no agaches tu cabeza ante estas mujeres y no arruines tu familia por diez minutos de placer que le regalan a tu marido, si tú no estás dispuesta a dárselos.

Le digo confundida que entendí y Sabrina le pregunta si podemos irnos. Ginevra se voltea hacia ellas, contestando que no y sigue:

—A vosotras también os tengo algo que aconsejar. Poned siempre vuestra familia y su bienestar ante todo, así como vuestros maridos trabajan para que no os falte nada, vos tenéis que hacer lo mismo para ellos. ¡De todo esto no se volverá a hablar, ni entre nosotras ni entre vosotras!

Ellas murmuran que entendieron y Ginevra exclama:

—Esperad en el coche, tengo que hablar con Giulia.

Siempre pensé que el señor Mitchell fuera la parte fuerte de la pareja y ahora me doy cuenta que es ella quien, sabiendo todo de todos, administra las cosas entre bastidores. Cuando nos quedamos solas, ella me mira dejando su taza sobre la mesa y dice:

—Se que Matthew quiere irse y no te escondo que todo esto (levanta un brazo indicándome la sala) es obra de mi marido, que espera de convencerte a que te quedes, para llegar indirectamente a él. Giulia, piensa bien en lo que es mejor para vos y habla con Matthew. Estoy segura que, si decidiréis de quedaros, Maximilian le dejará a Matthew la mayoría de las empresas y el resto lo dividirá entre sus hermanos. Matthew lo sabe desde hace mucho tiempo y es por eso que escogió a una como tu, con la esperanza que lo seguirás sin ninguna problema.

Le pregunto que quiere decir con ‘una como tú’ y ella me explica:

—Giulia, Matthew buscaba una chica simple y que no estuviera acostumbrada a todo esto, porque sabía que seguramente no habrían renunciado a esto.

Le digo que entendí y ella me pregunta si ya hablamos del trasteo.

—Matthew no tiene ninguna intención de hacerlo. Pero esta casa es nuestra y aunque nos iremos después del matrimonio, no podremos llevarnos todas nuestras cosas, ni seguir pagando el arriendo del apartamento.

Ella asienta pensativa y me pregunta si estoy segura de mi decisión. La miro asombrada y le digo que estoy muy segura. Ella baja la mirada y dice:

—Espero que la estrategia de Maximilian no funcione contigo.

Le pregunto en que sentido y ella se para, afirmado:

—La cosa más importante es que seáis felices, el resto no tiene ninguna importancia.

Yo también me paro y Caterina nos trae los abrigos, preguntándome cuando nos mudaremos aquí. Le digo que no se y la saludo. Alcanzamos las otras en el coche y cada una vuelve a su casa. Encontrarme en el apartamento, después de haber visto esa mansión, me entristece y me parece que ahora sea más pequeño de lo normal. Pongo el dinero nuevamente en la caja fuerte y cuando veo abrirse el portón, me asusto. Matthew observa el armario abierto y yo puntualizo que no compré nada. Entra y cierra el portón, preguntándome si preparé el almuerzo y yo le explico que estuve toda la mañana con su madre. Va hacia la cocina y yo lo sigo, para sacar las cosas necesarias y poner la mesa.

—¿Hace cuanto no haces el mercado? —pregunta nervioso.

Me doy cuenta que tenía que hacerlo esta mañana y le digo que voy a hacerlo inmediatamente. Él afirma contrariado que ya no tiene hambre y yo salgo. Reviso si quedó algo en el bolso y corro al supermercado. Cuando regreso, Matthew ya está listo para salir y yo lo invito a comer algo, antes de volver a trabajar. Afirmo que se hizo tarde y se va. Arreglo el mercado, con la idea de preparar una cena deliciosa y preparo la salsa boloñesa. Cuando está listo, me siento sobre el sofá y, pensando en todo lo que ocurrió esta mañana, me pregunto si Matthew sabe lo que hizo Vittoria. Seguramente es por eso que en estos días está siempre nervioso y pensativo, y tranquilizada por este pensamiento, decido de salir, sin dinero por el temor de gastarlo. Se que el hecho de que estoy haciendo tantas compras, lo está molestando y me pregunto que sentido tiene tener todo ese dinero, si tenemos que mirarlo desde lejos, sin tocarlo. Pero no quiero enfadarlo aún más con este tema, porque espero que se decida a trastear. Camino por el centro y aunque no tenga que comprar nada, visito los negocios más caros y lujosos. Me complace ver los vendedores tan disponibles y, sobretodo, me gusta medirme la ropa, y aprovecho, imponiéndome de no comprar nada. Pasando frente a la joyería, veo en la vitrina un anillo de diamantes y pienso que medírmelo no cuesta nada.

—Ya supe de su matrimonio y si quiere también tenemos anillos para bodas —dice el joyero cortésmente.

Sonríó y le pido que me los muestre. Los pruebo todos y luego le digo al señor que prefiero escogerlos con mi novio. Asienta y mientras estoy saliendo,

añade:

—¿Y el anillo de compromiso?

Lo miro curiosa y él afirma que notó que no tengo uno. Me miro la mano sonriendo y él exclama que ese anillo parece hecho para mí. Le explico que debería decírselo a mi novio y él rebate:

—¡Las novias vienen aquí antes que ellos, para escogerlo!

Lo miro sin entender y él sigue:

—Los novios no quieren decepcionar a sus prometidas y las mandan a escoger. Nosotros les apartamos los anillos y luego ellos vienen a retirarlos.

Miro ese anillo y vuelvo a medírmelo.

—¡Muchas chicas lo escogieron pero ningún novio lo compró hasta ahora!
—me cuenta sonriendo.

Le pregunto por qué y él me informa del costo. Me lo quito y se lo paso, diciendo que es demasiado para mi novio. Él lo guarda y exclama:

—¡Sin embargo, se quedará en su familia! Su cuñada se lo mide cada vez que viene y estoy seguro que será su regalo de navidad.

Le pregunto cuál de las dos y él me dice el nombre de Sabrina. Desear algo que ella también está esperando es una oportunidad que no puedo perder, porque ella puede gastarse lo que quiere y como quiere, con el bienestar del marido. Me gustaría quitárselo, comprándolo antes que ella y le pregunto al joyero si el precio es fijo. Él sonríe y afirma que me hará un pequeño descuento. Le pregunto de cuánto pero no me lo dice. No tengo todo ese dinero y salgo, diciendo que lo pensaré. Camino preguntándome como podría obtener todo ese dinero y cuando comienzo a pensar, hasta de pedirle un préstamo al banco, usando la casa como garantía, me doy cuenta que me estoy enloqueciendo. Regreso al apartamento, para no seguir pensando en el anillo y pienso inmediatamente en la casa. Sonrío, saco el dinero de la caja fuerte y salgo a comprar algo para ponerle mi toque. No quiero llevar las sábanas que usamos en el apartamento y las compro nuevas. Decido de comprar también toallas, albornoces, manteles y todo lo que me gusta. En la caja, la vendedora me pregunta si estoy sola y le digo que sí.

—¿Señora, está segura que puede llevarse todas estas cosas hasta el coche?
—pregunta preocupada.

Me río y le digo que lo lograré. Ella asienta y comienza a hacer la cuenta, poniendo todo en las bolsas. Cuando me dice el total, le pregunto si está segura y ella me hace notar que escogí solo cosas de primera calidad. Sonrío complacida y saco el dinero del bolso. La veo mirarme asombrada y le

explico que salí de afán, y no tuve tiempo de ponerlo en la billetera. No me alcanza y con la cara en llamas, le pido que me quite algo de la cuenta. Cuando veo unas señoras mirarme y hablar entre ellas, quisiera desaparecer y miro la cajera avergonzada. Cuando llegamos al total adecuado, me apresuro en agarrar las bolsas y me alejo rápidamente. No sólo son muchas y pesadas, sino que también son voluminosas y me impiden de caminar bien. Ya anocheció así que camino más rápido, esperando de llegar al apartamento antes que Matthew. Pero apenas abro la puerta, lo veo sentado sobre el sofá y entro con la cabeza agachada. Suelto las bolsas, me quito el abrigo y corro a poner la olla para la pasta. Me llama y le pregunto que pasa, quedándome en la cocina.

—Giulia necesito una pausa —dice.

Le pregunto por qué, quedándome donde estoy y él me pide que lo alcance. Entro en la habitación y lo miro angustiada. Matthew pone una mano sobre el sofá y me pide que me siente. Lo hago y él, mirando frente a si, dice:

—Sabes que cada año voy a visitar a mi hermano en Suiza y que, está Navidad, no podré hacerlo.

Me observa y sigue:

—Necesito verlo y hablar con él.

Le digo que está bien y asienta pensativo. Me paro y le hago notar que preparé la salsa boloñesa. Él afirma que ya cenó y yo apago el fogón. Dice que se va a duchar y temo que se esté alejando de mi de manera definitiva. Voy a la habitación, busco lo más sexy que encuentro y me lo pongo. Entro en el baño y lo veo que se está desvistiendo. Lo abrazo desde atrás y le pregunto si todavía me ama. Él se voltea, me abraza y susurra:

—Te amo, Giulia, y quiero casarme contigo. Pero necesito alejarme de todo por un tiempo y de hablar con mi hermano.

Se que su hermano no le dará las respuestas que busca y que para él es solo una forma de desahogo. Tal vez está preocupado por lo que pasó entre Vittoria y su padre, y sin saber que yo se todo, no se siente libre de hablar conmigo. No se si puedo decirle que su madre le pidió a Sandra que me contara lo sucedido y prefiero hacerme la que no sabe. También sé que verme regresar con todas esas bolsas, lo puso nervioso y ni siquiera me atrevo a enseñarle lo que compré, ya que es todo para la casa nueva. Lo abrazo y le beso el cuello. Se como relajarlo y beso su pecho, bajando sobre sus abdominales, arrodillándome frente a él. Lo miro maliciosamente y lo veo observarme nervioso. Lo observo preocupada y él me pide que me pare. Lo hago y le pregunto por qué está enfadado, confundida por el hecho que es la primera vez

que me rechaza. Me ordena que me voltee y le pregunto por qué, preocupada.

—¡Te daré lo que quieras, Giulia! ¡Voltéate! —me ordena furioso.

Se a que se refiere y obedezco, esperando que se calme. Me ordena que me ponga sobre el lavamanos, y lo hago. Me quita la ropa interior y me alarga las piernas con las suyas. No estoy excitada y se que esto no está bien. Abre la llave del agua y se moja una mano. Luego me la pasa entre las piernas, deteniéndose sobre mi fisura y metiéndome adentro dos dedos. Sentirlos fríos entrarme adentro, me hace jadear y él, después de haberlos sacado, mete su erección. Agarra mi cintura y con un único empujón, me llena de él, haciéndome gritar, agarrándome al lavamanos. Hace un par de movimientos delicados, entrando y saliendo, y luego se convierte en una furia. Sus empujones son tan fuertes, que mi cuerpo no puede acogerlos, pero el placer es indescriptible y me revuelco. Durante cada golpe, su cuerpo bate contra mis nalgas e invade mi cuerpo, mientras se hunde inexorable emitiendo gemidos. Cuando estoy al límite, le pido que siga y él se aleja. Espero respirando con dificultad y cuando lo siento acariciarme por detrás, me preocupo de verdad. Ya lo habíamos intentado, pero para mi no fue una buena experiencia y ya le había dicho que no la habría vuelto a hacer. Trato de pararme y él me empuja nuevamente bocabajo, aferrando mi espalda con una mano. Lo llamo nerviosa y él dice:

—¡Te juro que lo haré despacio, pero ahora quiero esto! ¡O esto o nada!

Estoy segura que irá hasta el fin y que no se detendrá en medio del camino, ya que no ha llegado al orgasmo. Así que decido de no aceptar su propuesta y me paro respondiendo que prefiero nada. Él asienta con el respiro corto y afirma molesto:

—¡Entonces nada!

Lo abrazo y le pregunto por qué se porta así. Me aleja, abre la llave de la ducha y entra. Cuando lo veo masturbarse jadeando, lo alcanzo y trato de alejar su mano de su erección. Pero no hay forma de que se detenga y me arrodillo frente a él, mirándolo. Me ordena que abra la boca y lo hago. Él deja entrar su erección y yo trato de apretarle la base. Pero me aleja la mano y agarra mi cabeza. Cuando comienza a follarme la boca, con la misma intensidad de hace un par de minutos, siento su pene llegarme hasta la garganta y ahogarme. Me cuesta mantener el vomito y él sigue gimiendo, dándome a entender el enorme placer que siente. Cierro los ojos, concentrándome en la respiración con la nariz y me aferro a sus piernas para no ceder. Cuando siento su semen que me va derecho hasta la garganta, siento el vomito que se me sube

y alejo a Matthew, dándole un empujón a sus piernas. Él se va hacia atrás y yo comienzo a vomitar. Siento el resto de su semen esparcirse sobre mi cabello y sigo vomitando. Cuando me calmo, me paro y veo Matthew mirarme aterrorizado. Salgo de la ducha y me pide perdón. Me volteo, lo miro y le digo:

—Deberías salir, con eso puedo limpiar.

Él me abraza y me pide perdón, llorando. Lo abrazo y le susurro que no pasó nada. Sigue pidiéndome disculpas y yo tranquilizándolo. Cuando se tranquiliza, se aleja para mirarme y dice:

—¡Se que te amo y que te quiero a mi lado para toda la vida! Pero tengo mil pensamientos y necesito ordenarlos, antes del matrimonio.

Le pregunto si sigue queriendo este matrimonio y me abraza, diciendo:

—La única cosa cierta que sé en este momento es que te amo y que quiero casarme contigo. Pero por el resto no es como yo lo quería y no se como arreglar las cosas o cuales decisiones tomar.

Huelo su cuello y le pregunto:

—¿Crees que tu hermano podrá ayudarte?

Me dice que si y le pregunto si quiere que vaya con él. Me mira y me explica:

—En este momento tengo que ir solo... Pero quiero que os conozcáis y después del matrimonio lo iremos a visitar juntos.

Le digo que no veo la hora de conocerlo y que lo esperaré. Él me agradece y yo le pido que me dé el tiempo de limpiar la ducha. Cuando termino de desinfectarla, me ducho y lavo dos veces los dientes, para quitarme ese sabor terrible de vomito. Regreso a la habitación y veo Matthew con una toalla en la cintura, sentado sobre la mesa con una tarjeta de crédito en la mano. Me acerco y le aconsejo de irse a bañar. Él me mira y dice:

—Giulia, te dejo está para cualquier cosa, si a caso el dinero de la caja fuerte no fuese suficiente. Pero quiero que sepas que estos no son frutos de mi trabajo. Este es el regalo, o más bien... Esto es el dinero que mi padre me dio y con el cual se ilusiona de tenerme en sus manos. Jamás pensé de sacar dinero de esta cuenta y te dejo a ti tomar esta decisión.

Le pido que sea más claro y él, dejándola sobre la mesa, dice:

—Usándola, vas a sacar dinero directamente desde la cuenta de mi padre y como podrás entender, no tiene límites, si no el de su mismo capital.

Miro esa tarjeta aterrada y él entra al baño. La cojo, para sincerarme que sea real y luego la vuelvo a dejar sobre la mesa. Voy hacia el armario para

sacar mi pijama y me volteo a mirar esa tarjeta, pensando en las palabras de Ginevra. ¿Entonces es cierto que su padre quiere dejarle la mayoría de las empresas? me pregunto incrédula y sonrío complacida, pensando en las caras de Sandra y de Sabrina cuando se darán cuenta que sus maridos ganarán menos del mio. Me pongo la ropa interior y la pijama, y tiro el albornoz sobre el sofá, mirando la tarjeta. Me acuesto en la cama y sonrío pensando en todas las cosas que podré comprarme. Cuando Matthew me alcanza, lo abrazo feliz y él me aprieta, diciendo:

—Te amo demasiado, Giulia y haré todo lo posible para verte feliz.

Le agradezco sonriendo y él me desea que descanse. Cierro los ojos y pienso en el anillo que vi hoy. Sonrío y me duermo soñadora.

Me despierto y me volteo hacia la mesa, para ver si la tarjeta sigue ahí. Sonrío feliz cuando la veo y me levanto para guardarla. Veo una nota, la miro y leo:

Esta noche después del trabajo me iré para Suiza.

Nos vemos entro de una semana.

Te amo.

Matthew: tu futuro esposo.

Sonrío y pienso en todo lo que podré hacer con esta tarjeta en esta semana.

Con Ginevra terminamos de organizar el matrimonio y de Sandra y de Sabrina, ni la sombra. Mientras tanto decido de irme a la casa nueva y le pido a mi padre que me ayude a trastear nuestras cosas. La primera vez que entra, visita todas las habitaciones incrédulo y le explico:

—Ginevra me dijo que su marido se ocupó de todo y que tú no tenías que preocuparte de nada.

Me observa y murmura decepcionado:

—Cambiaste mucho y me cuesta reconocerte. Pero si estás feliz, está bien.

Le digo que estoy muy feliz y él me explica que se va a ocupar de los cartones. Caterina y yo lo ayudamos y los dejamos en la entrada. Vamos a traer los otros y Caterina dice que los entra. Cuando terminamos, le explico a mi padre que puede irse y que yo llamaré un taxi. Asienta y me saluda. Con la ayuda de Caterina, subimos todos los cartones y luego arreglo todas mis cosas en el vestuario. La ropa de Matthew la pongo en el armario y luego me ocupo de sábanas, manteles y toallas. Termino que ya es tarde noche y decido quedarme hasta el día siguiente.

Los días pasan y yo no vuelvo al apartamento. No tenía idea de la comodidad de tener una camarera y aprovecho para gozarme los últimos días

antes del matrimonio, dedicándome a las compras y a personalizar la casa. Además, aunque haya ordenado todos mis vestidos, mis bolsos, mis zapatos y todo el resto, en el vestuario hay un montón de espacio libre y aprovecho para comprar el abrigo rojo que quería para Navidad, y otras cosas que me gustaron. Compró un árbol de navidad y lo pongo en la sala. Luego visito un negocio, en el centro, de artículos navideños y compro todas las decoraciones que más me gustan. Llamo un taxi y regreso a la casa. Adornamos el árbol con Caterina y sonrío feliz cuando prende las luces. Me siento sobre el sofá y me quedo mirándolo extasiada, por no sé cuánto tiempo. Al día siguiente me ocupo de los regalos y paso mi día buscando entre las últimas novedades, antes que las vean mis cuñadas. Un día decido de ir a visitar a mi madre, pero ella no está y me voy decepcionada. Hubiera querido ver su cara, cuando me hubiera visto con sólo ropa de diseñadores famosos...

Hubiera querido ver su reacción, cuando le habría explicado que ya no necesito aprender a cocinar, porque tengo una camarera que lo hace por mí y no habría perdido la ocasión de hacerle notar que ahora no tengo que preocuparme si tengo dinero en la billetera, cuando salgo a comprar algo. Pienso en ese anillo y decido de comprármelo como regalo de Navidad. Voy a la joyería y le pido al vendedor si puedo verlo. El señor me explica que ya está apartado para otra cliente y le pregunto si es para mi cuñada. Él asienta y yo le pregunto si puedo solo medírmelo. Acepta y lo saca. Cuando me lo pasa, lo pongo en mi dedo y me parece aún más hermoso de lo que me acordaba. No quiero renunciar y le ofrezco más de su precio final.

—Señora, lamentablemente no puedo aceptar. Hoy, debería pasar su cuñado a retirarlo y yo no puedo dejar que no lo encuentre —me explica serio y añade:

—Se lo había dicho que a su cuñada le había encantado.

—¡Yo tengo más dinero que ella! —puntualizo molesta.

Él baja la mirada sin comentar y yo sigo:

—Piénselo bien, podría quedarse con el resto.

—Señora, yo soy el dueño del negocio y no necesito tener nada para mí —resopla molesto.

Me doy cuenta que mi táctica no está funcionando y le hablo del matrimonio, y del hecho que todavía no tengo un anillo de compromiso. Pero él ya está indignado y, abriendo la mano con la palma hacia arriba enfrente a mí, rebate:

—Lo siento, señora, pero no puede tenerlo. Si quiere, puede escoger otro.

Me quedo con el anillo y le digo que quiero este. Él sigue con la mano abierta y me propone:

—Pase después de Navidad y, si el señor Mitchell no lo habrá retirado, será suyo.

—¡Pero este tenía que ser mi regalo de Navidad! —resoplo furiosa.

El señor, con la mano abierta, me pide educadamente de quitármelo y añade:

—Estamos abiertos el veinticuatro y su cuñado tiene tiempo hasta el horario de cierre.

Me quito el anillo y le pregunto a que horas cierran. Él se apresura en agarrar el anillo y me pide el número. Jamás tuve la necesidad de tener uno y ahora me arrepiento de no haber usado ese maldito móvil. Le explico que no tengo móvil y me mira asombrado.

—Pero puedo comprarme uno ahora y darle el número —le propongo satisfecha de haber encontrado una solución.

Sacude la cabeza y dice:

—Pase el veinticuatro a las 19.00 y, si nadie habrá retirado el anillo, será suyo.

Le agradezco y salgo. Nunca he hablado con Thomas y no quiero hacerlo ahora. Pero espero que no venga a retirarlo y que me lo deje. Podría discutirlo con Ginevra, pienso sonriendo maligna. Estoy segura que la veré antes de Navidad y no tengo ni una duda sobre el hecho que me apoyaría y me ayudaría, si se lo pidiera. Contenta por estos pensamientos y complacida de tener a Ginevra de mi parte, ¡regreso a mi casa más feliz que nunca!

Pero todo comienza a derrumbarse, cuando un día Ginevra viene a mi casa, para preguntarme si sé adonde está Matthew y me hace notar que faltan solo dos días al matrimonio. No sé si puedo decirle adonde se fue y ni siquiera sé si es posible hablar de ese hijo que abandonó. Pero se me insinúa la duda que no exista ningún hijo enfermo y que Matthew tenga otra mujer quien sabe adonde. Le digo si puedo hacerle una pregunta y ella me dice que si. Pienso en como definir mi frase y luego le digo:

—¿Alguna vez has estado en Suiza?

La veo empalidecer y me pregunta si Matthew está allá. Bajo la mirada insegura sobre que decir y ella comienza a llorar. Le pregunto alarmada que está pasando y ella me cuenta:

—Hace veinte años cometí un error y desafortunadamente no fui yo quien pagó las consecuencias.

La miro curiosa y ella me pregunta si me acuerdo del abuelo de Simone. Le digo que si y ella, después de haberse secado los ojos con un pañuelo, confiesa:

—Éramos novios cuando Maximilian llegó y se enamoró de mi. Obviamente, mis padres prefirieron el hombre rico al pobre y no quisieron sentir razones. Después del matrimonio no volví a verlo, pero hace veinte años, mientras caminaba por la ciudad, lo reconocí en medio a toda la gente. Sabíamos que no nos podíamos acercarnos el uno a la otra y nos limitamos a mirarnos. Cada día pasaba por ahí a la misma hora y cada vez él estaba allá.

Cuando se detiene, le explico que si no quiere contarme más, yo la entendería, pero ella sacude su cabeza afirmando que tiene que contárselo a alguien. Asiento y ella añade:

—Pasamos meses así. Pero un día, decidimos de arriesgarlo todo y él no solo se acercó, sino que yo entré en su coche. Pasó lo que ambos deseábamos que pasara, y fue la última vez que nos vimos. Después de un mes, me di cuenta de estar embarazada y lo tuve, incluso sabiendo que no era de mi marido. El embarazo fue muy difícil, porque Maximilian descubrió lo que había pasado y yo lo viví con la concienciación que jamás me lo habría dejado tener. Ironía del destino, le tocó a él pagar todos los gastos médicos y hospitalarios.

Le pregunto que pasó y ella me explica llorando:

—En esos tiempos funcionaba así, desafortunadamente no habían los mismos controles y los aparatos que existen hoy en día para las diagnósticos prenatales y cada embarazo era un riesgo, pero aún más lo eran los partos, sobretodo si no eran naturales.

La abrazo y le susurro que ya pasó. Ella me abraza y dice:

—No se porqué, pero Matthew fue el único que se encariñó con él.

—Me habla siempre de su hermano y creo que sea el único con el que logra desahogarse —digo pensativa.

Ella comienza a llorar nuevamente y admite de no haber tenido la valentía de irlo a visitar. Le digo que la entiendo y le pregunto si puedo preguntarle unas cuantas cosas, porque comienzo a tener algunas dudas. Ella se muestra disponible y yo busco las palabras más aptas para explicarme, sin hierirla.

—Giulia, hazme tu pregunta —me ordena dulcemente.

La miro y le explico:

—Tu marido se enfada por todo lo que hacen sus hijos y se divierte a ponerlos el uno contra el otro. Inclusive supe que a ti también te pegó y no

entiendo como, un hombre así, pueda aceptar y perdonar una traición.

Ella asienta y me pregunta si me acuerdo de las palabras que me dijo una vez. No se a cuales se refiere y la observo ausente. Ella hace un respiro profundo y me cuenta:

—Cuando nos casamos, él me contó de su familia y de como lo habían educado. Me juró que jamás se habría portado así conmigo o con nuestros hijos. ¡Pero Maximilian siempre ha sido un hombre que sabe lo que quiere y como obtenerlo! No podía salir ni ver a nadie, y cuando mis padres se fueron, terminé sola y con un hombre que jamás habría elegido para mi, pero que me amaba y que no me hacía faltar nada. Cuando volví a ver al abuelo de Simone, aunque ya tuviera mis tres hijos y que mi relación con mi marido fuera bastante buena, fue como tener otro flechazo con la persona que amaba desde toda mi vida. Cuando Maximilian descubrió mi infidelidad, pensó que la causa era que no había impuesto las mismas reglas de su padre en nuestra casa, y de un día para el otro cambió. Inmediatamente me di cuenta que no me habría dejado libre de irme, porque estaba y sigue enamorado de mi. Pero yo tampoco quería irme, porque sabía que no habría podido quedarme con mis hijos y, probablemente, no los habría vuelto a ver. Ya me había alejado de mi familia y no le habría permitido de hacer lo mismo con mis hijos. Soporté en silencio, ya que sabía que este cambio repentino había sido por mi culpa y cuando comenzó a desquitarse con nuestros hijos, la única forma de ayudarlos era quedarme en esa casa. Él me ama, Giulia, a su manera, ¡pero me ama! La razón por la que cambió tanto fue mi traición y eres la única que sabe la verdad.

Estoy aterrada por todo esto y ella sigue:

—Creo que me ve a mi en ti. Yo también era una niña ingenua pero determinada y lo suficientemente inteligente como para saber cuando agachar la cabeza y cuando expresar mis pensamientos. Ojalá tenga razón y no te conviertas en una Sandra o en una Sabrina.

Le pido que sea más clara y ella afirma:

—¡Giulia, tu tienes que sentirte libre de tomar tus decisiones y la única persona con la que tienes que confrontarte es Matthew!

La miro pensando en sus palabras y ella exclama:

—¡Ya no más charlas tristes! Tenemos que encontrar el futuro esposo y tenemos un matrimonio que celebrar.

Sonríó y ella me pregunta cuando fue la última vez que hablé con él. Con todas esas compras, no me había ni dado cuenta que habían pasado tres semanas desde que se había ido y, mintiendo, le digo que hablé con él hace un

par de días. Ella me pregunta que me dijo y yo exclamo:

—Quería relajarse un poco, antes del matrimonio y aproveché justo ahora.

Ella me pregunta si sé cuando regresará y yo le digo:

—Ginevra, Matthew me dijo que me ama y que quiere casarse conmigo.

Como me aconsejaste tu misma, hay que confiar en nuestros maridos y no sofocarlos.

Ella sonrío y yo le aseguro que, para el matrimonio, Matthew regresará a tiempo. Ella asienta y me hace jurar que jamás le contaré a nadie lo que me contó hoy. Se lo juro y me agradece. Parándose, dice que tiene que irse y yo la acompaño hasta el portón. Apenas lo cierro, se me sube la ansiedad, porque tengo miedo que mi castillo se quiebre de un momento para el otro. Me voy hacia la sala y Caterina me pregunta que quiero cenar. Le digo que no tengo hambre y miro el árbol de Navidad, esperando que Matthew regrese pronto. Cuando veo el corazón que me regaló el año pasado, me paro y lo cojo. Me acuesto sobre el sofá y apretándolo, pienso en el día en que me lo regaló. Cierro los ojos y me relajo, recordando ese momento.

Capítulo 13

Me despierto en la cama y, volteándome, veo a Matthew mirándome. Lo abrazo fuerte y noto que sigo con su corazón en la mano. Le pregunto cuando llegó y él me confiesa que hace días que está en la ciudad, pero que se había quedado en el apartamento. Le pregunto la razón y me dice que no le había hablado del trasteo. Sonrío, afirmando que quería hacerle una sorpresa y añado:

—Te vi cansado y no quería hablarte de esto también.

Él asienta y yo le pregunto si ya vio toda la casa. Me dice que no y me levanto. Me doy cuenta que todavía estoy vestida y me miro confundida.

—Estaba cansado y te traje solamente hasta la cama —dice Matthew divertido.

Le sonrío y dándole la mano, le propongo de mostrarle nuestro nuevo hogar. Me alcanza y cogiendo mi mano, me pregunta que habitación quiero mostrarle.

—Como ya estamos aquí, te mostraré la habitación de los huéspedes —exclamo feliz.

Vamos hacia la pieza y, entrando, le pregunto:

—¿No es hermosa?

La mira y me pregunta quien la utilizará.

—Podría usarla mi padre o... —contesto sin pensar y me detengo.

Mi padre vive a un par de kilómetros de distancia y seguramente no vendrá. Hice de todo para alejarme de mi madre y jamás la invitaré a quedarse en mi casa. Con sus cuñadas, la relación no es que sea de las mejores y, de todos modos, no creo que se alejarían de sus casa, ya que tienen hijos. Miro la habitación y afirmo:

—¡Podríamos utilizarla para uno de nuestros hijos!

—He visto habitaciones mucho más alegres y adaptas que esta, para los niños —rebate Matthew riéndose.

Me doy cuenta que tiene razón y salgo de la habitación decepcionada. Le muestro rápidamente las otras tres habitaciones, si detenerme demasiado,

sobretudo ya que no tengo ninguna intención de tener cuatro hijos y ahora tener cuatro habitaciones para los niños me parece una exageración.

—¿Giulia, no crees que dos niños pequeños, de cuatro-cinco o diez años, preferirían dormir en la misma alcoba? —pregunta Matthew divertido.

Me molesta la actitud con la que está juzgando esta casa y me dirijo hacia las escaleras, sin comentar. Le muestro la sala y él entra, observando sin decir nada. Se que es perfecta y, para hacerle una mala jugada, le pregunto que opina. Él sigue mirándose a su alrededor y resopla:

—¡Se nota que los muebles los escogió una mujer! ¡Yo jamás habría usado todo este salmón y este rojo!

Ya no puedo más y le digo que voy a desayunar. En la cocina, no veo a Caterina y cuando llega Matthew, le pregunto si sabe donde está.

—Giulia, hoy es la víspera de navidad y ella también tiene una familia —puntualiza serio.

Lo miro perpleja y le pregunto si es verdad. Jamás le pregunté nada y di por seguro que fuera una mujer sola, ya que pasa todos sus días aquí. Matthew se sienta en uno de los taburetes de la isla y me cuenta:

—Caterina es divorciada y tiene tres hijos que mantener, los cuales se quedan solos todo el día. La mayor tiene veinte años, se graduó y ahora cuida a sus hermanos menores, porque su madre tiene que trabajar aquí todo el día.

—Pero ella me cocina solo el desayuno y las comidas, y podría regresar a su casa durante el día —resoplo molesta.

—¿Eres tu quien limpia la casa? ¿Eres tu quien se ocupa de la ropa sucia y luego la plancha? ¿Eres tu quien va a hacer mercado? —pregunta indignado.

Agacho la cabeza y me pregunto cuando cambié tanto. Antes me habría interesado de la vida privada de las personas que viven a mi lado y le habría ayudado con todo el resto. Pienso en las palabras de mi padre, cuando me dijo: ‘cambiaste y no te reconozco’ y, si él no es capaz de hacerlo, significa que mi cambio es más grave de lo que pensaba. Matthew me pide que le prepare un café y yo me volteo hacia los muebles de la cocina, sin saber donde está. Abro un par de alacenas y me doy cuenta que no sé ni siquiera adonde buscarlo. Matthew se acerca y me lo baja, después de haber abierto una alacena, donde yo no había visto. Me lo pasa y dice que lo quiere con un poco de leche. Sé que la encontraré en la nevera y la saco. Me acerco a la máquina del café y la miro perdida, porque no la he utilizado antes. Él saca una cápsula del paquete y se prepara el café. No sé que me paso, pero no me gusta y me siento asustada. Me miro el vestido lujoso que traigo y me desconozco.

Parezco una mujer de cuarenta años y pensar que tengo solo la mitad... Matthew me pasa el capuchino y se sienta con su café, preguntándome que hice en estas semanas. Tomo un sorbo de capuchino y pongo el pocillo sobre el mármol, pensando que estuve totalmente ocupada haciendo comprar, que ni me había dado cuenta que él aún no había aparecido. Me llama y yo lo miro confundida.

—¿Estas feliz? —pregunta serio.

No se que responder, sin embargo hasta ayer yo era la persona más feliz del mundo y le digo que no se.

—¿Que te hace falta para estar feliz? —pregunta pensativo

Me miro a mi alrededor y contesto:

—Tengo todo lo que se puede desear.

—Pero no estas feliz —puntualiza nervioso.

¿Por qué me siento así? ¿Por qué me parece que de repente todo se haya derrumbado? Me pregunto perpleja y me propone de salir a caminar un rato. Acepto y él me pregunta si estoy lista. Le pido unos minutos para ducharme y cambiarme, y él afirma que me esperará. Voy a mi habitación y luego al baño. Me ducho, me pongo la toalla y luego lavo los dientes. Cuando abro el vestidor, me miro asombrada a mi alrededor y me pregunto por qué compré toda esa ropa. Veo toda esas etiquetas colgadas y me parece de estar en un negocio. Me acerco y busco algo cómodo. Pero hay solo cosas elegantes, más adaptas a una señora que a una chica joven. Saco un completo de ropa interior y mientras me lo pongo, miro desconcertada los cinco cajones, que sé estar llenos de ropa interior. Me parece imposible que yo haya comprado todo esto y me alejo aterrada. En fin, escojo un vestido de lanita gris, descartando todo esas prendas para señoras y me lo pongo. Me acerco a los zapatos y aquí es hasta peor, porque no tengo ni un par de zapatos juveniles. Agarro rápidamente un par de botas negras y cuando me cae el ojo sobre el precio, que sobresale en la caja, casi me da un infarto. Mi padre, para ganarse ese montón de dinero, tiene que trabajar un mes y yo me lo gasté para un par de zapatos. Ya me los puse una vez y no los puedo devolver, así que me los pongo. ¿Devolverlos? ¡Claro! ¡Mañana voy a devolver toda esta ropa! Pienso aliviada y regreso a la cocina donde Matthew me espera, más tranquila. Él no está y yo pongo los pocillos en el lavaplatos. Cuando llega, le pregunto adonde estaba y noto que tiene un par de jeans. Es la primera vez que lo veo vestido así y le pregunto adonde los compró. Me pregunta de que estoy hablando y yo le explico que me refiero a sus jeans. Matthew se los mira divertido y afirma:

—Siempre he deseado tener un par así que los compré hace unos días.

Sonríó y le digo que le quedan bien. Él se ríe y dice que es hora de irnos. Luego me observa y me pregunta adonde están mis jeans.

—Los arrojé y no se porqué —admito con poca voz.

Afirma que compraremos otros y yo le agradezco. Nos ponemos los abrigos y salimos. Decidimos irnos a pie hasta el centro y yo le aprieto la mano, acercándome a él. Matthew también aprieta mi mano y me pregunta por los preparativos del matrimonio.

—Creo que no decidí nada —puntualizo pensativa y añado:

—Tu madre y tus cuñadas me ofrecieron su ayuda y yo acepté. Escogieron el vestido y todo el resto.

—¿Y tu por qué no dijiste nada? —pregunta atónito.

El problema es que me dejé llevar y deslumbrar por el poder del dinero. Fue algo tan rápido, que ni me di cuenta y recuerdo las palabras de Simone cuando dijo: ‘pasar del fondo del pozo a las estrellas es muy fácil’. Quería demostrarle a Ginevra que soy la persona justa para Matthew y a sus cuñadas que soy mejor que ellas. Podía gastar más que ellas y se los eché en la cara, centrándome en el hecho que Matthew es el preferido del señor Mitchell, el que habría tomado su puesto y al cual le esperarían la mayoría de sus empresas. No quería parecer inadecuada a su lado y, mientras con ellas fue bastante fácil, creo a Matthew le causé muchas dudas. Pienso en esa noche que se enfadó y le pregunto:

—¿Por qué esa noche no me dijiste nada? Hubieras podido detenerme.

Él me pregunta de que noche estoy hablando y yo le recuerdo:

—La noche que me hiciste vomitar en la ducha.

Asienta y me pregunta:

—¿Por qué crees que estaba enfadado?

—Porque me había gastado el dinero en cosas fútiles —afirmo segura.

Sacude la cabeza y dice:

—¡Cuando terminaste, no estabas excitada, sino satisfecha! No lo hiciste para nosotros, lo hiciste para ti, porque querías algo de mi.

Le pido que sea más claro y me explica, inquieto:

—Regresaba al apartamento siempre más tarde y cada vez te encontraba en la cama, dormida. Sospeché inmediatamente, cuando te vi sobre el sofá esperándome en baby-doll, que lo que tenías ya no era suficiente y que me habrías pedido algo. Pero no sabía que y te lo pregunté. Tú me dijiste que querías pasar un poco de tiempo conmigo y yo quise creerte. Cuando

comenzaste a besarme, deseaba fuertemente que me hubieras extrañado y estaba feliz, porque creí que te habías dado cuenta que yo te estaba evitando. ¡No sabes cuánto lo desee! Pero cuando entendí que no solo no era así, sino que no te habías ni siquiera excitada, se me calló el mundo encima. No sabía si te habías dado cuenta de no amarme y temías de perder el dinero que tanto te gustaba o si actuabas solo por ese. ¡Me quedó claro que, ese día en el baño, habría podido estar cualquiera en mi lugar y tú lo habrías hecho igualmente, con tal de obtener lo que querías!

Y exclama:

—¡Vittoria acababa de hacer la misma cosa con mi padre, dándome a entender que ella tampoco me quería, sino que quería el dinero de los Mitchell y que uno vale el otro, con tal de llegar a su meta!

Lo miro asombrada y le pregunto:

—¿Tu crees que me habría acostado con tu padre, solo por su dinero?

—¡Pero su tarjeta de crédito la usaste! ¡Y no escuchaste para nada mis palabras, mientras te explicaba claramente que prefería que no utilizarás ese dinero, después de haberte confesado la razón de ‘ese regalo’ de su parte! —puntualiza furioso.

—¡Fuiste tu quien me la dio! —resoplo exasperada.

—Giulia, te puse frente a una prueba y tu fallaste miserablemente —rebate decepcionado.

Si pienso en todo lo que compré con esa carta, me doy cuenta, más que él, que no está al corriente, que pasé el límite y sobretodo para cosas que no necesitaba. Se detiene y lo miro curiosa. Lo veo observar una vitrina y me volteo. Casi me da un infarto cuando veo el anillo que quería comprar y me hago la que no sabe, esperando que sea solo una casualidad. ¡No puede saberlo! ¿Como podría? Pienso temerosa y avergonzada al mismo tiempo, y él me pregunta:

—¿Sabes cuánto vale ese anillo?

Le pregunto cuál, haciéndome la que no entiende y él me indica precisamente ese, poniendo su índice sobre el vidrio. ¡No puede saberlo! ¡Se que no puede saberlo! Y le contesto que no lo sé. Matthew aleja su dedo y exclama:

—¡Cinco años de trabajo de tu padre! ¡Pero para poderlo pagar, no debería gastarse ni un euro para el resto!

Sé muy bien el costo, pero no había pensado en esto y cuando veo el propietario en el negocio, alejo rápidamente a Matthew de allá, diciendo que

entendí. Seguimos caminando y le pregunto:

—¿Como haces para saberlo? ¡No es un caso si elegiste precisamente ese anillo! ¿Te avisó el propietario?

Él se ríe y exclama:

—Giulia, cada vez que se gasta una cierta cantidad de dinero, me informan y me envían el extracto bancario.

—¡Pero yo no compré ese anillo! —exclamo nerviosa.

—No, pero con tal de tenerlo, fuiste tan descarada que le propusiste al propietario de pagarle más de su valor efectivo, aumentando su margen de ganancia —replica en son de guerra.

—¿Así que te lo dijo él? —pregunto aún más nerviosa.

Él no me contesta y yo entiendo que fue así. Pienso en sus palabras y le pregunto:

—¿Por qué dejarme el efectivo? Con esos no habrías recibido ningún extracto bancario y no habrías sabido adonde y para que me los habría gastado. ¿Era para ayudarme o para hacerme caer en tentación? ¿Esa también era un prueba?

Sacude la cabeza y me explica:

—Gastar con una tarjeta de crédito es mucho más fácil que hacerlo con el efectivo, porque no te das cuenta, precisamente, de cuánto dinero estás quemando. Esperaba que tener solo el efectivo te ayudara a entender la cantidad de dinero que estabas gastando y así llevarte a volver en razón. Esperaba que pagando miles de euros, sacándolos de tu bolso en efectivo, te diera una idea precisa de la verdadera cantidad de dinero que estabas arrojando o al menos que te avergonzarás en sacarlo, ya que nadie más paga así... ¡No en esos negocios por lo menos!

—¿Así que ya sabías que habría caído en tu trampa? —pregunto enfadada.

—No Giulia —contesta pensativo y añade:

—Para mi era normal dejarte dinero para tus necesidades o las de la casa y desde siempre te he dicho que haría cualquier cosa, para verte feliz.

No lo dejo terminar y le pregunto por qué habla al pasado. Él baja la mirada pensativo y yo le ordeno preocupada de contestarme. No quiero perderlo, porque se que él es el único que quiero a mi lado y espero que todas las cagadas hechas en estos meses, no lo hayan llevado a tomar la decisión de dejarme. Matthew me mira y afirma que tenemos que ir a otro lugar. Le pregunto adonde y él, dirigiéndose hacia el otro lado, dice que me explicará todo en el coche. Lo sigo y espero que no me deje. Apenas estamos en el

coche y él está conduciendo, le pido perdón y añado alarmada:

—¡No me dejes, Matthew! Sé que me equivoqué y te juro que aprendí la lección. De ahora en adelante no gastaré ni un solo peso y, si quieres, volveremos a vivir en el apartamento. Matthew, júrame que no me dejarás.

Conduce pensativo y me pregunta inquieto:

—¿Por qué quieres casarte conmigo? ¡Y no uses siempre la misma excusa que me necesitas!

Sé que quiere que le diga y me esfuerzo de decírselo. Pero no puedo y me quedo con la mirada baja, preguntándome la razón de mis dificultades en decirle esas dos palabras. Es cierto que mi madre desde siempre me ha dicho que los sentimientos son para los débiles y que, demostrarlos, te vuelve vulnerable ante los ojos de las personas a las cuales se los demuestras. Pero con mi padre fui siempre muy afectuosa y nunca tuve miedo de hacerlo. Lo abrazo, lo beso y le digo que lo quiero mucho, cada vez que me siento de decírselo. ¿Por qué con Matthew no soy así de expansiva? Me pregunto perpleja y pienso en las palabras de Valeria. Tal vez tenga razón, no logro admitir de amarlo solo porque tengo miedo de perderlo y probablemente lo haré solo cuando estaré segura que no podrá dejarme. ¿Pero como se lo explico a Matthew? ¿Y sobretodo, estoy segura que sea así como dice ella? ¿Y si después del matrimonio no me tuvieran que salir esas palabras, que significaría? ¿Que no lo amo? Me pregunto asustada y miro afuera, siempre más confundida. Matthew me llama y lo miro curiosa.

—¿Si entendiste adonde estamos yendo? —pregunta pensativo.

Miro hacia afuera y me doy cuenta que estamos en la autopista. Busco alguna señal o letrero, pero no veo nada y le digo que no sé. Él sigue conduciendo asombrado y yo le pregunto adonde estamos yendo.

—¡Mira ahora, Giulia! —me ordena serio.

Me volteo y veo a lo lejos un letrero, pero no alcanzo a leerlo.

—¡Di ‘frena’, Giulia! —me ordena nervioso.

Lo miro atónita y me repite:

—¡Grita ‘frena’, Giulia!

Me volteo confundida, veo el letrero desde lo suficientemente cerca para poderlo leer y entiendo que me está llevando a Suiza.

—¡Ahora, Giulia! ¡Grita detente! —grita Matthew con todo el aire que tiene en los pulmones.

Lo miro asombrada y de repente siento el coche frenar. Me catapulto hacia adelante y siento el cinturón penetrarme la piel. El letrero está ahí, frente a mi

y bajo el nombre de la ciudad, leo:

 Mi regalo

 Gabriele

Me volteo hacia Matthew asustada y no lo veo. Su asiento está vacío y el cinturón todavía está abrochado. No entiendo y me miro a mi alrededor, esperando de verlo fuera del coche, pero nada. Me ásale una angustia y un miedo indescriptibles. Me falta el oxígeno y no puedo respirar. Cierro los ojos intentando calmarme y siento que alguien me sacude llamándome. Es una mujer y abro los ojos, esperando que me explique que está sucediendo. Cuando veo a Caterina, la miro confundida y le pregunto llorando que pasó. Me doy cuenta que estoy acostada y me siento temblando.

—Señora, se durmió y seguramente tuvo una pesadilla —dice ella aprensiva.

Me miro a mi alrededor y me doy cuenta que estoy en mi sala. Observo cada cosa, para acertarme que sea real y cuando me doy cuenta que Caterina tiene razón, hago un respiro profundo de alivio. Pero sigo temblando, porque todo me parecía tan real que no logro aceptar que no lo fuera. Ella me trae un vaso de agua y me explica:

—Como vi que estaba durmiendo, la dejé descansar un rato, y mientras tanto, fui a hacer mercado aquí cerca y luego me ocupé de sus últimas compras.

Le pregunto que hora es y ella me dice que son las 23.45. Le pido que me siga y nos vamos a mi habitación. Abro el vestidor y le explico:

—Hay que devolver toda la ropa que tiene la etiqueta y lo mismo vale para los zapatos, bolsos y todo el resto.

Ella me pregunta si estoy segura y yo le digo que si. Ponemos todo a un lado y ella me recuerda que falta solo un día al matrimonio. Le explico que mañana me ocuparé de todo y, bajando las escaleras le pregunto si está casada.

—Estoy divorciada, señora —contesta sonriendo.

Me detengo en el medio de la escalera y le pregunto si tiene tres hijas. Ella asienta y yo le pregunto:

—¿Tienes una de veinte años, que cuidas a los dos más pequeños?

Ella sigue asintiendo y yo me siento, preguntándome que diablos está pasando. ¿Como podía soñarme algo que no sé? ¿Ademas, quien es este tal Gabriele? Me pregunto desconcertada y pienso en el día en que el abuelo de Simone me lo nombró. Miro a Caterina y le pregunto si el nombre le dice algo.

Ella piensa y riéndose afirma:

—El hijo de mi vecina se llama así, pero no creo que tenga algo que ver con usted.

Sacudo la cabeza y me sigo preguntando quien es este Gabriel. Podría preguntarle al abuelo de Simone, pero vista la hora es mejor dejarlo para mañana y me paro más tranquila, sabiendo que puedo descubrir quien es y la razón por la que lo soñé. Nos vamos hacia la cocina y Caterina me pregunta que quiero que me prepare. Me siento y le digo que un sándwich está bien. Ella me lo prepara y yo le pido que me acompañe. Me pregunta atónita si estoy segura y yo le digo que sí divertida. Me pregunta si puede decirme algo y yo le repito mi sí.

—Señora, aléjese de sus cuñadas y dedíquese a su futuro esposo.

Le pregunto por qué me dice eso y me cuenta:

—¡Escuché lo que decían cuando vinieron con su suegra y, créame, es mejor que las aleje de su matrimonio!

Le pregunto que dijeron y ella asiere que no quiere crear problemas. No quiero insistir y le digo que lo haré. Le pido que me cuente algo de ella y la veo sonreír feliz, mientras habla de sus hijos. Le pregunto si su ex marido la ayuda con los hijos y ella afirma:

—Como hija de personas divorciadas, usted sabe bien lo complicado que es manejar algunas situaciones.

Asiento, pensando que yo no veo mi madre desde hace meses y le pregunto si por lo menos la ayuda económicamente. Ella sacude la cabeza y me explica:

—Tiene un sueldo de obrero y tiene que pagar el arriendo de la casa en la que vive, ya que nos dejó la nuestra. Puede darme poco y no es suficiente para tres hijos, ¡pero no puedo pedirle más de eso! Por eso yo también trabajo y salimos adelante.

Le digo que es una buena persona y madre, pensando que ella entiende a su ex y no quiere ponerlo en problemas. Cosa que en cambio mi madre sabe hacer muy bien.

—Me parece raro que usted se haya quedado con su padre. Por lo normal los hijos escogen las madres —dice sonriendo.

Hago una tímida sonrisa y no comento. Le pregunto si, con su sueldo, puede vivir y mantener a sus hijos, y me explica:

—Mi hija mayor quería ir a la universidad pero yo no puedo permitírmelo. A parte eso, por el resto, no le falta nada ni a ella ni a los otros dos.

Le pregunto que le gustaría estudiar y ella se ríe, diciendo:

—¡Le gustaría ser psicóloga!

Sonríó y le pregunto por qué.

—¡Porque dice que la ayudaría a entender a ciertas personas! —afirma riéndose.

Me pongo a reír y le pregunto a quien le gustaría ‘curar’.

—¡Comenzaría seguramente conmigo! —exclama divertida.

La miro sonriente y ella se pone seria, añadiendo:

—Creo que sería una buena psicóloga, en serio.

La observo pensativa y le propongo:

—Tengo mucho que hacerme perdonar y, si me lo permites, quisiera que tu hija fuera mi buena acción, para remediar a mis errores.

Ella me mira curiosa y yo añado:

—Mañana iremos a devolver toda esa ropa y quisiera darte ese dinero para la universidad de tu hija.

Ella se para diciendo que no puede aceptar y yo le explico:

—Muchas de esas cosas las compré hace unas semanas y no creo que me las dejen devolver. No sé cuánto podré recuperar y ni siquiera si serán suficientes para pagarle los estudios hasta su grado. Pero me harías un enorme favor, aceptando mi propuesta.

Ella me mira indecisa y yo le suplico que lo haga. Ella asienta y me agradece, bostezando. Me doy cuenta que está cansada y me paro deseándole una buena noche. Salgo de la cocina y me dice:

—No debería tomar todos esos cafés.

Me devuelvo y la miro curiosa. Ella me indica el lavaplatos y añade sonriendo:

—Ahora sé porque tuvo esa pesadilla.

Me acerco al lavaplatos y cuando veo los pocillos del café y del capuchino, siento un escalofrío por toda la espalda. Los observo desconcertada y me pregunto que está pasando. Comienzo a llorar y me falta el aire. Ella me hace sentar y me pregunta preocupada que pasó. No puedo decir nada y sigo mirando hacia el lavaplatos bajo shock. ¡No puede ser! ¿Por qué esos pocillos están allá? ¡Fue una pesadilla y no es posible que esas malditas tazas estén allá! ¿Que está pasando? Me pregunto aterrorizada y cuando Caterina dice que es solo cansancio o nerviosismo por el matrimonio, la miro temblando y afirmo:

—¡No quiero dormir sola!

Ella me propone de hacerme compañía y yo acepto. Me acompaña por las

escaleras y me pregunta si quiero ducharme. Le digo que no con la cabeza, temblando como una hoja al viento y ella me ayuda a acostarme en la cama. Luego acomoda el sillón que encuentra cerca al armario de Matthew y lo pone al lado de la cama. Me mira y dice que tengo que tranquilizarme, porque ella se quedará ahí. La miro con los ojos bien abiertos, para no dormirme y sigo temblando, pensando que me estoy enloqueciendo. Ella me tapa con la cobija y me toca la frente. Dice que no tengo fiebre y me mira preocupada, preguntándome:

—¿Quiere que llame un doctor?

Le digo que no con la cabeza y aferro su mano. La aprieto para acertarme que sea real y pienso en la caminata con Matthew por el centro. ¿Fue una pesadilla o era realidad? Me pregunto desconcertada y me impongo de dejar de pensar en eso. Le pido a Caterina, que mientras tanto se sentó sobre mi cama, de hablarme otra vez de sus hijos y lo hace, acariciandome la espalda, con la mano libre. No se por cuánto tiempo la escucho con atención, y con el tiempo cedo al cansancio y en fin al sueño, cuando me tranquilizo.

Me despierto y veo a Caterina dormir a mi lado. Sonrío porque sigue apretando mi mano y pensando en la pesadilla de ayer, ahora me doy cuenta que estaba solo cansada. Seguramente fui yo que me tomé ese café y el capuchino, y a lo mejor se me habrá olvidado. Con la luz del día, todos mis temores se desvanecen y todas la dudas encuentran una respuesta. Gabriele es el nombre que ya había escuchado y creo de haberlo soñado, solo porque me sentía culpable hacía Simone, que no veo desde hace mucho. Estaba enfadada, por las cosas que le había dicho a Matthew y me alejé de él. ¡Pero mañana me caso y es navidad también! Veo la puerta del vestidor abierta y despierto dulcemente a Caterina, recordándole que tenemos un montón de cosas que hacer. Ella se estira bostezando y me pregunta como estoy. Me levanto y digo:

—¡Estaba solo cansada y perdí un poco la cabeza! —Riéndome.

Ella sonrío y se levanta, diciendo que va a preparar el desayuno. Miro el reloj y noto que es casi mediodía. Le digo que no tenemos tiempo que perder y corro a ducharme. Me pongo el albornoz y lavo los dientes. En el vestidor, abriendo el cajón de la ropa interior, me da un escalofrío recordando que es una cosa que hice en la pesadilla y alejo este pensamiento rápidamente. Saco la ropa interior y me la pongo. Me tranquiliza ver que escogí un conjunto diferente al que me había puesto en mi sueño y me acerco a la ropa. Se me sube la ansiedad nuevamente, cuando veo la manga de un vestido de lanita gris, en medio de todos los otros y me acerco segura, pensando que es una

simple casualidad. Quito los otros y miro ese vestido. Hago un suspiro de alivio cuando veo que es un suéter y escojo otra cosa. ¡No es posible que piense otra vez que son vestidos para una señora y no para una joven! Saco uno sin mirar y me lo pongo rápidamente. Me miro al espejo y me tranquiliza notar que es rojo y no es de lanita. Miro los zapatos desde lejos y casi me da un infarto, cuando Caterina me llama. Salgo del vestidor y le pido que me saque un par de zapatos. Ella me pregunta cuáles y yo le digo que escoja los que quiere. Ella entra en el vestidor y yo me siento sobre la cama, mirando la puerta aterrorizada y esperando que no escoja ‘ese’ par de botas. Cuando la veo salir con un par de zapatos, me siento aliviada y ella me pregunta si están bien esos.

—¡Perfectos! —afirmo sonriendo.

Me los pongo. Cogemos todo lo que tenemos que devolver y lo llevamos hacia la sala. Luego llamo un taxi, pidiendo uno para seis personas, porque necesito espacio... ¡mucho espacio! Cuando llega, me pongo un abrigo y, con la ayuda de Caterina, ponemos toda la ropa en el taxi. Le pido que venga conmigo y ella corre a ponerse su abrigo. Miro al taxista y le explico:

—Hoy necesitaré de su ayuda por todo el tiempo necesario que me servirá para devolver toda esta ropa. Tenga paciencia y buena voluntad, y acuérdesse que mañana es Navidad.

Él mira la montaña de ropa sobre sus asientos y asienta preocupado. Me río y, cuando Caterina regresa, nos vamos para el centro. Primero que todo revisamos las etiquetas y luego vamos para arriba y para abajo por los negocios. Obviamente, les dejo entender a todos que pasaré para la nueva colección y que vendré con mis cuñadas, y mi suegra. Algunos tratan de pedirme el recibo y yo rebato:

—¿No se acuerda del día que lo compré? Si quiere llamo a mi suegra y se lo puede preguntar a ella. Desafortunadamente yo tampoco recuerdo la fecha exacta...

Todos me hacen una sonrisa de mala gana y me proponen un cupón que podré utilizar en mis próximas compras. Los miro molesta y puntualizo:

—¡Yo no pagué con cupones, sino con dinero efectivo!

Algunos asientan resignados y otros no se rinden, puntualizando que no hay de otra. Les dejo la ropa sobre la caja y me alejo, mientras rebato:

—¡Estoy segura que no nos volveremos a ver, así que quédese los como mi regalo de adiós!

Muchos se apresuran a llamarme, antes de que salga del negocio, otros me

dejan ir sin comentar y yo vuelvo a entrar, afirmando:

—Se me había olvidado saludarla de parte de mis cuñadas y de mi suegra también.

¡No siempre funciona, pero la mayoría de las veces sí! Desafortunadamente no todas las vendedoras están autorizadas a aceptar las devoluciones y a darme mi dinero y, no sabiendo bien que hacer, prefieren perderme como cliente que soltar un euro. Muy diferente es la actitud de los propietarios, que no quieren perder por ninguna razón a las señoras Mitchell como clientes y prefieren sacar miles de euros hoy, para ganar mucho más mañana. Volviendo hacia el taxi, que se quedó esperándonos en el aparcamiento cerca de la zona peatonal, cruzo la mirada del propietario de la joyería, donde había visto ese anillo que quería comprarme y sigo caminando. Lo saludo desde lejos y él me llama. Me detengo y lo miro, sin acercarme.

—Señora, ese anillo ya lo retiraron. Pero si quiere verlo, me trajeron uno muy parecido —propone serio.

Me acerco y le explico:

—Lo siento, pero decidí que no habría comprado ni ese ni mucho menos el otro anillo. Feliz Navidad —Y me alejo.

Estoy orgullosa de mí y cuando llegamos al taxi, me doy cuenta que quedaron solo un par de bolsos de un negocio muy exclusivo. Estoy cansada y me siento, preguntándole al taxista si está casado. Él me dice que sí y yo le pregunto si ya le compró el regalo de Navidad a su esposa.

—Tenemos dos hijas y pensamos en ellas. No nos hemos vuelto a hacer regalos desde que nacieron —me explica divertido.

Le digo que nos puede acompañar para la casa y le pido a Caterina que escoja uno de los dos bolsos. Ella me mira asombrada y yo le pregunto cuál le gusta más. Ella me observa y pasa la mano por encima de uno de los dos rozándolo, como si tuviera miedo de romperlo. Sonrío y asiento. Cuando llegamos a la casa, le pregunto al taxista cuánto le debo y lo pago usando el dinero que recuperé. Cojo el bolso de Caterina para llevármelo y saliendo, le digo:

—Regálesela a su esposa y feliz Navidad —Pasándole el otro bolso.

Él me mira curioso y yo sigo a Caterina hacia la entrada de la casa. Cierro el portón y le paso su regalo, afirmando:

—Este es para ti y estos son para tu hijas (echándole adentro todo el dinero que logré recuperar). Ella me mira conmovida y yo le digo que tengo hambre, alejándome. Cuando voy subiendo por las escaleras, llaman al timbre y me

volteo perpleja. Corro a abrir pensando que sea Matthew y veo que son mis cuñadas y Ginevra. Abro el portón y le pido a Caterina que esconda su bolso. Ellas me alcanzan y me abrazan, preguntándome si ya llegó el vestido. Las miro confundida y Ginevra exclama:

—Me dijeron que lo iban a entregar hoy.

Le pregunto de que vestido está hablando y ella me recuerda que mañana debería casarme. Sonrío y las dejo entrar. Nos vamos hacia la sala y Caterina regresa preguntando si quieren darle sus abrigos. Ellas se quitan los suyos y yo el mío. Se los entregamos a Caterina que me pregunta si deseamos algo caliente. Le devuelvo la pregunta a mis cuñadas y todas piden chocolate caliente. Miro a Caterina y le ordeno cuatro. Ella se aleja y nosotras nos sentamos. Las informo que no han entregado ningún vestido y Ginevra llama inmediatamente al negocio. Le dijeron que habían pasado pero no estaba nadie. Ella afirma que ahora estamos todos en la casa, saluda y cierra. Me pregunta adonde estuve y le dije que salí a hacer compras, mintiendo. Ella asienta y Sandra y Sabrina me preguntan que me compré hoy. Las miro perplejas, preguntándome como pueden fingir de quererse y de llevarse bien, y afirmo:

—¡No os diré nada! No quiero que compréis las mismas cosas.

Ellas sonrían y Ginevra me pregunta por Matthew. Le digo que me llamó y que nos veremos mañana, añadiendo:

—Decidimos no vernos el día antes.

No es verdad y no estoy segura que siga queriendo casarse conmigo. No lo volví ni a ver ni a hablarle y tengo que resolver esta situación lo más rápido posible. Espero de lograrlo antes de mañana en la noche y de no tener malas sorpresas. Ginevra me explica que mañana por la mañana vendrán a alistar la casa y me pregunto si le dije a mi padre que tendrá que estar aquí un par de horas antes. Se lo dije, pero creo que sea mejor recordárselo y decido de ir a visitarlo esta noche, apenas ellas se abran ido y me limito a decir que si.

—Estas bastante tranquila —dice Sabrina.

—¿Por qué no debería? —le pregunto sonriendo.

—Pareces diferente —afirma Sandra.

Le digo que soy siempre la misma y ella puntualiza:

—Sabrina tiene razón. Estás mucho más tranquila que la última vez que nos vimos.

Sonrío, pensando que por fin recapacité y Ginevra me pregunta:

—¿No será que nos estas escondiendo algo?

La miro curiosa y Sandra me pregunta incrédula:

—¿Estas embarazada?

Me río y les digo que no. Sin embargo ella siguen convencidas que lo estoy y hablan de comprar esto y aquello. No se cuantas veces me toca repetir inútilmente que no lo estoy y en fin las dejo hablar sin contestar. Caterina nos trae los chocolates calientes y se aleja rápidamente. ¿Quién sabe dónde estará Matthew y que estará haciendo? De pronto decidió no casarse y no encuentra la fuerza de decírmelo. Pienso en mi pesadilla de anoche y me paro, diciendo:

—Mi padre me está esperando y tengo que salir. Quedaos cuánto queréis y del vestido se ocupará Caterina.

Ginevra me pregunta por qué no voy más tarde a la casa de mi padre y yo, alejándome, rebato que no puedo esperar. Voy a explicarle a Caterina:

—Estoy saliendo. Cuando traerán el vestido, ocúpate tú de eso y ojo con esas víboras.

Ella me pregunta para donde voy y yo me alejo, contestando que no sé. Mientras saco mi abrigo y busco las llaves del apartamento, ella me alcanza y dice asustada:

—¿Como que no sabe? Ya es tarde y mañana es el matrimonio.

Le sonrío y salgo. Primero que todo voy a la casa de mi padre a pedirle perdón. Apenas llego, Valeria me abre la puerta y, entrando, noto que mi padre me observa desde lejos. Me acerco y le explico:

—No tengo mucho tiempo y quería decirte que tenías razón. Cambié y me perdí entre vestidos y zapatos de lujo. No sé que me pasó y no sé explicarlo. Tal vez pasar de tener poco a poderlo tener todo, me ofuscó la mente y... — Me detengo, lo abrazo y añado llorando:

—Te quiero mucho papá y te pido perdón.

Él me aprieta y hace un respiro profundo. Entiendo su alivio y Valeria dice conmovida:

—¡Nos asustaste! Pensábamos que no habrías vuelto a ser la misma de siempre y que poco a poco nos habrías alejado.

Me alejo riéndome y le digo a mi padre:

—¡Mi mamá habría resuelto inmediatamente el problema con sus modales y a lo mejor, en este caso, los golpes me habrían ayudado a recapacitar antes!

Ella sacude la cabeza con una sonrisa y yo añado:

—Mañana tenéis que estar en mi casa a las 16.00 y no tardéis, porque no quiero quedarme sola con esas víboras.

Ellos se echan a reír y afirman que vendrán temprano. Los miro y les

propongo:

—¿Por qué no venid cuando os levantéis? Desayunaremos y almorzaremos juntos. Además tienen que venir los empleados a alistar la casa y necesitaré ayuda, sobretodo porque Ginevra vendrá a revisar el trabajo.

Mi padre me mira perplejo y Valeria dice que vendrán seguramente. Vuelvo a abrazar a mi padre y me pregunta adonde está Matthew. Me alejo y le pregunto hace cuanto no lo ve. Piensa y dice que son tres semanas. Bajo la mirada preocupada y él me pregunta que está sucediendo.

—No se. Pero espero que siga queriendo casarse conmigo o... —digo preocupada.

—¡Si se arrepintió, encontrarás a otro hombre que estará encantado de poderse casar con una mujer como tú! —puntualiza nervioso.

El problema es que yo no quiero a otro, ¡yo lo quiero a él! Siento los ojos llenarse de lagrimas y espero que Matthew me perdone. Les digo que me tengo que ir y me alejo, antes de comenzar a llorar. Cuando voy saliendo, Valeria me alcanza y me susurra:

—Tu lo amas, acéptalo y díselo antes de que sea demasiado tarde.

Pienso en sus palabras mirándola y ella me seca los ojos añadiendo:

—¡Giulia, no es un crimen amar a otra persona y mucho menos decírselo! Pero lo es perder el hombre de tu vida, solo porque no quieres admitir que lo amas.

Asiento y le confieso que temo que sea demasiado tarde. Ella me sonrío y dice:

—Ábrele tu corazón, como hiciste con tu padre y verás que todo se arreglará.

Es verdad, yo sé abrir mi corazón y desde siempre lo he hecho con mi padre. Le agradezco y me alejo. Mientras voy al apartamento, sonrío como una niña a la cual acaban de regalarle algo que deseaba desde hace mucho y no veo la hora de ver a Matthew, para decirle que lo amo. ¡Si, lo amo! ¡Lo amo demasiado y quiero ser su esposa! Cuando llego, abro el portón y subo por las escaleras, esperando y rogándole a Dios que esté aquí. Cuando llego frente a la puerta, hago un respiro profundo y abro. No oigo algún ruido y no veo luces prendidas. Entro decepcionada y cuando lo veo acostado en la cama, comienzo a llorar, liberándome de toda la tensión acumulada estas semanas. Cierro la puerta y me acerco, pidiéndole perdón. Cuando me doy cuenta que está durmiendo, lo tapo con la cobija, tranquilizada por haberlo encontrado y me miro a mi alrededor. Veo un cartón con una pizza intacta y tres botellas de

cerveza vacías. Luego veo una maleta abierta y unos vestidos tirados sobre el sofá. El tendedero, cerca del radiador está lleno de bóxers y medias, y entiendo que vivió aquí en estos últimos días. Me quito el abrigo y me desvisto. Me acuesto a su lado y lo abrazo, susurrándole:

—Te amo, Matthew y te extraño demasiado.

Él me abraza y yo lo miro perpleja. Lo veo observarme sonriendo feliz y le pregunto:

—¿No estabas durmiendo?

Me dice que no con la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja y yo le digo:

—Lo siento, hice un desastre.

Matthew me pone una mano sobre la boca y dice:

—Ahora sé que tú también me amas, resolveremos todo juntos.

Comienzo a llorar y lo abrazo agradeciéndole. Él me aprieta y me susurra dulcemente:

—Giulia, haré todo lo posible para hacerte feliz.

Me alejo y le explico llorando:

—Devolví toda la ropa y le di el dinero a Caterina. Su hija quiere ser psicóloga y ella no podía pagarle la universidad. No quiero seguir vistiéndome como una mujer de cuarenta años y tengo que volverme a comprar los jeans y las sudaderas. Pero no te preocupes, los compraré en el centro comercial y solo cuando tendremos dinero. Desafortunadamente no puedo devolverte el dinero que me gasté con la tarjeta de crédito de tu padre, pero podemos vender la casa y devolvérselos.

Él me mira divertido y yo añado:

—¡Si quieres irte a vivir a otra ciudad, para mi esta bien! Yo solo quiero estar contigo, porque te amo, Matthew.

Lo veo sonreír y le pregunto si todavía quiere casarse conmigo.

—¡Como nunca antes! —afirma pensativo y me besa apasionadamente.

Matthew me desviste y yo hago lo mismo con él. Cuando lo veo mirarme, lo acaricio y le susurro:

—Te amo, Matthew y no veo la hora de ser tu esposa.

Él sonrío encantado y yo me río. Me pregunta si tomé la pastilla y, poniéndome seria, le confieso que hace unas semanas que no la estoy tomando, porque estaba demasiado ocupada en hacer compras como para pensar en otra cosa. Él asienta sonriendo malicioso y yo le pregunto sospechosa en que piensa. Se acerca a mis labios y, rozándolos con los suyos, me recuerda:

—Teníamos un pacto —Y me besa.

Siento su lengua invadir mi boca y me aprieto a él, encontrándolo con la mía. Nuestras bocas se abren siempre más y nuestros respiros se vuelven uno solo. Cuando siento su erección entre las piernas, me acerco con la cintura y comienzo a jadear en su boca. Se aleja y me pide que me voltee. Me pongo bocabajo sobre la cama y él, posicionándose entre mis piernas, me pide que me arrodirle. Lo hago, quedándome con la cabeza sobre la almohada y levanto mi espalda, dándole la parte de mi cuerpo que le interesa en este momento. Matthew acaricia mis nalgas y luego se dedica con la lengua entre mis piernas. Aprieto la almohada y me gozo todo el placer que me está provocando. Comienzo a mover la cintura sobre su boca y él, apretando mis piernas, me jala hacia él. Me falta el respiro por la maravillosa sensación y cuando se aleja, tiemblo al sólo pensamiento de tenerlo todo adentro de mi. Siento su erección abrirse el camino en mi fisura y cuando Matthew, después de haber aferrado mi cintura, con un golpe seco, me hace sentir toda su potencia, emito un grito sordo. Comienza a follarme siempre más fuerte y lo siento respirar fuertemente. Cuando ya no puedo más, le pido que siga y lo hace, regalándome un orgasmo devastador. Luego se aleja y me voltea. Lo miro con el corazón que me late fuerte y lo veo lamer y besar mis piernas. Le acaricio el pelo y cuando llega a mi vientre, lo besa diciendo que quiere un hijo. Lo miro aterrada y confundida por el placer que acabo de probar, y le pido que me repita lo que dijo. Se acerca y dejándose caer sobre mi cuerpo, dice:

—Quiero un hijo, Giulia —Jadeando.

Lo miro incierta y él me acaricia, añadiendo:

—Será mi regalo de Navidad.

Me río y él, después de haberme penetrado, me pregunta temblando:

—¿Aceptas mi regalo?

Emito un gemido sintiendo su carne invadir la mía y bajo la mirada preocupada. No creo de estar lista para ser madre y su propuesta me sorprende. Él sigue hundiéndose dentro de mi y yo lo abrazo levantando la espalda y tirando la cabeza hacia atrás. Emito un grito por la sensación de placer y él me besa el cuello, mientras me pregunta respirando fatigado:

—¿Giulia, aceptas mi regalo?

Le acaricio el pelo y sentir su engorrosa presencia en mi cuerpo, me hace responder ansiosamente:

—¡Si, lo quiero!

Me observa y me pregunta si estoy segura. Lo miro, le sonrío y le repito mi respuesta. Me besa apasionadamente apretando mi cabeza entre sus manos y

comienza a moverse como una furia, como si quisiera avisarle a mis órganos internos de alistarse para acoger su presencia, y esta vez no solo por unos minutos sino por meses. Lo amo y sé que es él que quiero a mi lado para toda la vida. No había pensado en tener un hijo ahora y ser madre me asusta, pero se que él estará conmigo y esto me tranquiliza. Se aleja y me mira, moviéndose, seguro de dejar su huella en su camino. Me revuelco, apretándole las nalgas hacia mi y al culminar me dejo ir, diciendo:

—¡No te detengas! ¡Sigue! ¡Si! ¡Si!

Tengo el corazón que se me revienta y miro a Matthew exhausta, que me abraza y con su último golpe, me llena de su semen. Lo siento pulsar y sonrío, pensando en todos esos pequeños soldaditos que viaja hacia su misión. Siento su respiro cálido sobre mi cuello y mi corazón late rápidamente. Le acaricio la espalda y le beso la mejilla. Él levanta la cabeza y me mira, sonriendo feliz. Lo acaricio riéndome y le deseo feliz navidad.

—Ahora te toca a ti hacerme tu regalo de navidad —afirma malicioso.

—Todo depende si me hiciste bien el tuyo —rebato bromeando.

Asienta mirándome divertido y afirma:

—¡No creo que dormirás mucho, antes del matrimonio!

Lo abrazo riéndome y él me susurra que me ama demasiado.

—Yo también te amo, Matthew —digo dulcemente.

Pasamos toda la noche haciendo el amor y hablando de su nuevo trabajo. Me explica que fue a confirmarles y que ya arrendó un apartamento, esperando que las cosas entre nosotros se habrían resuelto. Le pregunto si había pensado de terminar conmigo y él me explica:

—No te habría dejado, pero tampoco me habría casado contigo. Te habría propuesto de tomar una decisión y, esperando que tu tomarás la decisión correcta, me habría casado contigo más adelante, si hubiera sido el caso. ¡Pero no ahora!

Le explico que había intuido que tenía alguna duda y él me dice que esta es la razón por la que se había quedado en el apartamento. Asiento y él me pregunta que me hizo reaccionar.

—Una pesadilla —digo pensativa.

Matthew me mira pero yo afirmo que no quiero hablar de esto, vista la hora, pero que mañana se lo contaré. Él acepta divertido y dice bostezando que tendremos todo el tiempo para hablar con más tranquilidad. Me recuesto sobre su cuerpo y yo también pienso que la mejor cosa sea hablar con más tranquilidad, porque ahora estoy agotada.

Nos despierta el timbre y ambos hacemos un salto. Nos miramos somnolientos y, cuando siguen llamando al timbre, Matthew se ríe y dice que será mejor vestirnos. Abro el armario y me pongo uno de los vestidos que había dejado aquí. Matthew hace lo mismo y pregunta quien es. Tiendo la cama rápidamente y abro la ventana, porque en toda la habitación hay un olor inconfundible, de sexo sin límites que hicimos por toda la noche. Matthew dice que es mi padre y yo lo miro preocupada.

—¡Voy a ver que pasó! —añade riéndose.

Le agradezco y saco su perfume, para echarlo por todas partes. Cuando tocan a la puerta, pregunto quien es y Matthew dice:

—Abre, Giulia.

Lo hago y lo veo con mi padre y con Valeria. Los dejo entrar avergonzada y Matthew se ríe a carcajadas. Lo miro mal y Valeria pregunta:

—¿Interrumpimos algo?

Me apresuro en decirle que no y Matthew me abraza, poniendo una mano sobre mi cadera. Bajo la mirada para no cruzarla con la de mi padre y nos pregunta tan avergonzado como yo:

—¿No teníamos que vernos en la otra casa?

—¡Está es nuestra casa! —puntualiza Matthew.

Sonrío y mi padre nos cuenta que ya habían llegado los empleados para arreglar la casa. Miro hacia Matthew y él me pregunta que quiero hacer. Pienso en todo este desastre y le explico a mis padres:

—No volveré en esa casa y después del matrimonio nos iremos a vivir a otra ciudad. Matthew tiene un trabajo que lo espera y yo, obviamente, me iré con él.

Mi padre le pregunta si lo aceptó y entiendo que ya habrían platicado de esto. Matthew asienta y Valeria afirma que fue una buena decisión. Mi padre le pregunta si nos casaremos esta noche y él contesta satisfecho que el matrimonio se hará. Veo mi padre tranquilizarse y Matthew añade:

—Luigi, vamos a comprar algo al restaurante.

Mi padre acepta y mientras se alejan, Valeria les desea feliz Navidad. Nos ponemos todos a reír y nos felicitamos. Mi padre saca una cajita roja de su bolsillo y me la pasa, diciendo:

—No pude ayudar en nada y quería que también tuvieras algo de mi parte. Si no os gustan, la culpa es de Valeria.

Miro divertida a Valeria, que lo alcanza y cojo curiosa la caja. La abro y cuando veo los anillos de matrimonio, agradezco conmovida. Matthew

también agradece y exclama sonriendo:

—¡Nosotros no os compramos nada!

Mi padre le da una palmada en la espalda y dice jugueteando que quiere dos regalos el próximo año. Los observo, mientras siguen jugando y es evidente la diferencia entre ellos y la relación fría y destacada que tiene las cuñadas de Matthew y su madre. Matthew y mi padre salen y Valeria me preguntan si estoy feliz. La abrazo y le agradezco por todo. Ella me abraza y dice que no tengo que hacerlo. Me aleja y añade:

—Giulia, Tienes que ir a recoger el vestido y por lo que tiene que ver con el resto, me gustaría encargarme de eso, si para ti está bien.

La miro curiosa y ella saca mi abrigo, diciendo:

—Tenemos que pasar a mi casa a recoger todo lo necesario.

La miro avergonzada y le pido cinco minutos. Saco mis cosas del armario y voy a ducharme rápidamente. Me visto y la alcanzo. La veo sonreír y le pido que no diga nada. Ella se pone a reír y sale, diciendo que me espera abajo. Me pongo el abrigo y cierro la ventana. Cojo mis llaves y la alcanzo. Cuando llegamos a mi casa, le pido que venga conmigo y ella afirma que jamás me habría mandado sola. Cuando entramos en la casa, veo gente con flores y plantas en las manos correr de una parte para otra, y luego veo Caterina acercarse, susurrándome que mi suegra está por ahí. Le doy las gracias y le pido que le de a Valeria mi vestido de esposa. Cuando me pregunta la razón, le explico que no tengo tiempo y ella le pide a Valeria que la siga. Suben por las escaleras y yo entro en la sala. ¡Es impresionante la cantidad de estupideces que pusieron! No eran suficientes las flores y el tul, sino que pusieron también luces nuevas y hay gente que sigue trayendo cosas. Ginevra me llama y yo me acerco.

—¿Adonde estabas? Aquí hay un montón de cosas que hacer y no hay tiempo —dice nerviosa.

Le pido que se siente y ella lo hace, mirándome preocupada. Me siento a su lado y, tomándole las manos, le explico:

—Jamás podré agradecerte suficientemente por todo lo que haz hecho y que sigues haciendo para mi. Pero esta es la última vez que entraré en esta casa y me iré a vestir en el apartamento donde Matthew me está esperando. Quiero que sepas que Matthew aceptó el otro trabajo y que nos iremos después del matrimonio.

Me esperaba que se enfadara y al contrario la veo sonreír. Le pregunto que tiene y ella, apretando mis manos, afirma:

—¡Esta vez mi marido se equivocó inmensamente y no sabes el gusto que me da!

Le pido que sea más clara y ella se para, admitiendo:

—¡Giulia, todo lo que hice, fue solo porque me lo impusieron!

Me paro mirándola perpleja y añade:

—¡Creía que habrías terminado como las otras dos y en cambio, a pesar de tu edad, fuiste más fuerte! Giulia, yo no tuve la fuerza de hacerlo y envidio tu fuerza de voluntad. No sé que o quien te hizo cambiar idea, pero si fue una persona, tienes que estar muy agradecida con ella y agradecerla de mi parte también.

Estoy siempre más confundida y cuando Valeria me llama, me volteo hacia la puerta.

—Giulia, nos tenemos que ir —dice seria.

Asiento y Ginevra me acompaña diciendo que quiere saludarla y darle las gracias. Valeria la mira sospechosa y Ginevra la abraza, afirmando:

—No nos conocemos muy bien, pero quiero agradecerle por todo lo que hizo.

Valeria se queda inmóvil y le explica que no hizo nada. Miro hacia el sofá pensando en mi pesadilla y digo:

—No sé bien que pasó. Pero tuve una pesadilla y eso fue lo que me hizo recapacitar. Me di cuenta que me estaba equivocando y para mi la cosa más importante es que Matthew esté a mi lado.

Ginevra me mira curiosa y yo le pregunto:

—¿Quién es Gabriele?

Ella se empalidece y me pregunta quien me dijo ese nombre.

—La primera vez que lo escuché, fue el abuelo de Simone a nombrarlo. Pero ayer...—digo pensativa.

—¿Pero ayer? —me apremia nerviosa Ginevra.

—Te repito que no sé que pasó —digo inquieta.

Ella agarra mis brazos y me pregunta nerviosa por qué le dije ese nombre. Valeria le aconseja de calmarse y yo le cuento:

—Estaba con Matthew en el coche y cuando me volteé, vi un letrero con escrito: ‘mi regalo Gabriele’.

Ella me suelta y me pregunta de que regalo se trata.

—No se como explicarlo... en mi sueño, había pasado un día con Matthew y él me hacía entender que no necesitaba todo esto (indicando la sala con un brazo en el aire).

Luego estábamos en el coche, él había desaparecido y yo terminé frente a ese letrero —explico confundida.

Ginevra saca su móvil inmediatamente y llama a alguien, alejándose. Cuando la veo llorar, me acerco preocupada y dice:

—¡Hicisteis bien! Mañana estaremos todos allá.

Cuando apaga el móvil, le pregunto que pasó y ella se voltea hacia la ventana llorando. Me quedo inmóvil y la miro incierta sobre que hacer o decir.

—Gabriele era el hermano de Matthew y se murió ayer a las 23.45 —dice entre las lágrimas.

Le pregunto si se trataba del hermano que estaba en Suiza y ella me dice que es él. Le pregunto si Matthew ya supo la noticia y ella se voltea, afirmando:

—¡No, y no tiene que saberlo hasta mañana! —secándose los ojos.

Me siento sobre el sofá y le explico que podríamos aplazar el matrimonio. Ella se sienta a mi lado y dice:

—¡Gabriele quería que os casaras y vos os casarás!

Bajo la mirada y le digo que no es justo esconderle esta mala noticia a Matthew. Ella me levanta la cabeza y rebate:

—¡Apenas terminará la ceremonia, te juro que se lo diré! ¡Pero tu no lo hagas antes!

Valeria se sienta sobre el sofá y me pregunta:

—¿Considerando tu sueño, que piensas que le gustaría a Gabriele?

Le confieso que no sé y Ginevra puntualiza que ya no hay nada que hacer para él. La miro y afirmo conmovida:

—¡No me parece justo esconderle esta cosa! ¡No puedo hacerlo! Sé que lo quería mucho y me sentiría una mierda si pensara solo al matrimonio en este momento.

Ginevra mira a Valeria y resopla:

—La tenemos que tener aquí o Matthew entenderá.

La observo consternada, me paro y me volteo hacia Valeria diciendo que tenemos que irnos. Ella se para y me explica:

—Giulia, no son poca horas que cambiaran las cosas y si Gabriele te apareció en ese sueño justo ahora no puede ser una casualidad.

—¡Tenemos que dejar que sea Matthew a decidir! —puntualizo nerviosa.

—Si Gabriele hubiese querido esto, ¿no crees que le habría aparecido en sueño a él? —pregunta inquieta Ginevra.

Ya no puedo más, tengo un dolor de cabeza horrible y me siento diciendo

que no sé. Ginevra le pide a Valeria que me acompañe para arriba y exclama:

—¡Ya son las 15.00 y no tenemos más tiempo!

Sigo a Valeria hacia la habitación y me acuesto sobre la cama, cerrando los ojos. No dormí mucho anoche y el estrés por la muerte de Gabriele no me ayuda. Tengo la cabeza que está por estallar y no puedo pensar. Después de poco, Valeria me llama y me pasa un vaso diciendo que me ayudará a calmarme. Lo cojo y me tomo el contenido. Me acuesto nuevamente y cierro los ojos. Me despierta Caterina, diciendo que ya está tarde y abro los ojos sin entender. Veo dos mujeres esperarme y, sentándome sobre la cama, le pregunto quiénes son. Ella me explica que falta media hora al matrimonio y añade que tengo que ducharme. Me levanto y ella me sigue hasta el baño. No sé que me dio Valeria, pero me siento atontada y confundida. Caterina me ayuda a desvestirme y me ducho. Luego me ayuda a ponerme el albornoz y llama a las señoras. Me siento sobre la silla frente al espejo y cierro los ojos, mientras una me maquilla y la otra me peina. Cuando terminan, me miro y sonrío, porque soy hermosa. Caterina dice que tengo que vestirme y cuando me volteo, veo las señoras alejarse. Les agradezco y me miro las uñas. Jamás las tuve pintadas y es raro ver como un poquito de color las refina. Me paro y me pongo la ropa interior que Caterina dejó sobre la cama. Luego paso al vestido y veo entrar a Valeria, toda elegante. Le digo que está hermosa y ella avanza diciendo que Matthew está perdiendo la paciencia. Le pregunto adonde está y ella afirma que está llamando a mi padre desde hace media hora. Le pregunto si mi padre está aquí y ella afirma riéndose:

—¡Deberías verlo!

S sonrío y con la ayuda de ellas, me pongo el vestido y el velo. Caterina me pasa la estola de cachemir y me la pongo sobre los hombros. Noto que se conmovió y me rio.

—¡Las gotas funcionaron! —dice Valeria.

Le explico que me siento eufórica y ella puntualiza:

—¡Esto no es gracias a las gotas!

S sonrío y, cuando estoy lista, me miro al espejo. No es la clase de vestido que escogería ahora, pero está bien así. Caterina me pasa un regalo y dice:

—No es equiparable a sus aretes de diamantes, pero es un regalo de corazón.

Le doy las gracias, cojo el regalo y lo abro. Es una manilla con pequeñas piedras azules y la abrazo feliz, porque me encanta. Ella me aleja rápidamente y me recuerda el maquillaje. S sonrío y le pido que me ponga mi nuevo regalo.

Lo saca satisfecha y lo hace. Veo Valeria esperar con otra caja y le recuerdo que ya me hicieron el regalo, lo abre y afirma:

—Te sirve algo viejo y este es el broche de mi madre, que jamás usé.

Mientras me la apunta al sujetador, afirmando que no hay necesidad que se note, sonrío y le agradezco. Por fin salimos y mientras bajo las escaleras, veo un montón de gente que no conozco. Pero vuelvo a sonreír cuando veo a mi padre y él se acerca a las escaleras. Lo alcanzo y siento alguien que dice que soy hermosa. Me volteo y veo a Paolo acercarse con Sílvia. Los abrazo fuerte y mi padre afirma que tenemos que irnos, porque Matthew no deja de llamarlo. Caterina abre la puerta y yo me dejo ayudar por mi padre, para llegar al coche que nos está esperando. Mientras vamos hacia la iglesia, mi padre dice conmovido que estoy hermosa y yo le aprieto la mano, quedándonos en silencio. Sé que está preocupado y entristecido por el hecho que me iré a vivir a otra ciudad, y le recuerdo:

—Son solo doscientos kilómetros y no cambiaré nada.

Él asienta y me prieta la mano entre las suyas. Pienso en Gabriele y le agradezco por todo. Le pido que me dé alguna señal para saber que hacer: un ruido o una sugerencia de la vocecita que de vez en cuando se me presenta. Me miro a mi alrededor, pero no noto nada de particular que me ayude a entender cual es la decisión correcta. Mi padre aleja su mano y saca algo del su bolsillo, diciendo:

—No te lo vas a creer, pero encontré una pluma en el bolsillo de este completo y pensé que alguien desde allá arriba hubiera querido estar presente...

Abre la mano y me muestra la pluma blanca. Sé que él está pensando en sus padres, pero yo la miro y me pregunto que tengo que hacer. Tengo las lagrimas listas para bajarse y trato de contenerlas de cualquier forma. Ya no puedo más y comienzo a llorar. Mi padre guarda la pluma y afirma preocupado que la cagó. Le digo que no es por su culpa y él me pasa un pañuelo, preguntándome por qué estoy llorando. Le cuento todo lo que pasó y cuando el coche se detiene frente a la iglesia, le pregunto que tengo que hacer. Él abre la puerta del coche y me pide que espere un momento. Lo veo bajarse y entrar en la iglesia. Después de poco sale con Matthew y él se sube al coche. Lo abrazo llorando y le pido perdón. Se queda inmóvil y me pregunta nervioso:

—¡Tu padre me dijo que querías hablar conmigo! ¿Giulia, cambiaste idea?

Me alejo y lo miro, explicándole:

—Yo te amo y quiero casarme contigo. Pero no puedo hacerlo sin decirte

que pasó.

—¿Me traicionaste? —pregunta furioso.

Me alejo consternada y él me ordena que le responda. Hago un respiro profundo y le digo sin pensar:

—Gabriele se murió.

Me pregunta quien me lo dijo y le explico que su madre lo supo hace un par de horas. Lo veo hacer respiros profundos pensando y añado:

—Si quieres aplazar el matrimonio, para mi está bien.

Sigue pensando con la cabeza agachada y luego mirándome, dice:

—Estaba enfermo desde hace mucho y sabía que tarde o temprano iba a pasar. Estaba sufriendo mucho y yo mismo pensé que hubiera sido mejor si hubiese dejado de agarrarse a la vida de esa manera. Era como si algo lo mantuviera y hasta llegué a pensar que fuera yo esa persona. Así que lo saludé y me fui.

Le aprieto la mano, diciéndole que lo siento y él afirma:

—Giulia, apenas se acabará la ceremonia, nos cambiaremos y nos iremos para Suiza. No nos quedaremos para el funeral y no quiero encontrar a ninguno de mi familia allá.

Le pregunto la razón y puntualiza molesto:

—¡Jamás los he visto allá y no quiero hacerlo ahora!

Entiendo y le digo que está bien. Me pregunta si estoy lista y le digo que si. Me quita el pañuelo de las manos y me seca los ojos, diciendo que no quiere una esposa llorona. Sonrío y, cuando termina, nos bajamos. Veo que todos observan el coche preocupados y Matthew entra en la iglesia diciendo que hay un matrimonio que celebrar. Todos lo siguen, aliviados y veo mi padre llegar. Le sonrío y lo abrazo. Mientras avanzo, miro mi novio hermoso y le sonrío feliz. Cuando termina la ceremonia, sin decirle nada a nadie, regresamos al apartamento y nos cambiamos. Luego vamos hacia su coche y nos vamos para Suiza. Lo observo mientras conduce y pienso en mi pesadilla. Una vez que estamos en la autopista, miro todos los carteles y letreros, pidiéndole, cada cinco minutos, cuanto falta para llegar al de mi pesadilla. Cuando me contesta que ya falta poco, me miro a mi alrededor, tratando de entender si hay algo que no cuadra y le pido que vaya más despacio. Lo hace y me recuerda que estamos en la autopista. Reconozco el letrero desde lejos y le grito que frene.

—¡Giulia, estamos en la autopista! —me dice riéndose.

Lo miro y le repito que se detenga. Él se mira a su alrededor y me explica que aquí no hay donde parar. El letrero se está acercando y yo le grito que

frene con todo el aire que tengo en mis pulmones. Él lo hace y siento el cinturón entrarme en la piel como en la pesadilla. Un coche nos choca desde atrás y otro nos evita tocando el claxon. Miro hacia adelante, como en mi pesadilla y veo un camión perder el control. Lo veo despistarse y irse contra el guardarraíles, llevándose el coche que acababa de pasarnos, hasta arrugarlo entre el remolque y el mismo guardarraíles. Los coches frenan de repente y siento otros ruidos de choques. Veo una pluma bajar y caer sobre nuestro coche. Comienzo a llorar, miro hacia Matthew y le digo:

—Gabriele sabía todo.

Se mira a su alrededor sin entender y luego se voltea hacia mi. Me observa confundido y yo afirmo llorando:

—No sé como, pero sabía que íbamos a pasar por aquí ahora.

Sabía del matrimonio, sabía que Matthew se habría ido después de la ceremonia y que yo iba a estar con él. Me volteo hacia el letrero, esperando ver la misma frase del sueño y podérsela mostrar. Pero veo un normalísimo letrero y bajo la mirada decepcionada. Veo un coche con la puerta abierta y, sobre el asiento posterior, noto un regalo. Se abrió y la tapa de la caja parece estar arreglada para que yo vea que es: un corazón blanco con una cinta roja. Me pongo a llorar y miro hacia el cielo, agradeciéndole a Gabriele.

Epílogo

El día después, mientras la familia de Matthew está en Suiza, nos saludamos con mi padre y Valeria, y luego nos vamos. Cuando llegamos a la ciudad donde Matthew encontró trabajo, pienso que se parece mucho a la que acabamos de dejar y esto me tranquiliza. Matthew me lleva a ver nuestro nuevo apartamento, que tiene dos habitaciones, sala, cocina y dos baños, y arreglamos nuestras cosas.

Me veo muy poco con Matthew, que pasa sus días entre estudio y trabajo y decido de inscribirme, finalmente, a un curso de cocina. Después de un par de meses, descubro que estoy embarazada y cuando se lo digo a Matthew, él me acaricia el vientre, admitiendo:

—Ojalá sea un niño.

Sonrío, porque yo también lo espero y afirmo que tendremos nuestro Gabriele. Él me abraza conmovido y me agradece.

Matthew se gradúa después de un par de años y con las mejores notas, cosa que vuelve a su padre aún más orgulloso. Las ofertas de trabajo que le llegan son demasiadas, pero Matthew decide quedarse con quien lo ayudó cuando lo necesitaba y no cambia idea ni siquiera cuando las empresas le ofrecen sueldos a muchos ceros, que esperan convencerlo y lograr tenerlo en sus equipos.

Gabriele llegará solo después de tres niñas, por las cuales escogimos nombres con la G inicial, para recordarlo, por si a caso no hubiese llegado y molesto a Matthew cada vez, diciéndole que estaba segura que yo fuera la mujer de su vida ya que mi nombre también comienza por G. Él sonrío divertido y yo lo abrazo feliz.

La primera niña la llamamos Ginevra, como su madre y esto molestó bastante a mis cuñaditas. La primera vez que el señor Mitchell la vio, estoy segura que lo vi feliz y sonriente, y cuando le presentamos a Giada, hasta me pareció verlo conmovido. Pero el verdadero milagro de verlo reír, lo pudimos vivir el día que llegamos a la casa con Giorgia y con Matthew nos miramos

aterrados.

Desafortunadamente con nuestras hijas, sus reglas no valen y casi siempre, mientras estamos cenando, tanto Ginevra como Giada, corretean por la casa buscando algo que romper. Teniendo un solo año de diferencia, se entienden con una sola mirada y son muy cómplices. Ginevra y yo nos miramos divertidas, mientras Matthew trata de sentarlas y cuando oigo el enésimo golpe, me volteo resignada. Me río cuando veo Matthew en el piso y las niñas acariciarlo, preguntándole:

—¿Te lastimaste, Papá? ¿Perdóname, pero como hacía para imaginarme que ibas a pasar por aquí? —Giada, la misma descarada de siempre.

—Papá, deberías fijarte por donde caminas. ¿Quieres un vaso de agua? —Ginevra, que tiene siempre buenos consejos para su padre.

Matthew, parándose, coge en los brazos a Giada y le ordena serio a Ginevra que se siente a comer. Agacho la cabeza volteándome, para que no me vean reír y acaricio a la pequeña Giorgia, que duerme tranquila. Cuando el señor Mitchell se ríe a carcajadas, me da un susto y lo observo perpleja. Lo veo mirar hacia Matthew y me volteo a mirarlo. Cuando lo veo lleno de espaguetis a la boloñesa, me río y él me mira mal, ordenándome resignado:

—¡Giulia, di algo!

Sonríó y le ordeno a las pequeñas que se sienten y que coman juiciosas. Ellas me echan un vistazo para ver si estoy enojada o si es una broma y yo las miro mal. Ellas se sientan y después de haber deseado un buen provecho a todos, comienzan a comer. Jamás les pegué, pero saben que podrían perder sus dibujos animados o que nos las llevo al parque si me desobedecen y, por lo normal, hacen lo que yo diga. Pero si me ven sonreír, no hay forma de restablecer la autoridad, porque creen que esté bromeando y que quiera jugar con ellas, aunque hable seriamente. Matthew en cambio es más juguetón y más permisivo, y las niñas casi nunca lo escuchan. La única manera para que lo escuchen, es alzar el tono de la voz casi hasta gritar, pero él casi nunca lo hace y cuando sucede, es únicamente en nuestra casa. Lo miro divertida y él dice sonriendo que se tiene que cambiar. Cuando sale del comedor, yo también comienzo a comer y el señor Mitchell dice:

—Me gustaría que volvierais a vivir en esta ciudad —Con poca voz.

Lo observo para ver si está hablando conmigo y lo veo mirar su plato pensativo. Miro a Ginevra para ver si está hablando con ella y la veo sonreír de oreja a oreja.

—Giulia, estoy hablando contigo —añade el señor Mitchell serio.

Me volteo, lo observo asombrada y le explico que es una decisión que espera a Matthew. Él asienta y yo reviso mis pequeñas pestes. Cuando veo Matthew entrar nuevamente en el comedor, sonrío y se sienta mirándome divertido. Lo acaricio y le susurro que lo amo. Me besa la mejilla y dice que él también me ama.

—¿Papá, a mi también me amas? —pregunta Giada.

Él la mira y le da un beso sobre la cabecita, respondiéndole que la ama. Luego mira a Ginevra y, antes que se lo pregunte, le dice que a ella también.

Sonrío, pensando que decidimos no atenernos a las reglas del señor Mitchell voluntariamente, porque esperábamos que nos echara de la casa, dándonos una excusa perfecta para no tener que volver aquí. Pero él no dijo nada y, es más, hasta se relajó siempre más. Mis cuñadas piensan que lo hace solo porque le di las nietas que tanto deseaba y sé que hablan solo por envidia, pero estoy igualmente segura que si y cuando tendremos un hijo, el hecho de que lo llamaremos Gabriele, lo molestará mucho.

Mientras seguimos cenando, llama a Matthew y le repite lo que ya me había preguntado. Matthew lo mira y puntualiza:

—Jamás volveré a vivir en esta ciudad y no trabajaré ni contigo ni en tu empresa. Estoy feliz adonde estoy, aunque no tengamos una casa nuestra y aunque sigamos viviendo en un apartamento de dos habitaciones.

El señor Mitchell no se lo volverá a preguntar y seguiremos viéndonos cada vez que estamos por estos lados.

Mi padre y Valeria decidieron convivir sin hablar de matrimonio y entiendo perfectamente que sus experiencias antecedentes contribuyeron a tomar esta decisión. La cosa importante es que sean felices y ellos los son, junto a la pequeña Alyssa, nacida un par de meses después de mi Giada.

Mi madre conoció a mis hijas durante una visita a su casa, pero yo me quedé con ellas todo el tiempo y cuando comenzó a juzgarme como madre, decidí que la mejor cosa fuese saludarnos por la última vez.

Cuando nació Gabriele, Ginevra tenía cinco años, Giada cuatro y Giorgia dos. Creo que, si no hubiese llegado, Matthew no se habría puesto el alma en paz y cuando, finalmente, sonrío satisfecho teniéndolo entre sus brazos, le recuerdo preocupada nuestro pacto. Él me mira sonriendo maliciosamente y yo le grito:

—¡Matthew, no molestes!

Él se ríe y yo decido de comenzar a tomar los anticonceptivos. Cuando, después de seis meses, le confieso que ya comencé a tomarlos, él admite que

ya sabía y yo me tranquilizo. No me gusta esconderle las cosas o mentirle y hablamos siempre de todo.

El señor Mitchell conoce a Gabriel cuando tiene tres meses y es Matthew a presentárselo, acercándose a él con el niño en los brazos. Obviamente, mis cuñadas ya se habían preocupado de darle la noticia y Ginevra me había llamado para avisarme. Creo que las confesiones que me hizo antes del matrimonio y de las cuales no hemos vuelto a hablar, le dieron modo de entender que puede confiar en mi. Por eso me llama casi todos los días y si tiene algún problema habla conmigo. Yo, sin embargo, prefiero hablar con Valeria y muchas veces esto me hace sentir mal. Sobretudo ella porque muchas veces me envió dinero, que yo nunca utilicé, ya que Matthew gana lo suficiente como para que no nos falte nada, y me defiende siempre con esas víboras de mis cuñadas. Veo el señor Mitchell observar el pequeño en los brazos de Matthew sonriendo y luego cogerlo, diciendo que es un niño hermoso. Me volteo hacia mis cuñadas satisfecha y esta vez veo también sus maridos mirarse nerviosos. Sé que esperaban que Gabriele alejara al señor Mitchell de Matthew o que le hiciera cambiar la forma de ver a su hijo preferido y estoy muy satisfecha de notar que no sucedió.

Nos quedamos lejos de nuestra ciudad por casi diez años y crecemos nuestros hijos sin los lujos de la familia Mitchell. Tratamos de enseñarles los verdaderos valores y de enseñarles el valor del dinero para que lo utilicen con cautela, ya que sabemos que cuando serán lo suficientemente grandes, su abuelo tratará de corromperlos, con la esperanza que Matthew se convenza a volver a trabajar con él. Intentó hacerlo conmigo, para que nos quedáramos en su ciudad y volverá a hacerlo con nuestros hijos, para convencernos a regresar. Pero un día nos llega la noticia de la prematura muerte del padre de Matthew y nos damos cuenta que las cosas están por cambiar.

El señor Mitchell no solo le dejó a Matthew el sesenta por ciento de su imperio, sino que le dejó también su casa y un elenco infinito de bienes muebles y inmuebles, de los que nadie estaba enterado. Matthew toma conciencia de su situación y me explica que no tiene otra opción que volver a esa ciudad para administrar y entender todo.

Sus hermanos lo demandan y después de años de duras batallas legales y montañas de dinero gastado, las empresas se dividen entre todos, pero solo Matthew podrá seguir usando el nombre de su padre. Thomas y Riccardo tendrán que escoger otro nombre, porque ahora ya no es una única sociedad, sino son tres diferentes, administradas de manera diferente y separadas para

cada uno de los herederos.

Nosotros nos quedamos en la casa de los Mitchell con Ginevra y Matthew le pide a mi padre que trabaje con él. Mi padre acepta y yo me tranquilizo, porque el trabajo de Matthew implica demasiadas responsabilidades y me quedó claro desde el principio que la mejor cosa hubiera sido tener los tres hermanos trabajando juntos. Mi padre comienza a trabajar con él y por fin veo a Matthew más relajado.

Thomas y Riccardo se tienen que mudar en las ciudades donde están ubicadas sus respectivas empresas y comenzar con otro nombre por cada una de ellas, cosa que obviamente implica el mismo estrés que tenía Matthew, ya que siente el peso de tener que sacar adelante la empresa de su padre, y teme de no estar a la altura. Sus hermanos jamás regresarán en nuestra ciudad y ninguno de ellos se comunicará ni siquiera con Ginevra, porque, según ellos, ella me apoyó desde el principio. Pero ninguno de nosotros se preocupa por esta situación y pasamos años, es más, décadas de felicidad que encontramos en las mínimas cosas de la vida, sin dejarnos seducir por el dinero o por su poder.

Matthew saca adelante de manera impecable la empresa y abre dos fabricas más. De las de Thomas y de Riccardo no nos importa saber si van igualmente bien o no, y no nos preguntamos nada.

Simone encontró el amor, pero decidió no trabajar para su padre y irse a vivir en el exterior, para vivirse en completa libertad su relación. Nos hablamos muy seguido y regresó por estos lados solo cuando le pedimos que bautizara a Gabriele. En cambio nosotros lo vamos a visitar muy seguido, porque cambiar de aire es muy saludable, y además es la única forma de verlo. Su marido y él adoptaron un niño y ser feliz después de tantos sacrificios, lo ayuda a soportar su lejanía de Italia, consciente del hecho que aquí jamar habría podido tener una familia.

Samantha conoció a un profesor en la universidad y se casaron, aunque él tiene quince años más que ella. No tuvieron hijos, pero no se si fue por una decisión o por otra cosa, ya que cualquier relación se interrumpió después de nuestro matrimonio. A veces la veo durante las festividades, pero ella se hace la que no me ve y yo le devuelvo el favor.

Por lo que tiene que ver con los pocillos en el lavaplatos, sé que yo no me tomé esos cafés, porque me había quedado dormida sobre el sofá y me quedé allá todo el tiempo, mientras Caterina no estaba. No tengo una explicación para lo que ocurrió esa noche y prefiero solamente agradecerle a Gabriele,

como si lo hubiese realmente conocido.

¿Si volví a escuchar esa vocecita dentro de mi?

Si, cada vez que me preocupo por alguna cosa de mis hijos o de Matthew y sigue dándome fortaleza en los momentos más oscuros...

Agradecimientos

Perdonáis si comienzo por ellos, pero son mi fuerza y mi vida, así que agradezco a mis hijos por todo el apoyo continuo y en cualquier situación. Si no fuera por vos, todo esto nunca habría sucedido.

Por la Cover, agradezco Ambrogio D'Agostino, hijo de una amiga muy querida, que tuvo una paciencia infinita conmigo y que nunca la perdió, hasta que no estuve satisfecha del resultado.

Agradezco todas las amigas de los grupos dedicados a mis trabajos:

“El Matrimonio Apariencia y realidad” y

“Soñando con Elle Razzamaglia”,

Que perdonan mis miles ausencias y que me dan la fuerza para seguir adelante, cuando pienso de haber nacido en el universo equivocado.

Gracias a Fabiola, que me hizo regresar a este romance y que me hizo reconsiderar la historia de Giulia y Matthew.

Agradezco a todas las lectoras, que decidieron conceder una posibilidad a una perfecta desconocida, leyendo su primera obra publicada hace casi un año, que siguen a mi lado y que, estoy segura, me apoyarán esta vez también.

Mando un pensamiento al cielo y espero que sigas orgulloso de mi.

De la serie “El Matrimonio”

El matrimonio Apariencia y realidad

Giorgia es una mujer que aparentemente lo tiene todo: un marido, una casa hermosa, una sólida posición económica, y su vida que fluye tranquilamente en una confortable cotidianidad. Esa plácida y reconfortante rutina se interrumpe inesperadamente a causa del encuentro casual con Leo, un hombre fascinante y bellissimo, que se enamora de ella desde que la ve por primera vez. Aunque Giorgia trate de alejar a ese hombre misterioso que entró en su vida sin invitación, el cortejo intenso de Leo comienza a abrir unas ventanas sobre esa sólida realidad que ella misma se construyó, llevándola a cuestionar cada aspecto de su existencia. Gracias a Leo, Giorgia comienza un viaje interior que la lleva a hacerse unas preguntas sobre su verdadera felicidad y sobre el amor también, y a confrontarse con sus verdaderos sueños, antes que todo sobre el deseo de maternidad, archivado para complacer a un marido tal vez demasiado egoísta o descuidado con las reales exigencias de su esposa. Leo no tiene miedo de amar, y conduce a Giorgia en un juego excitante y sensual, en el que el premio es la posibilidad de conquistar, finalmente, la felicidad.

El Matrimonio Sospecha y deseo

¿Quién es realmente Leon Lioness? ¿Por qué el marido de Giorgia se porta así con ella? ¿Giorgia puede o no, tener hijos? Hay personas que parecen destinadas a sufrir y, cualquier decisión tomen o cualquier cambio actúen en sus vidas, siempre sucederá algo que las volverá a dejar caer en la desesperación.

Cuando decide de volver con Leon, Giorgia le pide el divorcio a su esposo y se queda en su país, para ocuparse de eso. La frecuentación con Leon continúa, pero mantener una relación a distancia no es nada fácil y cuando no tienes tiempo suficiente para conocer bien a la otra persona, es difícil confiar en ella. Esta situación permitirá muchas injerencias y no todas positivas. Si Giorgia está feliz por su retraso menstrual y Leon por haber encontrado el amor de su vida, quien no estuvo de acuerdo desde un principio con esta relación, durante la lejanía, encuentra terreno fértil para sembrar dudas e insinuaciones, apostando sobre los celos de él y las inseguridades de ella. ¿El deseo de Leon de casarse con Giorgia, lo ayudará a superar sus celos o, peor aún, sus sospechas de una traición? ¿Las dudas de Giorgia, de no ser suficiente para un hombre como Leon, le ganarán a su deseo de ser finalmente feliz?

El Matrimonio Orgullo y humildad

Los celos nacen cuando se tiene miedo de perder a alguien, que para nosotros tiene un valor enorme, y por eso nos volvemos ansiosos, desconfiados y sospechosos. No se duda solo de la lealtad de él otro, sino que sobretodo de sí mismos, de nuestro aspecto físico, de nuestras capacidades de seducción, y se piensa de no merecer el amor de la pareja. Una separación, la muerte de un ser querido, una situación familiar llena de tensiones e incomprensiones, pueden generar este sentimiento. Para un hombre tiene que ver con la seguridad de la paternidad y nace durante la infancia, sobretodo gracias a la relación con la figura materna. Después del matrimonio, Leon, sintiéndose seguro, comienza a hablar con Giorgia de su vida y a confesarle muchas cosas que lo atormentan. Giorgia entiende que no tuvo una infancia feliz y obtiene la confirma de eso, cuando Desy también le confiesa una verdad que solo ella sabe, y que alimentó el rencor que Leon le tiene a su padre, desde pequeño. Pero Desy está muy lejos de ser una madre afectuosa y cariñosa, y rebelará su verdadera índole cuando Giorgia, por amor de Leon, le pedirá que le cuente toda la verdad. Una madre conoce a su propio hijo, sus valores y sus defectos, y cuando quiere obtener algo, ¿quien más que ella, sabe como hacerlo? Desy, usará los celos y el orgullo de Leon para obtener lo que quiere y Giorgia, en su humildad, tendrá que pagar las consecuencias. No tiene los medios, tanto económicos como intelectuales, para contraponerse a Desy y tendrá que escapar nuevamente, justo cuando más necesita a Leon y a su familia. Pero una persona fuerte puede obtener lo que quiere y alcanzar sus objetivos, si sigue insistiendo con determinación. ¿Quién ganará? ¿El orgullo o la humildad?

El Matrimonio Fuerza y fragilidad

Giorgia, para no pensar en Leon, ocupa su tiempo entre el trabajo, abriendo un restaurante después del otro, y la familia, creciendo a sus hijos. Como cada madre, se siente culpable de todo, pero después de lo que Leon le hizo pasar, no quiere renunciar a su trabajo y a su independencia. Con la ayuda de Caty y de una nana inglesa, logra administrar los restaurantes y dedicarse a su familia. Pero la reconciliación con Leon, la pone frente a una decisión inevitable, ya que, para seguirlo, debería irse de Francia y regresar a Italia.

Sus hijos, que desde siempre han sido su fuerza, se transformarán en su debilidad y una arma en las manos de Leon, que presionará con la idea que ella no necesita trabajar.

¿Que hará Giorgia?

¿Seguirá a Leon en Italia, abandonando la 'WILL & LORE' o preferirá quedarse en Francia?

¿Sus hijos serán su fuerza o su fragilidad?

El Matrimonio Celos y lealtad

El matrimonio debería ser sinónimo y garantía de lealtad y solidez. Desafortunadamente, muchas veces una traición irrumpe en la vida de una pareja, por más firme y unida que esté, aparentemente al menos. Pero una cosa está segura, cuando alguien traiciona, siempre hay una razón, verdadera o presunta que sea.

Leon pierde el control apenas Giorgia se aleja y la traiciona. Son sus mismos celos a alimentar dudas infundadas y a llevarlo a tomar decisiones instintivas, que no le dejan otra opción, si no la de alejarse.

Giorgia, por amor, sigue perdonando y soportando.

¿Pero como reaccionaria Leon, si fuera ella a traicionarlo?

¿El amor gana siempre sobre todas las cosas?

¿Es posible perdonar una traición y olvidar lo ocurrido?

El Matrimonio Amor y devoción

Después del divorcio, por cinco años, Leon sigue observando desde lejos a esa que para él es el amor de su vida, aunque conviva con otra mujer y Giorgia se concentra en la educación de sus hijos. Encuentra a diferentes hombres, fomentada por su familia, que espera verla nuevamente feliz con otra persona, pero nadie logra ocupar el lugar de Leon en su corazón.

Un feo accidente los vuelve a acercar y sus sentimientos vuelve a reaparecer, más fuertes que nunca. Pero el miedo de equivocarse otra vez, los hace reflexionar y el pensamiento que ahora sus hijos también sufrirían, frena un camino obvio para dos personas que se amaron desde la primera mirada.

¿Que hacer? ¿Ceder a una relación que desde siempre ha sido muy pasional, en el bien y en el mal, o seguir sufriendo por el bienestar de sus hijos?

¡Una cosa está segura! Una familia no está fundada solo sobre el amor, pero sobretodo sobre la devoción y la voluntad de tenerla unida.

¿Esta será la oportunidad justa para Leon y Giorgia?

Zwillinge Simbiosis

(Primer romance de esta dilogía)

Tres hermanas:

Stefania, la soberbia, caprichosa y vacía, que desde siempre ha sido la favorita de su madre y a la cual jamás le negaron nada. La fortuna sigue siendo de su parte, hasta cuando encuentra y se casa con Giacomo, un hombre con una posición envidiable y que la ama perdidamente.

Ilenia, la remisiva, dulce y resignada, que ve el lado bueno en cualquier persona y que está acostumbrada a conformarse, sin pedirle nada a nadie. Con ella la vida no fue magnánima y por eso mismo Maurizio, inmediatamente después de la boda, comenzó a traicionarla.

Genesisia, la testaruda, tiene que cuidar sus hermanas, siendo la mayor, a causa de la muerte repentina de sus padres y termina sola, apenas sus hermanas, una después de la otra, se mudan a Alemania. Es la única que no encontró el amor o tal vez, simplemente, jamás lo buscó. Al menos hasta el día en que, alcanzando a sus hermanas, no encuentra los 'Zwillinge' Fischer.

Flavio y Fulvio aparentemente son dos gotas de agua, pero sustancialmente son uno el contrario del otro.

¿Quién ganará con la obstinada Genesisia?

¿Flavio, Fulvio o su madre Rita, que siente un desmedido e injustificado rencor por Genesisia?

Zwillinge Cómplices (*Segundo y último romance de esta dilogía*)

Establecer desde un principio una relación significativa entre hermanos, es una tarea que espera fundamentalmente a sus padres. Son ellos quienes evidencian las diferencias, la competitividad o los celos. Y esto vale tanto para los que nacen después de un tiempo el uno del otro, como para los hermanos gemelos.

La madre de Genesis, Ilenia y Stefania jamás escondió su preferencia hacia la menor de ellas y sus otras hijas tuvieron que adecuarse y aceptar, que ella estuviera siempre al centro de su interés.

¿Pero Stefania se dio cuenta que, en la vida real, hay que conquistar el cariño y el respeto de las otras personas?

La relación entre dos hermanos gemelos, nace desde el vínculo especial que los une y tiene una fuerte complicidad, que los conecta. Pero generalmente, tienen caracteres, actitudes y personalidades muy diferentes. Se respaldan, se dividen las tareas, pero si el que tiene el carácter más débil quiere algo, el otro seguramente lo pedirá. Mantienen un equilibrio pero, solo hasta que no se dividen o uno de los dos no le pone atención a otra persona.

Flavio y Fulvio son prácticamente idénticos físicamente, ¿pero quien tiene el carácter dominante?

¿Rita, la madre ‘cariñosa’, que culpas tiene, de la actitud de los Zwillinge Fischer?

¿Puede el amor perturbar la estabilidad de tres hermanas o de dos gemelos?

¿Pero quien está realmente enamorado de Genesis, el amable Flavio o el presuntuoso Fulvio?

¿Genesis conoce verdaderamente la persona de la cual se enamoró?

Despreciar a una persona es fácil.

Tratar de comprenderla, es más difícil...

Segundo y último romance de una dilogía.

Table of Contents

ELLE RAZZAMAGLIA	Mi regalo
De la misma autora de:	
Capitulo 1	
Capitulo 2	
Capitulo 3	
Capitulo 4	
Capitulo 5	
Capitulo 6	
Capitulo 7	
Capitulo 8	
Capitulo 9	
Capitulo 10	
Capitulo 11	
Capitulo 12	
Capitulo 13	
Epílogo	
Agradecimientos	
De la serie “El Matrimonio”	
El Matrimonio Sospecha y deseo	
El Matrimonio Orgullo y humildad	
El Matrimonio Fuerza y fragilidad	
El Matrimonio Celos y lealtad	
El Matrimonio Amor y devoción	
Zwillinge Simbiosis	
Zwillinge Cómplices	